

E EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO: PARTICIPACIÓN CIUDADANA

COMPILADOR
RODRIGO HERNANDEZ

**EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO:
PARTICIPACIÓN CIUDADANA**

EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO: PARTICIPACIÓN CIUDADANA

COMPILADOR

RODRIGO HERNANDEZ

DISEÑO

SALVADOR JUÁREZ PERALES

DERECHOS RESERVADOS

2023

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

AV. COYOACÁN 1546

COLONIA DEL VALLE 03100

CDMX

LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL NO AUTORIZADO

VULNERA DERECHOS RESERVADOS. CUALQUIER USO DE

LA PRESENTE OBRA DEBE SER PREVIAMENTE

CONCERTADO

ÍNDICE

_Toc140227063

INTRODUCCIÓN	2
PRÓLOGO	3
1. EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO: RETOS Y OPORTUNIDADES	8
2. LOS JÓVENES Y LA DEMOCRACIA:	40
3. EL RETORNO A LO NUESTRO	62
4. PARADIGMAS DE PARTICIPACIÓN JUVENIL: UN BALANCE HISTÓRICO	74
5. EL MUNICIPIO Y LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA	132
6. LA JUVENTUD Y LA POLÍTICA EN MÉXICO	145
7. LA MISIÓN DE LOS JÓVENES EN EL PAN	162
8. LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y EL BIEN COMÚN	167
9. LA RELACIÓN ENTRE LOS CAMBIOS CULTURALES DE FINES DE SIGLO Y LA PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LOS JÓVENES	182
10. LOS JÓVENES Y SU INFLUENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN POLÍTICO MUNDIAL (1945-2020)	213
11. LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SUS RETOS EN MÉXICO	263
12. LOS RETOS DE LA POLÍTICA Y EL TIEMPO DE LA JUVENTUD	324
13. LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS JÓVENES: UN NUEVO RETO PARA LA DEMOCRACIA MEXICANA	344
14. PARTICIPACIÓN CIUDADANA JUVENIL	364
15. PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LOS JÓVENES EN PAÍSES DE LA UNIÓN EUROPEA	394
16. PERSPECTIVAS Y DESAFÍOS DE LA JUVENTUD: Y LA GENERACIÓN DE NUEVOS CAMINOS DEMOCRÁTICOS	432

INTRODUCCIÓN

Actualmente y con los cambios que ha tenido la sociedad, la política y la economía, etc., los estudios que se han realizado sobre los retos y la participación de los jóvenes en México, se está siendo cada día más una necesidad en analizar y comprender la importancia de la juventud mexicana, desde varios puntos de vista que puede ser desde la historia hasta su participación en las elecciones.

Es necesario que en México se esté cambiando la política y que mejor que sea con los jóvenes, pero, estos deben estar más preparados cada día, porque ellos tendrían el reto constante de generar la participación ciudadana, creando rutas para que cada nueva generación tenga la necesidad de aportar y ser parte de la clase política en los distintos niveles del Estado.

Porque el Estado, en este siglo XXI es un organismo cambiante y que cada nueva generación de jóvenes tiene la capacidad de transformarlo, por esto es importante que los partidos políticos; aunque el Partido Acción Nacional ha sido de los únicos que desde su fundación dio acceso a los jóvenes para entrar en la política; involucren a la juventud, para que esta nueva generación pueda concientizarse de las necesidades que la sociedad y el país.

Estos cambios que la juventud a tenido en la política y en la participación, se puede ver claro, porque antes a los jóvenes no los tomaban en cuenta y durante muchos años fueron negados sus derechos, pero esto cambio a partir del Siglo XX, la misma juventud fue tomando posición en la sociedad y en la política, como una pieza importante para la ciudadanía y para México.

Es importante que el lector tenga en sus más esta compilación titulada: “EL reto de los jóvenes en México: participación ciudadana”, porque en ella se plasma los retos y desafíos que han enfrentado la juventud mexicana, para el bien común de la sociedad.

PRÓLOGO

La importancia de que a los jóvenes de hoy sean tomados en cuenta para la participación en las elecciones y la política, es claro que es un impulso y un reto para que los jóvenes mexicanos puedan ser incluidos en las agendas del gobierno, ya que sus exigencias son importantes para la ciudadanía, anteriormente que no eran tomadas en cuenta, el país y la sociedad perdía mucho más, lo pertinente es que en este siglo XXI, el tema de los jóvenes está siendo atendido correctamente, permitiendo una renovación al gobierno y a la política, que esto será reflejado en la participación ciudadana y en los cargos públicos de México.

El reto que actualmente tienen los jóvenes mexicanos es mucho porque ellos tendrán en sus manos el proceso electoral del 2024, es sin duda relevante, ya que ellos elegirán al próximo presidente de la República, que gobernara por seis años, y la tecnología y las redes sociales jugaran un papel importante, la mayoría de estos jóvenes que votaran están al pendiente de ese tipo de información y de ello va depender su elección para el país.



El reto para los jóvenes mexicanos no es mejor, es grande, porque las acciones que tienen que emprender son muchas y la más importante ya está en función en la actualidad que es el despertar de la conciencia de la participación de los jóvenes, ellos tienen que seguir luchando para que sea respetado el estado de derecho, que en México exista una economía más estable, que el gobierno que este en funciones no sea corrupto, y tener una democracia más fortalecida para México.

En esta compilación de artículos bien llamado: “EL reto de los jóvenes en México: participación ciudadana”, podrán tener a su alcance estudios que auxiliarán en la comprensión de la importancia de la juventud en la política y en la sociedad, entre los que podrán revisar se encuentran: El reto de los jóvenes en México: retos y oportunidades, el retorno a lo nuestro, La juventud y la política en México, Los jóvenes y su influencia en la construcción del orden política mundial (1945-2020), Los retos de la política y el tiempo de la juventud

E EL RETO DE **LOS JÓVENES EN** **MÉXICO: RETOS Y** **OPORTUNIDADES**

01

EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO: RETOS Y OPORTUNIDADES

Paulina Lomelí García¹

El bono demográfico se refiere al mayor número de personas en edad de trabajar con el que cuenta un país. Esto sin duda puede traer beneficios importantes si se aprovecha al máximo. Para ello, una nación debe destinar una proporción significativa de su gasto para educar a su población, a fin de prepararlos y capacitarlos para competir local e internacionalmente. Asimismo, desde la sociedad civil y las políticas públicas debe llevarse a cabo una estrategia para impulsar a los jóvenes a emprender, toda vez que el mercado laboral tal como está puede verse limitado para absorber a los jóvenes egresados de las universidades o en busca de empleo.

El que un gran número de jóvenes entren al mercado laboral, conlleva a dos efectos: Una mayor oferta laboral y un desplazamiento en la frontera de posibilidades de producción.

Sin duda, aprovechar el bono demográfico se verá traducido en un aumento en la producción de un país, lo cual puede llevar a un nivel más alto de bienestar.

El talento de las generaciones que vayan egresando del nivel superior de educación llevaría a hacer más eficientes los procesos productivos y se crearían círculos virtuosos de inversión en capital humano, generación de riqueza y bienestar social.

Al invertir en la educación de los jóvenes se garantizaría un mayor uso tecnológico debido a la facilidad que poseen para el uso de las nuevas tecnologías y aunado a esto, los jóvenes podrían competir bajo mejores condiciones, en puestos de trabajo en otros países.

Frente a la oportunidad que tiene el país, al contar con un importante bono demográfico, ha sido pertinente introducir este marco teórico.

El fenómeno nini es la consecuencia de los retos que hoy en día enfrentan los jóvenes (que tienen que ver con el resquebrajamiento familiar, las debilidades del mercado laboral y las deficiencias del sistema educativo) que no se han resuelto, por lo que se puede afirmar que las políticas públicas no han sido apropiadas y en ese sentido, falta mucho por hacer para insertar a una gran cantidad de jóvenes en el desarrollo del país y para garantizar que se está aprovechando el bonodemográfico.

¹ Lomelí García, Paulina. El reto de los jóvenes en México: retos y oportunidades. Documento de trabajo No.695, agosto del 2016. Págs. 47



Según lo que se observa en las proyecciones de CONAPO respecto a la población joven, en 2018 se terminará el bono demográfico, es decir se alcanzará la máxima cifra de personas en edad de trabajar de México; en ese sentido es de suma importancia emprender una estrategia para aprovechar este potencial.

México fue uno de los países que mayor aumento tuvo en el desempleo de jóvenes a raíz de la crisis económica de 2008- 2009, según un artículo publicado por la revista Forbes, al pasar de un 7% en el cuarto trimestre de 2007 a un 10% en el primer trimestre de 2012, y ello no mejoró en los siguientes años ya que, en 2014, el nivel de desocupación general alcanzó una cifra de 4.3% de la PEA, mientras que la tasa de desempleo de los adolescentes de 15 a 19 años y de los jóvenes de 20 a 24 años fue de 9.8 y 9.2%, respectivamente; para 2015 la tasa de desempleo de jóvenes mexicanos de entre 15 y 24 años estuvo entre 8.8% y 8.6%; para 2016 la tasa de desempleo de los jóvenes en el país bajó a 8.6% (en febrero de 2016) Lo cierto es que al año se necesitan crear 1,000,000 de empleos para que los jóvenes egresados de las universidades se incorporen al mercado laboral formal y sin embargo, las cifras muestran que en 2014 se generaron 714 mil, mientras que en 2015 se crearon 644 mil, lo cual muestra que año con año se engrosan las filas de desempleo en el país. Aunado a esto es preocupante, que casi el 60% de las personas que laboran se encuentran en el sector informal.

¿Qué es un NINI?

Por otra parte, además, de las personas que ya han egresado de las universidades y que no encuentran empleo, se encuentran las que no han terminado sus estudios pero que habiendo desertado no han podido encontrar una fuente de empleo. A estas personas se les ha acuñado el nombre de NINI (Jóvenes que no trabajan ni estudian ni están en ningún tipo de entrenamiento o capacitación. NEET, OCDE).

El término *nini* involucra a los jóvenes cuyas edades van entre los 15 y 29 años, que además no trabajan,⁴ ni de manera formal ni de manera informal, así como a los que tampoco se están preparando en alguna institución educativa para integrarse al mercado laboral ni se encuentran en algún tipo de entrenamiento o capacitación para estos fines.

Desde este punto de vista es preciso señalar que en la medición se tiene el siguiente supuesto: la vida de un joven tiene sentido en la medida en que se encuentra inmerso dentro del mercado laboral o se está preparando para ello, aunque debe reconocerse que cuando se hace mención de que millones de jóvenes en México no trabajan, significa que, aunque no estén realizando la actividad propia de quien tiene un empleo, tampoco significa que no estén haciendo algo.

Si se toma en cuenta un grupo de ninis más *puro* se debe excluir a las personas que realizan labores domésticas sistemáticas; cuidadores de enfermos, niños y/o ancianos; personas que están realizando actividades lícitas de auto capacitación o de auto entrenamiento para encontrar mejores oportunidades de trabajo o para continuar estudiando, entre otras posibilidades; este grupo de personas resultaría inferior a las cifras desprendidas del Censo de Población y Vivienda 2010. Sin embargo, en este estudio se incluirán todas estas categorías.

¿Cuántos jóvenes no trabajan ni estudian, en México?

Si se toman en cuenta las mediciones de la OCDE, en la actualidad hay 31.5 millones de jóvenes entre 15 y 29 años en México (que representan el 26.1% de la población), sin embargo, el 22.3% de ellos no estudian ni trabajan ni están en algún tipo de capacitación, ocupando el quinto lugar respecto a los países de la OCDE.

Causas por las que un joven se convierte en un NINI

Según una encuesta realizada por Parametría, el 58% de los encuestados en 2013, manifestaron que “los ninis son ninis porque quieren”, esta afirmación debe analizarse.

Si se retoma la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del INEGI (ENOE), ésta distingue entre la población que declara tener impedimentos para integrarse al mercado de trabajo de la que no considera esa opción por estar fuera de sus intereses.

Pese a todo, hay que señalar que entre la serie de impedimentos que capta la ENOE, destaca el “que no se puede encargar a nadie más el cuidado de niños, ancianos o enfermos”; además de no contar algunos otros con estudios suficientes para solicitar un trabajo o, incluso, la oposición de uno de los dos miembros que conforman una pareja para integrarse al mercado laboral. No es descabellado pensar que al menos alguno de estos mismos impedimentos ha obstaculizado a más de una persona el poder culminar hasta el nivel educativo al que tiene derecho.

Un análisis de fondo podría identificarlas, pero sin duda pesa de manera contundente que dentro de este conjunto de personas se ubica el grupo de mujeres más fértiles que hay en nuestro país, y que son las que tienen edades que van de los 20 a los 30. Asimismo, entre las mujeres sin participación en la actividad económica o escolar, también destaca el grupo dedicado a los quehaceres del hogar. Y si persistimos en esta idea de: mujeres sin participación en la actividad económica o escolar, no cabe la menor duda de que ser *nini* en México corresponde a un fenómeno que primordialmente afecta al sexo femenino, ya que de cada diez personas de 15 a 29 años que no trabajan ni estudian, ocho son mujeres y dos son hombres o, en otros términos, de cada cuatro *ninis*, tres son mujeres.

En cambio, en el aspecto laboral, se presenta una distribución inversa: aproximadamente de cada diez personas de este grupo que trabajan, siete son hombres y tres son mujeres. De ello resulta lógico que las mujeres en condición *nini*, debido a su bajo o muy escaso nivel de calificación, tendrán frente a sí una escasa oferta laboral con fuertes tendencias a la precarización, así como una doble y extenuante jornada de trabajo diaria.

También destaca el que una proporción muy significativa de este grupo carece o podría no contar con los necesarios servicios públicos de guardería para encargarse del cuidado de sus hijos, por no ser beneficiario de esta prestación y contratar estos servicios de manera particular sin duda resulta poco viable en términos de costos, mayormente si se trata de madres jefas de familia. Esto implica que el deseo o necesidad de criar en forma propia a los hijos, implica una decisión tomada libremente o porque no se tuvo otra alternativa.

Por lo tanto, aquellas mujeres que están al cuidado de sus hijos no debieran considerarse en el grupo de *ninis* debido a que están contribuyendo a la formación y cuidado de su familia.

Aspectos como la desintegración familiar, han venido cobrando fuerza en numerosos hogares del país y esto ha propiciado la aparición de más *ninis* debido a la pérdida de rumbo entre los adolescentes y es lo que a la postre, incluso, puede conducir a fenómenos como la farmacodependencia o la aparición de embarazos prematuros, y por ello, muchas personas entran en la condición de *nini*, muy a pesar de que las condiciones económicas empeoren y se requiera que más miembros dentro del hogar trabajen para suplir la falta de un padre proveedor.

Por ello se debe resaltar la importancia de contar con hogares en donde las familias estén unidas e integradas; ya que, si hay armonía en él, si se respira paz, si existe una relación amorosa entre los miembros del hogar, cualquier individuo tendrá grandes ventajas para enfrentar la vida; ¹⁴ pero si no tiene estas cosas o carece de algunas de ellas, enfrentará serias dificultades para salir adelante. Para triunfar en la vida, todo ser humano necesita un ambiente sólido y en paz. El vivir en paz se traduce en que los hijos quieran estar en su hogar. El día de hoy muchos jóvenes no quieren estar en el hogar, porque es un lugar conflictivo, lleno de problemas, gritos, pleitos y prefieren salirse a la calle; piensan ser más felices con los amigos y estando afuera hacen cosas inadecuadas. Pero cuando hay un hogar en paz, los hijos aprenden a valorar esa paz. Otra cosa que necesitan los hijos, además de tener una relación amistosa y en paz con papá y mamá, es que aprendan a ver a papá y a mamá como una autoridad en el hogar, y a respetar esa autoridad, con el fin de conducir las vidas de sus hijos en forma adecuada. La primera autoridad con la que se enfrenta el ser humano en esta vida son los padres. Sin duda, para todo existe una autoridad. La libertad que tiene el ser humano no es una libertad sin límites, los límites siempre los pone una autoridad. Pero siendo en este caso los padres la autoridad, deben actuar como una autoridad en amor. Para ejercer una buena autoridad en amor se debe utilizar una adecuada comunicación.

La comunicación ha demostrado ser muy eficaz en conducir a los adolescentes por los años difíciles que pasan. Es necesario aprender a escuchar y a entender, para una comunicación efectiva con otra persona se debe escuchar lo que él o ella está diciendo. Quizás muchos *ninis* no quieren estudiar ni trabajar por desinterés u otra razón, pero no identifican en sus padres los interlocutores adecuados para transmitir sus inquietudes. Es muy probable que algunos padres quieran que sus hijos vuelvan a estudiar o trabajen, pero sin escuchar sus inquietudes, por lo que una buena comunicación con sus hijos puede lograr propósito deseado, así como el ocuparse de todos aquellos factores que propicien condiciones para un adecuado ambiente de paz dentro del hogar. Ahora bien, existen hogares que, aunque tengan un ambiente adecuado o lo más adecuado posible, prevalecen condiciones económicas que dificultan las posibilidades de estudio o existen fuertes necesidades que orillan a los o las jóvenes a permanecer en ellos. Respecto a este último punto, lo que se observa es que no son pocas las mujeres o individuos que, sin tener participación en la actividad económica o escolar, están dedicados a los quehaceres del hogar: de acuerdo con la Encuesta Nacional de la Juventud de 2010 (ENJ), más del 70% de las mujeres consultadas con categoría *nini*, realizaba tareas domésticas en su hogar¹⁸. Sin embargo y por increíble que parezca, a las tareas domésticas se les puede atribuir un valor de mercado.

¿A qué magnitud del PIB ascenderían estas tareas?, y ¿cuál sería el valor de las transacciones de mercado que tendría el trabajo doméstico? De acuerdo con los investigadores Rodrigo Negrete Prieto y Gerardo Leyva Parra del INEGI, si se retoma la cuenta satélite del trabajo para México que maneja este instituto, el valor de mercado que tendrían las tareas domésticas sería equivalente al 22.6% del PIB. Este valor, supera en magnitud la contribución individual de las actividades manufactureras, así como del comercio, de la construcción y de la agricultura que se desarrolla en nuestro país. Si alguien duda de lo increíblemente valioso que resulta el trabajo doméstico, pero a la vez, de lo escasamente o para nada remunerado que está, es alguien que está por completo fuera de la realidad.

Asimismo, existen datos que manifiestan una alta movilidad dentro del grupo de los ninis, ya que con mucha frecuencia pasan de estar inactivos y/o desocupados a trabajar o a estudiar.

Esto se corrobora cuando se advierte que cerca del 84% de los jóvenes consultados por la ENJ estaban buscando empleo y 55% de las personas inactivas que no estudian ya tenían experiencia laboral previa. Es entonces posible afirmar que las razones por las que este grupo de población ha optado por dejar sus estudios o empleos o simplemente no buscarlos, no se limita a una decisión personal o por simple pereza, sino por causas de distinto orden entre las que se identifican cambios que pueden afectar la composición de su hogar o las características de su economía familiar.

Por otro lado, y amén de la incapacidad del sistema educativo mexicano de retener a la población en edad escolar, sea por bajo nivel académico o por la deficiente cobertura, “para muchos jóvenes la educación no tiene sentido, pues no les garantiza acceder a mínimos de bienestar”²². De ahí que la deserción se convierte en *la salida* para muchos de estos jóvenes, sin que analicen muy probablemente las consecuencias que esto acarreará para sus vidas.

En el pasado, cientos de jóvenes abandonaban sus estudios para incorporarse al mercado laboral, formal o informal, con el propósito de contribuir al sostenimiento familiar o por el hecho de conformar su propia familia, con lo que el proceso de adopción del rol de adulto *se aceleraba*. Hasta el día de hoy, se continúa dando este mismo proceso, pero se puede afirmar sin temor a la equivocación, que ha cobrado mucho mayor fuerza el fenómeno de *alargamiento de la infancia*; el cual se asocia, las más de las veces, a una mayor escolaridad de los jóvenes que la que se daba antes.

Sin embargo, son muchos los jóvenes comprendidos entre los 15 y 29 años, quienes están abandonando el sistema educativo sin incorporarse al mercado laboral o, simplemente, no están buscando hacerlo. Al considerar el informe 2014 del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), se observa que la deserción “afecta a 20% de una generación de educación secundaria y a 40% de una de media superior.

Es también un fenómeno con graves consecuencias pues los desertores tienen dificultad para encontrar un trabajo digno y pueden convertirse en presa fácil del crimen organizado”. Las cifras que aporta el INEE sin duda son alarmantes, pero más alarmante aún es que los jóvenes de nuestro país estén siendo reclutados por el crimen para desarrollar sus actividades. La encuesta de *parametría* que señala que los *ninis* son *ninis* porque así lo quieren, el 58% de encuestados también afirma que “la delincuencia organizada es mucho más atractiva para un nini que estudiar o trabajar”, y un 33% de éstos “cree que estas actividades son opciones interesantes para una persona sin estudio o trabajo.

México necesita invertir en educación e invertir bien, es decir, debe fortalecer las habilidades y conocimientos de los maestros para enseñar y debe proveer a los alumnos aulas dignas y programas de estudio que potencien todos sus talentos para aprender y aplicar lo aprendido. A continuación, se muestra que existe una relación inversamente proporcional entre el porcentaje de gasto destinado a la educación y la proporción de jóvenes que no trabajan, ni estudian ni reciben algún tipo de entrenamiento.

Encontrarse en zonas urbanas o semiurbanas. Por lo demás, ser *nini* se corresponde más con un fenómeno de tipo urbano y semiurbano que uno de tipo rural, más sin excluir a esta última población. Esto se percibe si se mide la totalidad de personas, pues de acuerdo con el Censo de 2010, en las localidades de 2,500 a 14,999 habitantes (semiurbanas) y de 15 mil a más habitantes de nuestro país, vivía el 68 % por ciento de los *ninis*; pero por frecuencia o regularidad, el fenómeno se observa en forma más acusada en el ámbito rural, al detectarse una mayor exclusión de los jóvenes en los ámbitos educativos y laborales de las áreas rurales de nuestro país, además de que las oportunidades y opciones laborales y educativas son más reducidas en las mismas,²⁶ así como una menor remuneración en prácticamente todas las actividades laborales que se desempeñan en el campo.

Al considerar otros países distintos a México, se aprecian rangos diferentes o se les adicionan características especiales para catalogar a los *ninis*, y que en algunos casos conllevan una serie de agravantes sociales o se incrementa el grado de presión cultural al que son sometidos los individuos que lo forman. Tal es el caso de algunos países asiáticos como Japón y Corea del Sur, donde el rango de edad para las personas consideradas *ninis* va de los 15 a los 34 años de edad e incluye a todos los que están fuera del mercado laboral o de la educación formal y que además son solteros.

Sin duda, ser *nini* constituye una realidad de carácter global, pero con peculiaridades locales. En el caso de nuestro país, el cual, aunque ocupaba el tercer lugar entre las naciones que forman parte de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) en cuanto a mayor porcentaje de población de 15 a 29 años que ni estudia ni trabaja -sólo superado por Turquía e Israel- para 2009, tenía el segundo sitio dentro de la misma OCDE por contar con la mayor proporción de mujeres que no estudiaban ni trabajaban en ese mismo año, apenas superado por Turquía. En contraste, países con mayor desarrollo que México, como Canadá, Italia y los propios Estados Unidos de América, entre otros, presentaban un porcentaje elevado de varones que no estudiaban ni trabajaban. Esto significa la existencia de una correlación entre menor desarrollo nacional y mayor proporción de ninis.

Jóvenes entre 15 y 29 años que no trabajan, no estudian y no están en capacitación alguna (por género). En donde en términos generales se observa una mayor proporción de mujeres ninis en relación a los varones.

Los retos que existen a nivel mundial para este problema tan singular son múltiples, pero no puede dejar de mencionarse que la inactividad de este grupo de personas, los que están en la flor de su juventud, conlleva elevados costos económicos y sociales para cualquier país, porque la falta de calificación educacional o de experiencia laboral, se traduce en bajas tasas de inversión en capital humano equivalente a un bajo o difuso crecimiento y/o en una disminución de los niveles de percepción salarial y de bienestar social.

Por lo que, dejar abandonado a este sector de la población o no brindarles el apoyo necesario, significa no sólo que se estará contribuyendo al debilitamiento de la economía, sino también al resquebrajamiento de la cohesión social; así como a la precarización laboral y a un aumento de las condiciones de pobreza de grandes sectores de la población, a largo y mediano plazos. Una válvula de escape a la falta de oportunidades para los jóvenes ha sido también la emigración, ante las restricciones del mercado laboral mexicano y en la actualidad un 20% de los varones mexicanos de 20 a 29 años vive en Estados Unidos, lo cual, constituye una considerable pérdida de fuerza de trabajo y talento para el país, así como una realidad que fractura al tejido social de la nación y perpetua el rezago en el que viven amplias zonas del país. Pero lo más lamentable: la posible pérdida de jóvenes vidas humanas al infringir la ley (por crímenes y delitos o por emigrar de manera irregular) En cuanto al bono demográfico de nuestro país, el Consejo Nacional de Población (CONAPO) prevé que la pérdida proporcional de población joven y adulta en condición productiva continuará produciéndose. ¿Por qué es preocupante esta situación? Porque de nada sirve contar con un bono demográfico, así fuera realmente vigoroso, si éste no se traduce en un beneficio real para la población y el país, como el famoso caso que se dio sobre la economía de los EUA después del *baby boom* ocurrido tras la Segunda Guerra Mundial, en virtud de la potencialidad que originó el incremento de 30 millones de personas durante una sola década, quienes en un tiempo pertinente se convirtieron en estudiantes, ciudadanos, empleados, empresarios, consumidores, y en resumidas cuentas, en fortalecedores de la economía y del tejido social de ese país.

Claro, se les brindaron todas las oportunidades a los baby boomers, y precisamente de eso se trata, de brindar oportunidades no a 30, sino a 3 millones de personas catalogadas de *ninis*. La economía número 15 a nivel mundial puede y debe hacerlo.

En tanto que eso ocurre, continúa disminuyendo el bono demográfico de nuestro país, y lo más lamentable de ello es que no se haya aprovechado este *plus* como debió de hacerse. La numerosa presencia de *ninis* en nuestro país constituye un verdadero potencial de desarrollo subutilizado, por falta de inversión educativa, carencia de estímulos y escasa mejoría del capital humano que potencie el crecimiento de la nación.

A pesar de todo, México aún tiene posibilidades de aprovechar su bono demográfico. Según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) este *plus* tendrá vigencia todavía hasta el principio de la década del 2020 (dos años después a lo que se afirmó en el principio), y entonces, la población dependiente empezará a aumentar más que la productiva³⁴. Sin embargo, mientras no se generen los mecanismos de atención y apoyo a los jóvenes de nuestro país, continuará la puerta abierta hacia el vecino país del Norte, invitando a buscar en otro país, los medios de subsistencia que no encuentran en el suyo.

¿Qué se está haciendo para ayudar a los jóvenes en México?

Más allá de las muchas o pocas opciones que ofrece la economía y/o la sociedad para impulsar o favorecer los cambios que se requieren en las vidas de este grupo de personas, es conveniente determinar por dónde iniciar y con quiénes iniciar.

Con base en los datos proporcionados por la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo de 2009 se detecta un sector de jóvenes dedicados a realizar actividades productivas que, aunque rara vez son intercambiadas por una ganancia, porque en su mayoría se destinan al autoconsumo, genera una seria posibilidad de fortalecer la economía familiar y también de incorporación a la dinámica del mercado. Ciertamente es que en este caso se trata de jóvenes habitantes de áreas rurales, pero en ello se observa que la improductividad o la flojera, no es por supuesto, una peculiaridad que les caracterice.

Se debe apoyar a los estudiantes normalistas a continuar sus estudios, por ser de los sectores estudiantiles más necesitados, y quienes también son propensos a abandonar sus estudios frente a dichas necesidades. El impulso emprendedor entre los jóvenes de México es una buena alternativa, pero no deben limitarse sólo al *mundo urbano*. Es por ello muy afortunado para el país que existan programas sociales como el de Apoyo a Jóvenes Emprendedores Agrarios; que, junto con otros programas, apoyos y becas, entre otros, que se ofrece a los jóvenes de este país, constituyen diferentes oportunidades para el desarrollo de sus habilidades, capacidades y destrezas.

No obstante, esta pequeña muestra que se presenta es necesario hacer los programas de apoyo a los jóvenes lo más accesibles posibles para que existan más y mejores apoyos para los mismos. De no ser así, se continuarán manejando las cifras que expuso la Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012, en donde se advierte que de 5 mil casos levantados por dicha encuesta, sólo poco más del 16.4% de ese número ha intentado comenzar su propio negocio y de este mismo porcentaje, poco menos del 50% lograron concretar el negocio y de este último porcentaje, poco más del 80% manifestó que aún continuaba funcionando el mismo en ese momento, lo que en rigor querría decir, que un aproximado del 7% de la población encuestada presentaba un negocio en funcionamiento para ese momento. Las razones por las cuales dicha población señaló invalidaron el éxito de los negocios emprendidos tuvo que ver en el 26.1% de los casos con falta de dinero, 13.2% por no contar con permisos oficiales, 9.7% por falta de tiempo, 8.1% por carecer de personal que los ayudara y 20.5% porque no funcionó la idea, entre otras.

Las condiciones a favor del emprendimiento en México no son del todo distintas, a lo antes señalado, pero en el caso de los jóvenes se agudiza por su falta de preparación y/o experiencia.

En virtud de lo cual, se requieren de políticas públicas mucho más sólidas, más integrales y de mayor peso para aportar verdaderas soluciones a las necesidades de los emprendedores de este país, y en particular, de los más jóvenes.

Ahora bien, ¿cómo configurar una política pública realista en la materia? o ¿cómo enfocar las políticas públicas a favor de los jóvenes? De igual manera, ¿qué cifras deben manejarse para poder influir de manera real sobre este grupo de población?

Propuestas para generar mayores oportunidades

Quienes trabajan en el diseño de dichas políticas, parten del supuesto de que, si se aumentan las oportunidades escolares o de empleo, de inmediato o casi de inmediato las aprovecharán los jóvenes de nuestro país. El Programa Nacional de Población (PNP) 2014-2018 propone como uno de sus objetivos, el 3.2, garantizar la inclusión y la equidad en el sistema educativo. Para ello, se propone ampliar los apoyos a niños y jóvenes en situación de desventaja o vulnerabilidad⁴⁵.

¿Cuántos o qué tipos de apoyos se proponen? no se hace alusión explícita a los mismos, pero lo que sí es cierto es que se habla de las características demográficas de nuestro país, con una importante presencia de jóvenes, como una ventana de oportunidad en virtud del bono demográfico que representa, pero no se va más allá de esto, ni tampoco se considera que dicha ventana está próxima a desaparecer.

otras estrategias que propone el PNP 2014-2018, figura el fomentar la inversión en capital humano entre la población adolescente y joven para aprovechar los beneficios del cambio demográfico, con líneas de acción que consideren lo siguiente:

Fomentar el diseño de programas públicos dirigidos específicamente a atender las necesidades de los adolescentes y jóvenes.

Generar y difundir escenarios que amplíen las oportunidades de educación y empleo que harían posible el aprovechamiento de la ventana de oportunidad demográfica.

No es por cierto la primera vez que se pretenden desarrollar estrategias encaminadas a *resolver* la problemática de los jóvenes relativa a sus carencias en materia de educación y/o empleo. Al respecto, se pueden mencionar los siguientes ejes que también contienen determinados planteamientos estratégicos:

Atender el rezago educativo acumulado mediante acciones dirigidas a ampliar las capacidades y desarrollar las competencias de los jóvenes (educación a lo largo de la vida).

Acciones dirigidas a facilitar la incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo y estimular el emprendimiento y la formación de negocios (capacitación laboral, incentivos a la primera contratación, prácticas profesionales, reformas a las leyes laborales).

Impulsar servicios sociales públicos para reducir el tiempo dedicado a tareas domésticas (guarderías, estancias).

La propuesta e implementación de acciones encaminadas a la solución del o de los problemas que enfrenta este grupo de población representa un avance, pero como lo expresan Estela Rivero y Carla Pederzini, de manera respectiva, dichas acciones “corren el riesgo de no ser exitosas si no se dirigen a la población más necesitada, si no consideran las barreras a las que se enfrentan los individuos para acceder a lo que se ofrece, o si no toman en cuenta otras formas de comportamiento que pueden estar ocurriendo. Primero que nada, es bueno partir de lo siguiente: ¿a quién estarán dirigidas estas políticas? ¿A la totalidad de personas, hombres y mujeres, que componen este grupo? Es importante descartar, como lo señalan diversos investigadores y expertos en la materia, algunos de ellos citados por esta investigación, a mujeres que se dedican al hogar, a personas con discapacidades para trabajar, a quienes están buscando un trabajo, a quienes dedican su tiempo a cuidar a otros miembros del hogar y a quienes se les prohíbe trabajar. Como se vio previamente las cifras se reducen considerablemente al acotarse a grupos más restringidos de población, las cuales fluctuarían de los 2 a los 1.8 millones y no los más de 8 millones extraídos del Censo de Población y Vivienda de 2010.

Sin embargo, al excluir en forma indiscriminada a todo este grupo de personas se corre el riesgo de que no reciban apoyo, muy probablemente, algunos de los sectores más necesitados de ayuda, partiendo también de otra idea: ¿qué clase de apoyo se les debe de dar a este tipo de personas? Al respecto, no existe la menor duda de que la numerosa presencia de amas de casa que se incluye entre los ninis, indica incompatibilidad de las labores domésticas con la participación laboral o escolar; o que la condición de género (femenino) y la necesidad de cuidados al interior del hogar o los embarazos prematuros sean una realidad⁴⁹, y que además constituyan factores que pueden obstaculizar la incorporación de algunos jóvenes a la escuela y/o al mercado de trabajo, aun sin tener la condición de amas de casa.

Pero entonces, ¿se les debe excluir?, siendo que quienes forman parte de este sector son de las personas más necesitadas. Es indudable que el apoyo que exigen no es uno que puede ser brindado por medios tradicionales, sino que deben generarse propuestas innovadoras que contribuyan al mejoramiento de su calidad de vida, sin duda, sujeta a más afectaciones de las que uno se puede imaginar. Hoy por hoy, no es pertinente recurrir únicamente a medios tradicionales porque tanto derecho tiene una persona a dejar a su hijo al cuidado de una niñera o encargada de una guardería, como de ser ella misma quien se encargue del cuidado de su hijo.

La cuestión es, por ejemplo, no sólo abrir más guarderías, esto sería lo tradicional; sino lo alternativo sería llevar el empleo o la capacitación al hogar, y aun también la oportunidad de continuar los estudios en casa. Esto sería lo alternativo y las alternativas tecnológicas sin duda existen para ello. Pero con todo, hay que ir más allá de esto. Se deben diseñar políticas públicas novedosas que se orienten a propiciar sistemas de educación a distancia y oportunidades de empleo que se desempeñen o resuelvan por medios remotos. Lo cual ya es posible por medio de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC's). De igual modo se deben diseñar mecanismos que apoyen a las jóvenes madres que ni aun por medio de las TIC's puedan llevar a cabo dichas tareas, amén de ser capacitadas, sino que por falta de tiempo les resulte verdaderamente imposible. Aquí es donde entra el diseño de programas sociales que deben apoyar a este grupo de población, seguramente en condiciones de pobreza o cercanas a esta. En realidad, la sociedad les estaría pagando por un bien generado; de manera muy similar a los campesinos que se les paga por la prestación de servicios ambientales, como es el cuidado de un bosque, del suelo de conservación o por un manejo hidráulico adecuado. Cuando a estas mujeres se les apoye por cuidar a sus hijos se les estará retribuyendo un servicio prestado a la sociedad ya que con esto se propicia el desarrollo de individuos mejor cuidados y mucho más amados.

Cuestiones subjetivas que para el mercado pueden no tener sentido, pero cuando esta circunstancia se traduzca, en el mediano plazo, en el descenso de los índices de criminalidad y en la reducción de partidas presupuestarias orientadas a la sanción o prevención de delitos, se entenderá que llevar a cabo este pago de servicios no es contrario al mercado, sino que lo protege y que no es un acto conservador sino moderno.

Por eso es también válida la pregunta de ¿si el valor de mercado que tienen las tareas domésticas (mayor al 22.6% del PIB) no puede ser considerado y convertido en bonos o en alguno otro instrumento que apoye determinados programas sociales? Las Alianzas Público Privadas (APP) no deben ser vistas como una moda, sino como una posibilidad para revalorar un trabajo por muchos años vilipendiado y que pueda transformarse en una puerta para el desarrollo y mejoría de amplios grupos sociales. El reto del momento es identificar esa puerta y proyectarla de la manera más adecuada.

Es necesaria una renovación en el modelo educativo a fin de desarrollar las capacidades científicas de los alumnos para competir. El porcentaje de alumnos, de 15 años, con un alto desempeño en ciencias, según la Prueba PISA, en los países de la OCDE, en promedio, es de 8.51, mientras que en México el porcentaje es de

0.14. Al comparar este porcentaje con el que presentan algunos países de AL, lo que se observa es que México está por debajo de Chile (1%), Brasil (0.3%), Argentina (0.24%) y Costa Rica (0.24%).



Es necesario apoyar el emprendimiento que innove ya que según el Global Entrepreneurship Index, que es elaborado por The Global Entrepreneurship and Development Institute, proporciona una visión detallada del ecosistema emprendedor de 130 naciones, a partir de la combinación de datos individuales y componentes institucionales, coloca a México en la posición 75. Según este índice, los aspectos en los que México obtuvo una menor calificación al promedio de los 130 países, son: Internacionalización (capacidad para exportar), Capital humano (nivel de preparación, Innovación de procesos, Apoyo cultural (nivel de corrupción percibida para emprender, por ejemplo), Competencia, Crecimiento alto (capacidad de expansión de la empresa), Capital de riesgo (poco acceso), Habilidades de puesta en marcha (no sólo la motivación sino la capacitación), Tecnología, Innovación de producto.

Además, es necesario mejorar el clima de negocios ya que según el indicador Doing Business, elaborado por el Banco Mundial, México ocupa el lugar 39 de entre 189 economías, en 2015, mientras que en 2014 se encontraba en el lugar 43.

Ahora más que nunca se debe aumentar la productividad ya que el país ocupa el último lugar en este rubro de entre los países de la OCDE. Esto se debe a la existencia de dos Méxicos que se encuentran a velocidades diferentes.

Conclusiones

A partir del análisis realizado se puede concluir que la hipótesis a probar es verdadera, es decir, ser *nini* es el resultado de retos en materia de política pública no resueltos (en materia familiar, laboral y educativa), lo cual ha llevado a no aprovechar el bono demográfico que posee el país.

La inactividad de un importante sector de la población conlleva elevados costos económicos y sociales para cualquier país, máxime si se trata de la población laboral más joven y la escolar con más prospectiva; es decir, la comprendida entre los 15 y 29 años. Atribuible no siempre a la falta de calificación educacional o experiencia laboral, sino a múltiples y muy diversas razones como se pudo advertir a lo largo de este documento de trabajo (desintegración familiar, falta de apoyo gubernamental, embarazos prematuros, necesidad de cuidado de algún miembro de la familia y trabajo doméstico, entre otras muchas razones que incluso no pudieran haber sido tocadas por este documento. Todo lo cual, entre otras consecuencias, se traduce y se ha traducido en bajas tasas de inversión en capital humano, propiciando el bajo o difuso crecimiento y una disminución de los niveles de percepción salarial y bienestar social, que arroja altas posibilidades de rezago económico y aún de pobreza para quienes se encuentran en esta condición de inactividad y, por ende, entre sus familiares.

La migración, la delincuencia, la informalidad, etcétera asoman como alternativas de *vida y desarrollo* para este sector de la población; pero sin duda, ni son las más deseables ni las más pertinentes.

¿Para qué quiere un país un bono demográfico si no lo aprovecha de manera responsable y decidida? Y la ocasión para aprovecharlo en nuestro país se acerca a su final, pero aún no es el final. Todavía hay tiempo de aprovechar este potencial, antes de que la población dependiente aumente y México se quede sin futuro o su futuro luzca más bien sombrío. Las políticas públicas en nuestro país pueden aportar soluciones al problema y aún asignar presupuesto, pero ante el número tan elevado de *ninis*, no parece ser suficiente ni la forma ni la cantidad. Es necesario innovar las formas de participación, las políticas y los procedimientos. La necesidad de participación de las organizaciones de la sociedad civil (OSC) en el asunto es ineludible, porque imprimen transparencia y frescura a dichas políticas. Y, aunado a ello, la presencia del sector privado es de indiscutible relevancia para impulsar y hacer más eficientes los procesos que no le corresponde o no siempre puede impulsar el sector público. No deja de ser tampoco relevante hacia quién o quiénes y de qué manera se deben dirigir las políticas o propuestas generadas. La población de *nini* se debe categorizar y se debe especificar, no excluir ni tampoco sobre estimar. Algunos apoyos deben destinarse a jóvenes que sólo necesitan un empujón para consolidar su negocio; otros jóvenes lo necesitan para concluir sus estudios; otros necesitan apoyos para el cuidado de sus hijos, ancianos o enfermos; algunos quizás necesitan apoyos para nutrirse en forma adecuada, antes que pensar en continuar con sus estudios u obtener algún trabajo.

Pero lo que es un hecho es que el joven *nini* constituye un capital humano desaprovechado, por lo que es tiempo de hacer algo por ellos. Se deben unir esfuerzos institucionales, logísticos y administrativos y en ello debe centrarse la nueva agenda de investigación. Aún hay tiempo de respaldar el futuro de México.

LOS JÓVENES Y LA

DEMOCRACIA: RETOS Y PERSPECTIVA PARA EL EJERCICIO DE SU CIUDADANÍA

02

LOS JÓVENES Y LA DEMOCRACIA: RETOS Y PERSPECTIVA PARA EL EJERCICIO DE SU CIUDADANÍA

Oscar Antonio Jiménez Morales¹

Los jóvenes no son un grupo homogéneo. Los "jóvenes", como concepto, se encuentran en una categoría de análisis de contenido histórico, social, económico y político. Dos de las variables demográficas más importantes de este concepto son la edad y el género. Poseen características, metas, anhelos e interacciones sociales diferentes; dependiendo de estas variables, los jóvenes asumen distintas maneras de percibir el mundo y de actuar sobre él.

Empero, además de todos estos criterios sociológicos, hemos de considerar la trayectoria que los lleva al ejercicio de su ciudadanía en un sentido amplio. Muchas de las veces, los sectores juveniles de mayor vulnerabilidad social no encuentran un camino hacia el correcto ejercicio de su ciudadanía.

Este es el asunto que interesa tratar; para ello, formulo las siguientes preguntas: ¿Qué atributos contiene el sector de las culturas juveniles más vulnerable en términos sociales? ¿Cuáles son las repercusiones económicas, políticas y sociales de estar en ese sector de alta vulnerabilidad social? ¿En qué medida se ven afectadas las posibilidades de ejercer una ciudadanía integral?

Para contestar a estas preguntas, he distribuido el desarrollo del trabajo en tres apartados. El primero de ellos, intitulado "El modelo sectorial", consistirá en la descripción del sector de jóvenes que interesa abordar; me ayudaré de un esquema, construido a manera de intersecciones de subconjuntos, que pueda describir sus propiedades, atributos y características.

Hablaré propiamente de la democracia societal y de la ciudadanía integral como uno de los grandes objetivos e ideales que cualquier sociedad que se denomine o se haga llamar democrática pretenda aspirar. Este ejercicio nos ubicaría en el análisis, y mostraría cuán lejos estamos los mexicanos, sobre todo los jóvenes de nuestro país (y más aún, el sector o sectores más vulnerables), de alcanzar una ciudadanía plena.

Discutiremos sobre los atributos del sector y los efectos sociales, económicos y políticos que aquéllos pueden provocar: migración, violencia, baja o nula participación política y el abstencionismo electoral, drogadicción, alcoholismo y lenocinio.

¹ Revista de la Facultas de derecho y ciencias sociales. Tlamelaua. Vol. VIII No. 37, marzo del 2015. Págs.

Es de obligada mención que, a partir de la puesta en marcha de la denominada "guerra contra el narcotráfico" (después llamada "lucha contra la delincuencia"), emprendida por el entonces titular del Ejecutivo, Felipe Calderón, el país se ha sumido en una espiral de violencia sin precedentes, en la cual los jóvenes están directamente involucrados: como perpetradores y como víctimas de todas las calamidades, inducidos por las cabezas de los distintos cárteles del narcotráfico, así como de diversas organizaciones delincuenciales en el país.

Esta situación ha potenciado al máximo la ya de por sí lamentable situación de los grupos vulnerables de jóvenes, cuyos cuerpos, desgraciadamente, en la mayoría de los casos, acaban en fosas clandestinas.

La democracia societal no se limita a las consideraciones electorales o procedimentales o a los aspectos referentes a un concepto de democracia meramente formal; además, toma en cuenta aspectos económicos, sociales, políticos no electorales, y culturales, que enriquecen el concepto. Se erige como un ideal que cualquier sociedad "democrática" debiera pretender alcanzar.

La democracia, más allá de un régimen o forma de gobierno, es una forma de vida en donde se ponen de relieve los valores más altos en el sentido humano.



Así, la democracia, en su concepción extensa (societal o integral), no minimalista, tiene que ver con la defensa del Estado de derecho, la división efectiva de poderes, el voto universal, la celebración de comicios periódicos, la competencia efectiva entre partidos políticos; con la defensa institucional de los derechos humanos; con la libertad de expresión, opinión, pensamiento, conciencia, religión, asociación y reuniones pacíficas; con el derecho a la libertad de investigar y de recibir y difundir informaciones e ideas por cualquier medio de expresión.

Tiene que ver también con la participación política (no sólo electoral) activa de la ciudadanía y con la transparencia de la gestión pública; además, este ideal democrático tiene que ver con el respeto a las diferencias étnicas, religiosas, de género, de orientación sexual e ideológicas; sin pasar por alto que la democracia, en total sentido, tiene que ver con el acceso a niveles mínimos de bienestar socioeconómico, pues los valores de igualdad, libertad y justicia no se remiten sólo al ámbito político.

La democracia implica, establece George Sabine, una concepción del ser humano y de la construcción de la ciudadanía integral. En este tenor, el gran ideal de una sociedad que se precie de tener un régimen democrático y que desee democracia en todos los ámbitos, deberá aspirar a ese gran ideal denominado democracia societal: deberá aspirar a alcanzar la ciudadanía integral en donde se integran la civil, la política, y la social (esta última con un factor económico muy importante). La ciudadanía es la condición de pertenencia y participación en la Politeia u organización política, donde se integran los miembros de la sociedad.

Más allá de su plasmación en el derecho positivo de las modernas democracias, la ciudadanía hace referencia a un conjunto de prácticas y usos que otorga la cualidad de componentes activos a los individuos en su comunidad de referencia. En este sentido, la ciudadanía es, principalmente, un estatus conformado por el acceso a los recursos básicos para el ejercicio de los derechos y deberes. La no discriminación⁷ en el acceso a esos recursos constituye una de las condiciones necesarias de la ciudadanía.

Caso contrario, los titulares de los derechos permanecerían en una situación de precariedad, expresada como déficit de la ciudadanía. Un hito en la articulación del moderno concepto de ciudadanía, que atañe a su dimensión social, es el del pensador británico Thomas Henry Marshall, emitido en 1949. Marshall tenía la preocupación por teorizar la evolución de la ciudadanía en las sociedades capitalistas como una marcha hacia la igualdad social; distinguía tres ciclos históricos con sus correspondientes factores constitutivos: Un factor civil integrado por las capacidades de ejercicio de las libertades individuales fundamentales relativas a la vida y al desarrollo integral de las personas, de expresión y pensamiento, y a las más tangibles de propiedad, contractuales y de sometimiento a los tribunales de justicia;

Un factor político compuesto por los recursos de participación democrática que competen a las franquicias de elección y mecanismos de representación en la legitimación de la autoridad y el poder político. Por consiguiente, los individuos adquieren su estatus político ciudadano como electores y elegidos;

Un factor social garantizador de las aspiraciones a una vida digna y al bienestar social de los individuos, con acceso al trabajo remunerado y a la previsión social en situaciones de riesgo; tal estadio correspondería a la consecución de unos estándares de vida básicos legitimados por el conjunto de la ciudadanía.

José Antonio Ocampo entiende por ciudadanía social la extensión efectiva de los derechos humanos, en su doble dimensión de derechos civiles y políticos, que garantiza la autonomía individual frente al poder del Estado y la participación en las decisiones públicas, y de los derechos económicos, sociales y culturales que responden a valores de igualdad, solidaridad y no discriminación. La ciudadanía social se refiere a aquellos aspectos de la vida de los ciudadanos que afectan el potencial para desarrollar sus capacidades básicas.

Los derechos a la salud y a la educación son considerados componentes básicos de la ciudadanía social. A su vez, la falta de empleo, la pobreza y la desigualdad han sido ampliamente reconocidas como aspectos que obstaculizan la integración de los individuos en la sociedad. En condiciones de extrema pobreza y desigualdad, se dificulta la efectividad de un presupuesto clave ideal de la democracia: que los individuos son ciudadanos plenos que actúan en una esfera pública donde se relacionan en condiciones iguales. En la medida que la ciudadanía social contiene un componente económico, el empleo constituye para la mayoría de la población un pilar básico de su ciudadanía.

El trabajo es la forma en que los ciudadanos aportan a la producción de la sociedad y por la cual se hacen de medios que les permiten gozar de sus derechos.

Si bien los derechos civiles y políticos, así como los derechos económicos, sociales y culturales se rigen por estatutos jurídicos diversos en cuanto a su carácter, exigibilidad y mecanismos de protección, todos forman parte de los derechos fundamentales de las personas, reconocidos en las declaraciones y convenciones internacionales correspondientes.

De esta manera, si no se logran avances respecto a los derechos económicos, sociales y culturales, los derechos cívicos y políticos (tan difícilmente alcanzados en México y en muchos países latinoamericanos), tienden a perder sentido para los sectores con menores recursos. Esto es de suma importancia para entender la relación entre democracia societal, ciudadanía social y el asunto que estamos analizando como punto focal de este artículo.

Existe una relación bidireccional entre ciudadanía integral y desarrollo humano, puesto que el reforzamiento de la primera implica elevar el segundo, y el reforzamiento de este último blinda a la ciudadanía integral, sin antes pasar por la social, y ésta es la que, en última instancia, refuerza tanto la política como la civil.

A final de cuentas, la ciudadanía es una figura jurídica montada sobre el reconocimiento de individuos libres, iguales y autónomos, poseedores de derechos y obligaciones para con el Estado y sus instituciones, cuyas reglas deben imperar de manera justa e imparcial, garantizando el pleno desarrollo de aquéllos. Consustancial a la ciudadanía es la existencia de un Estado que asegure libertades básicas de acción política, tránsito, trabajo, así como derechos fundamentales que procuren el desarrollo individual y colectivo, como educación, vivienda, salud.

He descrito cómo sería una situación ideal en torno a la democracia y la ciudadanía integrales; ahora iré a un asunto mucho más concreto, en donde se inscribe la población objeto de estudio, cuyos atributos, anteriormente descritos, conllevan a problemáticas políticas, sociales y económicas.

El sector juvenil de mayor vulnerabilidad social es el que tiene baja escolaridad, bajos ingresos, y paternidad o maternidad temprana. Estos atributos lo colocan en desventaja con respecto a otros sectores juveniles. Dicha vulnerabilidad se tornaría todavía más compleja al añadir al atributo de "maternidad temprana", el de "soltera", o bien, a toda esta intersección, añadir el de "indígena" o el tener y manifestar una orientación sexual diferente a la heterosexual, dado el nivel de discriminación que impera en nuestro país.

Los jóvenes de México, como he dicho, no son un grupo homogéneo. Al igual que en el resto de la población, existen grupos con mayores y menores oportunidades de ejercer sus derechos. Este fenómeno es particularmente relevante en el ejercicio de los derechos sociales, pero también se expresa en los derechos civiles y políticos. García Moreno establece que el acceso de los adolescentes a una mejor educación redundaría en mejores empleos e incidiría positivamente en la ampliación de sus oportunidades de participación política.

Sin embargo, se observa que esto cada vez se torna más difícil, puesto que en un país como México, donde la gran mayoría de los puestos de trabajo no requieren alta especialización o un nivel de estudios, el sector de jóvenes o adultos jóvenes con un alto grado de estudios no encuentra empleo en el campo laboral. Este es uno de los sectores más golpeados por la más reciente crisis económica, desatada en 2008 ante la quiebra del banco norteamericano Lehman Brotheres.

García Moreno también establece que un amplio sector de adolescentes y jóvenes se encuentra inserto en un círculo vicioso: mala calidad de la educación y baja escolaridad, trabajo prematuro e ingresos precarios, empleos mal remunerados, escasa educación en valores ciudadanos y baja participación política.

Los efectos tanto de la ineficiencia como de la inequidad del sistema escolar, que en buena medida son reflejo del sistema social, político y principalmente económico (modelo neoliberal monetarista), son catastróficos para el ejercicio de los derechos y para el largo proceso de construcción de una forma de vida democrática. Empuja a los niños al trabajo prematuro y a los adolescentes al trabajo peligroso.

Por otra parte, el embarazo temprano es otro elemento que limita el ejercicio de los derechos; asumir antes de tiempo la responsabilidad de criar a un hijo conlleva grandes obstáculos para la participación política de los jóvenes padres, tanto hombres como mujeres, y para el ejercicio de sus derechos. La mayoría de las veces los obliga a sumirse, en malas condiciones, en la dura tarea de sostener un hogar. ¿Cuántos adolescentes y jóvenes han tenido que abandonar las actividades e inquietudes propias de la gente de su edad? Dichos jóvenes otorgan mayores ganancias a la industria de las fórmulas lácteas, de los pañales desechables, de los biberones, a la de los servicios médicos privados (si no se cuenta con los públicos), entre otras.

En México son muchos, y difícilmente se podría tener un estimado real a pesar de las estadísticas oficiales, toda vez que la realidad es compleja y cambiante y que la situación de polarización económica acentúa la magnitud de dicho sector.

De acuerdo con el Censo de Población y Vivienda de 2000, más de la mitad de la población de 15 años y más se encontró en condición de rezago educativo, es decir, no contó con la secundaria terminada. Para el año de 2004, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) calculó que más de 33 millones de hombres y mujeres de 15 años y más no lograron incorporarse o permanecer en el sistema educativo y concluir la educación secundaria.

En 2011, el estudio Mujeres y Hombres en México, del INEGI, estableció que la cobertura en educación media superior se incrementó del año 2000 al año 2010, al pasar de 55 a 67%; sin embargo, la educación sigue manteniendo serias deficiencias.

Suárez Zozoya indica que el establecimiento de la educación básica deviene exigencia para la formación de individuos reflexivos, autónomos y racionales, capaces de integrarse a la vida pública como portadores de la representación de su sociedad.

El volumen del rezago educativo es indicador del grado de injusticia que ha existido en el país y del nivel de vulnerabilidad que tienen el mismo y su población ante la actual competencia económica tanto nacional como internacional en condiciones de desventaja.

Ahora bien, uno de los estudios más recientes de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) en 2011 afirma que existen más de siete millones de jóvenes de entre 15 y 29 años que no estudian ni trabajan. Este no es un dato exacto, pero refleja la realidad de la juventud mexicana. Este sector de la juventud ha sido calificado con el término *nini*.

México ocupó el tercer lugar entre los países miembro de la organización. Se ubicó en primer lugar en el número de mujeres jóvenes sin empleo ni estudios. El estudio apunta a que México es el país que menos ejerce gasto público en educación como porcentaje del producto interno bruto (PIB) en comparación con el resto de los países miembro.

Para 2012, México ascendió un lugar más en el número de jóvenes *ninis*, dentro del conjunto de los países de la OCDE: casi 8 millones de jóvenes. Por lo regular, el fenómeno *nini* se genera en las clases medias (medias bajas, medias medias y medias altas) además de las clases altas, pues es un extracto de la sociedad que asegura a estos jóvenes la cobertura de sus necesidades básicas: alimentación, techo, vestido y hasta entretenimiento.

Hay diferentes tipos de *ninis*: los que por falta de una orientación vocacional no se deciden a estudiar alguna carrera universitaria, los egresados universitarios que, al no encontrar empleo en un lapso determinado, se resignan a no estudiar ni trabajar. Además, encontramos los rechazados de alguna institución educativa que, por la decepción, deciden dejar el estudio a un lado. El modelo económico que se cierne sobre México desde 1983, año en el cual se empezaron a aplicar las políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural de la economía mexicana (modelo neoliberal monetarista), auspiciadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, el proceso de privatización de la educación en detrimento de la pública, aunado al de crisis económica y al propio modelo económico capitalista atrasado y dependiente, han aumentado la cifra de jóvenes en esta situación.

He descrito hasta ahora el abanico de atributos que posee el sector juvenil objeto de estudio; ahora pasaré a la exposición, más explícita, de los principales efectos sociales, políticos y económicos que conlleva estar dentro de este subconjunto.

Desde 1982, México ha estado en una crisis económica permanente, y no ha sufrido un verdadero colapso porque, entre otras razones, la expulsión histórica de fuerza de trabajo a Estados Unidos le ha servido como válvula de escape y le ha permitido mantenerse a flote; sin embargo, la actual crisis económica estadounidense ha frenado el fenómeno migratorio, aunado y combinado con la llamada "guerra contra el narcotráfico" emprendida por el entonces titular del Ejecutivo, Felipe Calderón, que contribuyó (y sigue contribuyendo) a frenar en mayor medida los flujos migratorios.

En 2000, fueron 400 000 mexicanos los que cruzaron la frontera; para 2006 fueron 600 000. Entre estos nuevos migrantes, planteó Zatarain, encontramos a muchos hombres y mujeres del medio rural y urbano que tuvieron acceso a la enseñanza media superior e incluso con una profesión, pues la única alternativa para un importante sector de jóvenes, con carrera universitaria o no, se encuentra más allá de la frontera norte. Los más de 20 millones de mexicanos, entre ellos una gran proporción de jóvenes, que han migrado a los Estados Unidos han tenido que enfrentar y resolver la circunstancia política en la que ahora viven, circunstancia que desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 ha ido empeorando, pues la sociedad estadounidense se ha obstinado en confundir a quien migra, para trabajar en sus campos y factorías, con los terroristas islámicos. Hoy en día, con la puesta en marcha de la denominada "guerra contra el narcotráfico", los flujos migratorios han disminuido en gran medida, aunado a que muchos mexicanos emigrantes que lograron pasar la frontera tienen y tendrán un motivo más de estigmatización: el denarcotraficante.

El problema de México es el número de personas jóvenes que se encuentran en estado de marginación social y económica en muchas de las entidades federativas de la nación. La bomba de tiempo que se temía ya ha estallado en el contexto de la "guerra" desatada en 2006: muchos jóvenes y niños se han enrolado en las filas del crimen organizado. Ya han sido miles abatidos en la barbarie desatada en el sexenio pasado y continuada hasta nuestros días, aunque silenciada, en buena medida, por los medios de comunicación masiva.

Son dignos de mención los hallazgos presentados en el artículo: Violencia, jóvenes y vulnerabilidad en la frontera noreste de México. Las autoras reflexionan acerca de la irrupción de una violencia tan profunda como compleja de la cual son víctimas los jóvenes de diferentes comunidades de la ciudad fronteriza de Matamoros, Tamaulipas.

En el documento los sujetos de estudio narran formas tan perversas e inimaginables de violencia que no se acercarían a lo que pudiese escribir el director más experto de películas de terror. Además, coloca en el centro de la mesa la reflexión de los diferentes científicos sociales, que tienen que reaprender a hacer investigación para abordar, necesariamente, el objeto de estudio de la violencia y sus múltiples aristas.

No obstante, y a manera de complemento, la violencia en México no sólo se encuentra y sigue presente en esa ciudad fronteriza, sino en casi toda la franja norte de nuestro país, así como entidades como Jalisco, Michoacán, Morelos y Veracruz y, en diversos grados, en casi todas las entidades federativas del país.

La violencia vulnera la ciudadanía de los jóvenes y disminuye en gran medida los de por sí bajos niveles de democracia en México. A los jóvenes mexicanos desempleados les quedan pocas opciones; una de ellas es la de unirse, además de los grupos de narcotraficantes y de crimen organizado, a grupos como las maras u otros como ciertos grupos delictivos que se dedican a causar desmanes, principalmente en zonas urbanas con poca vigilancia. Una juventud violenta es uno de los problemas más difíciles para una sociedad que intenta ser democrática.

Por su naturaleza compleja y cambiante, el abstencionismo es uno de los fenómenos políticos más difíciles de analizar e interpretar. Debido a la profundización de las crisis económicas, un sector de la población mexicana, ante la desesperanza y la desesperación tanto social como económica, ha optado por otras vías distintas a la electoral para tratar de transformar la realidad.

Un sin fin de investigaciones puedo contar sobre el abstencionismo en las cuales se toman, principalmente, sus factores socioeconómicos; entre ellos se encuentra el de Juan Campos Vega, quien establece que, partiendo de la base de que las causas que generaron el abstencionismo en épocas pasadas continúan presentes en la sociedad, y en todas las sociedades que tienen como base de su vida político-electoral la democracia burguesa representativa, se habrá de aceptar que el abstencionismo es un elemento consustancial de dicho sistema político, característico de la sociedad burguesa, porque el capitalismo, que constituye la base económica del sistema, se distingue por las desigualdades que genera; estas desigualdades constituyen, a su vez, la base política, económica y social del abstencionismo.

En el caso de México, lo que habría que buscar, dice Campos Vega, son los elementos nuevos que, sumados a las causas preexistentes, incrementaron el abstencionismo en las elecciones federales intermedias del 2003 y lo llevaron cerca de 60%, muy superior al de los procesos electorales federales inmediatos anteriores. El fenómeno se torna más preocupante por la cantidad de jóvenes que se abstuvieron de votar.

Adicionalmente, el abstencionismo ha tenido una tendencia ascendente, en términos relativos, hasta las elecciones presidenciales de 2012, un tanto matizado por la presencia de los votos de los anulistas (abstencionismo cívico), principalmente en las legislativas de 2009 y, posteriormente, en 2012.

Es innegable que, en la actualidad, no solamente enfrentamos las causas tradicionales (y estructurales) que en el país generaron el abstencionismo electoral. Ahora hay nuevos elementos que analizar; entre ellos, precisamente, el detrimento o estancamiento del bienestar social y económico, así como la baja credibilidad de los jóvenes hacia las instituciones electorales, que, a su vez, señalan que el incremento del abstencionismo refleja una profunda crisis del actual sistema electoral y de partidos.

Son varios los estudios que demuestran que un gran sector de los abstencionistas se encuentra en desventaja social, tanto por falta de medios materiales como de oportunidades. Una gran parte del abstencionismo es consecuencia lógica del fuerte sentido de desarraigo, cuando no de subordinación, provocada por la exclusión social. Basta ver en México los niveles de exclusión y desigualdad social; esta situación socava las bases mismas del sistema.

Conclusiones

El propósito fundamental del artículo fue describir, analizar y aproximarse a algunos de los factores explicativos de las diferentes problemáticas económicas, políticas y sociales que los jóvenes de los sectores más vulnerables de la sociedad mexicana enfrentan para ejercer correctamente su ciudadanía.

El sector juvenil objeto de estudio fue conformado por los mexicanos de entre 18 y 29 años con escolaridad e ingresos bajos y paternidad o maternidad tempranas. Dicha intersección conforma el sector de los jóvenes de mayor vulnerabilidad social. Además, vimos el caso en que este sector se torna más vulnerable si se agregaran la orientación sexual, el origen étnico y el estado civil. Ello se explica, en alguna medida, por la profunda discriminación que aún impera en México.

Todos estos atributos condicionan en gran medida el ejercicio de una ciudadanía plena: los derechos civiles, políticos y sociales se tornan mucho más difíciles de ejercer. Los primeros, integrados por las capacidades de ejercicio de las libertades individuales fundamentales relativas a la vida y al desarrollo integral de las personas, de expresión y pensamiento, y a las más tangibles de propiedad, contractuales y de sometimiento a los tribunales de justicia; los segundos, por un factor político compuesto por los recursos de participación democrática que competen a las franquicias de elección y mecanismos de representación en la legitimación de la autoridad y el poder político; los terceros, por un factor social



**EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO:
PARTICIPACIÓN CIUDADANA**

garantizador de las aspiraciones a una vida digna y al bienestar económico y social de los individuos, con acceso al trabajo remunerado y a la previsión social en situaciones de riesgo.

Todas estas virtudes, dentro de un marco ideal o del deber ser, se ven fuertemente vulneradas por las características del sector juvenil al que me he referido. En México, por otro lado, la democracia es deficiente en sus múltiples aristas.

En la tercera parte del artículo, se analizaron los diversos efectos económicos, políticos y sociales que conllevan estas características de vulnerabilidad. Se observó que muchos de estos efectos se traducen en migración a los Estados Unidos, en busca de lo que nunca, o pocas veces, encontraron en México. Dichos efectos se traducen también en violencia juvenil; ésta ha escalado muchos niveles desde que Felipe Calderón emprendió la "guerra contra el narcotráfico", en la cual han sido miles los caídos, desaparecidos y las personas obligadas a migrar. Existen en el país niños sicarios y jóvenes que participan en las filas del crimen organizado por la falta de oportunidades laborales, económicas y sociales. La baja participación política es otro de los efectos mencionados, sumada al crecimiento constante del abstencionismo electoral tanto en comicios federales como locales en las últimas dos décadas, en términos generales y dentro del sector de los jóvenes. Muchos electores, y más los que se encuentran dentro del objeto de estudio planteado, no ven en el voto una posibilidad de cambio real en sus condiciones económicas y sociales, principalmente, ni un cambio real de la política gestada en el ámbito nacional.

Problema aparte es el del alcoholismo y la drogadicción, que se observa principalmente dentro del sector en cuestión y que mina aún más el camino al ejercicio de su ciudadanía. Muchos de estos jóvenes encuentran una salida, por lo demás falsa, a sus múltiples problemáticas económicas y sociales en el abuso del alcohol y demás drogas, y son presa fácil de la gente que se dedica a la extorsión, la delincuencia y el narcomenudeo.

Un factor de vulnerabilidad que no fue abordado en este artículo y que sería material de publicación en un futuro, es el asunto de los jóvenes con capacidades diferentes, el cual contribuye a ensanchar aún más las dificultades para un correcto ejercicio de su ciudadanía.

¿Cuántas escuelas, edificios y espacios públicos carecen de infraestructura para los discapacitados? ¿Cuántos sufren discriminación, estigmatización o indiferencia por parte de la sociedad mexicana? Y qué decir acerca de aquellas niñas y jóvenes víctimas del lenocinio, quienes son obligadas a prostituirse en condiciones indignas y miserables en las calles y centros de diversión nocturna en muchas de las ciudades de México, provenientes de localidades y estados lejanos, víctimas del engaño o explotación, incluso de sus propios parientes. Cabe decir que muchas de ellas son amenazadas de muerte para que no salgan de las redes de prostitución donde se encuentran esclavizadas.

Todas estas problemáticas minan, vulneran y destruyen el espíritu y principalmente la capacidad natural e inherente de los jóvenes para inventar más que para juzgar, para ejecutar más que para asesorar, para emprender proyectos más que para sostener los existentes; para disfrutar de una vida más o menos plena y no hacerse responsables ya de un hogar o una nueva familia; para vivir en un clima de paz, solidaridad y tranquilidad; para vivir, para soñar, para disfrutar.

Son los jóvenes quienes tienen la responsabilidad de transformar y revolucionar el país y contribuir a destruir el México antidemocrático, corrupto, desesperanzador y violento.

EL

RETORNO A LO NUESTRO

03

EL RETORNO A LO NUESTRO

Efraín González Luna¹

Tal vez estamos acercándonos al momento en que con mayor violencia será combatida una doctrina que, precisamente por eso, urge formular categóricamente.

No importa que aún no tengamos la definición precisa, perfecta, la que contenga los datos substanciales de la realidad definida y nada más, la que no pueda aplicarse a otra cosa y represente con fidelidad lo que contiene. Lo que interesa es el ser y la presencia de la Hispanidad que está en nosotros y nos habla con voz cada día más fuerte y clara; que tiene crecientes virtudes de iluminación retrospectiva y de conciencia actual; que dicta inexorablemente, en el puesto de mando donde se preparan trayectorias y destinos de nuestras patrias hispano-americanas –puesto desertado frecuentemente por los gobernantes–, la ruta de nuestra historia inmediata de la historia que está allá haciéndose en silencio.

Cuando la marcha es fácil, los sentidos y el conocimiento se diluyen en el paisaje y se embriagan en el ritmo danzante del paso, la vida toda se concentra en el goce del instante fugaz. Pero en la dolorosa tensión de las crisis decisivas, cuando el mundo exterior se conjura contra el hombre y en la sombra lo oprime la amenaza de catástrofes inminentes, en Dios y en sí mismo encuentra las únicas fuerzas capaces de dominar la circunstancia adversa. Por fin se conoce, se identifica, se encuentra en su propia entraña esencial poderes insospechados, luces e ímpetus capaces de alumbrar caminos de salvar obstáculos. En esas coyunturas vitales los pueblos hacen lo mismo, confrontados con el mismo misterio: se reconcentran en su identidad mientras entorno se derrumban los andamiajes de la rutina en que hasta entonces vivieron y, tal vez casi estrangulados por fuerzas hostiles, tal vez mientras oficialmente siguen representando en el escenario internacional personajes ficticios, tienen súbitamente, o como remate de un largo proceso más o menos inadvertido, la revelación de su ser radical y verdadero, de su vocación y de sumisión auténtica, que no olvidarán jamás. Como en la Parábola del Hijo Pródigo, la salvación es siempre la vuelta a la casa paterna, es decir, la renuncia a la aventura y el retorno al ser.

Estamos liquidados una época histórica, la que iniciará el siglo XVI con la Reforma Protestante y muy pronto estará cerrado el balance de fin de ejercicio. Nos abrumba la certidumbre de una bancarrota irremediable. Más que estar totalmente arruinados, somos una ruina.

¹ Revista La Nación. Año I No. 11, 27 de diciembre de 1941. Págs. 6-7

El proceso y los resultados del movimiento cuyas convulsiones finales presenciamos, pueden sintetizarse así: El hombre sufre una degradación personal: de hijo de Dios se convierte en unidad biológica. La caída no deja de serlo porque coincida con progresos técnicos, que son pábulo, no remedio de la desesperación y de la barbarie.

El Occidente se desorganiza, literalmente. Deja de ser organismo, es decir, unidad viviente, espontánea y solidaria, para bajar a la categoría de mecanismo, de sistema de articulaciones artificiales, obra de interés, de habilidad y de fuerza. Se rompió el vínculo que hacía la Cristiandad, la conciencia de participar en una comunidad superior, de índole espiritual, pero eficazmente activa sobre la realidad terrestre, capaz de reducir las divergencias locales, depositaria de valores de justicia y salvación, por lo que valía la pena vivir, luchar y morir. Con estos valores se formó una cultura que quiso hacer de Europa una Ciudad de Dios, jerárquicamente situada, como en el corazón de círculos concéntricos de alcance infinito, en un orden de comuniones cada vez más perfectas, culminado en la indefectible bienaventuranza sin término. La demolición de esta unidad es la triste tarea de la época moderna.

Correlativamente la conducta individual y la colectiva mudan su repertorio de motivaciones. La santidad es suplantada por el éxito, la salvación por el bienestar, y la historia, en vez de afán religioso, es empresa de lucro y de poder. Cruzada y misión, banderas capaces de fundir a Europa en una sola decisión heroica, mueve a risa. Son otras ahora las causas que desbordan fronteras y borran diferencias. La internacional del dinero y la del odio son anverso y reverso de la misma tela.



Las doctrinas e instituciones políticas corresponden a la desnaturalización del hombre y de la comunidad social. El péndulo oscila entre extremos de anárquica delincuencia o de feroz regimentación; pero siempre la persona humana es negada y el Estado es cualquier cosa, menos una “organización de la libertad” y una gestión del Bien Común.

Todo esto ha venido a desembocar en la matanza de estos oscuros días nuestros, en que cada camino posible está cerrado por poderes de esclavitud y salvajismo a la aspiración anhelante del hombre occidental. No es lo peor la crueldad de la tragedia física, ni siquiera la tortura moral directa, que empapa de dolor al mundo, sino la sombra sucia y espesa en que se ahoga nuestra angustia, el no ver puerta ni salida por ninguna parte, el no vislumbrar el sacrificio, –una opción de sacrificios es la única postura razonable– que nos llevará a la luz, esta miserable dosificación de amenazas, complicadas y traiciones que ahoga hasta la esperanza de salvarnos.

México y los demás países hispanoamericanos, arrastrados por la incontrastable succión de la vorágine, son la unidad dolorosa en la liquidación, no solamente porque el incendio de la guerra impone una cruel confrontación de la especie toda con las consecuencias de su locura suicida; sino porque interiormente sufrieron también, en mayor o menor medida, la intoxicación mortal. Es el drama de todos en el que todos tenemos un papel y una responsabilidad. Nuestras patrias se escaparon de la casa familiar y, a la saga de señores o rufianes, siempre en calidad de pobres comparsas olvidadas de su dignidad nativa, corrieron aventuras culpables por los tortuosos caminos de la evasión inútil, que se vierten en el terrible día presente.

Un pueblo que en semejantes condiciones no se desnudara de disfraces, no fuera sinceramente honrado consigo mismo y no sé abrazar a su propia substancia indeformable para mantenerse a flote en medio de la tempestad, hasta que el nuevo día ponga término al desesperado bracear jadeante, no merece sobrevivir. Esto es lo que hacen todos los pueblos que se salvan y serían culpablemente ciegos si negaran a otros el derecho y la necesidad de seguir este camino.

He aquí porque el retorno a la Hispanidad es un impulso incoercible, el destino mismo, exigente y perentorio, de las naciones americanas de estirpe española.

Una de las trampas más perversas armadas por la propaganda frente populista y en que la opinión anglo–americana, incluso una buena parte de la católica se ha dejado coger, es la que identifica la Hispanidad con el actual régimen político de España. Sin discutir aquí la justificación o ligereza de los ataques contra el movimiento y el gobierno encabezado por Franco, conviene establecer categóricamente que no debe a éstos – movimientos, gobierno, jefe– la vida ni el empuje de la Hispanidad, ni está subordinada a ellos o dirigida por ellos. España misma, no digamos uno de los episodios de su historia, es una provincia –central, venerable, vital– en el mundo de la Hispanidad. La fábula de la conspiración para la reconquista, por la Madre Patria, de sus hijas libres de América, no solamente mueve a risa. Ojalá pudieran darse cuenta quiénes acuñan o ponen en circulación semejantes patrañas de lo difícil que resulta para un hispano–americano dominar la impresión de que no una mera ignorancia inspira esos lamentables infundios.

La Hispanidad es un tesoro viviente de valores espirituales, que, como todos los destinados al hombre, tienen una virtud ética, es decir, una capacidad íntimamente para la promulgación de normas universales, superiores a combinaciones políticas, a intereses nacionales y a combinaciones internacionales. El actual gobierno español puede servir, olvidar o traicionar a la Hispanidad, como otro gobierno cualquiera de ayer o de mañana; pero no puede sujetarla a su suerte ni reducirla a sus limitaciones específicas, porque es realidad que lo desborda como desborda, todo particularismo estrictamente nacional. Al examinar, abandonando la metáfora para utilizar un procedimiento más ceñido y directo de definición, el contenido del concepto ilustre, veremos cuán altos son los niveles en que se asienta, cuán por encima de contingencias y circunstanciales fórmulas nuestro itinerario. La Hispanidad es el cuerpo y el alma, la unidad y la forma de un consorcio supranacional ligado por un triple vínculo: la estirpe espiritual, la comunidad histórica y el parentesco racial. Es un organismo de cultura que integran España y las naciones americanas que de ella nacieron. No es un movimiento político dirigido a la formación de una entidad natural necesariamente generadora de direcciones políticas, cuyo sentido conviene desentrañar. Desde luego, no podrá ser nunca confederación, liga, imperio u otra forma cualquiera de unión internacional que suprima o limite la plena soberanía de los países hispanos, comprendiendo en este apellido a todos los que forman parte de la Hispanidad. Esta no impone, ni tolera, ni pretende la generalización entre sus miembros de determinados tipos de constitución o actividad del Estado, ni autoriza la injerencia de ninguno de aquellos en el régimen interno o en las relaciones exteriores de los demás. Cualquier interferencia de esta índole constituirá precisamente la negación de la Hispanidad, el peor de los atentados posibles contra su naturaleza y sus propósitos.

Cuando habla de ella como de un Imperio, se aludes simplemente a una dimensión supranacional, no a formas ni contenidos políticos. Los que se indignan, se escandalizan o tiemblan ante esa palabra, ignoran o tuerce en su sentido específico. La Hispanidad no confisca ni disminuye la libertad interna y exterior de las naciones hispanas, no se apodera de su destino ni de parte alguna de él, no las articula ningún mecanismo político. El ser determina el obrar. Por tanto, la identidad nacional exige un comportamiento político peculiar y la comunidad de factores constitutivos tiene que ser origen de necesidades políticas coincidentes entre los países hispánicos. Lo que interesa es señalar la substancia y los rumbos de esta espontánea, incoercible actividad política derivada de la Hispanidad. Desde luego, es claro que la comunicación, la colaboración y la asistencia entre las naciones hispánicas, tienen que ser de un grado superior, por la intensidad y la calidad, al que normalmente prevalece en las relaciones entre pueblos no participantes de factores vitales comunes. Inglaterra y los Estados Unidos han ilustrado brillantemente esta tesis en el actual conflicto mundial. Naturalmente, no pensamos en efusiones líricasy meras constataciones teóricas de un parentesco inútil, sino en una vida internacional que teja entre nuestros pueblos, inclusive en el terreno económico, relaciones sólidas, abundantes, estables, unificadoras de conciencia y creadoras de una rica solidaridad orgánica.



Cuando se piensa en el aislamiento de nuestros centros de cultura, tanto entre los países hispánicos del Nuevo Mundo, como respecto de España, en el casi totalmente nulo intercambio comercial, en la falta de vías terrestres y marítimas de comunicación, en la existencia de un sistema aduanal congruente, en la ignorancia recíproca en que hemos venido viviendo, estamos ya señalando las exigencias perentorias de la política internacional que un mexicano egregio, Alemán, vio y preconizó genialmente en el tiempo oportuno; pero que jamás ha sido seriamente intentada después. Interiormente, un grandioso programa de alumbramiento de los olvidados veneros de nuestra identidad nacional, de rectificaciones honradas, de reanudación de nuestro presente a la tradición jurídica, a la vida municipal, a la organización agraria y al sentido paternal del Estado, sobre lo que España cimentó la edificación de nuestras Patrias; pero, más que todo, de continuación de la tarea redentora del mestizaje en inéditas formas reclamadas por la coyuntura histórica presente y de fidelidad a los factores vertebrales de nuestra cultura espléndidamente propia y universal al mismo tiempo, mana de las premisas que hemos dejado sumariamente establecidas.

Ya se habrá advertido que lo que vivifica y actualiza, con intacta novedad de génesis, las normas, las tesis, los ímpetus y las relaciones de este vigoroso anhelo, que tiene definitivamente acuñado su nombre –Hispanidad–, no puede ser de ninguna manera algo episódico, contingente, local, ya sea que ocurra en España o en cualquiera de los países hispanos de América; tiene que ser, por el contrario, algo de dimensiones universales y eternas, con la alta ubicación de todas aquellas combinaciones del espíritu que son capaces de iluminar y conducir a la humanidad entera:

Es la noción plenaria del hombre, organismo sensible y espíritu inmortal; es la afirmación, la defensa y el goce de una acúneme cristiana, justa, ordenada, generosa; la participación en una cultura integralmente humana, es decir, tendida como una escala perfecta desde lo terrestre hasta lo infinito; es la postulación de una doctrina política que hace de la comunidad y del soberano auxiliares del destino del hombre, y de éste un sujeto responsable de su propio bien y del de sus semejantes; que organiza jerárquicamente las comunidades sociales, protegiendo especialmente a las más próximas a la persona humana –la familia, la profesión, el Municipio–, y dotándolas de fueros, estatutos y patrimonios de ejemplar eficacia; la doctrina política que Vitoria y Suárez llevaron a formulaciones, no superadas todavía, refrenando la predisposición despótica del Estado y declarándolo súbdito de la ley moral, sujeto responsable y punible; la doctrina que definitivamente subordinó el poder a la norma de justicia y fundó el Derecho Internacional. Es la idea de la valoración preeminente del espíritu sobre la materia, cimiento para una concepción de la vida no como negocio ni bienestar, sino como misión y, consiguientemente, inspiración de una conducta que repugna el cálculo y alegremente asume los más duros sacrificios.

P

ARADIGMAS DE

PARTICIPACIÓN

JUVENIL:

UN BALANCE

HISTÓRICO

04

74

PARADIGMAS DE PARTICIPACIÓN JUVENIL: UN BALANCE HISTÓRICO

Marcelo Urresti¹

Es común encontrar en artículos periodísticos, como en debates televisivos de tono político, la comparación de las generaciones de los años 60/70 con las de los 80/90. Se trata de un tema recurrente en encuentros públicos y en muchas de las rememoraciones de aquellos que fueron jóvenes en esas épocas pasadas. La comparación, en general, funciona como una suerte de rasero, y el metro patrón parece estar puesto siempre en la precedencia histórica, es decir en la generación mayor, como punto de evaluación de lo que le sobra o le falta a la generación más próxima. En estos contextos suele constatar el tránsito de los jóvenes desde las utopías hacia el enfriamiento, desde las actitudes idealistas hacia las pragmáticas, desde una voluntad transformadora hacia una integrada y conciliadora. Tal vez no sea del todo lícito comparar generaciones como si fueran la mismacosa por el solo hecho de la coincidencia en la edad, atribuyéndoles implícita autoctonía, pero hay que reconocer que este mecanismo tiene una eficacia formidable y, en general, funciona como modo intuitivo básico del sentido común a la hora de comprender qué les pasa a los adolescentes y jóvenes de la actualidad.

Por defecto y por exceso entonces, aparecerán las diferencias, las marcas distintivas, las características salientes de los jóvenes en uno y otro período. Pero podríamos preguntarnos, ¿es comparable el ser joven de hoy con el ser joven de hace 30 años?

Si nos situamos en los términos de la juventud entendida como experiencia histórica, esto es, como un modo de situarse en la facticidad concreta del mundo de la vida, la respuesta es negativa. No se trata de actores aislados susceptibles de comparación. Se trata de épocas históricas que definen los conflictos de manera diferente y en ellos, en el interior de sus líneas de fuerza, se precisa la posición de una perspectiva generacional particular, situación en la cual se vivencia la experiencia social de manera diferente. Es decir que más que comparar generaciones hay que comparar sociedades en las que conviven generaciones diferentes. Para decirlo con una frase ilustrativa, no es que los jóvenes de hoy son consumistas y los de los años sesenta politizados. En los años sesenta era tan improbable tener afinidades alejadas de la política como hoy su contrario, y esto no tiene que ver sólo con los jóvenes.

¹ Benedit, René. Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea.

En: Balandini, Sergio. La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo.

Colección grupos de trabajo de CLACSO, México: CLACSO, 2000. Págs. 177-207

Entonces, signar el desencanto y la despolitización sólo como una cuestión voluntaria de un actor colectivo, como puede ser la juventud en este recurrente caso, es un procedimiento conceptualmente ilícito, aunque social e históricamente iluminador. Si bien en términos estrictos las comparaciones de actores no son posibles, su recurrencia y “necesidad” son síntomas que nos hablan de un modo de comprender el significado de lo histórico por la atribución de sentido que en esas comparaciones se le da al presente.

Una comparación de épocas, más que de jóvenes, puede iluminar las esperanzas y los temores, así como los supuestos pasados, las gestas interrumpidas o vigentes, que ponen de un lado y del otro de la raya a las generaciones que hoy en día se oponen entre sí, la lucha generacional que en el plano de lo simbólico define qué es (y qué fue) ser joven. Lo cual significa que para comprender qué pasa con los jóvenes de hoy, más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, es comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir, pues más que de un actor se trata de un emergente.

Antes de entrar específicamente en el tema vamos a hacer un bosquejo conceptual general, un marco en el cual colocar esta “comparación”. Albert Hirschman, economista heterodoxo, agudo observador de la realidad, trató de responder a una percepción personal, del orden de la impresión inmediata, que lo sacudió en ocasión de su segunda visita a París. La primera de ellas había ocurrido en el año 1968. Ese París estaba convulsionado por los movimientos revolucionarios de mayo, literalmente copado por un clima en la asamblea generalizo en el que se respiraba a cada paso el ejercicio vivo de la república. La ciudad en efervescencia, las universidades en constante debate sobre sus fundamentos, los estudiantes movilizados, la opinión pública agitada. Parecía como si el orden social y político estuviera siendo deliberado, cuidadosamente construido, y sus objetivos en manos de los que tanto tiempo estuvieron ajenos a él. Casi no había lugar para lo privado. Todo se derivaba de y tendía hacia lo público, ámbito de atracción, de encuentro y de construcción. Lo privado aparecía como un disvalor, como una esfera decadente a ser superada por el ejercicio de los más altos ideales, los de la cosa pública.

Su segundo viaje entonces fue lo que le produjo el extrañamiento, la sensación de ajenidad. Fue en 1980, cuando se encontró con otro París, otra gente, totalmente distinta, hecho que le produjo una profunda intriga. De golpe, el clima de asamblea había desaparecido, la movilización se había diluido, el clima de debate se encontraba desinflado y, en su lugar, nuevas preferencias, nuevas expectativas, cifradas en otros sistemas de referencias, impensables diez o quince años antes.

¿Qué había pasado? ¿Cómo fue posible que se reciclaran las opciones y se orientaran hacia el ámbito del bienestar privado? ¿Qué fue lo que hizo que del encuentro público se hubiera dado primacía al universo doméstico y que las discusiones y debates se orientaran hacia la satisfacción en ese ámbito? Para contestar estas preguntas Hirschman armó un conjunto de hipótesis para explicar por qué cambian las preferencias. Ese conjunto de hipótesis conforma cierta teoría de la acción. Aunque no lo es, compromete términos que le son afines, preferencias, conjunto de opciones, prioridades, elección, satisfacción. Los actores sociales tratan de obtener satisfacción a las expectativas que tienen antes de encarar uno u otro curso de acción. La acción transcurre en un tiempo finito, con espectros de opciones acotadas, procurando satisfacer necesidades y expectativas que, como diría la economía neoclásica, son virtualmente infinitas. Se opta por determinada cosa y no por otras. Ahora, el problema surge cuando no se cumple con lo esperado. Ahí está la clave de la argumentación. Cuando esto sucede, se da la decepción. Se puede insistir, cambiar de caminos, obtener resultados adversos o exitosos, pero si la decepción se repite, entonces se abre la posibilidad del cambio de opciones, de la reorientación de las expectativas y de las preferencias. Cuando se concluye razonablemente que aquello que se busca no puede ser obtenido, entonces se lo deja de buscar. Pasa a otro registro. Se puede a la vez imaginar lo contrario: como alguna vez dijo Bernard Shaw, tener deseos insatisfechos es tan malo como haberlos realizado.

El deseo satisfecho es también una fuente de decepción en la medida en que implica cambios, reorientaciones, nuevos proyectos. En este sentido, la satisfacción no tiene límites y está siempre amenazada por la decepción. De este modo, la decepción se convierte en el secreto motor del cambio.

Históricamente, y siguiendo la matriz que los economistas comparten en su *modus cogitandi*, las preferencias de los actores se ordenarán describiendo ciclos. No quiere decir que los ciclos sean monolíticos ni homogéneos, se trata de agregados estadísticos definidos por líneas centrales de preferencias con sus respectivas periferias. Así, entonces, habrá ciclos de preferencias sociales que se sucederán continuamente con sus fases depresivas y de auge, orientándose sucesivamente de lo público a lo privado y viceversa. Para cerrar con este esquema, el primer París sería el del auge del ciclo público, el segundo el de su momento de crisis saliendo hacia el ciclo privado. Los años posteriores indicarían la profundización del mismo, hasta nuestros días. Y hoy, podríamos arriesgar, el ciclo de privatismo comienza a generar decepción tanto por sus logros como por sus fracasos.

Lo interesante de este planteo es justamente esa visión cíclica. A poco de andar por las bibliografías llamadas postmodernas, en las más apologéticas suelen aparecer climas crepusculares, situaciones terminales. Estos planteos críticos e interesantes en ocasiones pierden sentido histórico y terminan proponiendo como último estadio evolutivo aquello que predicán, sea la era del vacío, la cultura narcisista, la sociedad psicologizada o el declive del hombre público.

Paradójicamente terminan haciéndose cargo de las categorías modernas que pretenden abandonar, como las de la superación del pasado o la consumación de la historia, poco antes criticadas por encubridoras o limitantes para pensar el presente, inadvertidamente asumidas en sus planteos de indudable carácter finalísimo. Una visión cíclica, entre otras cosas, permite pensar el devenir histórico con ciertos retornos, no necesariamente idénticos, aunque similares. Los discursos del fin, atractivos por su estímulo a la percepción de los cambios y por los contrastantes relieves que le otorgan a las diferencias, no siempre son sensibles a las subyacencias, los emergentes y los retornos de una historia compleja que, si bien no tiene un único sentido, no por ello significa que no pueda tener ninguno. Al igual que lo que piensa Hirschman sobre París, podemos establecer dos ondas largas en la Argentina con respecto al significado histórico que tiene el ser joven y el participar en la construcción de lo público. Obviamente, se trata de una tendencia mundial y en absoluto propia de una región: estas grandes líneas de fuerza, aunque con diferentes matices y acontecimientos específicos por zona, se dan en todas las geografías. Se trata de cambios de nivel global, o también podríamos decir de época, que se escenifican de maneras específicas en distintas regiones. Tal es el caso de la Argentina que, aunque tiene influencias externas muy marcadas, responde a las modulaciones de su historia interna. Como decíamos más arriba, la primera de esas ondas largas va de los años sesenta a mediados de los setenta, y la segunda es la que comienza a mediados de los ochenta con el retorno de la democracia y se extiende hasta nuestros días.

Se trata básicamente de dos cuadros de época en los cuales los jóvenes de cada período ocupan un lugar peculiar.

La generación que se abrió a la vida social sobre el filo de los años 60-70 fue parte de un momento social que impulsó masivamente a la población hacia la participación en todas las esferas y movilizó políticamente sectores cada vez más amplios, previamente retraídos o indiferentes en relación con las cuestiones públicas. Los jóvenes de aquellos años conformaron su experiencia en un contexto social, tecnológico, económico y cultural totalmente diferente del actual; por ello sus comportamientos, compromisos y expectativas son notablemente distintos respecto de los hoy reinantes, miembros de un clima histórico que nos habla de otra forma de estar en el mundo, de vivir sus dimensiones, en relación con códigos, estructuras del sentir y del pensar distintas.

Aquellas sociedades funcionaban sobre la base de un modelo económico que tenía premisas organizativas integradoras. Las prácticas productivas estaban organizadas sobre un modelo de ingeniería conocido como fordista-taylorista. Esta logística de la producción económica apuntaba a un objetivo central, la obtención de ganancias a través de una creciente inversión en productividad: se trataba de aumentar cada vez más el volumen de lo producido, consumiendo más energía, empleando más fuerza de trabajo o utilizando maquinarias cada vez más modernas. El resultado que se perseguía con estos aumentos era bajar costos, copar mercados y obtener ganancias a través de esa ecuación.

Los volúmenes de productos cada vez mayores a costos más bajos invitaban a un ensanchamiento del consumo como momento necesario para realizar efectivamente las ganancias, a través de la recuperación de lo invertido en la conclusión de cada ciclo económico.

Después de la crisis del treinta y de la segunda posguerra le había sido encomendado al Estado un papel preponderante en las economías vigentes: su función consistía en resolver por anticipado las crisis cíclicas de superproducción en las que incurría el sistema de libre mercado, dejado a su exclusiva autorregulación. El Estado debía, según lo que fue conocido como “políticas keynesianas”, anticiparse a las crisis agregando la demanda. Agregar la demanda implicaba básicamente producir consumo, y esto se hacía redistribuyendo ingresos desde los sectores del capital hacia los del trabajo. El Estado tomaba impuestos de los primeros y los distribuía a través de gastos económicos y sociales. Se endeudaba, pero creaba empleos, producía servicios y proporcionaba una amplia cobertura social. Estos gastos preparaban un terreno propicio para absorber lo producido, con lo cual se generaba un círculo virtuoso en el que los impuestos y su gasto arrastraban la demanda, que se convertía así en un motor de crecimiento económico.

Esto tenía unas consecuencias sociales de gran importancia. En términos técnicos y por la propia dinámica de la producción capitalista, hacían falta cuotas crecientes de mano de obra empleada con calificaciones cada vez más elevadas; por otro lado, el Estado generaba empleos como base del crecimiento económico, redistribuyendo el ingreso como estrategia anticíclica, y al invertir en servicios y cobertura elevaba los estándares de vida medios de la población. Esto se traduce en pleno empleo, desempleo de muy baja duración, posibilidades de mejora social, carreras laborales estables, ascensos salariales, mejoras en los salarios reales. Una clase media creciente; puestos de trabajo en aumento, protegidos; un conjunto de trabajadores compacto, asociado en sus intereses con el Estado, y a su vez en cierta momentánea alianza con los sectores del capital. El consumo se ensanchaba por el efecto de la producción de tipo fordista en bienes de consumo masivo, los más aptos para ese tipo de producción, lo cual redundaba en una mejora y modernización constante de los estilos de vida de la población en general. Si bien esto no evitaba de ningún modo las desigualdades sociales y económicas, tendía a equilibrarlas, distribuir las y reordenarlas. Los modelos del consumo, al igual que los de la producción, tendían a homogeneizarse por la monotonía misma de las técnicas empleadas, hecho que nos habla de una sociedad relativamente integrada. Una clase media numerosa y en crecimiento exigía mayor participación en los ingresos, igual que las clases populares, que, si bien se veían en ocasiones amenazadas por las crisis y por cortos períodos de desempleo, no carecían de oportunidades de mejora, pasando por la marginalidad momentáneamente, y superándola después.

Esto implicaba también una mejora en las capacidades adquiridas debido a la propia dinámica del mercado laboral, con su exigencia de mayores niveles de instrucción, lo cual impactaba en una escolarización que se ampliaba y que mejoraba, lentamente, su calidad.

Eran los años en que la educación era muy prestigiosa y valorada, ya que aparecía como base posible del ascenso social, de la igualdad de oportunidades y de la mejora generalizada de las capacidades para enfrentar el mercado laboral. Una matrícula que se ampliaba en todos los niveles, una universidad que crecía, un presupuesto educativo en aumento, eran el marco de un sistema de enseñanza que se modernizaba, en el que estaban cifradas las expectativas de desarrollo económico y social por parte de los planes políticos, y las esperanzas de distintos sectores sociales en la mejora de su calidad de vida. Podría decirse que había cierto matrimonio feliz entre el ámbito económico y el de la formación escolar.

Las industrias culturales también tenían un perfil que directa o indirectamente apoyaba esta dinámica favorable a las instituciones escolares y al modelo social integrador. La televisión tenía una importancia menor en la vida de las personas: sólo había cuatro canales, el tiempo de emisión se extendía por doce horas como máximo, la programación era mayoritariamente producida en el país, los horarios centrales estaban reservados a noticieros que emitían simultáneamente para todo el territorio nacional noticias que definían claramente su proveniencia, los programas de entretenimiento y atracciones ocupaban los fines de semana o los horarios posteriores a los noticieros, los de interés para las mujeres iban a la tarde y apuntaban a una audiencia de amas de casa de clase media, los programas deportivos eran esporádicos y atendían sólo a eventos de importancia, había programas de opinión en horarios de la franja nocturna. Este recorrido puede parecer insignificante, pero tiene su importancia. Si lo miramos con atención veremos que responde al típico modelo de audiencia generalizada. Si bien está segmentado por horarios y por las tareas que se supone separan del televisor a distintos tipos de televidentes, apunta por la apertura a la generalidad, a todos los que lo enciendan. Esta televisión cimentaba cierta idea del “nosotros nación” por detrás de su funcionamiento. Los programas de ficción de estilo costumbrista, aun sobre la difusión de estereotipos, reproducían imágenes habituales, del orden de lo cercano, para sus audiencias. Los noticieros cumplían con una función estrictamente informativa e integradora de la audiencia, en la medida en que esos noticieros eran nacionales y en todos los canales ocupaban la misma franja.

El espectador estaba casi cautivo de una programación que al no darle opciones, ser de carácter local y manejarse con audiencias abiertas, no buscaba la complicidad singular del televidente para lograr índices de *rating* importantes.

Ese ‘nosotros’ implícito de la comunidad de espectadores se daba como una imaginaria compañía de los “otros como yo” presentes frente al mismo estímulo, ya sea informativo o de entretenimiento. Esta televisión cumplía entonces una función congregante y uniformizadora.

No tenía el prestigio ni la importancia del cine, que en aquella época aún conservaba la inercia de sus años dorados, y que en una región como la Argentina tuvo un impulso extraordinario. Tampoco del espacio imaginario que poseía la radio, vehículo informativo y de entretenimiento primordial, identificador de la gran

mayoría de la población, conectada también a una suerte de comunidad imaginaria que tendía a la homogeneidad. La programación radial, su música, sus noticias mayoritariamente tenían como telón de fondo el horizonte local.

Por su parte, la industria del libro conoció su mayor auge en términos comparativos, y definió uno de sus momentos de máximo esplendor en el mundo de la lengua castellana. Las editoriales y sus fondos, la cantidad de títulos, los volúmenes de venta de libros alcanzaron en esos años de modernización cifras que nunca fueron igualadas.

Hacer un simple recorrido por estos fenómenos nos habla de una sociedad más ocupada en la lectura que en la imagen, con la radio como vínculo con el exterior inmediato, con todo su juego de evocación imaginaria sugerida por los radio teatros, y todo en un modelo general, que incluye también al cine y a la naciente televisión, de funcionamiento masivizante, integrador y homogeneizante de sus respectivos públicos. Esos años verán florecer un cambio fundamental en otros niveles de la cultura. En los años 60 comienza a extenderse un clima de renovación de las costumbres, provocado por una larga onda con una influencia que superará las fronteras nacionales de todo el mundo, que alteró formas tradicionales de concebir el cuerpo, de relacionarse con las instituciones, de comprender la familia, de concebir la autoridad. Fue un complejo conjunto de cambios que modernizaron drásticamente las formas de la vida cotidiana que dejaba atrás a la segunda guerra mundial, tanto en Europa, como en los Estados Unidos. Se sabe que estas regiones han tenido la capacidad de funcionar como ejemplos, arrastrando con sus modelos culturales vastas regiones alejadas o periféricas del globo. Tal vez se haya debido a la influencia de sus poderosas industrias culturales, pero lo cierto es que más allá del factor de difusión, que supondría un esfuerzo que no estamos en condiciones espaciales de desarrollar aquí, han tenido una pregnancia fundamental a la hora de imponer modelos de conducta. Y estos modelos surgieron de ese fenómeno múltiple que fue la revolución sexual, la aparición de las culturas juveniles y el ascenso participativo de los estudiantes universitarios.

Cada una de estas cuestiones, si bien tienen orígenes distintos y no siempre se asimilaban automáticamente las unas con las otras en las mismas personas, marcan en general ese clima de época en el cual, junto con los factores económicos, educativos y mediáticos que antes marcábamos, se establecerá la argamasa con la que se construirá casi automáticamente el impulso a la participación que tan fuertemente marcó la experiencia histórica del ser joven de esos años. La juventud argentina y mundial que vivió su adolescencia entre los años sesenta y setenta se encontró con un mundo en el que se estaban levantando muchas barreras, de las que tal vez la principal fue la del sexo. En las sociedades previas imperaba una moral restrictiva sobre el sexo y sobre el cuerpo en general. Fuera de su función reproductiva, o de las instituciones que lo enmarcaban, como el matrimonio, se convertía en una práctica ilegítima, que había que ocultar. Esto implicaba cierta visión sobre el sexo como ámbito de misterio, habitado por la culpa y por la vergüenza. En este contexto se abre una experiencia casi única en términos históricos: la reivindicación de la corporalidad, del derecho al goce del cuerpo propio, de la desculpabilización de la sexualidad. Esto supuso el inicio de búsquedas, de climas transgresivos en los cuales se sucumbía a la atracción de lo nuevo y al coqueteo con lo prohibido. Las generaciones anteriores, fieles a sus costumbres y esquemas de experiencia inmediata, no ocultaron sus diferencias, ejerciendo la autoridad y expresando su pensamiento en una batalla que perderían. Las actitudes de los padres y de las autoridades institucionales, y las resistencias por parte de la sociedad de los adultos, se definieron rápidamente como el punto del contraste generacional en el cual lo joven implicaba al mismo tiempo un universo

de reivindicaciones que discutían las herencias culturales: se registraban avances por parte de las mujeres en sus búsquedas de autonomía, se extendía una práctica sexual crecientemente liberada vivida como natural, y fundamentalmente se asistía a la ruptura con los modelos represivos del pasado.

Esto tuvo consecuencias que se asociaron imaginariamente con otros movimientos cismáticos que se estaban gestando al mismo tiempo en esa cultura. Los años sesenta son aquellos en los que se difunde y consolida por primera vez un conjunto de expresiones culturales -que por medio de la acción de las industrias del rubro se generalizarían como consumos masivos- producidas y consumidas, hechas por y exclusivamente para jóvenes. Es la primera vez que se registra un fenómeno cultural de estas características. El rock and roll, en principio un género musical derivado de la música negra norteamericana, comenzará a convertirse en un mundo de referencias asociadas que acompañará a películas y relatos literarios, y generará todo un imaginario de gran influencia en el cual serán excluyentemente los jóvenes sus héroes y protagonistas. Comenzará poco a poco a escenificarse ese mundo latente que estrenaba sus propios lenguajes verbales, de indumentarias, gestuales, con los cuales expresar la diferencia y disconformidad frente al mundo adulto.

Más allá de los estereotípicos personajes que salieron a flote de este mundo imaginario, muchos fueron los que se hicieron de herramientas mentales con las cuales representarse a sí mismos y a su lugar en el mundo que los rodeaba. Esto que al principio apareció como una mera moda de la que se esperaba su pronta desaparición, fue el inicio de un conjunto de expresiones que se iría renovando, cambiando figuras y modelos, adquiriendo mayor fuerza hasta constituir una cultura transnacional juvenil que enfrentaba las herencias locales mezclándose con ellas, generando una parcela hasta ese momento impensada. A través del rock se expresaban e identificaban, o comenzaban a hacerlo, esos mismos jóvenes que estaban discutiendo las herencias represivas de la generación anterior en otros ámbitos de esa misma cultura. El movimiento hippie, la música progresiva, la psicodelia, el pop, y sus influencias múltiples en el mundo del diseño gráfico y de objetos, en el ámbito de otras artes industriales como el cine, o en los medios audiovisuales nacientes, el impacto en la generalización de modas, como sucedió en la industria de la indumentaria o en el mundo de la imagen, indican una extensión de la expresión originariamente juvenil a todos los ámbitos de la cultura. De modo que una nueva distancia comenzaba a separar a los jóvenes de entonces respecto de sus padres o abuelos inmigrantes, que habían aprendido duramente a hacerse nacionales, a querer estas regiones generosas y a ostentar con orgullo la cultura en la que habían crecido, aprendido a amar, construido un mundo e imaginado un porvenir. Estos jóvenes se separaban de ellos, y reflejaban en sus conductas e identificaciones las nuevas formas de la identidad social.

Era un mundo en el que en distintos puntos de su geografía la juventud adquiría protagonismo, creciente brío en la contestación cultural y política, confianza en su fuerza. Ese mundo estaba dividido por un conflicto central que sumaba fuerzas planetarias en todas las regiones y que polarizaba los ánimos bélicos, sustento emocional que tanta fuerza ha dado a las ideologías. La guerra fría definía una geo- política de la imaginación para todo aquel que quisiera involucrarse en política: era como un horizonte de realismo en el que se enmarcaban los pensamientos, las aspiraciones y los proyectos. Dos grandes modelos en competencia, ambos cicló- peos y agotadores, ambos virtuosos e insoportables en más de una de sus fases. En definitiva, dos ideas de la organización social y política en abierto antagonismo: los liberalismos democráticos con economías capitalistas, por un lado, y los regímenes de gestión estatal con partido único, por el otro; en términos más usuales pero imprecisos, las democracias liberales y los socialismos. En este contexto una nueva expresión de la época renovará esperanzas e impondrá nuevos rumbos, el surgimiento del Movimiento de los No Alineados o lo que después se llamó Países del Tercer Mundo. Si bien no tuvo una actuación política de gran relieve, el Movimiento de los No Alineados abrió horizontes y señaló una tendencia que rápidamente fue defendida por los sectores progresistas de los países centrales, entre los que los jóvenes ocupaban un lugar central.

Los movimientos de liberación nacional que desmantelaban los últimos vestigios de los imperios europeos consolidados en la primera parte del siglo encontraban las simpatías de muchos habitantes de las metrópolis. Argelia, Vietnam, Angola, por sólo nombrar tres de una larga lista, serían escenarios de confrontación política y bélica localizada, aunque con consecuencias globales: su impacto se haría notar en los equilibrios internos de los países centrales. Era un momento en que aparecían nuevas vías de orientación política dentro de todos los regímenes de gobierno, y en esas convulsiones, en esos intentos de cambio, en los que no faltaron los mártires, los jóvenes, ya fueren estudiantes, obreros o campesinos, siempre protagonizaban las luchas. La revolución cubana, la revolución cultural china, la primavera de Praga, Tlatelolco, el Cordobazo, el mayo francés, la resistencia civil contra la guerra de Vietnam, las tomas de Berkeley, son episodios que nos hablan de una historia de participación y compromiso político que se acelera. Al mismo tiempo surgen distintos movimientos de reivindicación de causas diversas. A través de los movimientos pacifistas y de resistencia antiatómica comienzan a perfilarse los primeros ecologismos, el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos; se hacen escuchar con fuerza los movimientos feministas, los movimientos estudiantiles. La Iglesia Católica acompaña estos cambios con el Concilio Vaticano II, y una fracción radicalizada y joven intenta renovar la institución animando el Movimiento de los Curas por el Tercer Mundo que hace su opción por los pobres. Como es fácil apreciar en esta pequeña selección de acontecimientos, el mundo entero se radicalizaba en un contexto de ascenso político generalizado.

En los ámbitos universitarios se leía a Sartre, Fannon, Marx, Mao, Althusser, Marcuse. Un público cada vez más amplio descubría a los novelistas del muy cercano “boom” latinoamericano: Fuentes, García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Rulfo. Se multiplicaban los festivales de música, en los que aparecían por primera vez las canciones de protesta, donde se homenajeaba a las gestas y los héroes del momento, como el Che Guevara, Angela Davis, Daniel Cohn-Bendit o Stokely Carmichael; recitales de solidaridad, grandes fiestas colectivas en las que el sexo, la música y la política se fundían en una materia común. Ese compromiso creciente con las causas públicas, con la defensa de los derechos, gozaba de simpatías que se ampliaban y que tenían en los jóvenes su impulso principal. En nuestro país ya comenzaba a surgir tímidamente el rock nacional. Las juventudes de los distintos partidos se radicalizaban y adoptaban los atmosféricos vientos de reivindicación nacional y latinoamericana que estaban sobrevolando el ambiente. La denuncia del imperialismo y de las desigualdades sociales, la necesidad de formar una conciencia nacional activa, los objetivos de la emancipación nacional y social, impulsaban a militantes y sectores comprometidos a pasar de los discursos a las prácticas, cada vez más directas, cada vez más enérgicas.

La lucha contra las dictaduras, contra el totalitarismo y las censuras de diverso tipo, también hizo de este momento efervescencia pura, con los jóvenes como emblema.

La juventud se radicalizaba en el mundo entero y también en la Argentina, situación favorecida por horizontes optimistas de ascenso social y mejora en los estándares de vida inscriptos en distintos ámbitos de la vida moderna, como el trabajo, la escuela y el ejercicio de la ciudadanía. Esta tendencia se veía reforzada por cierta situación propensa a la redistribución de recursos sociales -como los económicos y culturales-, contexto que marcaba una sociedad en procura de una democratización creciente.

En los años ochenta la situación descrita cambia notablemente. El panorama es otro. Cambios que han conmovido a las sociedades en todas sus esferas afectan las formas de la participación y definen una manera de ser joven, una experiencia histórica en la que lo juvenil se ve rodeado con significados completamente diferentes. Transformaciones de orden tecnológico han incidido en la esfera de la producción económica, en la circulación de los capitales y en los sistemas de comunicaciones, alterando la división técnica y social del trabajo, rearticulando las ingenierías industriales y diversificando las ofertas de productos para el consumo. Esto tiene consecuencias inmediatas en la formación de las clases sociales y en las formas simbólicas a través de las cuales se agrupan los consumidores: se trata de un contexto que se complejiza y rompe con las dinámicas de agregación de la población antes vigentes, dificultando la movilización política, hecho que deriva de una creciente fragmentación de intereses que disuelve las bases objetivas de la solidaridad social. Describiremos brevemente esta nueva situación.

A mediados de los años setenta, en el seno de las economías más avanzadas comienza a aplicarse lo que hasta el momento no había sido más que una invención, una mera posibilidad en el mundo de los desarrollos científico-técnicos: la microelectrónica. Tímidamente al principio dados sus elevados costos relativos, pero generalizándose con el paso del tiempo, estas nuevas tecnologías permiten rearticular los sistemas productivos y las formas de organizar el trabajo, con todas las derivaciones que de allí surgieron. La microelectrónica hizo posible la flexibilización técnica de los sistemas productivos: con herramientas reprogramables y sistemas inteligentes de relación entre puestos de producción, la fábrica tradicional, organizada en torno a un sistema de flujo fijo y constante, como fue la línea fordista, comienza a tornarse plástica, compleja, adaptable. La maquinaria reprogramable rompe con la limitación de las herramientas anteriores, la escasa posibilidad para salirse de un patrón preestablecido y fabricar diversos tipos de productos. La ingeniería fordista armaba el proceso de producción pensando en un producto que, con muy pequeñas variaciones, se trataba de repetir lo más eficientemente que se pudiera la mayor cantidad de veces con la mayor velocidad, con el objetivo de bajar su costo para luego dar la batalla comercial en el mercado. Así se obtenían las ganancias, aumentando la productividad.

Esta nueva ingeniería, a la que por el momento se nomina como “posfordista”, organiza la producción en torno a otros conceptos. Las ganancias se procuran siguiendo otras estrategias: ya no apuntando a la saturación y competencia cerrada en un mercado generalizado, sino explotando la segmentación de múltiples mercados, lo que en términos técnicos se llama “nichos de mercado”. Si antes se competía por la monopolización, puja que implicaba grandes esfuerzos de cuya racionalidad sólo cabía esperar la baja constante de las ganancias (lo cual tendía a desalentar a largo plazo la inversión), las nuevas estrategias tratan de escapar de la competencia, descubren o producen un nicho, un segmento específico de la demanda, y lo cubren rápidamente con una oferta que responde exclusivamente a esa necesidad. En el mundo actual se sabe que la competencia no tardará en llegar, se disfruta en ese lapso de la percepción de sobre ganancias, en base a la idea de que cuando la competencia llegue y comience a bajar costos, a imponer la lucha por la productividad, el primer ocupante ya esté partiendo hacia otros nichos. Los ciclos de ganancias se vuelven entonces más nerviosos, más inestables, y la estrategia que mayores beneficios obtiene es la más creativa, la que pueda diversificarse más en el menor tiempo². Esto tiene consecuencias decisivas en el escenario social.

La primera consecuencia es que el mundo de la producción trata de adaptarse rápidamente a la demanda, cubriendo sus variaciones o tratando de estimularlas, lo cual lleva a una constante diversificación de las ofertas y segmentación del consumo. En términos generales, si la dinámica de la producción previa tendía a homogeneizar los distintos tipos de consumidores hacia un mismo tipo de producto con un mismo nivel de poder adquisitivo, motivado por el rol redistributivo del Estado, este nuevo esquema invierte la ecuación pues tiende a diferenciarlos, a fragmentarlos como conjunto y a separarlos entre sí. La tendencia actual permite que se apunte a mercados muy específicos sin la presión de que los costos se bajen, apuntando a captar a aquellos que estén dispuestos a pagar por la especificidad.

Esta especificidad no debe ser entendida necesariamente como exclusividad, pues no se trata de consumos de lujo o de bienes suntuarios, sino de todo tipo de bienes o servicios, incluso los de consumo masivo: incluso éstos se proyectan hoy con diferencias que los cualifican en una pluralidad cada vez más abundante. Los bienes y servicios de consumo masivo son cada vez más variados entre sí, situación que nos habla de una sociedad que, en uno de sus aspectos, no precisamente menor, se torna cada vez más fragmentaria y compleja.

Si antes el esquema productivo iba de la producción al consumo, estimaba sus costos, preveía el comportamiento de la demanda, diseñaba una estrategia global y luego se comprometía en bloque a cumplir con los objetivos (para lo cual necesitaba sincronización, aporte calculado y colaboración de cada segmento de producción), hoy las cosas se han invertido.

Con las nuevas tecnologías más flexibles y las nuevas formas de organización del trabajo, se va del mercado a la producción: es decir, no se produce más que lo que pide la demanda. Este concepto altera la forma de calcular costos, de almacenar materias primas, de contratar mano de obra: todos estos factores se verán sometidos a la lógica de funcionamiento de los mercados. Para decirlo de modo exagerado, aunque gráfico, primero se vende, y luego se produce. Esto redundará en ritmos de producción que, más que en altos volúmenes y en la carrera desahogada por producir más a menor costo, piensan en productos de alto valor, que exploten oportunidades, que maximicen cada nicho y que no comprometan la capacidad de cambio de la esfera productiva. En términos laborales y del peso específico de los sectores trabajadores en el proceso productivo, este cambio técnico y organizacional tendrá consecuencias decisivas. Si los trabajadores antes eran estratégicos, su no colaboración implicaba detenciones en las líneas de montaje, lo cual redundaba en grandes pérdidas económicas para sus patrones. Hoy la situación es diferente: los ritmos más flexibles precisan otro tipo de trabajador más discontinuo, dinámico y polivalente³. Esto hace que las formas tradicionales de presión sindical se vean comprometidas. El proceso productivo más fragmentado y complejo afecta la conformación de la estructura organizacional y de los sistemas de remuneraciones, situación que incide en el cuestionamiento de la tradicional solidaridad de los trabajadores (antes motivada objetivamente por la técnica fordista, que, si bien imponía ritmos laborales alienantes, otorgaba a los trabajadores cierto poder de veto que les permitía negociar reivindicaciones en condiciones favorables). Las tareas múltiples, la movilidad de los trabajadores, y

fundamentalmente la pérdida de importancia del factor trabajo intensivo, condicionan el lugar de los trabajadores, ya sean manuales o no manuales, cada vez más reemplazados por máquinas, cada vez más segmentados como colectivo. Por otro lado, una economía que en términos macro tiende cada vez menos a crisis de superproducción, hecho que se ve acompañado por el constante ensanchamiento de los mercados producido vía globalización, hace que los Estados también cambien su función. Si en el esquema keynesiano producían empleos para agregar la demanda, en los esquemas poskeynesianos tratan de eliminar su participación en la economía reduciéndose al mínimo. Así, los déficits fiscales antes positivos se convierten en verdaderos gastos, en impedimentos, y por lo tanto se trata de reducirlos. Esto incide en el ámbito del empleo y en la cobertura social tradicional de las poblaciones. Los Estados se ven presionados para reducir gastos económicos y sociales, desmontan servicios de salud, desinvierten en cuestiones antes estratégicas como la educación, privatizan los seguros de retiros, generan menos empleos, deterioran la calidad de sus prestaciones, es decir, abandonan parcial o totalmente las actividades que antes sostenían bajo el pretexto de racionalización de áreas ineficientes, que al pasar a manos privadas dejan de garantizar la prestación generalizada y gratuita. Es así como los Estados van focalizando sus intervenciones, desentendiéndose de la gestión de la vida de la población, llegando, finalmente, a limitarse a arbitrar conflictos entre partes, contribuyendo, cuando lo hace de manera deficiente, a extender el clima de desigualdad social que, progresivamente, tiende a imponerse.

Los Estados del ajuste, protagonistas de estas décadas poskeynesianas, se desentienden de los gastos sociales para atender otras urgencias y dejan servicios de salud deteriorados, la escuela pública en crisis, los sistemas de jubilación abandonados. De este modo los antiguos canales de promoción social se van cerrando, con el costo de frustración y caída de expectativas que ello implica. En esta situación no es casual que con Estados y empresas de estas características hayan crecido el desempleo y, derivada directamente de éste, la exclusión social, fantasma que asola a las sociedades contemporáneas. Hoy en día, salvo algunos casos muy especiales como Estados Unidos, en los que inciden otros factores, las economías más avanzadas del mundo están rozando las tasas de desempleo más altas de su historia, situación que se agrava en las economías periféricas. Si pensamos en las consecuencias estratégicas que esto tiene para los sectores trabajadores, notaremos que su capacidad de presión se reduce, dado que numéricamente los sindicatos son cada vez más débiles, tienen menos recursos, su incidencia en el proceso productivo es menor, con una solidaridad de clase técnicamente dificultada y con una masa de trabajadores desocupados que cuestionan las bases mismas de la acción sindical (los que momentáneamente no tienen trabajo, que son cada vez más y durante más tiempo, ¿pueden o deben ser representados sectorialmente?).

Como se puede notar, en este contexto, y frente al debilitamiento estratégico de los sectores del trabajo, el capital se vuelve cada vez más fuerte, con más probabilidades de imponer sus intereses y sus puntos de vista. Esto obviamente deprime los salarios en términos generales, fragmenta las escalas, diferencia segmentos, lo cual explica la movilidad social descendente que parece ser la dominante del momento histórico presente, y no sólo en la economía de las periferias. Cuando el desempleo se convierte en una amenaza, tiene efectos disgregadores a nivel social. A nivel subjetivo y personal, una situación de escasez de empleo disciplina al trabajador: lo vuelve temeroso, dócil, conservador, proclive a aceptar las condiciones que se le imponen a nivel de tareas y a nivel de remuneración, ya que si no las cumple sabe que hay muchos codiciando su lugar, dispuestos a todo. El empleo va cambiando: de ser un derecho a convertirse en un privilegio. Y el trabajador empleado, a convertirse en un ser agradecido por la suerte que le ha tocado, situación en la que defiende lo que tiene a costa de la solidaridad. Las reivindicaciones históricas, no es casual, se pierden. Los sindicatos pierden fuerza. El sector trabajador se verá más perjudicado mientras menos estratégico sea en estos nuevos esquemas. Sin embargo, no todo tipo de trabajo empeora su situación. En la actualidad hay sectores de trabajadores de lujo que mejoran su situación en la medida en que están asociados estrechamente con el éxito del capital: todo el espectro de las gerencias altas y medias se encuentra en esta posición de mejora. Esto también nos habla de fragmentación en el mundo laboral, ya que por tareas y remuneraciones los intereses se vuelven cada vez más heterogéneos y difíciles de conciliar.

Los cambios técnicos, además del aspecto organizativo, han alterado completamente el mundo de la producción, en la medida en que han incidido drásticamente en la forma de circulación de factores económicos de importancia como son los financieros y los conocimientos estratégicos. Para la producción de la actualidad cada vez son más importantes los saberes especializados, que aprovechan aquellas oportunidades de las que hablábamos más arriba. Diseños de todo tipo, asesorías, consultoría financiera, jurídica o técnica, publicidad y marketing, estrategias de productos, recursos humanos y personal, entre otros, son los rubros que mayor incidencia tienen en los productos finales, sean del tipo que fueren. Su peso en los costos y en los resultados nos hablan de su importancia y participación. La novedad a la que asistimos es que con los cambios tecnológicos estos factores circulan a nivel mundial, con un control por parte de los Estados cada vez menor, y forman parte de un mercado internacional crecientemente interconectado entre sí, con una capacidad de respuesta cada vez más veloz, con menores anclajes locales. Este suele ser el tipo de trabajo que está creciendo en generación de empleos y en nivel de remuneraciones, pero su escala es baja y supone un nivel de capacitación muy alto, lo que significa que es para pocos.

Si nos detenemos un momento y comparamos con la situación anterior, notaremos que el panorama es completamente distinto: estamos frente a una creciente fragmentación estructural en lo económico y en lo social.

En el ámbito de la industria cultural y las comunicaciones sucede algo similar: de manera creciente se superan las fronteras nacionales, antes restringidas por cuestiones técnicas y de costo, generando un sistema que se planetariza en su oferta. Al contrario de lo que se suele pensar, este proceso está muy distante de homogeneizar a consumidores y espectadores, ya que funciona en el mismo sentido de la producción de bienes y servicios que antes indicábamos: cualquier oferta se planea para llegar con toda eficacia a un número acotado de espectadores, altamente comprometido pero escaso en cantidad. Esto no impide que algunos productos se proyecten para audiencias amplísimas, pero no son la norma. Por el contrario, la lógica general es la de la segmentación de mercados, o en este caso, de espectadores (que en definitiva es lo mismo). Si atendemos al panorama actual, notaremos que los consumos de tiempo libre y las tecnologías disponibles para facilitarlos tienen inscrita la doble lógica de la privatización y la especificación. Ante todo, son tecnologías audiovisuales las que prácticamente monopolizan el tiempo libre de la mayoría de la población. Esto nos habla de un profundo cambio en la cultura. El lugar del libro cambia: no es que se pierda, sino que se va desplazando hacia usos cada vez más especializados, siendo utilizado masivamente en los sistemas de instrucción, convirtiéndose en medios que van generando lectores profesionales, con la consabida disminución de los *amateurs* y los “curiosos masivos” que en otras épocas animaron el mercado editorial y ciertos ámbitos intersticiales de la cultura.

El libro no muere en la sociedad actual: cambia de función, ya que con la presencia abrumadora de los productos en soporte audiovisual deja su lugar otrora protagónico en la esfera del tiempo libre, para ir recluyéndose entre aquellos que hacen de la lectura su medio de vida. La lectura tecnificada pierde el halo placentero, humanista, politizante y complementario de la construcción de la ciudadanía, instancias con las que tradicionalmente fue identificada. Esto es lo que ha hecho que algunas voces, no exentas de tintes nostálgicos, afirmaran la muerte de la cultura letrada proyectando sobre ella la desaparición de todas las otras cuestiones con que fue asociada, como por ejemplo el debate, la polémica y la deliberación democrática.

Más allá de este cambio, no menor, hay otros emparentados con la estructura misma que adquiere el sistema de industrias culturales en el presente, de consecuencias sociales tal vez más decisivas. Como decíamos más arriba, la lógica impuesta de privatización y segmentación marca la oferta de estos bienes. Las tecnologías de la imagen se privatizan y generan consumos domésticos más extensos: las horas de televisión promedio han crecido históricamente, al igual que el número de televisores por persona y el encendido. Por otro lado, la televisión no es la misma. Ya no es aquella de pocos canales, horario de transmisión restringido, de aire, con producciones nacionales que reflejan las realidades locales, apuntando a audiencias abiertas y generalizadas.

Ahora la televisión transmite en continuado las 24 horas del día, mayoritariamente a través de canales cableados -lo cual desplaza el lugar de la TV abierta que, aunque continúa viéndose, adquiere otra importancia-

, canales segmentados que apuntan a audiencias cada vez más específicas, más comprometidas pero menores en número, con una programación que proviene de distintos lugares del mundo, preferentemente de Estados Unidos, y con una tendencia a la fragmentación cada vez mayor si pensamos en los canales codificados, en el pay per view y en la novedad del momento, la TV satelital que técnicamente permite la individualización del acto de mirar televisión. La simple comparación nos habla de una desarticulación de las audiencias antes abiertas y generalizadas que eran la norma. Hoy sólo se congrega una audiencia de este tipo con eventos muy esporádicos, como un mundial de fútbol, una olimpiada, algún acto político especial como una elección, o fenómenos de *rating* alto que están en el orden de lo extraordinario, como un escándalo público de dimensiones (para lo cual debe tener ingredientes privadísimos) o algún programa de elevado éxito y repercusión que en general no se extiende por más de una temporada. Un simple vistazo muestra que la normalidad de funcionamiento de este medio tiende a la segmentación, a la individualización, y esto, paradójicamente, dentro de marcos globales en los cuales la coincidencia simultánea puede darse con mayor probabilidad en lo remoto espacial que en la vecindad inmediata.

Por otro lado, si pensamos en otras industrias de la imagen, como la del video, veremos que opera la misma lógica. Videos producidos para consumo casero, estrategias de comercialización que privilegian los últimos estrenos del cine - preferentemente éxitos de taquilla, películas con muchos efectos técnicos y mensajes casi anecdóticos-, forman parte de la estrategia general de pasatiempo que se está imprimiendo en las industrias de la cultura. Por otros medios, un pay per view que exige desplazarse unas cuerdas para ver en soledad lo que se desea, casi una TV satelital, pero para pobres4.

El cine y el teatro, que de algún modo conservan el esfuerzo de la motivación, la salida de la casa, el viaje, la ceremonia de abstraerse, la concentración, esa experiencia casi religiosa de comunidad congregada ante un mismo estímulo, cuando funciona masivamente lo hace en torno a formatos comerciales y

mayoritariamente mediáticos, afirmando una “lógica de lo fácil” que envuelve en general a las industrias de la imagen para consumo rápido. En términos de audiencias y públicos, se profundiza aquella división y fragmentación estructural de origen tecno-económico, con el añadido de la facilidad, esa suerte de recepción indolora programada para garantizar el éxito en una masa espectadora cada vez más abrumada por los ritmos laborales, más necesitada de catarsis que nunca. Pobres, alienados y sobre exigidos, pero más mediatizados y en conexión global.

La globalización de las industrias culturales tiene una dinámica compleja. Tiende al mismo tiempo hacia la fragmentación territorial -de esas unidades que fueron las culturas nacionales- y su integración extra nacional compleja, por segmentos de consumidores globales. La globalización genera una cultura mundo, que no homogeneiza los territorios culturales en uno solo sin fisuras, sino que rompe con las unidades preexistentes, reconectando los fragmentos en una lógica de conexión de lo distante y de desconexión de lo cercano. En este sentido, globalización cultural es globalización cultural. La industria cultural así conformada, y en su formato tradicional como industria, es decir, como máquina de acumulación de ganancias a través de la oferta de bienes estandarizados, entra de este modo en una lógica que aparentemente es contradictoria, hacia la masificación y la diversificación de los consumos al mismo tiempo. Es preciso comprender este funcionamiento para ponderar su impacto en la conformación de culturas locales cada vez más complejas y segmentadas, incluso para sus mismos participantes y sostenedores.

Regiones antes aisladas se conectan con flujos de imágenes, de información y de entretenimiento, que colapsan con los ritmos temporales locales tradicionales. Esto rearticula los ritmos locales y los sitúa en una doble velocidad. La ruptura de los tiempos históricos implica, entre otras cosas, la rearticulación de la memoria colectiva y de los relatos personales, es decir, de las formas culturales dentro de las que se construye la identidad y se reconoce a los semejantes. Esto contribuye a la obsolescencia y alteración de formas simbólicas de la vida social, a su recambio permanente, con consecuencias rearticulantes en la conformación de los grupos y en los esquemas a través de los que los sujetos comprenden el mundo social, lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano. Nuevamente, cambio y fragmentación donde hubo estabilidad e integración.

En estas coyunturas, los sujetos anclados localmente deben rearticularse. Un elemento importante a tener en cuenta es que suelen ser los jóvenes quienes se adaptan con más docilidad a estos cambios, lo que produce brechas en relación con sus mayores, para los cuales aparecen como completos extraños. Muchos de los códigos a través de los cuales los jóvenes se reconocen como perteneciendo a una experiencia común están mundializados, situación que genera nuevos ruidos respecto de la generación de sus padres.

Esta situación estructural económica, social y cultural tiene a su vez efectos directos sobre el mundo de la política. Los partidos políticos con representación de clases se debilitan a igual ritmo que sus bases de sustentación. Los movimientos sindicales pierden apoyo, ya que los trabajadores se encuentran divididos por el desempleo, la competencia laboral y la amenaza de exclusión social. La cultura toma una dinámica transnacionalizada en la que los contenidos de reivindicación nacional se desvanecen. Los colectivos conocidos como naciones incluso se ven sujetos a procesos comunicativos que diluyen sus fronteras simbólicas, rearticulan las tradiciones que los edificaron y promueven nuevas formas de identificación personal y colectiva. El panorama se reestructura.

Por otro lado, el Estado va abandonando sectores en que era dominante para pasar a ser un actor más, y en muchas ocasiones ni siquiera el más importante, de suerte que se ve debilitado frente a otros actores, fundamentalmente empresarios, o frente a los mercados, impersonales, de fuerza y poder de veto crecientes. La situación de los sistemas políticos es diferente a la del pasado: hoy se encuentran estructuralmente más débiles y desarticulados.

En este contexto, las políticas neoliberales se han hecho eficaces con costos relativamente bajos, y en ocasiones hasta con apoyos electorales masivos, incluso después de imponer acciones de neto corte antipopular. Esto ha dado pie para hablar de una crisis de representación de los sistemas políticos vigentes o de su paso hacia nuevas formas, algunos de cuyos síntomas son la desafiliación de los partidos tradicionales, la indiferencia política creciente, la no concurrencia a las urnas, los altos porcentajes de indecisos, la falta de opinión formada en la ciudadanía, los votos volátiles que van sin problemas de un lado al otro del arco partidario, las estrategias del tipo “atrápalo todo” de los partidos que para ello despolitizan sus discursos y borran sus plataformas electorales (en ocasiones comprometedoras para acciones futuras), la apertura de las listas a figuras provenientes del exterior de los aparatos partidarios tradicionales (en general actores, deportistas u otros miembros de la farándula), que delinean un perfil político de muy bajas calorías, en el que los partidos casi no se diferencian entre sí más que por el eslogan con el que decidirán identificarse, o el candidato, elegido casi exclusivamente por su imagen mediática. Es decir, la política está cambiando y los partidos también: ya no son tan importantes las movilizaciones como las apariciones en los medios, los programas de acción futura como la imagen de sus hombres, la voluntad política que encarnen como su astucia para administrar eficientemente la economía.

Los partidos ya no importan por su capacidad para formar cuadros comprometidos o militantes orgánicos o para establecer una doctrina congregante: ahora son estructuras semiprofesionalizadas cuya acción emerge en las situaciones de la competencia preelectoral, encabezadas por comandos técnicos que analizan encuestas de opinión y estrategias de publicidad mediática, y controlan lo que sus candidatos no deben decir para no comprometerse frente a los electores. Todo esto, sumido en la convicción de que los estados son herramientas cada vez menos eficaces a la hora de intervenir políticamente en la sociedad. Como efecto de los cambios tecnológicos y comunicativos, las ciudades, esos escenarios en los que se dramatiza y toma cuerpo la vida social, también sufrirán el influjo de las innovaciones. El crecimiento constante de estos agregados obliga a construir nuevas formas de gestión que procuran descentrar lo que puede llegar a convertirse en catastrófico. Las grandes megalópolis actuales se vuelven cada vez menos controlables por los sistemas de administración, debido a su tamaño y a su complejidad. Este crecimiento obliga muchas veces a descentralizar sistemas antes unificados. Por otro lado, una coyuntura cultural que se globaliza altera ritmos locales de construcción simbólica de las ciudades. Esto lleva progresivamente a la globalización de las grandes urbes. Las diferencias sociales tendientes al ensanchamiento de las brechas tradicionales también se expresan en el crecimiento de la violencia anónima, y en lo que algunos autores como García Canclini y Barbero han llamado procesos de desurbanización: bolsones de pobreza cada vez más amplios, abandono de los centros de las ciudades, barrios fantasmas, fronteras internas en la ciudad, justificación de pobres y de ricos, unos cercados

por las fuerzas de seguridad y los otros por su propia vigilancia. Estos cambios reflejan el proceso de dualización económica que en diverso grado experimentan las economías de todo el mundo cuando se integran a la producción y al consumo global en su versión actual. Esta tendencia general de las distintas clases a constituir ghettos, a encerrarse en ámbitos controlables y seguros, implica una forma de huida hacia el ámbito doméstico en desmedro de la ocupación y uso de los lugares históricamente públicos, hecho que puede asociarse con la desmovilización política -que no debe confundirse con despolitización, contracara de esta opción por los intereses y el bienestar privado. En esta coyuntura las ciudades se alteran en su fisonomía y funcionamiento en términos materiales, y metafóricamente expresan el desplazamiento simbólico que supone la pérdida de las polis, es decir, del ámbito del encuentro y la realización ciudadana.

Con el fin del mundo bipolar, mucho de lo que fue imaginarios políticos de contraposición a los órdenes establecidos han desaparecido como horizontes de orientación. El sentido de lo político, de alguna o de otra manera, supone una atribución de direccionalidad a la acción emprendida, un fin postulado o presunto en el que desembocar. La Guerra Fría implicó tendencias preestablecidas en el momento de fijar este sentido de la praxis. Con la globalización y la desterritorialización que la acompaña, muchas de las disputas, antes circunscriptas a ámbitos locales, pero con la proyección geopolítica de alianzas internacionales posibles, pierden peso específico. Pareciera como si el acuerdo neoliberal internacional, o su versión social democrática actual, se extendiera a través de los pactos de seguridad impuestos por las naciones más poderosas de la tierra. Las resistencias se vuelven cada vez más improbables, o quedan libradas a su propia suerte. En este contexto, y continuando una tendencia que se inicia con el final de la Segunda Guerra, se

consume definitivamente el proceso de descolonización del mundo, con las consecuencias que esto produce en las metrópolis. La brecha entre los países pobres y los países ricos, la necesidad de mano de obra de las economías centrales producto de la expansión de los años dorados, sumadas a cierto aflojamiento en las legislaciones migratorias, fuerzan la migración legal o no desde las colonias a los antiguos centros imperiales, o desde economías periféricas a economías que prometen horizontes de superación y ascenso en los estándares de vida. De esta manera, estos intensos movimientos poblacionales, cada vez más marcados mientras nos acercamos a los años noventa, comienzan a generar efectos sobre la conformación misma de las sociedades y las culturas receptoras. Se redefinen los mapas en los centros. Encuentros entre etnias, tradiciones culturales, códigos de clases, dan origen a una hibridación y multiplicación de las formas de la vida social. De esta diversidad surgen nuevas identidades y proyectos matizados por otros lenguajes y búsquedas, estableciendo conflictos distantes de los tradicionales. Esto es lo que se ha reconocido como la condición policultural que en diverso grado afecta a todas las sociedades contemporáneas. Esto no altera en absoluto las antiguas diferencias sociales fundadas en la desigualdad de clase, género o nivel de educación. Al contrario, se suma y potencia, multiplicando los conflictos en direcciones antes insospechadas, aunque la tendencia general consiste en desagregar lo que antes estaba unificado en el continente simbólico de los estados-naciones.

El potente articulador político y social de la nación, aun cuando fuera puramente imaginario y carente de sustentos reales, hoy tiende a fragmentarse y a complejizarse, colapsando en sus raíces estructurales. Para decirlo de otro modo: las épicas nacionales, cuyo fin era la movilización de un “nosotros” unificado, se tornan cada vez más improbables en la medida en que la unidad y la estabilidad objetiva sobre las que se asentaban se encuentran cuestionadas y en proceso de rearticulación.

En el mundo de los últimos diez años, después de la maduración de los fríos años ochenta y la consolidación de los recesivos años noventa, soplan aires de desencantamiento político, de ajuste neoliberal y retracción económica, de transnacionalización de las industrias de la cultura y del auge del universo audiovisual. La Guerra Fría ha dado paso a nuevas formas de repartija geopolítica, con una buena parte del ex mundo comunista transformado en “economías emergentes”, con un tercer mundo cada vez más debilitado y claudicante, con un capitalismo orgulloso y triunfante, no necesariamente homogéneo ni monocromático, acompañado por sistemas políticos liberales con libre competencia electoral: eso que también se llama democracias de estilo occidental.

Se trata de un mundo en el que las reivindicaciones en bloque se han perdido, en el que los jaques al sistema sólo son posibles por excesos en el interior mismo del sistema, como sucede con las crisis financieras, ambientales o productivas, donde la participación política y la lucha por la igualdad de oportunidades o de una mayor autonomía individual o grupal poco a poco se van retirando de los escenarios sociales, dejando espacios vacíos, con una exclusión social aguda y amenazante, con violencia urbana creciente, con jóvenes desorientados que, como muchos mayores, no saben hacia dónde van. En este contexto, todo lo que empujaba la voluntad a transformar comprometidamente el mundo se vuelve contenido privado de conciencia, íntimo buen augurio, anhelo personal. No son sólo los jóvenes los responsables de este clima. Ellos, más bien, igual que aquellos de otras épocas, son un síntoma de los tiempos que se viven. Son otras las voces, son otros los ámbitos. El saldo de las transformaciones socioeconómicas de la última década ofrece un panorama desconcertante para el análisis político de raíces clásicas. En efecto, llama la atención que una situación económica tan poco favorable para la gran mayoría de la población no se manifieste en reacciones masivas contrarias al régimen neoliberal impuesto. Parecería que, en lugar de generar impugnaciones radicales, las políticas instauradas estuvieran poniendo a prueba la capacidad de resistencia de los representados, comprobando a su vez la elasticidad actual de los resortes que impulsan a la participación.

La pasividad frente a las medidas gubernamentales de corte antipopular, el desencantamiento y la falta de compromiso con algunas instituciones rectoras del espacio público, el alejamiento concreto de la política, son datos del ambiente que muestran, por sobre la renovación y continuidad de los calendarios electorales, un debilitamiento de la cultura democrática. En este contexto, los jóvenes tienen un no muy afortunado lugar de privilegio.

Este clima obedece a los cambios sociopolíticos que han transformado la escena y los actores del drama, eso que llamamos las bases estructurales de la participación, situación que se mantiene constante desde los primeros años noventa, y que por lo que cabe esperar se extenderá mientras no se modifiquen nuevamente esas bases de sustentación. Hay cinco factores de poder que se han alterado en su conformación recíproca por los cambios en la distribución de los recursos con que negociaron y mantuvieron conflictos en los últimos años. Esos cinco factores son las clases trabajadoras y su representación sectorial, el Estado y su compleja gama de instituciones, la llamada clase política o el conjunto de los partidos con representación, las naciones como agregados virtuales pero eficaces, y el capital con sus diversas dimensiones y complejidades internas. Los equilibrios previos se han desmoronado y han dado lugar a nuevas distribuciones de recursos de poder con favorecidos y perjudicados, fortalecidos y debilitados, abiertos hacia una contienda novedosa. En esta arena, y bajo las reglas de su gramática, se desarrollará la participación de la población en general y de los jóvenes en particular.

Por razones técnicas, organizacionales y económicas, el sector trabajo se encuentra debilitado. La flexibilización técnica y jurídica del trabajo, la precarización laboral, la “desasalarización” creciente, el desempleo abierto de larga duración y la fragmentación salarial y sectorial de los trabajadores, son las condiciones objetivas en las que se disuelven los lazos de solidaridad tradicionales dentro de los que se nuclearon las clases trabajadoras. En este contexto no es casual que la representación sectorial y política de este segmento de la población se encuentre en crisis. Se podría decir que los sindicatos y los tradicionales partidos de clase están en el momento de su mayor debilidad histórica y esto condiciona seriamente las posibilidades de su accionar. Como cabe esperar, en términos relativos y opositivos, sus tradicionales antagonistas se encuentran fortalecidos.

La situación de los Estados no es muy diferente en términos comparativos. Achicados por el ajuste forzoso de los años noventa, con desinversión en áreas estratégicas de la gestión social, han disminuido en su capacidad para intervenir en importantes esferas de la sociedad. Al haberse despojado de sus empresas por las políticas de privatización, en muchas ocasiones se han debilitado hasta constituirse en actores menores en el drama en el que participan. Muchas grandes empresas transnacionales y grupos económicos diversificados suelen tener más recursos para imponer sus intereses que los mismos Estados. Igual que en el caso anterior, la debilidad estructural lleva a que los marcos regulatorios antes sostenidos por el Príncipe vayan cediendo a la presión de los intereses corporativos o privados de las empresas.

Por otro lado, a medida que se extiende derribando fronteras, la globalización económica y cultural pone a los Estados en situación de vulnerabilidad creciente. Los procesos de apertura económica integran intereses locales con intereses externos, asociándolos en verdaderas mallas que después son imposibles de vulnerar. No es casual que el llamado “modelo único”, tan criticado en los conceptos y los discursos, después sea aceptado casi acríticamente por todo aquel que tenga aspiraciones a ocupar los altos mandos de un Estado, ya sea partidario del Consenso de Washington o franco opositor. Esto habla de un condicionamiento concreto de los Estados por la acción de los mercados y sus instituciones representativas. Un sustento político importante de estas estructuras estatales -anclado en los concretos intereses del mercado internismo o en los más volátiles contenidos imaginarios del narcisismo primario de grupo-, ha sido el conjunto de las reivindicaciones nacionalistas. En este rubro también han surgido importantes limitaciones para lo que podría llamarse una “agregación objetiva de intereses”. Las grandes corrientes migratorias motivadas en los enormes desequilibrios regionales -incluso burlando fronteras crecientemente reforzadas-, la migración intrainperial desde las colonias hacia las metrópolis, y la progresiva interconexión de localidades distantes unida a la dispersión de las vecindades impulsada por la globalización de las comunicaciones, nos muestran un mundo cada vez más complejo, cada vez más heterogéneo, en el cual surgen virulentos tribalismos, que a veces se nutren de retóricas nacionalistas pero que ciertamente se encuentran distantes de sus antiguas posibilidades.

Los países centrales se van volviendo pluriculturales incluso asu pesar, con minorías crecientemente activas, algunas de ellas hasta no hace poco adormiladas, reclamando focalmente alguna reivindicación. La arena estatal, agregada por iniciativas homogeneizantes, como fueron por ejemplo los nacionalismos de entreguerras o los movimientos de liberación de posguerra, se encuentra cada vez más alejada de la eficacia política. Esto no implica que no haya reacciones, pues las hay, pero más que desarrollarse en contextos activos tienden a hacerlo de maneras defensivas y reactivas. La alta virulencia de estas manifestaciones es acompañada por una discontinuidad orgánica que evidencia su debilidad ante un mundo que a nivel económico y cultural parece estar aboliendo la era de las naciones. Síntoma sosegado de este proceso es el reverdecer de identidades que se etnifican siguiendo los modos del espectáculo, instaurando calendarios festivos en las grandes ciudades que atraen migrantes. Se trata de una forma de ocupación del espacio público, tal vez módica, pero de la que aún no se pueden prever sus consecuencias. En principio se trata de expresiones minoritarias, pero que poco a poco van congregando simpatías, instituyendo espacios, conformando cronologías. Esto, como se sabe, funda socialidad, aunque en los marcos de la minoría y de la cultura defensiva de finales de siglo. El plano étnico, más que el nacional de otras épocas, es aquel en el que por el momento se va dando el reconocimiento entre los iguales. Los que más ostensiblemente apuestan por estas estrategias son los recientemente inmigrados, quienes en estos encuentros comunitarios compensan momentáneamente el desarraigo. Estos espacios de hospitalidad simbólica, estos lugares cálidos en los que se propicia el encuentro, las tareas compartidas, la

comunicación y el reconocimiento, son de algún modo el emergente de un Estado nacionalizador en crisis en el que retoñan comunidades en otro momento congeladas por una cultura política que propiciaba otras urgencias más extendidas. Es así entonces cómo otro de los referentes de las grandes movilizaciones populares, la nación, eje de los movimientos políticos nacional-populistas y nacionalistas clasistas, se encuentra por el momento parcialmente desactivado.

Estas transformaciones inciden sobre la pérdida de los contenidos emocionales de la política. La movilización tiene entre sus resortes más preciados los contenidos de los imaginarios políticos: las ideas fuerza, las mitologías, los proyectos, las épicas, las gestas y los panteones son los elementos de una simbólica emocional en la cual se establecen un relato y un sentido en el que se enmarcan las acciones. Cuando éstas se desagregan perdiendo vigencia o cuando se secularizan alejándose de su aura inspiradora, no es casual que la política como ámbito de atracción pierda atractivo.

Algo similar está ocurriendo con la llamada clase política. Con todos estos cambios en la cultura política, el sistema de partidos también se encuentra cada vez más débil en la medida en que va perdiendo su capacidad de atraer masivamente a la población. Hay cambios internos a la organización de los partidos y cambios ambientales que recortan de una manera diferente el espacio de la política. Las encuestas de opinión muestran una credibilidad cada vez menor de la ciudadanía en los partidos y en sus figuras tradicionales, restándoles de algún modo el apoyo que en otras ocasiones recibieron. Al contrario de lo que podría esperarse, esta situación no impulsa a la población a reemplazar a los políticos o a los canales tradicionales de expresión por otros más idóneos, lo cual demuestra en principio indiferencia frente a la esfera que estos monopolizan.

Fenómenos novedosos derivados de esto son la apertura de las elecciones internas y la entrada en las listas de candidatos extrapartidarios, factores que indican una “americanización” de la política, tradicionalmente marcada en regiones como la europea y la latinoamericana por fuertes identidades partidarias. Esto es en parte el derivado de las estrategias “atrápalo todo” de los partidos en las contiendas electorales, cuyo objetivo es obtener la mayor cantidad de votos, situación que tiende a presionar licuando plataformas y bases doctrinarias, alejando a las militancias comprometidas de su poder de decisión. De este modo los partidos se “ablandan”, desdibujando sus fronteras. Este hecho, además, puede notarse en el avance de una tendencia que preocupa especialmente al estamento político: el corte de boletas. Con ello se profundiza el proceso de despartidización y personalización de la política.

La flexibilización ideológica de los partidos es la consecuencia de la tecnificación de las competencias preelectorales, que propician la lucha por la imagen y la persuasión publicitaria alejada del discurso, ceñida a *slogans* casi vacíos de contenido. Los cuadros técnicos son los cazadores de un voto crecientemente volatilizado, expresión paradigmática de este cambio cultural en el que se rearticula la representación política. Se trata de una política massmediatizada que ya no necesita de la movilización proselitista de las militancias ni de ejercicios de demostración pública de fuerzas. Los votos aparecen como los ansiados premios sin contenido, impersonales, e indiferentes de una ciudadanía que se intenta atrapar en su conducta electoral más que representarla en el ejercicio de sus derechos. Se trata de un contexto en el que los medios masivos, en especial la televisión, adquieren progresiva importancia en los caminos al poder. El avance en la cultura de la imagen hizo de la televisión la tribuna pública por excelencia y llevó las competencias preelectorales al plano del espectáculo, lo que contribuyó al alejamiento objetivo de la población respecto de la esfera pública. Este avance de la más mediatización en la cultura política implicó, entre otras cosas, un marcado empobrecimiento discursivo y argumentativo, la preeminencia de la iconicidad en un modelo de comunicación hegemonizado por la imagen, y cierta erosión en el valor de la palabra empeñada, con las consecuentes pérdidas en la credibilidad, el vaciamiento de la esfera pública, la progresiva instalación del cinismo, y la falta de controles y de garantías.

El correlato de estas transformaciones es el avance de una participación de baja intensidad. No es casual que sea cada vez mayor la desafiliación de los grandes partidos tradicionales: los militantes decepcionados se alejan dejando a las cúpulas cada vez más libres en su accionar, pero también más solas respecto del apoyo necesario para actuar. La clase política de este modo gana en autonomía, pero pierde en determinación y fuerza. De este modo, otro de los factores de poder y ámbitos de participación pública, como son los partidos políticos, va abandonando la escena en la medida en que pierde eficacia. Con el debilitamiento de los partidos y el fortalecimiento relativo de los sectores del capital, el espacio de autonomía que poseía la clase política se ha estrechado notablemente. La política se encuentra fuertemente condicionada por la acción de los sectores que concentran el poder en la esfera económica, estratégicamente fortalecidos, con creciente capacidad de veto y presión sobre los demás factores de poder. Si nos detenemos en las decisiones de mayor peso estratégico, aquellas que verdaderamente inciden y estructuran la vida de un país, veremos que son crecientemente tomadas por economistas y miembros de sectores relevantes en el área de las finanzas o los negocios, lo cual indica un desplazamiento del proceso de toma de decisiones desde los ámbitos públicos hacia los corporativos y privados. Hoy los factores del poder están radicados en espacios alejados de la política y cada vez más vinculados con los grandes intereses económicos, que ya no necesitan, como en otros tiempos, golpear las puertas de los cuarteles para imponer sus puntos de vista. Sin embargo, las transformaciones de la última década han dejado problemas sociales y políticos amenazantes para el futuro.

El desempleo, la pobreza y la exclusión social son los temas de una agenda acuciante. Es en este contexto emergente de la década pasada que se ha propuesto actuar la única fuerza con capacidad operativa surgida de dichos cambios: los sectores más concentrados del capital y las altas finanzas. Llama la atención que estos sectores, que son los que más se han beneficiado con los cambios y las secuelas sociales que ellos han dejado, sean los que se propongan resolver, aunque más no sea momentáneamente la cuestión. Esto es lo que se conoce como el Consenso Post Washington, la nueva estrategia que los sectores concentrados del capital se han fijado para conservar su poder después de lo que prácticamente ha sido una “acumulación originaria” de finales de siglo. Esta iniciativa goza por el momento del apoyo del espectro progresista de los arcos políticos de los países centrales y de algunos periféricos de importancia. Con algunos cambios y después de una derrota histórica, se trata del antiguo “consenso socialdemócrata” remozado, que retorna aceptando como definitiva e incuestionable en sus puntos básicos a la encrucijada económica neoliberal definida por los intereses del capital. En este contexto se plantea una suerte de reformismo módico y posibilista, ceñido a las directivas impuestas por el orden vigente, que es el radio de acción de los movimientos políticos que en los noventa se propusieron revertir la revolución conservadora. En el interior de muchos de los partidos que han tomado como suyas estas banderas hay sectores, mayoritariamente integrados por jóvenes, que, si bien en muchas ocasiones se oponen a las directivas generales, que aparecen demasiado tibias y poco reformistas, no constituyen alternativas al minimalismo de los adultos comprometidos en sus mismos partidos.

Es decir, que terminan plegándose a las dinámicas impuestas aun cuando hagan sentir su tímida diferencia.

Pero no todo el espacio de la política se agota en el accionar de los políticos de los partidos. Otra de los tópicos a desarrollar por esta nueva reforma es la de darle un creciente protagonismo a las iniciativas provenientes de la sociedad civil. El llamado “tercer sector”, constituido por las asociaciones civiles sin fines de lucro, organizaciones no gubernamentales, fundaciones, es el ámbito al que se apuesta para desarrollar instituciones que apuntalen sociedades más estables y pluralistas, en las que se permita de paso resolver los problemas planteados por la gravísima “cuestión social” emergente de las reformas económicas. Se supone que este sector puede abrir espacios de participación desvinculados de la acción política tradicional fundando una nueva sociabilidad. Por el momento, y más en sociedades como las latinas, estado céntricas y con escasa tradición civilista, no parecen ser alternativas capaces de revertir la postergación existente, aunque sus acciones apunten a restituir lazos y valores culturales solidarios agraviados. Las grandes instituciones representativas de los intereses del capital han comprendido que el mercadismo sin límites destruye tramas sociales preexistentes y atenta incluso contra su propia reproducción. Las instituciones crediticias de peso internacional han reconocido ya esta inquietud, y tratan de evitar las consecuencias sociales y políticas nefastas para el capital que el mismo el modelo neoliberal instituyó, dando apoyo a este sector para que se desarrolle como una malla de contención social y, en el mejor de los casos, como un factor capaz de absorber el desempleo.

Cabe esperar que estas instituciones canalicen el descontento social y orienten la participación de la población hacia iniciativas locales, con metas muy precisas y un horizonte claramente puesto en la viabilidad y la eficiencia de su accionar. Estas serán seguramente las protagonistas de los tiempos políticos por venir, ámbito de recepción de la participación juvenil en los tiempos que corren. El déficit de inclusión de los jóvenes, excluidos del trabajo y en muchos casos del estudio, con todas las dificultades que ello implica para gestionar un arraigo de identidad, ese apetito de identificación frustrado, de masas en disponibilidad, trata de ser encauzado por esta política de desarrollo del tercer sector. Las movilizaciones barriales, zonales o de pequeñas ciudades que ostentan orgullosamente sus rasgos locales, la promoción de las fiestas presentadas como atractivos culturales, el desarrollo de microemprendimientos productivos, de trueque, cooperativas de abastecimiento o de construcción, de defensa de espacios verdes, cuidado de los niños, celebración de fiestas religiosas, comparsas y murgas, serán los presentes y futuros ámbitos de la inclusión de los jóvenes. Son las nuevas maneras de expresión participativa, celular y acotada, pero positiva en este período de la vida social que parece haber cerrado los caminos a la participación ciudadana.

El péndulo parece estar volviendo para seguir con el esquema del comienzo, pero en una situación comprometida para lo público. Se trata de la salida del ciclo privatista, aunque por el momento seriamente condicionada por la situación precedente.



Tal vez sea por el efecto mismo de la desilusión y el desencanto con las búsquedas del bienestar privado que comienzan a surgir estas reacciones, estas nuevas áreas de acción en el interior de los grupos dirigentes y en la ciudadanía en general. Estas nuevas formas de organización y participación, de alcance moderado y local, encarnan el signo de los tiempos, orientándose nuevamente hacia lo público, pero con las marcadas características diferenciales de la época. No se puede prever la evolución futura de estas formas de participación, pero es interesante reconocer en ellas la reaparición o el retorno -aunque adaptado al presente técnico, social y cultural de valores y prácticas que tuvieron fuerte incidencia en la historia reciente en momentos de crisis. Luis Alberto Romero destacaba, entre los ciclos de la cultura política urbana de los sectores populares de la Argentina, dos modelos paradigmáticos: uno orientado hacia la ocupación de los espacios estratégicos en el plano del Estado, en el que predominaban los movimientos orgánicos, encabezados por líderes dotados de carisma, y por otra parte -en períodos caracterizados por la proscripción o crisis económicas- el desarrollo espontáneo de expresiones populares en el ámbito de la cultura y la política locales. Tal vez retornen aquellas prácticas de carácter acotado -barrial o comunitario- tales como sociedades de fomento, bibliotecas populares, clubes de barrio, sociedades de ayuda mutua, organizaciones nacionales de inmigrantes, en las que se fermentaron climas políticos de gran trascendencia histórica para los sectores populares. Por eso se puede hablar de cierto reverdecer de fuerzas que apuntan a una reconstrucción civil del espacio de la política. Sin embargo, no debe oscurecerse con ello la forma predominantemente tecnicista y minimalista de estas

modalidades de la actividad participativa, que privilegian la inserción celular, ante la ausencia manifiesta de las grandes épicas populares y de las estrategias de transformación del espacio político y social. Es un contexto en el que la participación en los canales inorgánicos y celulares de la política va ocupando el centro de atracción de las iniciativas juveniles. Una juventud mayoritariamente reformista y moderada vibra nuevamente en la onda de la cuerda dominante.

EL

**MUNICIPIO Y LA
PARTICIPACIÓN
CIUDADANA**

05

EL MUNICIPIO Y LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Arnulfo Vázquez Ramírez¹

Cuando fui presidente municipal en Zamora me tocó coordinar a 32 presidentes municipales del estado, dos ayuntamientos panistas y 30 priistas. Fue una lástima ver ayuntamientos completamente desintegrados, lo cual no es más que falta de preparación, muchas veces, de quienes gobiernan. Presidentes municipales y regidores son analfabetos, pero es muy edificante ver que los de Acción Nacional queremos preparamos.

Zamora es una ciudad que tiene 180 mil habitantes, de los cuales 140 mil están en zona urbana y 40 mil en la rural; tiene 26 poblaciones rurales, y eran el obstáculo más importante para que Zamora fuera panista.

Desde luego, Zamora tiene, como todas las zonas rurales del país, un control político sólido, está en manos de caciques, pero en 1983 dimos una batalla considerable, la campaña por la diputación local dio resultados mínimos, apenas milvotos; seis meses después logramos 17 mil, quiere decir que en unos cuantos meses se pueden cambiar los resultados políticos de una ciudad o de un estado si nos lo proponemos. Tenemos los casos de Guanajuato y San Luis Potosí.

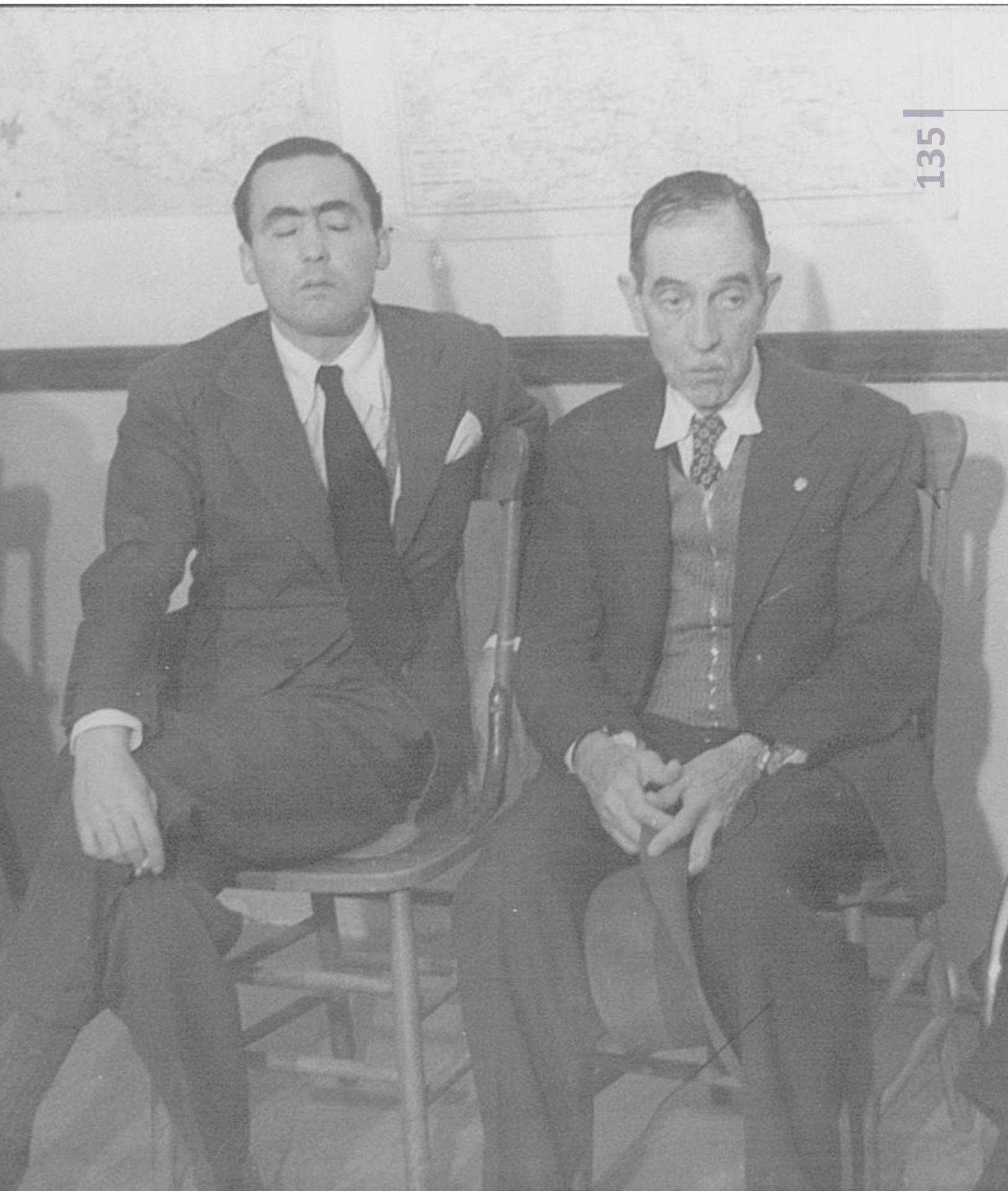
La batalla fue difícil, tuvimos que luchar durante 12 días y 12 noches, afuera del Comité Electoral, vigilando los paquetes, y después de ese tiempo logramos unreconocimiento a medias.

Cuauhtémoc Cárdenas era entonces gobernador del estado de Michoacán, y fue él quien nos dio más guerra, aprobó la Ley Electoral en 48 horas y trató de impedir que el ayuntamiento de Zamora, a quien se le había dado calidad de interinato, volviera a contender con el mismo candidato o presidente municipal interino. Esta ley nefasta sólo es un ejemplo.

Realmente, Cuauhtémoc Cárdenas ha sido el pionero de los interinatos en el país. Junto con él, como secretario de gobierno, Cristóbal Arias, quien ahora contiende por la gubernatura del estado. La noche de las elecciones, cuando teníamos todas las actas en la mano, tuvimos que sacar 12 o 13 defraudadores que estaban elaborando actas en el Comité y los encabezaba nada menos que Francisco Javier Ovando, quien fuera asesinado en 1988 y que se encargaba de los asuntos electorales del PRD. La antidemocracia se manifestó nuevamente.

Los habitantes de Zamora, en grupos de diez mil y 20 mil personas, manifestaron su rechazo al fraude que se pretendía hacer después de un triunfo claro de 17 mil votos contra seis mil. Finalmente, logramos que ese triunfo se reconociera.

¹ Encuentro Nacional El Municipio. Revista La Nación, Suplemento. Año L No. 1854, 18 mayo 1992.



La oposición más dura de reconocer era el triunfo que se daba en las comunidades rurales. Los caciques tenían tomada la presidencia municipal y no dejaban ejercer el poder. Uno de los mayores problemas era no saber cómo dirigir el ayuntamiento. Eran improvisados, como la mayoría que ocupaba por primera vez algún cargo de esta naturaleza. Nuestra campaña se realizó con escasos recursos. Recuerdo que el presidente municipal electo, Ignacio Pena, al ver aquellas manifestaciones de miles de personas y después de haber bajado de peso por los problemas electorales, me decía; "Arnulfo, ya ganamos, y ahora, ¿qué a vamos a hacer?"; le contesté; "Mira, no te preocupes, lo que tenemos que hacer es invitar a los ciudadanos para que participen en el gobierno, haremos una estructura tal, para que la gente gobierne".

Sin embargo, elaboramos un programa de gobierno, me nombró presidente del Comité de Obras y Servicios Municipales; entonces salí a las colonias, a las calles, organicé a la gente. La ciudad estaba totalmente destruida, parecía una ciudad bombardeada. Tenía más de 40 años con los servicios abandonados: sólo 40 por ciento de la población tenía agua potable y drenaje. Las comunidades rurales estaban abandonadas, ninguna tenía servicios, la mitad del municipio estaba sin electrificación. Era un desorden, un caos: el jefe de policía, a los pocos días de haber dejado el puesto fue encarcelado por narcotraficante. La seguridad pública era atroz y realmente teníamos muchos problemas. La Tesorería, totalmente quebrada. El presidente municipal, como contador público, empezó a organizar las finanzas, levantó un inventario por primera vez. Así se empezó a organizar el municipio.

Como generalmente ocurre, los críticos más severos fue la gente de nuestro partido; todos aquellos que habían participado en la compañía querían ver resultados inmediatos, empezaron a preguntar: ¿Qué hace Nacho Peña?, ¿qué va a hacer, ¿cuáles son los programas?: y yo, como presidente del partido en ese tiempo, del Comité Municipal, llamé a todos a cuenta y les hablé claro: "Si no ayudamos, no estorbemos".

Estructuramos el cabildo, procuramos organizarlo perfectamente para rechazar los ataques, tanto de afuera como de adentro; y así, con un cabildo fuerte, pudimos salir adelante.

Empezamos a pavimentar la ciudad, organizamos el Comité de Obras y Servicios Municipales. Desde luego, tuvimos que enfrentar problemas serios, porque siempre que una autoridad hace una obra encuentra obstáculos. Se hicieron obras y se entregaba una por semana.

Se pavimentaban calles con frecuencia, a tal grado que lográbamos obtener el 50 por ciento del costo de la obra como anticipo por parte de los vecinos, el cual se depositó en la Tesorería mientras se comenzaba el trabajo. No alcanzábamos a darnos tiempo para construir las obras.

La cantidad de obras realizadas preparó el camino para postularme como candidato a la presidencia municipal. El pueblo empezó a tener miedo de que ya no se hicieran obras cuando terminaran los tres años de gobierno de Acción Nacional. Entonces me pidieron que fuera candidato, accedí, y la compañía prácticamente se había realizado durante los tres años de gobierno panista.

Recuerdo que el gobernador en ese entonces, Luis Martínez Villicaña, mandó hacer un muestreo de las inquietudes políticas de la población, y después él mismo quedó sorprendido cuando vio que un porcentaje elevado favorecía al PAN. Esto hizo que el gobernador no objetara el triunfo. La compañía que realizamos obtuvo resultados claros y el gobernador tuvo, que reconocer nuestro triunfo, porque éste se hizo evidente por la preferencia de los habitantes. Lo anterior le abrió al gobernador los ojos y entonces empezó a formar comités de participación ciudadana, que comenzaron a formarse en Zamora en 1984.

Durante mi administración reforcé los comités, nombré un regidor de participación ciudadana. Esto dio tan buen resultado, que el gobernador los lanzó por primera vez en Michoacán, lo propuso al licenciado Carlos Salinas de Gortari y se ampliaron los comités a todo el país. Sospecho que de allí vienen los comités de Pronasol, porque los comités de participación ciudadana que nombró el gobernador en Michoacán, desde luego, no llevan el mismo fin ni la misma ética de los comités que nosotros nombramos. Simple y sencillamente nos inspiramos en la doctrina del partido, en el respeto a la dignidad de la persona, y de acuerdo a esos principios de doctrina formamos los comités.

Atendíamos a todo el que se nos acercaba a solicitar cualquier obra y nos guiábamos en la doctrina del partido para proyectar una vida más humana, desde luego sin paternalismos, empleando exclusivamente sus propios recursos, y los ciudadanos respondieron perfectamente bien. No había recursos en el ayuntamiento y tuvimos que ingeniarlos para salir adelante con esos comités.

Estoy realmente convencido de llamar al pueblo a participar, pero siempre con dignidad, con franqueza y haciéndolo responsable del gobierno.

Le exigimos al gobierno del estado que nos entregara el impuesto predial. Apoyado legalmente se lo exigí al gobernador Martínez Villicaña y no tuvo más remedio que entregarlo: fuimos el primer ayuntamiento en Michoacán, de 113, que manejó el impuesto predial. En 1988 habíamos recibido, por concepto de impuesto predial de parte del gobierno del estado, 150 millones de pesos. En 1989, cuando lo manejamos, percibimos más de 1,500 millones de pesos; esto sirvió, desde luego, para que todos los ayuntamientos de Michoacán, o la mayor parte, siguieran nuestro ejemplo, y actualmente ya manejan directamente el impuesto predial gracias a Acción Nacional.

Para dotar de agua potable en 1987 ejercimos un presupuesto de 150 millones de pesos que nos hablan dejado y gastos de aproximadamente 250 millones de pesos, que alcanzó para pagar la energía eléctrica de las bombas, y de esa forma no era posible proporcionar el agua necesaria. Ante este nuevo escollo llamamos a una reunión y pedimos autorización al pueblo para subir las cuotas, les presentamos el proyecto donde se contemplaba un aumento de ciento por ciento en las cuotas para darle solución al problema.

La tarifa propuesta correspondía a una cuota cinco veces mayor a la que pagaban. Se dio a conocer otra propuesta, donde se solucionaba el problema del agua potable en 60 por ciento y únicamente se aumentaban las cuotas tres tantos, pero aclaramos que nos veríamos obligados a seguir dando un servicio deficiente y que haríamos lo que el pueblo quisiera. Se volvió a manifestar la voluntad popular y nos autorizaron el proyecto más caro. Ahora, el municipio de Zamora tiene en todas sus comunidades rurales agua potable al ciento por ciento.

También pedimos la colaboración del pueblo para electrificar y lo logramos al ciento por ciento en el municipio. Las carreteras de todas las comunidades rurales quedaron perfectamente pavimentadas. Las 26 comunidades rurales recibieron una atención especial, porque habían sido rezagadas durante mucho tiempo.

Al llegar al municipio, lo primero que hice fue llamar a todos los encargados del orden, fueran priistas, perredistas o panistas, a una reunión de planificación y les pedí preguntaran a los ciudadanos qué es lo que querían. Se trataba de hacer participar, sobre todo a las poblaciones rurales; desde luego, el ayuntamiento anterior ya había pedido al pueblo su opinión para elegir a los encargados del orden. Entonces, les pedí a ellos elaboraran un programa de trabajo, tomando en cuenta lo solicitado por los ciudadanos. Y así, incrédulos todavía, en el pueblito que antes mencioné empezamos a perforar un pozo de agua y logramos su equipamiento, y un año después introdujimos el agua potable.

Para festejar hicieron una comida, en la que tomó la palabra un priista y dijo: "Señor presidente, por usted votó sólo la persona que mandaron a cuidar la casilla, los otros 200 votos fueron para el PRI, por tal razón nosotros creíamos que no íbamos a tener nada del ayuntamiento panista, pero ahora vemos que ya tenemos las calles revestidas, camino pavimentado, agua potable, escuela, electrificación y queremos aprovechar para dar las gracias".

Cuando los funcionarios municipales de cualquier partido o los regidores no atienden sus obligaciones, son déspotas, se enfadan o se cansan, con frecuencia desilusionan a sus seguidores. Hay que tener presente que en la noche o en la madrugada tenemos que cumplir con el principio fundamental de nuestro partido, que es el respeto a la dignidad de la persona, y una forma de traducir eso es escuchar a la gente, cada individuo que es escuchado es un nuevo aliado.



Recuerdo a una niña que habló por teléfono y me dijo: "Señor presidente, fíjese que en mi calle se fundió un foco"; le contesté:" "Fíjate cuántos focos fundidos tienes en tu colonia"; me llevó una lista, se cambiaron los focos, y de ahí en adelante fue una gran colaboradora. Hay que conseguir miles de colaboradores. No dividirlos, no restarlos, que es lo que pasa cuando los funcionarios se burocratizan y se vuelven déspotas, esos funcionarios terminan solos y entonces ya no volvemos a tener otro ayuntamiento. El ayuntamiento conquistado debe conservarse, atendamos bien al pueblo promoviendo la participación ciudadana. Debemos, como presidentes municipales, estar dispuestos a atender a los ciudadanos, y si él no puede hacerlo por exceso de trabajo, debe tener una organización tal que no se quede ningún ciudadano sin atención en el momento en que lo solicite. Tratar de solucionar el problema que presenten, de inmediato.

Por experiencia les digo que el 80 por ciento de los problemas se pueden solucionar dando órdenes al jefe inmediato, verificando, solicitando informes cada ocho días a cada jefe de departamento, obteniendo información de todo lo que se está haciendo, que el presidente municipal conozca desde el trabajo que hace un chofer hasta el que desempeña un jefe de departamento.

Ese sistema fue muy útil. Cada ocho días recibía los informes, los leía, los pasábamos a la computadora y verificábamos que todo mundo estuviera trabajando, eso es muy importante. Otro aspecto es fomentar las buenas relaciones internas y externas y estar prestos a atender a la sociedad, es el principal consejo que les *doy*, da buenos resultados.

Ya llevamos tres triunfos al hilo, el actual presidente municipal también obtuvo un margen amplio en la votación, ahí está gobernando y tratando de hacer actuantes y vigentes los principios de doctrina de nuestro partido.

Mucho ejemplo podría platicarles, podríamos estarnos toda la mañana, pero quiero que esto quede como el corolario de una experiencia práctica, de una experiencia vivida por un presidente municipal panista; considero que los principios de doctrina de nuestro partido son maravillosos, y como toda la filosofía, tiene que ponerse en práctica, y de esta forma seguiremos conservando los ayuntamientos obtenidos. Deseamos convertirnos en ejemplo, para que los ayuntamientos de alrededor decidan ser gobernados por Acción Nacional mediante los principios de doctrina que tenemos en nuestras manos.

LA JUVENTUD

Y LA POLÍTICA EN MÉXICO

06

LA JUVENTUD Y LA POLÍTICA EN MÉXICO

Hugo A. Borjas García¹

María Gabriela Tovar

CabreraIntroducción

El presente ensayo es un acercamiento al estado que guarda la oferta

educativa en el área de la ciencia política y sus números respecto de los jóvenes. Asimismo, en un segundo momento se establece una relación en el Poder Legislativo Federal en su legislatura LX respecto de la edad de los legisladores y su formación en la ciencia política, todo ello a fin de conocer que tanta juventud y preparación en política existe en este ámbito en México.

En consecuencia, las preguntas iniciales a las que se hace frente son: ¿qué posibilidades tiene los jóvenes de estudiar ciencia política en México? y ¿qué grado académico es más favorable estudiar para los jóvenes en esta disciplina? Posteriormente, al tomar la LX Legislatura Federal para el análisis, las preguntas están encaminadas a conocer ¿qué proporción de jóvenes y de políticos con estudios en la ciencia política tienen, tanto la cámara de diputados como la de senadores, en su integración?

Por lo antes mencionado, en el ensayo se expone un apartado previo que desahoga las pautas iniciales que determinen con precisión lo que se habrá de entender por política y por joven. Realizados los señalamientos precisos, el trabajo da paso al análisis de las posibilidades educativas en la ciencia política para licenciatura y posgrado, al cual se incorporan algunas reflexiones previas. Un tercer apartado incluye el estudio correspondiente a las cámaras legislativas en su conformación joven y politológica de sus miembros y cierra, al igual que el apartado anterior, con reflexiones previas.

Como es bien sabido, la política como concepto tiene implicaciones que es preciso desentrañar para no caer en confusiones. Por tal motivo, se realizan las precisiones justas que ayuden a una mejor comprensión.

Igualmente es menester saber que se debe de entender por juventud, toda vez que si bien es una palabra que todo mundo entiende, también es una palabra que pocos precisan. Además, es sumamente dependiente del contexto en el que se ubica. Estas características hacen inevitable establecer márgenes o criterios que nos orienten en su ubicación y más tratándose de la política, como es el caso.

¹ Altamirano Santiago. *Realidades y retos de la Juventud mexicana*. México: UAT: DACEA, 2018. Págs. 171-190

Qué se ha de entender por política

Valdría tener en cuenta que la política tiene tres dimensiones: como estructura (*polity*), como proceso (*politics*) y como resultado (*policy*). Esto quiere decir que la política como estructura es referirse a las instituciones y al orden que guardan en todo el sistema donde se da lugar a la actividad política, así como las reglas que se establecen para su funcionamiento. Por otra parte, la política como proceso es concebir que toda la política como estructura no ocurre por generación espontánea, sino que es el hombre el que le da vida a través de sus acciones y ejercicio político. Y por último, la política como resultado es lo que conocemos como políticas públicas; es decir, las acciones políticas del gobierno encaminadas a resolver problemas públicos.

En vista de lo anterior, en este trabajo se abordarán las dimensiones comprendidas en la política como estructura y la política como proceso. Para ello se reconoce que la política como estructura encuentra su principal apoyo en las instituciones de educación, toda vez que son éstas las encargadas de formar al ciudadano que estudiará la mejor forma de organización política. Pero en este sentido, para nuestra reflexión interesan exclusivamente aquellas instituciones educativas que forman en la disciplina de la ciencia política, desde licenciatura a doctorado.



En la política como proceso, que no es otra cosa que el ejercicio de la política, se tomará en cuenta, por economía de tiempo y espacio, al Congreso de la Unión. Esto es, a los diputados y senadores que ocupan cargo en ambas cámaras de la actual legislatura LX que comprende el periodo 2006-2009.

Qué se ha de entender por juventud en la política

Si bien las Naciones Unidas establecen un periodo comprendido entre los 18 y 25 años para determinar a la juventud, esta edad sirve de poco cuando el concepto de juventud como tal se utiliza fuera de los ámbitos comprendidos para la edad. Pues si el concepto es utilizado para referirnos por ejemplo a la actividad científica, qué es entonces ser joven. Al respecto existen convocatorias de organismos científicos que consideran investigador joven aquel que no sobrepasa los 35 años. No obstante, en ámbitos deportivos los 35 años rondan la edad del retiro.

En los ejemplos anteriores se tiene una relativa claridad arbitraria para definir a los jóvenes debido a circunstancias físicas, de formación o intelectuales que permiten establecer criterios para señalar márgenes de edad; sin embargo, existen otras actividades que no lo permiten con tanta claridad. Es el caso de la política.

Para sortear los problemas de definición e intentando abarcar los posibles criterios del lector, se establecen para el análisis de la juventud en la política como estructura los marcados por la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) que proporciona en su catálogo de estadísticas para la educación superior.

En ellos, más allá de determinar el grado de juventud, proporciona cinco periodos de edad que darán margen a ubicar donde se desee a la juventud en la política. Estos periodos van de los 24 años y menos el primero, el segundo de los 25 a los 29 años, el tercero de los 30 a los 34 años, el cuarto periodo de los 35 a los 39 años y el quinto y último periodo de los 40 años en adelante.

Para el entendimiento de la juventud en la política como proceso se determinan dos periodos de diez años. Esto es, para identificar al joven que ejerce la política, y que nosotros lo centramos en el Congreso de la Unión en ambas cámaras, se han tomado dos momentos de diez años cada uno. Comprendido el primero, para la Cámara de Diputados, a partir de que la constitución faculta a un ciudadano para ocupar una diputación federal. De tal suerte y de acuerdo al artículo 55 constitucional en su fracción II, la edad de 21 años es la inicial y los 31 años el final del primer periodo. El segundo transita de los 32 a los 41 años de edad. Por tanto, un diputado federal es joven en primera instancia si se sitúa entre los 21 y 31 años de edad, y es joven en segunda instancia si se encuentra entre los 32 y los 41 años de edad.

Para el caso de la Cámara de Senadores se utilizan los mismos criterios anteriores, lo cual nos hace tomar en cuenta al artículo 58 constitucional que señala como requisito la edad mínima de 25 años para ser senador. Al ser así, nuestro primer periodo para señalar a un senador como joven va de los 25 a los 35 años de edad y el segundo periodo de los 36 a los 45 años de edad.

Dado que reconocemos la complejidad para marcar la juventud, tanto de diputados federales como de senadores, introducimos estos dos periodos arbitrarios para facilitar el análisis y dar margen también a la diferencia de juicios que pueda tener el lector. Así pues, sabemos que habrá quién considere como juventud política a aquellos que no tienen más de 31 y 35 años de edad como diputado o senador respectivamente, pero habrá otros que consideren a los 41 o 45 años de edad el tiempo razonable para incluirlos como jóvenes políticos.

La juventud y la educación en la ciencia política

En la antigua Grecia y desde la visión platónica, la formación para aquel ciudadano que tenía deseo de ejercer actividades políticas debía de cumplir un riguroso proceso educativo, el cual comenzaba en la juventud con un entrenamiento deportivo que se le asignaba de los diecisiete a los veinte años. Posteriormente, en esta intención de formar filósofos pasaban los siguientes diez años en el estudio de las ciencias exactas y de los treinta a los treinta y cinco se les instruía en la teoría de las ideas; siendo hasta esta edad que el ciudadano se encontraba capacitado para dedicarse a la política los subsecuentes quince años. Al alcanzar los cincuenta años el ciudadano debía retirarse de la política para volver a sus estudios.

Después de alrededor de dos mil quinientos años, la mirada de Platón tiene poco alcance y la formación del político ha sido fundamentalmente empírica. Los estudios formales de la política se institucionalizan hace poco más de un siglo y es a partir de ahí que la política adquiere el tono de ciencia e inicia su reconocimiento

en universidades de países desarrollados. Pero en América Latina habría de tardar más su reconocimiento y no es sino hasta hace cerca de 4 décadas que la ciencia política como tal se encuentra en la educación superior.

En México es fecha que su institucionalización no concluye, puesto que la presencia de la ciencia política como disciplina de estudio no la acogen todas las universidades e incluso, no todos los estados cuentan con ofertas educativas en este sentido.

Este asunto no es baladí para el tema que nos ocupa, toda vez que, si consideramos que la formación en la ciencia política se da en la juventud, de cualquier manera, en cómo queramos ubicar a la juventud, la oferta educativa impacta directamente en la preparación del joven en la ciencia política.

La juventud, la ciencia política y el Poder Legislativo Federal

Max Weber escribía en su célebre obra *El político y el científico* que “Lo decisivo no es la edad, sino la educada capacidad para mirar de frente las realidades de la vida, soportarlas y estar a su altura”. Y se le concede razón, sin embargo, se suele asociar a la juventud con la falta de estas capacidades. Pero al respecto merece traer a colación los apartados iniciales cuando nos referimos a lo que hemos de entender por juventud, ya que en el presente trabajo estamos asociando la juventud con la edad del político y no debe confundirse en este caso la edad del político con la edad en la política. Dicho más claro, la edad del político responde a su fecha de nacimiento y la edad en la política a la fecha en que ingresó al ejercicio de la política. Dos asuntos distintos.

Pues bien, hecha la aclaración anterior ahora es preciso señalar que dos son las variables que precisan este apartado: la juventud y la formación en la ciencia política en el contexto del Poder Legislativo Federal.

Cámara de Diputados

Como ya se mencionó, para la Cámara de Diputados la juventud será considerada en dos cohortes, la primera que comprende de los 21 a los 31 años de edad y la segunda que va de los 32 a los 41 años de edad; quedando como maduros los diputados de 42 años de edad en adelante.

A pesar de comprender que juventud no es sinónimo de ignorancia o madurez de experiencia, la Cámara de Diputados parece responder a la idea de que son los años los que determinan el mejor hacer. Porque lo que se observa en los números de la LX Legislatura de la Cámara de Diputados es una clara preeminencia de la edad madura frente a la juventud, puesto que los diputados con una edad por encima de los 41 años dominan la cámara con un 64.8%; dejando un escaso 5.2% a los jóvenes que se encuentran entre los 21 y 31 años de edad y un 30% a los jóvenes de 32 a 41 años. Como dato adicional se ha de mencionar que el diputado más joven nació en 1983 y el más maduro en 1930.

Son 56 en total el número de diputados que cuentan con estudios en ciencia política en la LX Legislatura. Esto representa que aproximadamente un diputado de cada diez tiene formación politológica y, dentro de ellos, el grupo de edad que cuenta con el mayor número de diputados formados en esta disciplina corresponde más bien a los maduros, puesto que son 34 los legisladores que presentan currículum académico en ciencia política en esta cámara y cuya edad se sitúan de los 42 años de edad en adelante. Dicho de otra manera, la Cámara de Diputados no se distingue por tener politólogos jóvenes, ya que según podemos observar en la gráfica 5 sólo un diputado menor de 31 años tiene estudios en esta área de estudio. Aunque es digno de mención que, en el segundo grupo de jóvenes, que va de los 32 a los 41, se aumenta considerablemente el número al contabilizarse 21 diputados en este rango de edad.

Por tanto, de acuerdo con los datos anteriores el 11.2% cuentan con estudios en la ciencia política y el 88.8% tiene otros estudios. Es pertinente aclarar que estos porcentajes consideran a todos los legisladores que tienen algún estudio académico en ciencia política. Es decir, han sido considerados los diputados que presentan estudios en licenciatura, especialidad, maestría o doctorado.

Cámara de Senadores

En los sistemas bicamerales se reconoce que la naturaleza de la cámara alta o senado se funda en los principios de mesura y reflexión. Dicho en otro tono, la Cámara de Senadores es el equilibrio a las posibles pasiones que se pueden desatar en la Cámara de Diputados. Se hace este apunte porque tales principios de mesura y reflexión se vinculan estrechamente a la edad, y ésta a la juventud. Con lo cual, no es de extrañar en esta lógica que la juventud se vea mermada en este espacio legislativo, puesto que la propia constitución mexicana así lo asume, toda vez que es la edad el único requisito que se modifica para ser senador con respecto a los requisitos planteados para ser diputado; elevándose la edad mínima de 21 años que se requiere para ser diputado, a 25 años que se pide para ser senador. En consecuencia, las cohortes consideradas también se modifican; quedando el primero de 25 a 35 y el segundo de 36 a 45 años de edad para la validación de senador joven. Los senadores de 46 y más se catalogan como maduros.

Destaca una circunstancia importante para el análisis de los datos en esta cámara, la cual radica en la presencia de un grupo relativamente amplio (21.1%) que no especifica (n.e.) su edad y que no nos ha permitido contar con la certeza suficiente para ser categóricos en los datos. *

Como ya lo advertíamos, es la edad madura la que predomina en el senado con un 55.5% por encima de los 46 años de edad; es decir 71 de los 128. No obstante, el número pudiera incrementarse si obtuviera la información del grupo que no específico esta información.



Al igual que en la Cámara de Diputados, los jóvenes tienen pocas posibilidades de convertirse en senadores, puesto que los senadores comprendidos en el grupo que no sobrepasa los 35 años apenas si alcanza un 4.7%, lo que en número significa 6 senadores.

Pese a la disparidad de miembros que conforman cada cámara, los porcentajes en este rubro de la formación son similares en ambas; sin tomar en cuenta la variante de los no especificados que, por otra parte, no resulta significativa, pues se reduce a un solo senador. También, en la misma tónica de los diputados, en los datos se contabilizaron todos los senadores que registraron algún estudio oficial en ciencia política

De lo dicho hasta ahora para ambas cámaras de la legislatura LX se pueden determinar algunas afirmaciones previas, las cuales indican la poca presencia tanto de juventud como de politólogos. Pero más aún, pareciera que la ciencia política es una disciplina que se estudia en la madurez; porque, si bien es cierto que los porcentajes de legisladores que cuentan con estudios en la ciencia política son bajos, dentro de estos porcentajes quienes los elevan son los que representan a los de 42 años y más en diputados y 46 años y más en senadores. Aunque también puede establecerse un segundo argumento que nos dice que el estudio de la ciencia política se está distanciando de la política en su ejercicio y los jóvenes que tienen deseo de estudiar la política lo hacen para ejercerla en la academia y no en los ámbitos de la deliberación política.

Conclusiones

Más allá de las limitaciones que puede tener la educación superior en México, en las ciencias sociales y administrativas, y en concreto en la ciencia política, hacen falta más programas en esta área para la juventud. Claro está que se realiza esta afirmación si lo que se busca es dar pasos firmes en la profesionalización de la política y dejar de lado aquella afirmación de Weber cuando decía que “América no puede ser ya gobernada únicamente por diletantes”. Y sin duda, para dejar atrás a los políticos aficionados es imperioso introducir en la juventud las nociones fundamentales de la política y su ejercicio, y no imaginar a la ciencia política como distante y ajena a lo que han hecho en llamar real politik. De tal suerte que vendría bien un equilibrio en las ofertas educativas de las instituciones académicas en razón del nivel académico. Porque como se pudo observar, el nivel de maestría se impone al nivel de especialidad y doctorado, por un lado. Por el otro, estas ofertas no consiguen ganar terreno en otros lugares del país que no sean México, el Distrito Federal, Veracruz, Jalisco, Guanajuato, Puebla y Nuevo León. Y México no son solamente estas zonas. De ahí que no resulte sorprendente que, al examinar al Poder Legislativo Federal, donde se encuentra la representación nacional, resulten números bajísimos, en la integración del mismo, cuando hablamos de los políticos con estudios oficiales en la ciencia política.

Aunado a lo anterior, se suma la escasa presencia de jóvenes en el congreso, lo que puede producir un anquilosamiento y una permanencia de viejas prácticas, que, en honor a la verdad, no han favorecido a México. Así las cosas, es preciso abrir mayores espacios a los jóvenes para que renueven y proporcionen ideas frescas a la política de estos tiempos.

En resumen, de todas las alternativas posibles para los jóvenes que tengan inquietudes políticas y no superen los 30 años, según los datos presentados en el presente ensayo, la que prevalece es la que nos dice que se ha de estudiar una maestría y dejar las aspiraciones al Legislativo Federal para después de los 30 años. Al sobrepasar esa edad la formación académica ha de buscar el grado de especialidad o doctorado, con la atenuante de que las probabilidades de que sea fuera del lugar de origen son altas. Ahora, si no hay deseo de proseguir estudios oficiales, la búsqueda de una diputación o senaduría al Poder Legislativo Federal se presenta más clara, al preferir este poder personas con edad madura por encima de los jóvenes. Al menos en la LX Legislatura Federal.

P

ARADIGMAS DE

PARTICIPACIÓN

JUVENIL:

UN BALANCE

HISTÓRICO

07

161 |

LA MISIÓN DE LOS JÓVENES EN EL PAN

José Espina Von Roehrich¹

¿Cuál es la misión que los jóvenes tenemos en Acción Nacional? El lema de nuestro partido dice: “Por una patria ordenada y generosa y una vida mejor y más digna para todos”, y en estas palabras se engloba el por qué y para qué de Acción Nacional. Esta es la difícil, pero nobilísima finalidad, que don Manuel Gómez Morin, Efraín González Luna y todos los fundadores comprendieron y definieron para nuestro partido, y es condición de ciudadanos concretáramos, con nuestra participación en los asuntos públicos en el bien común demostraban conscientes de que ésta era una brega de eternidad que debía encaminarse a mover las almas de los mexicanos, para que ejerciendo nuestra patria. Este debe ser el fundamento de nuestra militancia en el PAN y de nuestra participación activa en sus cuadros juveniles.

Con nuestra generación iniciamos la obra de lo que Acción Nacional será en sus próximos años, de lo que será en el tan esperado siglo XXI. En esta etapa trascendental en la vida de nuestro partido, los jóvenes que militamos en él tenemos una gran responsabilidad, puesto que en nosotros recaerá la conducción de Acción Nacional y de nuestra patria, ante esta responsabilidad no podemos claudicar.

Los jóvenes que militamos en el PAN debemos convertirnos en los instrumentos que el partido requiere, para significar la alternativa de cambio que la juventud mexicana y la nación toda están buscando. Desde ahora debemos preocuparnos y ocuparnos por tres aspectos fundamentales: uno profundizar nuestro conocimiento y formación en los valores, doctrina y planteamientos políticos, que desde su inicio han sido su sostén y guía, para que así nuestra actividad política partidista continúe recorriendo el camino que empezaron a andar nuestros fundadores. Dos ampliar y mejorar la capacitación política que nos permita afrontar responsablemente y con eficacia las tareas que nos sean encomendadas en la vida interna de Acción Nacional o en alguna responsabilidad ante la sociedad, como un cargo público de elección. Tercero, consolidemos las estructuras juveniles de nuestro partido en todo el país; capacitémonos más y mejor, para asumir como verdaderos actores el papel que la historia nos tiene reservado, puesto que Acción Nacional y México serán lo que desde hoy con nuestro actuar, estemos construyendo.

¹ Revista La Nación. Año L No. 1862, 7 de septiembre de 1992. Págs. 24-25

A propósito de esto, nuestro presidente, don Luis Álvarez. Nos ha dicho: “La segura y noble raíz del partido tiene hoy que dar frutos renovados. Los ideales y valores de Acción Nacional tienen que encarnarse en nuevas circunstancias y dar respuesta a nuevas realidades. y la garantía de que así es y de que así seguirá siendo, son y deben ser ustedes, jóvenes. Tenemos que ser audaces — continúa— como Gómez Morin vivir el ideal, arriesgando lo que sea necesario para que éste se haga vida, para que el sueño se convierta en fecunda realidad. Con ese espíritu, alegre, inteligente y visionario hemos de ver hacia delante”.

El PAN del año 2000 lo harán quienes desde la fidelidad a la persona y al bien común, sean capaces de asumir riesgos de encarnar la esperanza, de mirar lejos, como fue capaz de hacerlo ese distinguido mexicano que llamó a los hombres de su tiempo a constituirse en generación de militantes del deber político, y mediante su correcto ejercicio edificar la patria anhelada, ordenada y generosa que todos estamos buscando.

Nuestro partido está esperando, y México con él, que demos una respuesta decidida. Acción Nacional se fundó con jóvenes, ha crecido con jóvenes, se ha desarrollado gracias a la actividad de los jóvenes, y hoy, a esta generación de jóvenes nos corresponde continuar esta obra. Si logramos esto, nuestro fin principal como jóvenes militantes, cuyo lema reza. “Dar a la patria esperanza presente”, lo cumpliremos.



La respuesta y la decisión está en cada uno de nosotros, y llegará el momento en que la historia y las generaciones que nos sucedan exigirán la respuesta que dimos al llamado que nos correspondía, a ocupar la trinchera, el puesto y la responsabilidad que nos tocaba ocupar en esta actividad política. Este ejercicio de hacer patria, significa la militancia en el PAN.

Quisiera terminar parafraseando dos párrafos del mensaje que don Luis dio al inicio del encuentro: "Ustedes, jóvenes, añádanle a la obra una voluntad clara y decidida de unidad y sentido de pertenencia al partido, y esa pasión movilizadora que ha llevado, lleva y llevará a las causas mejores hasta el triunfo. La democracia. la justicia y la libertad de México, de los mexicanos. les necesita, Acción Nacional les necesita; ustedes son lo más necesario para la patria que queremos y para el partido con el que queremos hacer mejor a la patria.

"Que este encuentro sirva para renovar su compromiso, acrecentar su entusiasmo y vivificar su esperanza para que al partido y a México le sirvan construyendo el presente del futuro y el futuro del presente". Hagamos realidad estas palabras.

La

167

**PARTICIPACIÓN
CIUDADANA Y EL
BIEN COMÚN**

08

**EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO:
PARTICIPACIÓN CIUDADANA**

LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y EL BIEN COMÚN

Ernesto Ruffo Appel¹

La esencia de nuestra inquietud, sin duda, nace en el deseo de hacer algo por nuestra comunidad, en participar por los demás. Yo creo que todos ustedes, todos los que estamos aquí, por eso estamos aquí, porque comprendimos nuestra responsabilidad que hay para con los demás. Participación en el sentido político, quiere decir participación política, reconocimiento de nuestra dimensión pública. Todos sabemos que debemos encontrar cómo ganar el sustento, cómo llevar adelante a la familia, y eso ha sido una razón de todos los mexicanos, pero la razón pública ha sido más bien una que hemos ido encontrando poco a poco. Esa es la razón de la velocidad del cambio.

Los que tenemos la confianza de poseer una responsabilidad pública, mantenemos una gran tarea, poder hacer muchos más conciudadanos conscientes de que existe esa tarea. que empieza con nuestro vecino, y puede llegar a ser tan grande como la labor que nos toca al trabajar en ayuntamientos, en gobiernos estatales. en legislaturas, porque es la formalización de esta responsabilidad.

¹ V Convención Municipalista del 1 al 3 de octubre de 1993 (suplemento Especial). En Revista La Nación. AñoLII, No. 1896, 28 de enero de 1994. Pág. 9-12

La participación es en sí nuestra mística, nuestra esencia; somos una organización política, que lo que primordialmente lleva como energía es esa inquietud, que digamos es el vehículo, y dentro de ella encontramos claramente los caminos que son nuestros Principios.

Llevar esa promoción, esa dimensión de responsabilidad pública para todos, significa un reto enorme, porque hay una cultura. una cultura nuestra que no nos ha enseñado precisamente a participar. Si nos remontamos a los principios de nuestra nación vamos a encontrar claramente que las formas de organización política no contenían la participación del ciudadano, pues en aquel entonces las personas eran habitantes con una dirección pública concentrada en una sola persona y, todavía como complemento, darles cierta apreciación de deidad -estoy hablando de los que estuvieron antes de que llegaran los españoles al tlatoani-, y lo que quiero llevar con este inicio es poder entender cuál es nuestro reto: poder dimensionar toda esa costumbre, esa forma de ver al poder público, que es contra lo que estamos luchando. Estamos luchando contra el poder público centralizado, que a través de los años se ha venido modificando, civilizando. Sin embargo, todavía nos falta mucho por recorrer; esa distancia por recorrer la podemos ejemplificar en el número de personas que participan en la responsabilidad política.

Hemos ido viviendo etapas de cómo ir disminuyéndole poder a esa fuerza central con la cual nacimos, a base de ir tomando conciencia de que no puede estar todo bajo la decisión o bajo la magia de un solo hombre o de una sola persona que pudiera guiarnos, puesto que a medida que el país se hace más grande y complejo, éste le va quedando chico. Las formas de organización, las necesidades del país nos imponen tener una tarea de promoción hacia la participación; la primera muestra somos nosotros mismos, y los ciudadanos somos precisamente la fundamentación de la participación. La diferencia está en ser ciudadano y dejar de ser habitante, lo que nos lleva a una tarea de organización. Para ustedes que están en los ayuntamientos, quizá preocupados con esas responsabilidades, porque por primera vez les toca conducir el trabajo de la organización pública, eso lo abrumba a uno y le entretiene el trabajo de poder llevar adelante las funciones normales del ayuntamiento. De igual forma me pasa al llevar las funciones normales de gobernador, porque ahí tengo una tarea formal, que es la impuesta en las propias leyes cómo a ustedes les toca funcionar a través de su estructura. Pero la tarea esencial es promover la participación, la que debe hacerse con base a nuestras mejores formas de comunicación, sobre los vehículos comunes que tenemos para entendernos, como son nuestro bien común, los sentimientos, los valores, las ideas, el lenguaje, nuestra propia cultura, nuestra nacionalidad, son la base común de entendimiento. Siempre hay que buscar en cada participación que tengamos ese vehículo común de entendimiento dentro del cual podamos crear más participación. Se los planteo así, porque al paso del tiempo me ha tocado, y cuando fui presidente municipal he visto cómo se facilitan las cosas cuando empezamos, a través de los

vehículos comunes, a través de nuestra identidad, de forma que en la relación que llevemos con los ciudadanos siempre sea importante mantener este marco de referencia; quizá no sea la tarea principal que debe quedaren el trabajo, sino más bien el marco con el que trabajamos y tenemos referencia. Recuerdo cuando me tocó mi primer Grito de Independencia. el 15 de septiembre de 1987, lo hicimos como pudimos porque estábamos recién entrados al ayuntamiento: los puestecitos la venta de antojitos y la escolta; simplemente lo hicimos, porque teníamos que hacerlo; pero al paso de las ocasiones que me ha tocado volverlo a dar, se puede uno percatar de los elementos, comunes, sobre todo en esas ocasiones de festejar nuestra nacionalidad. Todos tenemos una base común, y es precisamente la que comunica la primera identificación; lo que hemos procurado en esos eventos, en los actos cívicos, es agregar elementos que ratifiquen, amplíen y clarifiquen nuestra identidad, y la gente siente que pertenece, la gente sabe que somos de los mismos y entonces abre su disposición a poder participar, porque hay un común camino que es nuestra identidad. Veo cómo en este día, en común, que nos ha llevado toda una evolución desde que llegaron los españoles hasta hoy para que tengamos formas de identificación, que deben usarlo porque es la base primaria de comunicación, y de ahí buscar caminos de participación.

Quienes encabezan, generalmente son personas que por inquietud personal, que tal vez ni en forma clara la tengan y que empiezan a hablar de diferentes temas, expresan su inconformidad sobre diferentes asuntos, y de repente se encuentran frente



a asuntos públicos. A lo mejor se parece a la historia de ustedes que los llevó a participar, pues hay una inquietud personal, hay liderazgo, y eso es uno de los aspectos que deben estar ustedes siempre buscando dentro de los demás; quiénes son aquellos que están inquietos, que tienen un interés por resolver problemas y tratar de incorporarlos a la toma de decisiones; puede haber quienes lleven esos liderazgos con interés partidista, y eso es uno de los asuntos que mucho nos confunde una vez dentro del gobierno.

Siempre hay que tener, desde nuestro punto de partida, desde nuestro punto de vista, que el gobierno es para todos, y a esas personas hacerles ver que antes que el interés partidista está la comunidad, para que si esos liderazgos vienen dibujados con esos tintes primero nos ocupemos de resolver los problemas y luego de decidir quiénes son los mejores para resolver, pues el trabajo común, la identidad en resolver los problemas, es lo que le da una enorme base de identificación a la comunidad, y es también como podemos colocar la discusión político-partidista en los términos modernos que debe de ser y no en una circunstancia de buenos y malos, que sólo nos lleva precisamente a que quede dividida la comunidad. No es una tarea fácil, sé que les estoy hablando de un aspecto muy delicado; por ejemplo, les puedo decir cómo se van desarrollando los asuntos de los Comités de Solidaridad, pero en el fondo lo que debe prevalecer en nuestra actitud, en nuestros actos, es el buscar que se resuelvan los problemas, que el gobierno sirva para gobernar, para resolver los asuntos y que después quede para calificar y tomar partido.

Nuestro mejor ejemplo es hacerlo trabajando, y nuestra mejor tarea es incorporar a los líderes, a los líderes abiertos, a los líderes dispuestos -habrá algunos que se dicen líderes, pero sólo son facciones-, hay que ver que esos hombres o mujeres tengan una actitud abierta; eso es lo importante dentro de esta tarea. Ciertamente está la dimensión político-partidista, pero para eso está el partido; la tarea de nuestro partido es llevar adelante la perspectiva política pura, precisa, transparente de nuestra proposición, de manera que siempre esté claro hacia dónde vamos, qué es lo que queremos.

En el ejercicio del gobierno tenemos que trabajar para todos, es innegable que tenemos que incorporar a los demás, son parte de la comunidad. Todo se ejemplifica y se aclara muy bien en la dimensión que le lleva en la participación a quienes estamos en el gobierno como gobernantes y a quienes están en el partido como representantes y gestores político-partidarios; es lo que llevo así porque ha sido uno de los asuntos que más trabajo nos ha costado en Baja California, poder aclarar entre nosotros mismos, porque la participación, que si bien totalmente motivada por la responsabilidad pública que cada quien sentimos, a veces en muchos de nosotros busca ser totalitaria. Quiero decir con esto, que algunos buscan que todo sea azul y que todos piensen como nosotros; esto, creo es natural, porque nos ha tocado vivir muchos años de buscar el camino, y ahora, cuando nos toca la oportunidad, queremos aprovecharla totalmente y llevar todo lo que es lo nuestro y excluir 10 otro. Pero acuérdense que somos demócratas.

Este aspecto nos ha costado nuestras buenas porciones de dificultades hacia el interior del partido, nos ha costado algunas decisiones y separaciones, le ha costado al gobernador dudas de algunos de sus partidarios, pero lo que estamos viviendo es una evolución política en la misma participación, porque el ser nosotros esencialmente demócratas implica estar abiertos hacia los demás, y eso es el ejemplo que nos puede llevar a que dejemos las formas extremas y encontremos la razonabilidad de que la participación deba ser constructiva, debe ser civilizada, razonable. de manera que podamos, entre todos, buscar entendernos. La participación en el fondo tiene una definición y esa definición siempre la decimos, a veces ni nosotros la comprendemos cuando hablamos del cambio, el gobierno del cambio. ¿Qué queremos decir con eso? Cuando hablamos de cambio, en el fondo estamos hablando de democracia, y cuando hablamos de. democracia, en el sentido ampliamente moderno, estamos hablando de aceptar a todos como iguales, estamos hablando de que, sin importar capacidad, origen, forma de ser, todos nos debemos de aceptar como iguales, igualdad política; y si así entendemos a la comunidad y a la sociedad en nuestra responsabilidad pública, yo siento que la tarea que hacemos tendrá un gran efecto a la real participación por esta dimensión de la superación nacional. ¿Qué nos puede estructurar mejor en esta iniciativa? ¿Qué nos puede llevar a que lo que hagamos no sea simplemente el esfuerzo que dedicamos día a día y se pierda cuando nos vamos? ¿Qué puede hacer las cosas permanentes? ¿Qué puede llevarnos a que el cambio se institucionalice? esa aceptación creciente de ser todos iguales y tener las mismas responsabilidades.

Construir instituciones es una tarea que debe de ocuparnos, favoreciendo la organización de los ciudadanos; siempre hablamos de la participación ciudadana, pero no debe ser más que una simple motivación a que participen ya, sino que debe haber una organización.

Por participación llegamos al gobierno, pero había un objetivo muy preciso y una organización de participación muy clara: el sistema electoral; parese logramos estar ahí y muchos supieron que participando a través de ese conducto se podía cambiar el gobierno. Se logra el resultado, llegamos al gobierno, pero, ya no tiene más mecanismos para participar o son muy pocos; por ahí están los que siempre hemos conocido, como, las Cámaras de Comercio, los sindicatos como se hayan integrado, y algunos que dicen muchas cosas y que aparecen en el periódico todos los días y dan orientaciones, dan propuestas, pero no hay estructura. Debemos constituir instituciones en el puro y más claro principio de la libertad, pero no podemos esperar que se formen por sí solas. Hay que considerar la realidad que vive nuestro país; son más bien pocos los ciudadanos que tienen clara la perspectiva de la evolución política nacional. Esa ha sido la razón de porqué nosotros no hemos podido avanzar, como por ejemplo nuestro vecino del Norte.



¿Cuántos ciudadanos preparados tienen ellos, proporcionalmente hablando, en su población y cuántos nosotros? No sé el número exactamente, (pero a lo mejores diez por uno; si aquí tenemos el tres por ciento de nuestra población con título profesional, allá

han de tener 30 por ciento. Entonces, tan poquitos con la capacidad y tantos con el deseo de participar. pero sin saber cómo ni a través de qué medio, pero yo creo que la tarea de este tres por ciento es ponernos a construir instituciones de todo: de ecología, de participación cívica, de servicio social, y ustedes imagínense 10 que sea, puede ser una tarea para que haya un grupo organizado con darás reglas de cómo se van a entender entre ellos, para que los propósitos de ese grupo permanezcan y sean llevados adelante por mucho tiempo, eso es institucionalizar un propósito.

Lo más importante en ese espíritu, es que esas instituciones sean democráticas; que los propósitos claros que haya en esas instituciones sean liderados por los que tengan la mayoría de apoyo dentro de esa institución, y así verán cómo tantos asuntos, tantos temas que tiene que decidir hoy el gobierno, pueden ayudarnos a decidir muchas pequeñas instituciones, y entonces lo que estamos logrando es más sociedad y menos gobierno, eso es lo que debemos tener como una estrategia fundamental general para precisamente poder hablar de modernidad, de descentralización, porque todo es lo está en unas pocas manos, porque no ha habido quienes las tomen de esas manos; tenemos el anhelo y el deseo, pero pocos han sido como los que hemos trabajado a través de esta idea política en Acción Nacional.

Fijémonos cómo se llama nuestro partido: Acción Nacional; es una acción, es una actividad, es un participar; esencialmente lo que estamos diciendo es participación con identidad, con identidad nacional. El organizarnos entre nosotros. Por eso participación ciudadana y bien común envuelven como un marco general toda nuestra actividad, todo este cambio que nosotros promovemos, y dentro de este cambio, dentro de esta participación y este bien común, hay tareas que deben captar gran parte de nuestra atención: una es el favorecimiento de formación de líderes, debe haber una tarea importante dentro de nuestra sociedad a través de las instituciones, y esto será la Universidad. las diversas organizaciones para los propósitos que ya existen, el propio gobierno y, sin duda de nuestra parte, el partido: necesitamos líderes, necesitamos muchos tenientes, capitanes, mayores, coroneles, generales que vayan organizando en su proporción y propósito. Esa es la distancia de nuestro acelerador del cambio: cuántos líderes y, por consecuencia, entonces, una parte sustantiva esencial dentro de este cambio es la educación. Por eso se habla tanto hoy del sistema educativo, que la federalización educativa, que la calidad educativa, porque lo que está pasando es que todos podemos hacer, pero podemos hacer tanto más entre más sabemos, de forma que entre más gente preparada haya, capacitada, mejores oportunidades vamos a tener de que haya líderes que reúnan, además de los conocimientos, las habilidades personales, la trascendencia, la responsabilidad, para llevar adelante.

Esto es un asunto como cuando se busca quiénes van a ser los campeones en alguna disciplina deportiva: siempre participan muchos, pero sólo unos pocos salen. La idea es tener una masiva promoción de ciudadanos y luego cada quien va descollando a cómo le va gustando, porque a algunos nos gusta ser políticos (bueno, yo era empresario), pero a otros les gusta ser artistas, y cada quien que se vaya por su lado, pero que lo haga con ganas, con compromiso, con interés de superación, que tenga los elementos a la mano para que en lo que le guste se dedique y, si puede, que lideree. Ahora que se habla del libre comercio, quiero decirles que este asunto nos va a imponer un reto enorme, porque se trata de cuántos hay para organizar las cosas, y les acabo de decir que allá nos llevan el diez por uno. Esa es una situación, una realidad, que de todas maneras está frente a nosotros con acuerdo o sin acuerdo; la realidad es que los vecinos tienen todas esas capacidades y nosotros tenemos las nuestras, y haya o no Tratado ellos se siguen desarrollando a una velocidad y nosotros a otra, y hay una distancia entre ellos. ¿Por qué se va nuestra gente para Estados Unidos?, porque empiezan a ver más oportunidades allá, y eso es muy triste; quiere decir que aquí no las tenemos, que nos estamos desangrando, eso es lo que quiere decir, porque no tenemos suficientes oportunidades, porque no hay toda la estructura para poder dar participación a los que aquí nacen. Es un asunto delicado. es un asunto de crisis nacional, porque quiere decir que nos están faltando fuerzas para poder contenernos en lo nuestro, y esto que nosotros promovemos. la participación política, es una esperanza, es una opción que algunos ven con gran expectativa. Por eso muchas personas cuando nos ven trabajar con este compromiso y esta responsabilidad, he visto que se les llenan los ojos de lágrimas, porque

nunca pensaron que iba a pasar; por eso creo que bien vale la pena el trabajo, el sacrificio, para que haya una sociedad que sea responsable de sí misma y no de un mágico jefe centralizador del que esperamos todo. Esa es participación ciudadana y bien común.

LA RELACIÓN ENTRE

LOS CAMBIOS

CULTURALES DE FINES DE SIGLO Y LA PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LOS JÓVENES

09

LA RELACIÓN ENTRE LOS CAMBIOS CULTURALES DE FINES DE SIGLO Y LA PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LOS JÓVENES

Mario Sandoval M.¹

Sin lugar a dudas la situación de los jóvenes chilenos constituye una preocupación central desde distintos ámbitos de la sociedad, ya sea porque conforman potencialmente un grupo de presión social, porque son considerados un grupo electoral necesario al momento de decidir elecciones o porque representan una masa consumidora de inmejorables proyecciones. Sea por la razón que sea, los jóvenes son objeto de preocupación para las autoridades políticas, sociales, religiosas y económicas.

Para su desarrollo integral y armónico la sociedad actual necesita de la participación de los jóvenes; sin embargo, éstos se hacen visibles al conjunto de la sociedad a través de diferentes manifestaciones que no guardan relación con las expectativas que se tienen de ellos, ya sea por la desafección frente a la política, por el protagonismo que exhiben en actos de violencia callejera, por el excesivo consumo de alcohol y drogas, y/o por la apatía generalizada que aparentemente manifiestan frente al mundo institucional, etcétera.

El gran desafío de los jóvenes chilenos del próximo milenio es relacionarse con una sociedad y un modelo económico que los seducen a consumir y a participar de las modernizaciones, de los éxitos económicos; pero al mismo tiempo los rechazan, los excluyen, los ignoran y/o los castigan por su condición juvenil, en un contexto mundial de mutación cultural.

Sin lugar a dudas, durante las últimas décadas el objeto teórico de “lo juvenil” ha presentado transformaciones que dejan una abismal diferencia entre el mundo juvenil de la década de los setenta y el de los noventa. Nos referimos a la que P. Cottet denomina la “generación de los descuentos”. De esta manera confirmamos la hipótesis de que los contextos históricos contribuyen a la conformación del modo de vivenciar “la juventud”, es decir, no basta intentar comprender a los jóvenes desde una sola dimensión (la psicológica, por ejemplo). De entrada, es necesario reconocer la multidimensionalidad del fenómeno, caracterizado por la externalidad de su heterogeneidad empírica.

Desde la sociología se han construido ciertos paradigmas de lo juvenil y desde ahí se ha pretendido generalizar una imagen de joven. Si observamos la realidad chilena podemos constatar que en los años sesenta se estandarizó, transformándose en un paradigma explicativo: la imagen de un joven rebelde,

¹ Bénédict, René. Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea.

En: Balandini, Sergio. La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo.

Colección grupos de trabajo de CLACSO, México: CLACSO, 2000. Págs. 147-164



revolucionario, estudiante universitario y politizado. Desde ese prisma se analizó e interpretó a los jóvenes, como si todos los jóvenes chilenos de la época hubieran respondido a ese perfil.

Fue así como se homogeneizó la idea de que a los jóvenes les interesaba la política, que militaban en los partidos y que luchaban por el cambio social. No queremos decir que esto no sucedió. Simplemente estamos afirmando que no todos los jóvenes estaban en esa perspectiva, que había muchos otros (anónimos) que no se pronunciaban al respecto o simplemente seguían la moda del momento.

El otro paradigma imperante y que hasta hoy se difunde hasta la saciedad, es el de un “joven standard”: un joven exento de conflictos y problemas, un joven que responde a un cierto prototipo físico, un joven consumidor. Este paradigma está determinado desde una matriz productivo-consumista, privilegiando acciones individuales/individualistas, en constante interacción con el mercado, relegando a segundo plano acciones de tipo colectivas, en constante interacción con el grupo de pares congregados en torno a un ideal común.

Esta es la imagen ideal de joven que el modelo económico neoliberal necesita para su reproducción. Es un joven acrítico, conformista y consumidor. Un joven que llena su imaginario simbólico con las marcas de modas; los contenidos de sus conversaciones los proporcionan los partidos de fútbol o los aciertos y desaciertos de los deportistas de alto rendimiento.

Como señala Cottet, las claves teóricas con que se ha venido entendiendo a “lo juvenil” se desvanecen y es necesario tomar en consideración las transformaciones sociales que tanto los jóvenes de los ochenta como los de los noventa expresan en su vida cotidiana.

Compartiendo la reflexión realizada por A. Touraine resultan interesantes las dos imágenes que Chile posee de su juventud: por un lado, la juventud como instrumento de modernización, y por otro, como elemento marginal y peligroso. Lo anterior da cuenta de dos tipos de juventudes, una situada en aquel estrato social capaz de generar cambios y reivindicaciones si fuese necesario, y otra más bien marginal, imposibilitada de integrarse socialmente. A este último tipo de juventud pertenecen aquellos sujetos que no poseen empleo, que provienen, en la mayoría de los casos, de familias disgregadas y que se encuentran tendientes a delinquir. Estos jóvenes, son capaces de generar mecanismos de integración social, si bien resultan ser en la mayoría de los casos simbólicos, a través de la mera obtención eventual de objetos materiales que les otorguen status.

“Los jóvenes en su mayoría consideran que no hay sitios para ellos en una sociedad cuyo desarrollo es limitado, llena de desigualdades y exclusiones”, encontrándose en constante búsqueda de un espacio capaz de representarlos y de responder a sus demandas. En este sentido, para ellos la política se constituye en un mundo ajeno, en el cual los jóvenes no poseen representación ni injerencia y frente al cual no disponen de medios para generar cambios.

El funcionamiento social impuesto al mundo juvenil le impide tener incidencia en la toma de decisiones. La juventud no posee las motivaciones para la creación de proyectos ni aspiraciones como grupo, reflejándose en ellos un alto grado de conformismo y aceptación, sobre todo frente a la institucionalidad.

Parte importante del descontento y frustración de la población juvenil frente a la política la expresan frente a los “partidos políticos (por su despreocupación por los jóvenes), y el Estado, en cuanto expresado en su rol de agente represor. Estas expresiones despectivas y desilusionadas, que no ofrecen en general distinciones ni matices en una visión pesimista del futuro, alimentan las salidas individualistas como única alternativa eficaz de evolución posible”.

En relación a lo anterior resulta necesario mencionar que los jóvenes se repliegan cada vez más hacia su vida privada, lo cual es razonable al considerar que la acción política, o más aún, la acción político-partidista, no posee legitimidad alguna al interior del mundo juvenil, sobre todo frente a la centralidad y eficiencia que presenta el mercado y la ausencia del Estado en materia de seguridad social.

De esta manera se presenta “una tensión creciente entre la inclusión política que traen consigo las democracias y la exclusión social de la nueva fase de modernización capitalista”, de la cual Chile ha sido sujeto desde hace un par de años.

La baja participación de los jóvenes ha dado paso a la construcción de un discurso social que se refiere al mundo juvenil como apático, en referencia privilegiada a la política. La retracción de la participación juvenil conlleva la revisión de instancias político-institucionales, para representar los intereses y motivaciones reales de los jóvenes.

La mayoría de las veces, la creación juvenil de nuevos canales que les permitan alternativas de participación, de nuevas formas asociativas, se genera a partir de intereses específicos, concretos, sin representación de cuestiones que trasciendan la respuesta a la demanda planteada.

La ausencia del ejercicio de la ciudadanía juvenil y/o la transformación del mismo plantean la necesidad de referirse a la construcción de ciudadanía en el mundo juvenil. Al respecto es interesante la distinción que realiza Mario Villareal (1999), quien señala que existen dos tipos de ciudadanía: La ciudadanía política, que se refiere a los derechos a participar en el poder político, ya sea como votante o mediante la práctica política activa, y la ciudadanía social, que se refiere al derecho de gozar de cierto estándar mínimo de vida, de bienestar y seguridad económica.

El autor plantea que entre ambos tipos de ciudadanía se desarrolla una fuerte tensión, vivenciada por la población juvenil, sobre todo aquella perteneciente al sector marginado socialmente, ya que cabe preguntarse quién puede ejercer la ciudadanía política sin tener aseguradas las condiciones sociales básicas para hacerlo. La importancia de ambas recae en la responsabilidad que le concierne frente a la generación de participación juvenil, así como también a las transformaciones de su práctica.

Por su parte, John Durston define cinco tipos de ciudadanía juvenil, de las cuales las tres primeras se dan con mayor frecuencia entre los jóvenes:

Ciudadanía denegada, vivenciada por los sectores excluidos, negándoseles la posibilidad práctica de ejercer ciudadanía; en este caso, “la respuesta del joven cuya ciudadanía ha sido denegada por su pertenencia es más difícil: implica superar la autonegación generando por el mismo desprecio de la cultura dominante hacia esa identidad...”

Ciudadanía de segunda clase, se refiere a aquellos sectores cuya ciudadanía no es negada explícitamente, pero que al ejercerla enfrentan una serie de barreras que se lo dificultan; en este sentido, cabe pensar en los jóvenes que se ven afectados por una discriminación de instituciones gerontocráticas.

Ciudadanía despreciada, es aquella rechazada por los jóvenes, ya sea de primera o de segunda clase. En el primer caso se trata de jóvenes que poseen las condiciones para ejercer su ciudadanía, pero por egoísmo, pasividad o idealismo no la ejercen. En el segundo caso, agrava la situación las carencias que vivencian, percibiendo al Estado y a las instituciones “para otros” y su “oferta de ciudadanía como falsa promesa”.

Ciudadanía latente, aquella en que los jóvenes no han encontrado ninguna motivación frente al ejercicio de la ciudadanía, pero poseen una disposición favorable a la participación.

Ciudadanía construida, es aquella en que el individuo, mediante el aprendizaje de códigos, conocimientos y el ensayo práctico, construye su ciudadanía.

Para que los jóvenes puedan ser partícipes de la sociedad y construir su ciudadanía se exige un esfuerzo social de las diversas instituciones sociales, desde la familia a la escuela, llamadas a la conformación y fortalecimiento de ésta.

Lo anterior deja ver la base del fenómeno de la no participación juvenil, la crisis de sentido de la cual son sujetos, donde la oferta social, las organizaciones sociales “para” jóvenes, no poseen el sentido pertinente frente al cual logren organizarse y participar de ellas. Las formas de asociación destinadas a la población juvenil, si es que existen, inhiben más que fomentar su participación, adquiriendo éstos el protagonismo en la configuración de nuevas formas asociativas, transgrediendo la normativa social a la cual deben adecuarse.

De ahí que se plantee que los jóvenes no estén “ni ahí”, pero ¿cómo estarlo?, si no existen el espacio ni el sentido para ser partícipes de una sociedad que insiste en comprender a la juventud actual desde los parámetros con que se hacía en la década de los sesenta y setenta.

La voluntad de participación ciudadana en el mundo juvenil tiene como base la confianza en las instituciones, cuestión que está lejos de darse, así como también la conciencia juvenil de influir y ser escuchados por las mismas. Al no presentarse estas condiciones mínimas, resulta imposible demandar a la población la participación necesaria para que vuelvan a ser considerados como el porvenir del mundo y no como amenaza y población al margen de la sociedad.

A continuación, se describe el contexto económico, político y cultural en que viven los jóvenes chilenos, de manera de comprender el conjunto de estímulos a los que están constreñidos cotidianamente, y posteriormente comprender sus respuestas, sus conductas, sus cambios y su actitud frente a la política.

El actual contexto nacional e internacional se caracteriza por los importantes cambios que está experimentando la humanidad. La hipótesis de Bajoit y Franssen que veremos más adelante nos habla de un cambio fundamental en la concepción de la vida, visión del mundo, sistema de significaciones y valores que guían la conducta de cada cual, así como también en las referencias normativas que sirven de parámetros macrosociales. Este es un cambio que estaría afectando las esferas de lo público y lo privado, lo institucional, lo simbólico, lo material, lo cotidiano, lo grande y lo pequeño, lo significativo y lo insignificante. En resumen, estarían cambiando las bases sobre las cuales se ha desarrollado hasta ahora el modelo cultural de la sociedad industrial.

Este fenómeno de fin de siglo nos estaría indicando que vivimos un cambio de época que coincide con el cambio de milenio y que estaríamos en el umbral de algo que viene y que no sabemos bien cómo es, qué forma tiene y cuáles son sus contenidos. “En esta última década hemos asistido a un proceso de integración de los mercados internacionales, en especial del financiero; a la caída de las barreras comerciales, a la liberalización de los mercados de trabajo que generan un panorama diferente de las otras décadas de este siglo”.

Estos cambios se hacen más visibles en el desarrollo tecnológico, en la revolución de las comunicaciones, atribuyéndole un rol principal y protagónico a los mass-media, y tienen repercusiones concretas y cotidianas en la familia, en la educación, en el trabajo, en la pareja, en la relación entre padres e hijos y en el Estado.

Las concepciones de lo bueno, lo verdadero, lo bello y lo justo se transformarían día a día, alterando las conductas sociales de la gente a tal punto que los sistemas de representación y legitimidad que constituyen la interpretación del modelo cultural, es decir, las ideologías, estarían sufriendo cambios radicales, alterando los principios de sentidos que fundan la pertinencia de las conductas humanas, es decir, lo coherente, lo concebible, lo lógico, lo con-sentido, lo no-absurdo.

El mundo vive una situación nueva desde el término de la guerra fría y la caída del muro de Berlín. Se ha esfumado la tensión y conflicto este/oeste que caracterizó a la posguerra, y el fracaso de los socialismos reales deja en evidencia la fragilidad de los modelos socialistas como respuesta global a las necesidades humanas. Sin embargo, paralelamente, se han acrecentado las diferencias, tensiones y conflictos en la relación norte-sur. Los países desarrollados cada vez lo son más, mientras que en la periferia permanecen altos grados de subdesarrollo, atraso y pobreza.

Mientras las superpotencias exportan modernización y se ven envueltas en un nuevo tipo de guerra -las “guerras comerciales”-, disputándose los mercados en un proceso creciente de globalización de la economía, en el sur grandes sectores de la población no consumen diariamente las calorías necesarias para subsistir o permanecen al margen de las ciudades en situaciones de evidente atraso, marginación y pobreza.

Esta mutación, a nivel mundial, tendría su origen en los cambios en el régimen de acumulación capitalista, en la revolución de las comunicaciones, en la caída de los socialismos reales y en el actual proceso de globalización de la economía.

Se presentan los principales resultados de la Segunda Encuesta Nacional de Juventud realizada por el Instituto Nacional de la Juventud de Chile (INJUV) referidos a la relación de los jóvenes con la política. Se trata de presentar descriptivamente los resultados de esta encuesta, para después concluir con algunas ideas centrales en relación al tema.

Desde el INJUV se entiende por participación institucional la integración a las instancias de decisión y representación que establece una sociedad. La participación institucional refleja la vida pública de los jóvenes a través de formas de acción cuya operación trasciende sus intereses individuales. Este tipo de participación supone la existencia de un conjunto de instancias y reglas de juego reconocidas y aceptadas por todos los participantes; su forma básica de acción es la negociación y el establecimiento de acuerdos. La participación institucional posee elementos culturales, expresados en la legitimidad de las instituciones, así como estructurales, expresados en la incorporación a instancias destinadas a canalizar intereses particulares a la vida pública.

Los temas de ciudadanía se revelan como una carencia crucial en la cultura política juvenil. La participación política no reviste mayor relevancia para los jóvenes, como resultado de su propia socialización, pero también de los límites del sistema de representación. Visto desde un ángulo negativo, los procesos anteriores involucran disolución de las identidades colectivas y reducción de la participación en las decisiones. Desde otro ángulo pueden involucrar una expansión de espacios culturales propios y la conformación de sujetos al margen de una referencia al Estado.

¿Qué significado tienen la participación social y la política para los jóvenes? Como señala el INJUV, la respuesta a esta pregunta requiere de un examen cuidadoso respecto de las orientaciones que priman entre los jóvenes de los años noventa.

Se afirma que lejos de la experiencia de politización de los años ochenta (los jóvenes de la dictadura), los jóvenes actuales perciben la política en términos prácticos, más asociada con las posibilidades de logros individuales que con ideales o identificaciones colectivas.

El modelo de desarrollo que privilegia el mercado como mecanismo de asignación de recursos y reduce la intervención económica y social del sector público parece haberse proyectado a las relaciones sociales. Los principios de estratificación basados en una posición estructural social o económica dejan paso a diferenciaciones basadas en pautas de consumo. La participación en las decisiones se hace cada vez más dificultosa por el peso insoslayable que imponen los poderes fácticos sobre el sistema de representación.

Una primera forma de reflejar el grado de integración institucional de los jóvenes consiste en revisar su grado de confianza en las instituciones públicas. La legitimidad que los jóvenes otorgan a estas instancias revela por dónde, y hasta cierto punto de qué forma, hacen pasar los jóvenes su participación en la vida pública.

Las instituciones que concitan el mayor grado de confianza entre los jóvenes pertenecen al campo de la cultura: la iglesia y los medios de comunicación masiva, con un 84% y un 83% respectivamente en 1997. Los jóvenes otorgan la mayor legitimidad, casi de forma unánime, a instituciones culturales que median hacia la vida pública. Con las salvedades del caso, ambas instituciones generan una imagen de participación pública por medio de la pertenencia a una imagen colectiva, representada en un caso por quienes comparten un principio de trascendencia, y en el otro por quienes se asemejan en un estilo de vida.

Los grados de legitimidad son muy parejos entre los estratos muestrales, pero debe notarse su crecimiento entre los hombres, jóvenes de 20 a 24 años, en el estrato alto, y en menor medida en el estrato medio.

El orden público es el segundo principio de la vida pública que legitiman los jóvenes; en efecto, el 70% de los jóvenes declara tener confianza en las Fuerzas Armadas y de Orden. Este principio es relevante en todos los estratos muestrales, por cuanto en 1997 en nivel más bajo es el 64% entre los mayores de 24 años. El principio de orden aparece con más fuerza entre los menores de 25 años y pierde fuerza a medida que se desciende en la escala socioeconómica.

La legitimidad de la administración del Estado, gobierno y alcaldes concitaba, en 1997, el apoyo de poco más de la mitad de los jóvenes. En las encuestas nacionales, quienes mayor confianza tienen en el gobierno son las mujeres, los jóvenes entre 20 y 24 años, y el estrato alto. No obstante, lo anterior, es entre mujeres de 25 a 29 años y el estrato medio donde más disminuye la confianza en el gobierno. El alcalde de la comuna, quien representa el gobierno a nivel local, concita porcentajes similares de confianza que el gobierno en términos globales y, pese a que son las mujeres las que más confían en dicha autoridad gubernamental, también entre ellas es donde disminuye la confianza en 1997.

Los jóvenes expresan un grado de confianza intermedio en las organizaciones de la vida productiva: empresarios con un 56%, y sindicatos con un 44%. La confianza en los empresarios se incrementa nueve puntos entre encuestas, mientras que la confianza en los sindicatos se mantiene. La confianza en los empresarios y los sindicatos indica que la esfera productiva constituye un campo de legitimidad institucional para buena parte de los jóvenes; de hecho, para muchos de ellos el crecimiento económico es la principal finalidad de la política.

La legitimidad otorgada a la administración del Estado contrasta con la menor legitimidad de los personajes e instituciones del sistema representativo. Los parlamentarios alcanzaban el 32% y los partidos el 27%, en 1997. El mismo año, la confianza en los parlamentarios disminuyó alrededor del 11% para el total de jóvenes, al igual que según edad, sexo o nivel socioeconómico. Vale decir que las personalidades carismáticas no mejoran la imagen del sistema representativo. La confianza en los partidos políticos también disminuye para el total de jóvenes y especialmente entre mujeres, entre jóvenes de 20 a 24 años y en el estrato alto. En 1997 la mayor confianza en los partidos se encontraba entre los hombres, los jóvenes de 25 a 29 años, incrementándose a medida que se sube en la escala socioeconómica.

La participación de los jóvenes en organizaciones sociales es un aspecto clave de su vida pública, por cuanto la asociatividad responde a diversas motivaciones y objetivos, pero sin duda refleja una voluntad de uso del tiempo libre de manera integradora.

En las encuestas nacionales se consultó a los jóvenes por la participación en algún tipo de organización. En ambas ocasiones alrededor del 50% de ellos declaró su participación. El porcentaje aparentemente alto contradice la imagen publicitada de apatía y escasos niveles de participación. La diferencia parece provenir del fraseo de la pregunta, donde no se consulta por participación en general, sino que se detalla una docena de organizaciones. Un estudio del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza que utilizó el mismo tipo de pregunta obtuvo el 47% de participación en organizaciones para el conjunto de la población. Si bien la mitad de los jóvenes no participa en organizaciones, esto es muy diferente al cuadro de apatía generalizada que se imputa al sector juvenil.

Las organizaciones deportivas acogen la mayor participación de los jóvenes, con un 21%, especialmente los hombres, que dicen participar en ellas en un 34%. Las organizaciones vecinales y comunitarias reúnen también alta participación juvenil, alcanzando un 15% entre los hombres y mujeres, jóvenes mayores de 24 años y de estratos medio y bajo. Las organizaciones del ámbito educacional reúnen otra parte importante de la participación juvenil, con el 15%, ya sea como alumnos o como apoderados. La participación en las organizaciones religiosas registra un leve aumento a nivel general, el cual se concentra en los jóvenes mayores de 24 y estratos medio y bajo.

Los hombres jóvenes de estratos medio y alto tienden a presentar mayor nivel de participación en organizaciones, concentrándose en las deportivas. Las mujeres del estrato bajo participan en un rango mayor de organizaciones, que incluyen organizaciones vecinales, educacionales y religiosas; el nivel de participación de las mujeres en estas organizaciones no es distinto al de los hombres, pues la diferencia principal reside en la escasa participación femenina en organizaciones deportivas. Los jóvenes entre 15 y 19 años concentran su participación con más probabilidades en organizaciones deportivas o religiosas, mientras que los que se acercan a la treintena lo hacen en organizaciones comunitarias o gremiales.

Desde el punto de vista del nivel socioeconómico, la mayor participación se encuentra en el estrato medio, especialmente en organizaciones religiosas y gremiales. Por un lado, las organizaciones religiosas reciben una alta participación del estrato medio, encontrándose aquí con jóvenes de estrato bajo. Por otro lado, participan en organizaciones gremiales, donde se relacionan con el estrato alto.

La cultura política de los jóvenes hereda la sensibilidad de un período en el cual los mecanismos de representación política se encontraban proscritos. Deriva de aquí una percepción de la actividad política donde los procesos institucionalizados pierden sentido. Los jóvenes de los años ochenta, a pesar de su participación en las protestas democráticas, llegaron a inscribirse en los registros electorales luego de una campaña comunicacional centrada en sus intereses más que a partir de su propio impulso. Las finalidades que los jóvenes asignan a la política aparecen coherentes con la desvalorización de los sistemas de representación que viene de su socialización política. Los datos que se presentan, de encuesta, constituyen una fotografía en un momento del tiempo, cuya validez debe probarse concurrentemente con otras fuentes.

Para el 44 % de los jóvenes, la principal finalidad de la política consiste en lograr el desarrollo económico del país. Otro grupo importante, compuesto por el 26 %, cree que la política debe encaminarse a disminuir las desigualdades sociales. Las finalidades relacionadas con el Estado de derecho -orden público y justicia- preocupan a un número menor y, en los últimos años, decreciente de jóvenes. Crecimiento económico y equidad social parecen ser los ejes que organizan la visión política actual de la mayor parte de los jóvenes.

La relevancia de los aspectos económicos refleja el peso comunicacional que ha otorgado el gobierno al logro y mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos, pero también parece reflejar la frustración por las limitaciones del proceso de crecimiento. El reclamo por equidad se focaliza precisamente en el estrato bajo, lo que revela la percepción de una posición social desmejorada.

Si bien no puede establecerse de qué forma cambió la opinión de los jóvenes, debe destacarse el desplazamiento de las preocupaciones desde el ámbito del orden público hacia el ámbito económico. El estrato bajo disminuye el peso que otorgan al orden público para focalizarse en la desigualdad. En cambio, la opinión de los sectores medios y altos se mueve hacia el crecimiento económico. El desplazamiento hacia los temas de desigualdad es más marcado entre los hombres y crece a medida que aumenta la edad. Probablemente los adultos que quedan fuera de los beneficios del crecimiento económico sean justamente los más preocupados por los temas de desigualdad.

Los jóvenes asignan a la política finalidades vinculadas principalmente con el ámbito económico y en menor medida con el ámbito normativo. Para los jóvenes la política no parece operar como un fin en sí misma, sino como un medio para facilitar el logro del progreso o el desarrollo de nuestra sociedad. Dicho desarrollo iría acompañado de una disminución de las brechas sociales y, en menor medida, por un proceso de regulación normativa que garantice el orden público o el acceso a la justicia.

Los jóvenes inscritos en los registros electorales valoran las finalidades de la política más asociadas con el crecimiento económico del país, y especialmente la reducción de la desigualdad, mientras que los jóvenes no inscritos creen que las principales finalidades tienen que ver con la mantención del orden social.

Entre los jóvenes inscritos y de mayor escolaridad predominan los temas críticos igualitarios, en contraste con los jóvenes no inscritos y de menor escolaridad entre los que predominan los temas críticos conservadores. Si consideramos que la inscripción en los registros electorales y los mayores niveles educativos indican mayor grado de integración social, podemos sostener que a mayor integración social, mayores expectativas de cambio por medio de la política. Por el contrario, menor integración social -vale decir, no inscrito o de bajos niveles educativos- implica considerar la política con fines de regularización del orden.

La experiencia política más rutinaria de los años noventa contrasta con la visión dramática de la política en los años ochenta. El sistema de representación exhibe una baja legitimidad, mientras que la mayor legitimidad política se asocia con la acción del gobierno. La opinión de los jóvenes sobre los partidos políticos debe entenderse entonces en el marco de su socialización política, pero también como ausencia de centralidad de la política en la vida juvenil.



La percepción que tienen los jóvenes de los partidos políticos se ha desmejorado desde la Primera Encuesta de Juventud. En efecto, ha aumentado en casi el 30 % el porcentaje de aquellos que consideran que los jóvenes no están interesados en los partidos políticos. Actualmente, el 80.6 % de los jóvenes opina de este modo.

La masividad de esta respuesta puede moderarse considerando que la política no tiene por qué ocupar un lugar central en la vida de los jóvenes. No obstante, preocupan las respuestas restantes, en cuanto se refieren a la percepción de la legitimidad de la representación política.

El que los políticos se preocupan poco por los jóvenes es otra de las ideas que ha cobrado fuerza en la juventud de los años noventa. En efecto, ha aumentado un 14 % el porcentaje de jóvenes que comparten dicha opinión, alcanzando el acuerdo del 80 % de ellos en 1997. Consecuentemente con los cambios en la percepción anotados, los jóvenes disminuyen su acuerdo con la afirmación los partidos políticos representaban problemas e inquietudes de los jóvenes del 16 % al 11 % entre 1994 y 1997. Las disminuciones más marcadas se aprecian en las mujeres, los mayores de 24 y el estrato bajo.

La afirmación de que los *partidos políticos aseguran la democracia* es otra de las ideas que ha perdido fuerza entre los jóvenes. Si en 1994 más de la tercera parte de los jóvenes estaba de acuerdo con la afirmación, en 1997 sólo la cuarta parte de ellos lo está.

Entre los jóvenes ha aumentado el descrédito de los partidos políticos y quienes ejercen esta actividad. En su opinión, no concitan el interés de los jóvenes; no los representan ni parecen ocuparse de sus problemáticas específicas, así como tampoco aparecen como una garantía para la supervivencia de la democracia. Los jóvenes se muestran desencantados con los mecanismos de representación, como lo señala también la escasa relevancia que le otorgan a los partidos políticos en el mantenimiento de la vida democrática.

En los últimos ocho años los jóvenes han experimentado el cambio desde un gobierno autoritario a uno electo, así como el desarrollo de la vida parlamentaria y municipal. A pesar de lo anterior, la percepción es que no se han logrado canalizar hacia ese ámbito algunos aspectos de lo que consideran propiamente juvenil. La ciudadanía aparece como un tema pendiente para los jóvenes encuestados.

No se aprecian mayores diferencias entre jóvenes inscritos y no inscritos en los registros electorales en lo relativo a la legitimidad de la representación política. Si hubo alguna motivación política en la inscripción en los registros electorales, ésta se perdió de tal forma que poca diferencia a un joven inscrito de uno que no lo está. Más aún, en lo que se refiere a desinterés de los partidos y falta de preocupación de los políticos por los jóvenes, los inscritos muestran porcentajes mayores de acuerdo comparados con los no inscritos; esta pauta muestra la frustración que produce en los jóvenes la operación de las instituciones del sistema de representación política.

Conclusiones

Como se dijo anteriormente, el mundo está cambiando aceleradamente. Estamos asistiendo a un cambio de época que, según algunos autores, se caracteriza por un proceso de mutación cultural que cuestionaría los puntos de referencias sobre los cuales, hasta ahora, se ha articulado la cultura occidental.

Lo que parece cierto, en todo caso, es que los parámetros esenciales que sirvieron de base para el desarrollo de las sociedades occidentales durante el presente siglo están sufriendo transformaciones en sus núcleos constitutivos. Los cambios en el modo de acumulación, la globalización de la economía, la revolución de las comunicaciones y el fracaso de los socialismos reales, están generando consecuencias culturales insospechadas.

En el caso chileno, la comprensión y apropiación de estos fenómenos es tremendamente diferenciada. Mientras un pequeño sector de la población disfruta del crecimiento económico, en el otro polo alrededor de un tercio de los ciudadanos se encuentra por debajo de la línea de pobreza. Según cifras oficiales entregadas por el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP) en su Informe “La pobreza en Chile”, 3.916.500 habitantes son considerados pobres. De ese total, 1.104.300 son indigentes.

A pesar de que “nuestro país vive un proceso de desarrollo económico dinámico y significativo, en el cual hay generación de riqueza, crecimiento sostenido de la producción, el ingreso y el empleo, con perspectivas de mantenerse en el tiempo”, un 28,5 % de la población no cuenta con los ingresos mensuales mínimos para satisfacer sus necesidades vitales.

El carácter de la modernización chilena no es homogéneo, ya que por una parte existe un sector dinámico, pujante, moderno, emprendedor, y por otro lado una gran parte de la población permanece en la pobreza, lejos de los beneficios de la modernización, excluidos de la riqueza que se produce en el país.

En Chile se vive un modelo económico donde una parte importante de las actividades que tradicionalmente fueron de responsabilidad del Estado están desarrolladas por la empresa privada. Las tres más importantes son la educación, la salud y la seguridad social. En el contexto de un país que crece y se desarrolla, de un país que se abre al mundo, y al abrirse se vuelve vulnerable y dependiente de los vaivenes de los mercados internacionales.

Según las hipótesis de algunos autores que interpretan la sociedad actual, el modelo cultural industrial, cuyo eje central lo constituyen el valor del trabajo y del progreso, estaría dejando de tener vigor, principalmente entre los jóvenes.

En particular Bajoit y Franssen plantean que “desde hace 20 o 30 años, una mutación cultural está en curso”, es decir, estamos viviendo el paso “de un modelo cultural basado en la razón social, a otro fundado sobre la autorrealización autónoma” y, más aún, “la reducción de la credibilidad que afecta al modelo de la razón social y el aumento de la credibilidad que se vincula al modelo de la autorrealización autónoma serían al final un proceso irreversible en la medida en que éste sería alentado por todos, incluso por aquellos que aparentemente se esfuerzan por resistirlo”.

Según Bajoit “estaríamos pasando de un modelo cultural basado en la *razón social* (es legítimo aquello que es útil a la colectividad, es decir, contribuye a su progreso y obedece a su razón) a otro fundado en la autorrealización autónoma (es legítimo aquello que el individuo juzga bueno para su desarrollo personal); en la medida que eso no impide a nadie hacer lo mismo”.

Al parecer, hoy día la juventud no estaría adhiriendo ni al antiguo modelo ni tampoco completamente al nuevo, que no termina de imponerse. La situación que viven actualmente los jóvenes sería de una transición entre el antiguo modelo y la emergencia del nuevo. El resultado de esto sería: que jóvenes y adultos no vivirían de la misma manera la tensión entre el llamado a la modernización y la exclusión social; que ambos grupos desarrollarían lógicas de acción distintas lejos de la política; que ambos grupos desarrollarían modos de gestión de sí diferentes, centrados en la vida cotidiana y en el mejoramiento de las condiciones personales de vida a través de acciones individuales; que ambos grupos participarían de maneras diferentes en el proceso de mutación cultural; que las lógicas de acción y los modos de gestión de sí de los jóvenes contribuirían en mayor medida al proceso de mutación cultural.

Estas hipótesis son plenamente coincidentes con las conclusiones a las que llega el INJUV en la Segunda Encuesta Nacional de Juventud, que, en resumen, son las siguientes: Los jóvenes, lejos de ser los acreedores de la deuda social, han optado por caminos legítimos de incorporación, principalmente la educación y el trabajo.

Hoy día la juventud, más que presentar elementos distintivos constituyentes de una identidad común, se diferencia significativamente según su clase social de origen. Los jóvenes de estrato bajo tienen más dificultades de integración social. Las mujeres jóvenes están más restringidas en sus posibilidades que los hombres. La participación política de los jóvenes es muy reducida.

Los jóvenes ponen menos énfasis en la política en cuanto vía para la realización de sus ideales y la miran de forma más bien instrumental.

Para los jóvenes la política aparece íntimamente ligada al modelo económico. El sistema político representativo goza de muy baja legitimidad entre los jóvenes.

Los jóvenes de esta generación se representan menos que las anteriores en el sistema político.

La visión que tienen los jóvenes de sí mismos y de su posición social responde en gran medida a las condiciones de una sociedad donde el mercado ocupa una posición preeminente.

Los jóvenes de fin de siglo aparecen más individualistas y competitivos que las generaciones anteriores; por lo mismo, aparecen alejados de la política.

La vida de los jóvenes de los noventa no se orienta hacia la integración política, pero tampoco a la ruptura. Su visión puede retratarse como de autonomía social.

La mayor parte de ellos aparece preocupada por mejorar sus condiciones de vida a través de medios individuales legítimos de integración.

LOS JÓVENES Y SU

INFLUENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN POLÍTICO MUNDIAL (1945-2020)

100

LOS JÓVENES Y SU INFLUENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN POLÍTICO MUNDIAL (1945-2020)

Aurora Espina Vergara¹

Cuando se habla de personas jóvenes y de juventud, normalmente se hace desde una visión adultocéntrica que visibiliza a esta como entes pasivos e incapaces de asumir sus propias decisiones. De igual forma, es de interés particular el hecho de que no existe un acuerdo común sobre cuál es el rango de edad que comprende a las personas jóvenes, cosa que ejemplifica de buena manera la mucha o poca relevancia que se le brinda a este grupo poblacional, y la falta de entendimiento del mismo.

En este sentido, la primera vez en que se hizo referencia a una definición de juventud, particularmente, en cuanto al segmento poblacional que representa de acuerdo con su rango de edad, fue en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el año de 1981, en donde se entendía a la juventud como aquella comprendida entre los 15 y los 24 años. Posteriormente, en el año 2015, en la resolución 2250 del Consejo de Seguridad de la ONU, la juventud es entendida como aquella que comprende a las personas entre 18 y 29 años. Para los fines de esta investigación, se retoma este último entendimiento realizado por el Consejo de Seguridad de la ONU.

Una vez superada la cuestión de definición de la juventud, aunque sin un consenso general al respecto, conviene regresar a esa mirada adulto céntrica de la juventud, porque de esta mirada vienen muchas de las lecturas académicas que describen a las personas jóvenes como egoístas, faltos de interés por el mundo que les rodea, y como meros entes pasivos. Además de tener una visión compartida de comprender a la juventud como el adulto en potencia, y no como un sujeto político en sí mismo.

Es en este entendido que profundizar en la relevancia de los movimientos colectivos y el involucramiento de la juventud en ellos, adquiere una gran relevancia en el entendimiento de la participación política de las personas jóvenes, así como de su capacidad de incidencia, desde un enfoque de lo global, en la configuración del orden político mundial.

Debe comprenderse que las personas jóvenes realizan mayoritariamente sus actividades de incidencia, a partir de los movimientos colectivos, que constituyen una nueva modalidad de participación política, que particularmente hace eco en este segmento de la población por su grado de horizontalidad y de organización colectiva a partir de procesos de concreción.

¹ Espina Vergara, Aurora. Los jóvenes y su influencia en la construcción del orden político mundial (1945-2020). Documento de trabajo No. 865, abril del 2021. Págs. 48



De acuerdo con Gianfranco Pasquino, la participación política debe ser entendida como un fenómeno que es antiguo, dado que este se da desde el momento en que se puede hablar de política como actividad desarrollada en comunidades organizadas; pero al mismo tiempo, como un fenómeno reciente, puesto que está estrechamente vinculado con las transformaciones de la naturaleza de las comunidades políticas, así como de los sistemas socioeconómicos.

Aunado a ello, Pasquino señala la existencia de múltiples definiciones de participación política, a lo que propone una fusión entre aquellas que consideran las actividades de los individuos, y las que se centran en el interés. De este modo, llega a una posible definición de la participación política como:

Esta participación política puede darse en distintos niveles y bajo distintas modalidades, como por ejemplo la participación electoral, dentro de organizaciones o de partidos políticos. Sin embargo, en la actualidad se observa con mayor fuerza el surgimiento de movimientos sociales o colectivos como nueva modalidad de la participación política, que ha resultado ser la predilecta de las personas jóvenes.

De acuerdo con Pasquino, el 68 marca un momento particular de explosión de los movimientos colectivos, dejando de lado, o relegando a un segundo plano, otras formas de participación política institucionalizadas como la participación a través de grupos de presión y de interés.

La comprensión de esta participación política, a través de los movimientos colectivos, se ha caracterizado por la existencia de cuatro tesis o dilemas interpretativos de los mismos: sobre la relación existente entre los componentes psicológicos y los componentes sociológicos en el actuar social; la cuestión de la normalidad o la “excepcionalidad” de los movimientos colectivos; las características de sus participantes; así como las modalidades de institucionalización o disolución de los movimientos colectivos.

Finalmente, conviene considerar que, independientemente de que las personas jóvenes tiendan a participar dentro de las movilizaciones colectivas, su participación puede ser vista, aunque en menores proporciones, desde otras modalidades de participación política formal, como lo es la pertenencia a algún grupo que puede ser un partido político, una institución privada, o una organización de la sociedad civil, siendo esta última una de las modalidades formales más recurridas por las personas jóvenes cuando de participar se trata.

Para los fines de esta investigación, resulta de particular interés el observar cómo es que se da esta participación política de las personas jóvenes a partir de sus diversas modalidades, especialmente las movilizaciones colectivas, para identificar, y en su caso analizar su grado de influencia en la construcción del orden político mundial. Por tal motivo, es necesario centrar el enfoque primero en la conceptualización del orden político *per se*, para finalmente avanzar hacia el entendimiento de lo que es el orden político mundial y sus implicaciones.

En razón de ello, conviene hacer una revisión desde la filosofía y la teoría política, que recoja diversas perspectivas que permitan comprender los elementos constitutivos del orden político, y cuyas lecturas representan un aporte de particular interés para el objeto de estudio.

Una mirada inicial es la que se propone desde el humanismo político, en el que el orden político es entendido, en resumidas cuentas, como la expresión del Bien Común a partir de la comunidad política.

En este sentido, el Dr. Fernando Romero Moreno, *concibe a la comunidad política como la sociedad perfecta que garantiza la bien común integral en lo temporal. Las instituciones infrapolíticas o intermedias (familia, clan, municipio, gremio profesional, empresa, provincia, región) existen en función de bienes comunes parciales, pero no podrían alcanzarlo sin la comunidad política. En consecuencia, se concibe al bien común como la finalidad de la comunidad política, y muy particularmente al bien común inmanente, entendido como la unión orgánica y jerárquica de los bienes esenciales participables y comunicables, que perfeccionan a la persona humana y los cuerpos intermedios.*

La relevancia de la comunidad política subyace, de acuerdo con René Coste, en el hecho de que no puede haber política si no existe el soporte de una comunidad. En este sentido, la persona debe ser entendida como ser comunal que por ende encuentra su máxima realización desde la donación y el encuentro con el otro.

Aunado a ello, Coste desarrolla los elementos que son necesarios dentro de una comunidad, estos son poder, autoridad, ley e instituciones o visión institucional. De modo tal, que existe un marco común al que voluntariamente se adscriben las personas que forman parte de esa comunidad, compartiendo una visión común y un marco común de normas de comportamiento, y en donde la máxima autoridad tiene el uso legítimo del poder y capacidad de mando.

En su libro sobre la Revolución, Hannah Arendt recuerda la estrecha relación entre libertad y propiedad, afirmando: “era la propiedad y no la ley la que garantizaba la libertad”, esto haciendo referencia a que en los siglos XVII, XVIII y XIX la protección a la propiedad privada era lo que se concebía como la función primordial de las leyes, misma que constituye un elemento que ayuda a comprender la conceptualización del orden político desde la perspectiva liberal, que se centra en la protección y promoción de la libertad individual.

Desde esta perspectiva, se establece a partir de la ley, una limitación autoimpuesta para hacer posible la libertad. Es decir, es a partir de la Ley, que el Estado tiene la capacidad de coaccionar al individuo para garantizar su libertad. En razón de ello, surge la necesidad de limitar, controlar y dividir el poder del Estado, para evitar que su derecho a la coacción se vea extralimitado, deviniendo en autoritarismo o en una tiranía de la mayoría.

De acuerdo con Hannah Arendt, el orden político tiene como centro a la revolución y a la acción política como sus elementos constitutivos. Por un lado, comprende a las revoluciones desde dos perspectivas distintas, como hace notar Marcelo Raffin; primero, son entendidas como un acontecimiento político que sienta las bases de un nuevo comienzo: *las revoluciones constituyen los únicos acontecimientos políticos que nos ponen directa e inevitablemente en contacto con el problema del origen.*¹⁵; y segundo, como sinónimo de constitución o fundación de la libertad y el poder, particularmente desde la experiencia revolucionaria estadounidense.

En este mismo sentido, Arendt vincula a la acción política como nacimiento y promesa, así como con la fundación de un nuevo orden; puesto que “la acción es la única facultad humana de hacer milagros”, y el milagro constituye en sí mismo el correlato de un nuevo comienzo que es capaz de conferir a los asuntos humanos fe y esperanza.

Por su parte, Samuel P. Huntington,¹⁷ señala que el orden político más que una realidad, es un objetivo y en razón de ello hace referencia a la inestabilidad y el desorden, así como también brinda descripciones de violencia a partir del estudio de diversas naciones. Todo ello lo aborda desde una propuesta de análisis histórico a partir del orden político y la decadencia política como dos polos opuestos y en constante tensión.

Desde su perspectiva, el orden político está sujeto en parte a la relación entre el desarrollo de las instituciones políticas y el ingreso en ellas de nuevas fuerzas sociales. Su tesis central radica en cómo es que la inestabilidad política y la violencia que se experimentan en sociedades en desarrollo son consecuencia de los rápidos cambios sociales y la veloz movilización política de nuevos grupos, dentro de un contexto de lento desarrollo de las instituciones políticas.

Este lento desarrollo de las instituciones políticas ante una realidad cambiante es lo que Huntington denomina decadencia política, elemento que no sólo constituyó una categoría de análisis histórico en su investigación, sino que también formó parte de su tesis central. Desde su perspectiva, la violencia y la inestabilidad son resultado del “rápido cambio social y de la veloz movilización política de nuevos grupos, junto con el lento desarrollo de las instituciones políticas”, es decir, son signo de la decadencia política del sistema político

De acuerdo con Francis Fukuyama, el orden político tiene tres componentes esenciales que lo dotan de estabilidad; mismos que consisten en el hecho de contar con un Estado fuerte que sea capaz de garantizar el orden público, a partir del uso legítimo de la fuerza, y con capacidad de mando.

Dicho Estado, a su vez, debe contar con límites o restricciones que se dan bajo el Imperio de la Ley; así como un ejercicio basado en la rendición de cuentas, en el que cuenta con un cierto consentimiento por parte de sus gobernados.

Fukuyama habla también sobre la decadencia política, una cuestión que señala a menudo es ignorada, pero que es preocupante en términos del futuro de la democracia. Desde su perspectiva, la decadencia política hace referencia a la inadaptabilidad de los sistemas políticos a las circunstancias cambiantes de su entorno. Es decir, se habla de unas instituciones anquilosadas en un pasado que ya no es capaz de atender las necesidades de la realidad política, económica, social y cultural de una nación.

En este orden de ideas, y una vez abordadas distintas perspectivas de lo que es el orden político, y las lecturas que de este se dan, conviene adentrarse en el entendimiento de lo que es un orden político mundial, así como de las implicaciones que este tiene para la comunidad internacional.

Define orden como aquel conjunto de reglas justas y legítimas, aceptadas por consenso, que delimitan las acciones permitidas y propician un balance de poder, promueven moderación y previenen que una entidad política domine a las demás.

Cuando Kissinger hace referencia a un orden mundial, afirma que nunca ha existido un verdadero orden mundial, sino que más bien, existen variedades de orden mundial desarrolladas a partir de una serie de perspectivas mínimas de índole regional.

Cuando Kissinger hace referencia a un orden mundial, afirma que nunca ha existido un verdadero orden mundial, sino que más bien, existen variedades de orden mundial desarrolladas a partir de una serie de perspectivas mínimas de índole regional.

En su libro “El Fin del Poder”, Moisés Naím afirma que el poder, entendido como “la capacidad de dirigir o impedir las acciones actuales o futuras de otros grupos o individuos. O, dicho de otra forma, el poder es aquello con lo que logramos que otros tengan conductas que, de otro modo, no habrían adoptado,” se ha convertido en la actualidad en uno más débil y más efímero, uno que se vuelve mucho más fácil de adquirir, más difícil de utilizar y más fácil de perder.

De igual forma, Naím menciona que la degradación del poder representa una tendencia en el siglo XXI, de la que no necesariamente se está hablando, pero que es muy necesaria comprender dado que está modificando la forma en la que funcionan el poder y las relaciones de poder.

Para comprender lo que es la degradación del poder y sus implicaciones, Naím hace referencia al surgimiento de los micropoderes que al desafiar a los megas actores logran tener repercusiones globales, y en este sentido, los micropoderes logran hacerse del poder rápidamente, desafinado a estos Mega actores que antaño eran los grandes detentadores del poder, y que, sin embargo, hoy esos actores tradicionales seguirán siendo importantes y seguirán teniendo poder, pero en un menor grado.

En este sentido, menciona que “a los actores tradicionales les costará cada vez más tener el poder al que aspiran o incluso el que siempre han tenido”. Degradación que finalmente podría generar inestabilidad, desorden y parálisis ante problemas complejos.

Por su parte, Daniel Innerarity, hace referencia a la desafección política como un elemento que se correlaciona directamente con desprecio a la clase política, y en última instancia a la política, en donde la crítica y el sentimiento de indignación son el vehículo para convertir esa desafección política en una acción política colectiva. Esta lectura sobre la desafección política constituye un elemento que se considera de relevancia para comprender mejor aquello que origina y provoca la acción política desde la juventud.

Hay que tener presente, que una de las principales discusiones de la Ciencia Política tiene que ver con la tensión constante entre orden y conflicto, y en este caso, cuando se habla de orden político, necesariamente se habla de conflicto e inestabilidad.

Esto puede ser revisado a partir de los diversos estudios de caso que conforman la presente investigación, mismos que se centran en cómo la acción política, realizada desde la exclusión, y motivada o como consecuencia de la degradación del poder, así como de la decadencia y la desafección políticas, deviene en un actuar revolucionario que termina contribuyendo a la construcción del orden político.

Tras la primera guerra mundial surge la necesidad de generar las medidas necesarias para que no se repitieran las prácticas que llevaron a esta, como lo fueron la ausencia de cooperación entre los gobiernos, la existencia de pactos secretos entre ellos o la ignorancia de los pactos internacionales.

Fue de este modo, que en abril de 1919 se celebró la Conferencia de París, que dio nacimiento a la Sociedad de las Naciones con la firma del Tratado de Versalles, en este pacto se plantearon cuestiones como la reducción de armas y el control en la fabricación de armamentos, aunque el objetivo principal era el de impedir un nuevo conflicto bélico.

Para cumplir con tales fines, los Estados parte tenían la obligación de dirimir sus conflictos ante la Sociedad de las Naciones, y someterlos a la decisión de esta. Es así, que tras la firma de los tratados de paz se volvió en algo impensable que volviera a haber un conflicto bélico, es más, Alemania se unió a la Sociedad de las Naciones en el año de 1926.

El panorama global se transformó tras la concatenación de una serie de hechos que terminaron dando paso a la Segunda Guerra Mundial. Por un lado y como hecho relevante, el ascenso de los regímenes totalitarios en Europa, como el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania; y por el otro, acompañado de la crisis económica de los años 20's que estalla con el desplome de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929. Hecho que detonará un gran descontento hacia gobiernos con democracias incipientes, y que no tuvieron la capacidad de dar respuesta a esta, a ello se suma la capitalización política que hicieron de este descontento social los partidos políticos de izquierda, particularmente los comunistas.

Lo anterior se sumó al surgimiento de tendencias nacionalistas, de manera particular en Alemania, en donde Hitler llega al poder en el año de 1933 por la vía democrática, y finalmente es en ese mismo año que Alemania abandona la Sociedad de las Naciones y la Conferencia de Desarme. Además de que en marzo de 1935 Hitler rechazó oficialmente las cláusulas del Tratado de Versalles, mismas que abordaban el mantenimiento del desarme por parte de Alemania.

Después de esto, el ejército alemán fue reconstituido en marzo de 1936, y finalmente en agosto de 1939 se puso en marcha la “Operación Himmler” en la que agentes de la SS tomaron la emisora de radio de Gleiwitz, fingiendo ser alborotadores polacos, dicho montaje fue el pretexto empelado para dar paso a la invasión alemana a Polonia, y con ello dio paso al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial quedó claro el fracaso definitivo de la Sociedad de las Naciones, y a pesar de ello, siguió presente el anhelo por contar con un organismo que permitiera garantizar todo aquello que la extinta Sociedad de Naciones no pudo. Tan es así, que cuando parecía que este conflicto bélico llegaría a su fin, empezaron a tener contacto quienes integraban el bloque de los aliados para ir vislumbrando cómo debería de hacerse la reorganización internacional una vez concluido dicho conflicto.

En abril de 1945, cuando aún no concluía la guerra, se celebró la Conferencia de San Francisco en la que nació la Organización de las Naciones Unidas. En el marco de esta conferencia se redactó la *Carta de San Francisco*, documento en el que se formularon los que serían los objetivos de esta nueva organización, y mucho más ambiciosos en comparación con los planteados anteriormente en la Sociedad de las Naciones, puesto que proponía más elementos además del mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales. Además de ello, los derechos humanos fueron mencionados expresamente en otros dos objetivos de dicha carta:

Fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos.

Realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario, y en el desarrollo y estímulo del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos, sin hacer distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión.

De este modo, se sientan las bases para el establecimiento de un nuevo orden político mundial cuyo sustento radica en un conjunto de reglas o principios justos y legítimos, que además fueron aceptados por consenso, y que delimitan el marco de actuación de los Estados parte, dotando a este orden político mundial de estabilidad, además de prevenir que alguno de estos Estados domine sobre los demás, evitando así nuevos conflictos.

Puede afirmarse entonces, que poder y contrapoder, o un esquema binario de bloques de poder es lo que caracterizó al campo de la política internacional en la era de la posguerra, y que dominó buena parte del siglo XXI, como una manera de hacer frente al caos y a la devastación alcanzados tras las Primera y Segunda Guerras Mundiales.

En consecuencia, en el periodo de la posguerra, y en respuesta a la devastación generada tanto por la Primera, como por la Segunda Guerras Mundiales, se gestaron diversos movimientos juveniles que buscaban establecer una nueva forma de convivencia social, que criticaban a los sistemas preexistentes y que buscaban impulsar un nuevo orden político para sus naciones, que al final de cuentas se traducían en la colaboración hacia un nuevo orden político mundial.

Las movilizaciones juveniles del 68

Fue en las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, durante un proceso denominado como los “años dorados”, en el que se vivió una serie de cambios acelerados en lo económico y lo social, y cuya prosperidad produjo una ampliación de las clases medias, la democratización del consumo, así como la masificación de las universidades.

Es importante resaltar que la década de los 60's se desarrolló dentro de un contexto internacional enmarcado por la Guerra Fría, además de constituir un decenio demográficamente joven. En suma, estos constituyen elementos de relevancia para comprender las motivaciones, características y móvil de las movilizaciones estudiantiles del 68.

La relevancia de considerar estos elementos y de analizarlos, recae en el hecho de que estas movilizaciones no necesariamente prosperaron en el corto plazo, sin embargo, tuvieron gran influencia en las décadas posteriores. De igual forma, las universidades representaron un polo generador de la movilización colectiva, desde el campo de las ideas, hecho relevante para comprender a esta juventud que por primera vez se convertía en un actor político dentro del proceso de construcción del orden político mundial.

La década de los años sesenta que se caracterizó por ser demográficamente joven, la época de los baby boomers, presenta una serie de expectativas y entendimiento particular hacia esta juventud, puesto que representaba el relevo generacional de su sociedad en las diversas esferas (política, económica, social y cultural). Es en razón de ello que debe ser analizada e interpretada en clave de futuro, puesto que dicho relevo generacional se convirtió en el gran depositario de las esperanzas y expectativas del mejoramiento colectivo.

Esta serie de expectativas lo que hizo fue poner la primera piedra que gestaría a una generación que se volvió rebelde y contestataria al *statu quo* imperante, y que buscó transformarlo de alguna forma, desembocando en lo que se conoció como los nuevos movimientos sociales.

De acuerdo con Ricardo Pozas, estos movimientos estudiantiles tuvieron como elemento característico en común “su fuerza contestataria y sus nuevas concepciones del contenido de la libertad, construida ésta a partir de la crítica y la revuelta conductual frente a las normas y valores establecidos que tejen el orden y la reproducción de las tradiciones instituidas.

Estos movimientos constituyeron el elemento de quiebre de la estructura sobre la que se mantenía el statu quo imperante y que terminó poniendo en jaque su posibilidad de continuidad y su validación cotidiana en esa generación tan cargada de expectativas por parte de la generación de los sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial.

Además, esta perspectiva completamente adultocéntrica de esa generación, confirma el entendimiento clásico que se hace de las personas jóvenes como adultos incompletos o como adultos en potencia. Por eso es común observar esta sobrecarga de expectativas y responsabilidades a futuro para personas que en realidad son el presente y a las que hace falta mirar como actores políticos y eso es algo que de alguna manera las movilizaciones estudiantiles de la década de los 60's dejaron en claro.

Debe comprenderse a los movimientos estudiantiles de 1968 como la culminación tanto política, como cultural de la serie de transformaciones que surgieron a lo largo del periodo de la segunda posguerra mundial. En este contexto conviene resaltar el surgimiento de un movimiento de Contracultura impulsada por los jóvenes, a fin de romper con el entramado cultural, o dicho de otro modo, con el orden político existente que mostraba rasgos de decadencia política, y que estaban acompañados de un sentimiento de desafección política, que hacía referencia no a lo político en sí mismo, sino a su clase política de manera particular.

La primavera de mayo

En 1967 se llevó a cabo una reforma universitaria en Francia que provocó inconformidad por parte de los jóvenes universitarios y agitó el sentimiento de indignación con una visión esperanzadora de cambio. Al mismo tiempo surgieron movilizaciones juveniles en diversos países de Europa y de América, que sirvieron de igual forma como caldo de cultivo para lo que serían las movilizaciones estudiantiles de 1968.

Por un lado, la guerra de Vietnam generó grandes críticas y movilizaciones juveniles que mostraban su inconformidad con dicho conflicto, a la que se sumó, en abril de 1968, el asesinato de Martin Luther King en pleno auge del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. En Alemania, el atentado fallido en contra del líder estudiantil Rudi Dutschke, fue la flama que prendió el fuego de las movilizaciones en Alemania.

Las movilizaciones estudiantiles de Francia iniciaron en la Universidad de Nanterre, una universidad que se localizaba en un barrio obrero cuya población era mayoritariamente de origen inmigrante. Dichas movilizaciones tuvieron como su origen la protesta e inconformidad contra la Guerra de Vietnam, que se avivó tras la detención de un estudiante universitario, que se convertiría más tarde en uno de los liderazgos más visibles de lo que sería el *Movimiento del 22 de marzo*.

El gran precursor de esta Primavera de Mayo, fue el Movimiento del 22 de marzo, que tenían como parte de sus exigencias, la implementación de medidas que se vieran directamente reflejadas en el cambio de las normas del funcionamiento universitario. Este movimiento fue llevado a cabo por 142 estudiantes que se identificaban como libertarios, trotskistas, comunistas, anarquistas, y un grupo de estos que se autodenominó como “indignados”; quienes tomaron la torre central de la Universidad de Nanterre.

Dicho movimiento expresó sus exigencias a través de un manifiesto en el que se contemplaban tanto peticiones de reformas educativas, como peticiones políticas de carácter radical. El punto que jugó en contra de este movimiento, fue que cada decisión que tomaran debía de ser por unanimidad, con lo que el periodo de vida se vio reducido necesariamente, siendo disuelto a finales de mayo, pero que sin lugar a dudas funcionó como catalizador para lo que sucedería en los meses posteriores.

Las movilizaciones iniciadas por grupos de estudiantes universitarios, que hacían valer su voz desde actitudes contestatarias y desde la propuesta de una Contracultura, que se mostraba desde el rechazo en el polo opuesto a la sociedad de consumo, el capitalismo, el imperialismo y el autoritarismo imperantes en la época.

El 3 de mayo de 1968, el decano Gappin ordenó que se llevara a cabo el cierre de la facultad de Nanterre, y como consecuencia de ello, las protestas estudiantiles fueron trasladadas a la universidad de la Sorbona. Para el 6 de mayo, más de 400 estudiantes universitarios se encontraban acuartelados dentro de La Sorbona, mientras otro grupo se encontraba apostado alrededor de la universidad evitando la entrada de la policía en el plantel. Ante la intervención de la policía, los estudiantes respondieron en la noche del 10 de mayo con el levantamiento de barricadas, hecho que sería recordado posteriormente como la noche de las barricadas en el Barrio Latino.

Ante estos hechos, las fuerzas especiales de la Compañía Republicana de Seguridad reprimieron a los estudiantes universitarios de manera violenta, a lo que estos respondieron lanzando adoquines, mismos que terminarían representando un ícono de dichas movilizaciones.

Como consecuencia de ello, los sindicatos obreros, que hasta entonces se habían mantenido al margen, convocaron a una huelga general el 13 de mayo. De este modo la Sorbona se mantuvo ocupada hasta el 16 de junio, fecha en la que finalmente fueron desalojados todos los manifestantes. Esta participación de los sindicatos obreros en la ocupación universitaria en la movilización fue de gran relevancia, debido a que el hecho de que esta se iniciara en Nanterre y no en la Sorbona, constituyó el elemento clave sin el cual, no se habría logrado la incursión de los trabajadores obreros al movimiento, y tampoco hubiera logrado la magnitud que acabó teniendo.

El 27 de mayo de ese mismo año, el movimiento comenzó a desarticularse a partir de los *Acuerdos de Grenelle*, en los que los sindicatos de trabajadores encontraron una salida muy ventajosa que contribuiría de igual forma a establecer la calma. En consecuencia, se aumentó el salario de los trabajadores en un 35%, al que se sumaron diversas mejoras salariales y otra serie de beneficios, como el tener más días de vacaciones.

Existe el consenso por parte de teóricos y especialistas, como el caso de Alain Tourain, que afirmaron que este acontecimiento es en donde se sitúa el nacimiento de los movimientos sociales, que, desde mayo de 1968, se convirtieron en el instrumento de presión social más efectivo y recurrente durante décadas.

Sin embargo, las motivaciones y exigencias de los estudiantes no se vieron concretadas de forma alguna, como sí lo fueron las demandas de los trabajadores. Esa incapacidad de lograr una transformación del sistema, al menos del educativo en Francia, generó que en lo subsecuente algunos grupos de izquierda optaran por la vía de la violencia para hacer valer su descontento, tras las fallidas movilizaciones estudiantiles de mayo del 68.

Lo interesante de la Primavera de Mayo, analizada a la luz de la degradación del poder, radica en el hecho de que a pesar de que estas movilizaciones no se vieron traducidas en una respuesta a las exigencias de los estudiantes, sí lograron constituir a estos en un micropoder que iría recobrando fuerza, y que tendría una gran influencia a partir de la propuesta de una Contracultura que se apostaba por la ampliación de las libertades individuales de las personas.

De igual forma, este proceso deja entrever un proceso de decadencia política, en la que podía constatarse la incapacidad de los gobiernos y las instituciones de la época a adaptarse a las exigencias y realidad por la que atravesaba la ciudadanía de la época. Por esta razón, las movilizaciones estudiantiles marcaron la pauta, para modificar las mecánicas de participación, en la que las exigencias ciudadanas podrían encontrar una válvula de escape a partir de las movilizaciones sociales y colectivas.

Queda claro, que no todas las movilizaciones colectivas tienen éxito, o la capacidad de ver realizadas sus demandas y exigencias, sin embargo, conviene hacer ese hilado fino respecto de los aportes fundamentales que representan para los procesos de transformación, y en este caso para los procesos de construcción y transformación del orden político desde una perspectiva local, puesto que aunque la finalidad de esta Primavera de Mayo no era la de construir o modificar el orden político mundial, sí tenía una intencionalidad particular en transformar el sistema que regía a Francia, y acabó siendo un detonante para el desarrollo de otras movilizaciones estudiantiles relevantes en diversas partes del mundo, como la Primavera de Praga, el Cordobazo en Argentina y la movilización estudiantil de México, teniendo como consecuencia importantes modificaciones al orden político, tanto de esas naciones, como mundial.

Movilizaciones juveniles en Europa del Este

Como parte de las movilizaciones juveniles en Europa del Este conviene identificar tres momentos clave que dejan muy en claro el rol de las personas jóvenes en la construcción del orden político mundial, dada la magnitud de las implicaciones que su actuar político tuvo para tales fines.

En un primer momento se encuentran las movilizaciones estudiantiles de la segunda mitad de la década de los 50's en Hungría y que permiten comprender el proceso de desestalinización del Estado Soviético y la consecuente consolidación de dicho Estado.

Hecho que debe ser considerado de gran relevancia, puesto que representó la primera ocasión en que surgieron movimientos estudiantiles que luchaban contra el orden de dominación político del Estado Soviético, y que además puede ser considerada como la iniciadora de lo que posteriormente sucedería en 1968.

El segundo momento lo constituye la Primavera de Praga en Checoslovaquia, en el que se retoman las movilizaciones estudiantiles que recogen la decepción y la crítica de la intelectualidad de izquierda frente a la Unión Soviética, movimiento que finalmente fue detenido por el ejército rojo con el propósito de preservar la hegemonía soviética frente a los países que conformaban el bloque soviético.

Finalmente, el tercer momento se identifica en la Polonia de fines de la década de los 70's y principios de los años 80 y que representó un momento de gran relevancia en el proceso de desaparición de la URSS y de la caída de la Cortina de Hierro. El surgimiento de Solidárnoste sin lugar a dudas, cimbró los cimientos de un régimen que se refugiaba tras la cortina de hierro, y aunque en este caso particular no se trató de un movimiento principalmente estudiantil, sí tuvo una gran participación de jóvenes y de trabajadores jóvenes.

En conjunto, estos tres momentos ponen en perspectiva distintos modos de participación y organización, así como los efectos de las movilizaciones colectivas en la reconfiguración del orden político mundial.

Polonia: el movimiento solidarnos (SOLIDARIDAD)

Han pasado 40 años desde que surgió aquel movimiento sindical que cimbró los cimientos de un gobierno y de una cortina de hierro que se eregía como uno de los bloques de poder hegemónicos de la política internacional de la posguerra.

A cuatro décadas de distancia, existen múltiples lecturas, así como nuevas interpretaciones del trabajo y logros obtenidos desde el activismo de este movimiento sindical que sigue siendo ejemplo de lucha hasta nuestros días. El caso polaco es de particular interés, puesto que, aunque no se trató en sí mismo de un movimiento juvenil, Solidamosc agrupó a una enorme cantidad de jóvenes que fueron parte de las decisiones, las manifestaciones y la incidencia.

Las huelgas obreras comenzaron a mediados de agosto de 1980, a pesar de que ya había habido pequeñas protestas en fábricas de diversas regiones de Polonia. Estas huelgas tuvieron como móvil inicial el descontento hacia los comunistas que gobernaron el país por más de 35 años, y que terminaron llenándose de privilegios, al mismo tiempo que ocasionaron el debilitamiento de la economía nacional.

Ante esto, los obreros establecieron una serie de 21 demandas concretas a las que pedían una acción por parte del gobierno y que tendrían al centro de su agenda como movilización. En tan sólo unas semanas el movimiento *Solidarnosc* logró sumar a 10 millones de personas, en un país que estaba conformado por 35 millones de habitantes.

De este modo, el 31 de agosto de 1980, Lech Walesa, un electricista de los artilleros de Gdansk y representante de los trabajadores polacos en huelga logró sentarse en la mesa de negociaciones con el viceprimer ministro polaco Mieczyslaw Jagielski para firmar un acuerdo conjunto, en el que se concretó un acuerdo entre el comité sindical y la delegación del gobierno.

Tras largas semanas de huelgas en diversas fábricas de Polonia, con estos acuerdos se pactaron: el derecho legal a la huelga, mejoras en el sistema social, la liberación de presos políticos, y finalmente, la que sería la concesión más importante por parte del gobierno, el establecimiento de un sindicato libre. Es de este modo que el 17 de septiembre de 1980, surge de manera oficial *Solidarnosc* como el primer sindicato independiente tras la Cortina de Hierro.

Sin embargo, a pesar de todos los avances obtenidos y del futuro esperanzador que se avizoraba, la lucha social en Polonia recibió un fuerte golpe, puesto que el 13 de diciembre de 1981, el gobierno polaco impuso la ley marcial, que prevaleció hasta el año de 1983 y que restringió drásticamente los derechos civiles de las y los polacos.

Dentro de este contexto, una decena de miembros opositores fueron asesinados, mientras que 10, 000 fueron detenidos. Como consecuencia de esta situación, *Solidarnosc* se vio obligado a pasar a la clandestinidad hasta el año de 1989 en el que se le permitió volver a registrarse.

A diferencia de los demás países que se encontraban bajo el dominio del Estado Soviético, Polonia logró establecer un proceso de transición democrática en la que se llevaron a cabo negociaciones, en la llamada mesa redonda de 1989, entre el gobierno y *Solidarnosc* en la primavera de dicho año.

Como consecuencia de ello, el Partido Comunista se vio obligado a hacer concesiones, hecho al que le siguió consecuentemente la celebración, en el mes de junio, de las que serían las primeras elecciones semidemocráticas detrás de la Cortina de Hierro. Esto, cinco meses antes de que sucediera la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, hecho que representó en última instancia, la caída de la Cortina de Hierro, y con ella la desaparición de la URSS.

Este caso resulta paradigmático para el análisis del rol de la juventud en el proceso de construcción del orden político mundial, puesto que se trató de un movimiento eminentemente obrero, que terminó abriéndose por completo a la sociedad polaca.

Su relevancia recae en las consecuencias inmediatas de este movimiento no sólo para Polonia, sino para todo el bloque soviético, y como consecuencia de ello, para una posterior reconfiguración del orden político mundial de la época.

Por un lado deben resaltarse la existencia de una agenda clara, con la que se plantearon objetivos concretos a alcanzar en el corto, mediano y largo plazo; así como el cruce entre una desafección política existente en una sociedad polaca que llevaba siendo gobernada por más de 35 años en un proceso de corrupción y deterioro económico que llevaron al gobierno comunista a un proceso de decadencia política y degradación del poder, que permitieron a *Solidamosc* constituirse en un micropoder que terminó teniendo la capacidad de detentar el poder de toma de decisiones, aunque muy limitado, pero que abrió un boquete mortal a la Cortina de Hierro.

No puede dejarse de largo el hecho de que este movimiento se vio traducido en el mediano plazo en la celebración de unas elecciones semidemocráticas, las primeras en su tipo tras la Cortina de Hierro, y que simbraron de tal forma al Estado Soviético, que constituyó en sí mismo la primera piedra para la desaparición de la URSS.

Lo anterior debido, a que contribuyo, como en su momento lo fue la Primavera de Mayo, al desarrollo de otras movilizaciones y organizaciones ciudadanas en diversos países del bloque soviético, culminando en la Caída del Muro de Berlín que fue en sí misma la caída de la Cortina de Hierro y la desaparición de la URSS, un hecho histórico que consecuentemente llevó a una reconfiguración del orden político mundial en el que se observó por un lado el surgimiento de naciones independientes, o la reunificación de países como Alemania; al mismo tiempo que se consolidaban los gobiernos comunistas de China, Cuba y Corea del Norte.

Del vaciamiento de la política, a la reconfiguración del orden político mundial

El llamado *Estado de Bienestar* que posibilitó el surgimiento de la juventud como sujeto social y político, tuvo un gran declive en el año de 1973, como consecuencia de la crisis petrolera.

Posteriormente, la caída del Muro de Berlín enmarcó la desaparición de la URSS, es decir, la caída de la cortina de hierro; hecho que dio paso a una nueva reconfiguración de la política global, y más propiamente del orden político mundial.

Esta cancelación del socialismo como brújula orientadora de la política dio paso a un cambio de época en el que se dieron el surgimiento y consolidación de regímenes comunistas en países como China, Corea del Norte y Cuba.

Con la configuración de un nuevo orden mundial en la posguerra, se desdibuja la existencia de polos dicotómicos, que como poder y contrapoder, existían cada cual en razón del otro. Ya no existe en este sentido, una alineación hegemónica hacia uno u otro polo, las fronteras se han desdibujado, y se han generado una multiplicidad de esquemas de intercambio y colaboración entre actores que antaño pudieran ser considerados como antagonistas.

Esta reconfiguración de los polos o ejes de poder se verá necesariamente en un desdibujamiento de las ideologías en la arena de lo político, en el que las propuestas políticas que antaño estaban muy definidas, ahora se visualizan grises y ambiguas en temas que en su momento contaban con posicionamientos muy claros y definidos.

En este vaciamiento de la política, se observa el surgimiento de fenómenos como la antipolítica, como elemento que contribuirá no sólo a la degradación del poder, sino que contribuirá también como elemento desestabilizador del orden político. Provocando un proceso de desvinculación con lo político y que Josep Ramoneda conceptualiza *como* cultura de la indiferencia:

Entiendo por cultura de la indiferencia la apolítica, la banalización de la palabra, el desprecio al otro (le negamos el derecho a la indiferencia, le señalamos como diferente, para tratarlo con indiferencia) y el desprecio por los perdedores.

La política de la indignación. Crónica de una desafección política contemporánea

Después de estas luchas icónicas e históricas en el proceso de configuración del orden político mundial, se puede afirmar que las personas jóvenes han vuelto con mayor fuerza a la arena de lo político como consecuencia de diversos procesos de repolitización que, desde la indignación y la desafección política, han trasladado su actuar político a las movilizaciones colectivas que les han llevado a ocupar nuevamente las ciudades. 2011 fue el año que marcó una cascada de movimientos y movilizaciones colectivas globales lideradas por personas jóvenes, que iniciaron a finales del año 2010, y que tenían como punto central el combate y el rechazo a la desigualdad.

El aspecto interesante de estas movilizaciones fue la horizontalidad en la que se fueron gestando los movimientos, la rapidez con la que lograron ver cumplidas o realizadas, si no todas, al menos algunas de sus exigencias. Ello en contraste con las movilizaciones colectivas del 68, que tardaron años en hacer patentes sus exigencias y en avanzar siquiera hacia alguna reivindicación concreta.

En cuanto a este proceso de reivindicación de las exigencias de las movilizaciones colectivas, conviene poner sobre la mesa el caso de la denominada *Revolución Naranja* en 2004, en la que miles de personas se congregaron en la plaza Maidan de Kiev, para protestar contra la manipulación de las elecciones presidenciales. Como consecuencia de dichas protestas, se llevaron a cabo nuevos comicios, que culminaron con el ascenso al poder, como presidente, del reformista Víctor Yúshchenko.

Sin embargo, dicho gobierno no tuvo la capacidad de dar respuesta a las propias exigencias de la revolución naranja, como tampoco logró brindar soluciones al grave problema de corrupción en Ucrania. Todo esto en el marco de la crisis financiera global de 2008-2009, que terminó desembocando en un proceso electoral en el año 2010, que le dio el triunfo electoral a Víctor Yanukóvich, quien fuera acusado anteriormente de amañar las elecciones del 2004, hecho que detonó la *revolución naranja*.

Este es un ejemplo claro de que las movilizaciones colectivas no siempre tienen la capacidad de concretar el cumplimiento de sus demandas y agendas al integrarse de manera formal a una participación institucionalizada.

Y la pregunta que conviene hacer aquí es si justamente este caso constituye por esta situación, un ejemplo de decadencia política, puesto que es reflejo también de esa incapacidad institucional de adaptación a las circunstancias cambiantes que esta revolución naranja representaba, junto con todo el entorno internacional.

Otro elemento que resulta de interés es la cuestión de que la desafección política, originalmente ocasionada por las acusaciones de corrupción y de amañar el proceso electoral, no fueron ya un móvil de actuación o un motivador del voto o de la acción política, para el proceso electoral del año 2010. Cosa que deja en claro por un lado lo efímero que pueden llegar a ser estas movilizaciones colectivas ante la falta de concretar sus exigencias; y por el otro.

Yo soy 132

El movimiento Yo Soy 132 tiene sus orígenes en el marco del proceso electoral del año 2012, en el que, como parte de las actividades realizadas por la Universidad Iberoamericana, campus Ciudad de México, se llevaron a cabo diálogos universitarios con los candidatos y la candidata a la Presidencia de la República, a través del foro “Buen Ciudadano Ibero”.

El 11 de mayo de 2012, fue el día en que correspondió al candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Enrique Peña Nieto, acudir a tal foro universitario para dar a conocer sus propuestas y entablar un diálogo con la comunidad universitaria. Como parte de esta participación una cantidad considerable de estudiantes se congregaron afuera del auditorio con pancartas y con gritos de protesta denunciando el caso Atenco, que fue el que generó la indignación de los estudiantes.

Desde su arribo a la universidad, el candidato fue abucheado por los estudiantes quienes le gritaron “Asesino” y “Atenco no se olvida”, hecho que ocasionó que, al concluir su participación en el foro, Enrique Peña Nieto saliera por la salida de emergencia del auditorio para dirigirse a las instalaciones de Ibero 90.9 la estación de radio de la Universidad Iberoamericana en la que sería entrevistado.

Sin embargo, en el camino a la estación de radio fue perseguido por los estudiantes quienes seguían abucheándolo y gritándole, razón por la que terminó refugiándose en los baños que se encontraban afuera de la estación de radio. Finalmente, el candidato terminó abandonando las instalaciones de la universidad sin dar la entrevista, y siendo aún perseguido y abucheado por los estudiantes.

Posterior a eso, Pedro Joaquín Coldwell, entonces presidente del PRI, dio una entrevista en Ibero 90.9 en la que señalaba a los estudiantes como intolerantes y como porros pagados que eran ajenos a la universidad, al mismo tiempo que pedía a las autoridades universitarias que tomaran cartas en el asunto, puesto que este tipo de actitudes no se podían permitir.

Como consecuencia de estos señalamientos, que fueron secundados por la dirigencia del Partido Verde Ecologista de México (PVEM), los estudiantes de la Universidad Iberoamericana hicieron una convocatoria vía Facebook, para que los estudiantes que participaron de la protesta se grabaran mostrando sus credenciales, en un video llamado “131 alumnos de la Ibero responden”. De este modo surge el movimiento Somos más de 131, conformado por estudiantes de diversas Licenciaturas de la Universidad Iberoamericana, que desde entonces tuvieron una importante participación en el seguimiento a las participaciones que aún faltaban como parte del Foro “Buen Ciudadano Ibero”, además de que lograron llevar a cabo un debate presidencial independiente.

El video de los estudiantes universitarios se hizo viral y la causa sumó adeptos de otras universidades e instituciones educativas, e inclusive de otros estados de la república. Tan sólo unas horas después, un internauta anónimo publicó “Yo soy el 132”, como muestra de solidaridad ante estos 131 estudiantes de la Ibero que eran tildados de porros y de quienes diversos medios de comunicación señalaban que no eran estudiantes.

Esta serie de señalamientos generó tal indignación que las redes sociales estallaron y se terminó acuñando el hashtag #YoSoy132, en un acto que pasó de la indignación en las redes sociales, a la indignación convertida en acción política, del que constituiría uno de los movimientos estudiantiles más grandes de las últimas cuatro décadas.

Fue a partir de este momento que se unieron estudiantes pertenecientes a universidades tanto públicas, como privadas de todo el país, consolidando la formación de un movimiento que se declaró como apartidista. De mayo a julio del 2012 llevaron a cabo diversas actividades; organizaron un debate con los candidatos y la candidata a la presidencia de la república, lograron estructurar asambleas interuniversitarias e impulsaron movilizaciones colectivas.

Su principal exigencia fue el reclamo de coberturas informativas que fueran imparciales y elecciones transparentes en los comicios que se celebrarían el 1 de julio de 2012, puesto que la Organización Editorial Mexicana (OEM) publicó en todos sus medios que la participación del candidato priista en la Universidad Iberoamericana había sido exitosa, y en donde los encabezados rezaban: Éxito de Peña en la Ibero, pese a intento orquestado de boicot.

Días más tarde, el 18 de mayo de 2012, estudiantes de la Ibero organizaron una marcha a la que se sumaron estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN), el Tec de Monterrey, la Anáhuac y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En dicha protesta se apostaron a las afueras de la televisora Televisa, puesto que la acusaban de ser una de las empresas que brindaba su respaldo a Enrique Peña Nieto, candidato priísta a la presidencia, en su campaña electoral.

En resumen, #YoSoy132 fue un estallido juvenil que alzó la voz ante la parcialidad de los medios de comunicación y que exigía garantizar el derecho de acceso a la información de las y los mexicanos.

El 1 de julio de 2012, el candidato priísta, Enrique Peña Nieto, ganó las elecciones presidenciales, hecho con el que prácticamente murió el movimiento. Lo interesante es que a pesar de que #YoSoy132 no siguió operando en forma, sí lo hicieron en lo individual o grupal varios de los jóvenes que fueron parte del movimiento.

En el caso de los jóvenes que integraron el colectivo originario del movimiento, Somos Más de 131, siguieron teniendo reuniones semanales, además de que desarrollaron documentales de temáticas diversas. En otros casos, la participación en el movimiento #YoSoy132, despertó la inquietud de participación con un alcance social y/o político, y como consecuencia de ello, surgieron nuevas organizaciones e instituciones que recogían esta motivación y la llevaban a distintos ámbitos y esferas.

En este caso particular conviene retomar la propuesta de Innenarity sobre la indignación y la desafección política como elementos motivadores de la acción política de estos jóvenes, que a partir del caso Atenco encontraron la voz necesaria para el reclamo justo de mejores contenidos mediáticos y de un mejor ejercicio periodístico en el marco del proceso electoral.

Como consecuencia de esta participación puede observarse actualmente cómo es que varios de estos liderazgos estudiantiles fueron absorbidos por el propio sistema, varios de ellos impulsando una agenda democratizadora de los medios de comunicación, al participar formalmente de éstos; mientras otros se integraron formalmente a la arena de lo político ya sea desde un partido político o de una opción política independiente.

En términos de degradación del poder, estas movilizaciones estudiantiles sí lograron convertirse en lo que Naím señala como micropoder, al enfrentarse a un sistema político como megaactor, que buscaba implantar a un candidato a la presidencia de la república.

Bajo esta lógica, el movimiento #YoSoy132 como micropoder sí logró disminuir la capacidad de ejercer su poder a este megaactor, pero al mismo tiempo, tuvo la posibilidad de ejercer un poder desde lo colectivo para el planteamiento de reclamos que, si bien en algún punto se vieron resueltos, no necesariamente constituyeron un proceso de reconfiguración del orden político.

Youthquake: acción política desde la exclusión y la contracultura

Como se ha podido observar a lo largo de la presente investigación, el rol que han desempeñado las personas jóvenes en los procesos de cambio ha sido uno muy variado y esencialmente desarrollado desde la exclusión.

Esto en primer lugar porque los espacios de participación para las personas jóvenes son limitados y bastante categorizados a partir de la construcción adulta céntrica de entender a la persona joven como un adulto en potencia, y en ese mismo asumir sus necesidades.

En segundo lugar, porque al no existir esos espacios formales de participación, no existe tampoco una posibilidad real para que las personas jóvenes se involucren en espacios de toma de decisiones. Como consecuencia de ambas cosas, la acción política y social es construida desde la exclusión, a través de mecanismos poco convencionales y esencialmente bajo un esquema de horizontalidad.

Dentro de este análisis, conviene destacar el rol que han tenido las universidades como polos de movilización juvenil. En consecuencia, deben ser comprendidas como espacios de la socialización de las ideas, que paradójicamente hoy se han visto rebasadas por nuevas dinámicas y experiencias juveniles, que han llevado su participación desde fuera de los espacios tradicionales, e inclusive convencionales.

Hoy observamos un gran salto generacional en el que ahora son las y los adolescentes quienes actúan y se movilizan desde la exclusión y particularmente desde una edad mucho más temprana que la que puede observarse con las movilizaciones colectivas analizadas con anterioridad.

En este sentido, conviene poner sobre la mesa las implicaciones de un actuar político desde la adolescencia, con miras a contribuir a la configuración o reconfiguración del orden político. Como ejemplos de esto pueden observarse de manera particular la *March for Our Lives* (Marcha por nuestras vidas), organizada por los estudiantes de la secundaria Stoneman Douglas en el condado de Parkland, Florida en Estados Unidos, para exigir una política que aumente las restricciones al acceso de armas y que permitan garantizar a las escuelas como entornos libres de armas.

Estas movilizaciones se llevaron a cabo en el mes de marzo, en el que los estudiantes de secundaria se organizaron para exigirle a las autoridades y al presidente mejores políticas que les garantizaran su seguridad en las aulas. Ello, como consecuencia del tiroteo que ocurrió en la secundaria Stoneman Douglas en el estado de Florida, y que dejó un saldo de 14 alumnos y tres adultos asesinados.

Como hecho relevante de estas movilizaciones, radica el hecho de que lograron concretar una agenda particular a la que se sumaron el apoyo de algunos actores políticos, como medidas necesarias a llevar a cabo, y que lograron congregarse a alumnos de 3 mil escuelas a nivel nacional que se sumaron a la protesta nacional en contra de las armas en las escuelas.

El denominado como fenómeno del “Youthquake” es producto de la conjunción de los vocablos ingleses juventud y terremoto, un término que, en el año 2017, el diccionario de Oxford de la lengua inglesa eligió como la palabra del año, y que hace referencia al “cambio cultural, político o social que nace de las acciones o influencia de los jóvenes. Este terremoto juvenil, se ve expresado en la consolidación de nuevos espacios y mecanismos de participación para hacer visibles problemáticas y agendas concretas, desde la etapa adolescente.

Al respecto, conviene también examinar el caso particular de Greta Thunberg que al día de hoy se encuentra posicionada como una de las líderes por el clima a nivel mundial y que destaca por su juventud. Un 20 de agosto de 2018, y con 15 años de edad, decidió emprender una huelga por el clima, que consistió en ausentarse de la escuela hasta que las elecciones generales de Suecia, que se celebrarían el 9 de septiembre de ese mismo año.

Su protesta surge como consecuencia de una ola de calor y de incendios forestales, ante lo que Greta exigía al gobierno sueco que redujera las emisiones de carbono, cumpliendo con lo establecido en el Acuerdo de París. De este modo, todos los días Greta se sentaba a protestar a las afueras del Parlamento de Suecia, durante la jornada escolar, siempre acompañada de un cartel que decía “Huelga escolar por el clima”.



Antes de que se llevara a cabo el proceso electoral, el 7 de septiembre de 2018, Greta anunció que seguiría protestando cada viernes afuera del Parlamento hasta que Suecia cumpliera con los elementos del Acuerdo de París. En este marco empleó el slogan “viernes por el futuro”, y que terminó llamando la atención a nivel internacional, transformándose en un movimiento en el que en diciembre de 2018 más de 20 mil estudiantes habían realizado manifestaciones en más de 270 ciudades en diferentes países del mundo.

Ambos casos, ponen sobre la mesa la interesante participación desde la adolescencia con una agenda clara, desde la exclusión y con mecanismos fuera de lo tradicional. Todos ellos caracterizados por movimiento colectivos que son horizontales y que son plenamente replicables. La única exigencia que tienen es adherirse a una agenda común que beneficia a todos, en el caso de Greta a todas las personas que vivimos en este plantea, y en el caso de la March for Our Lives, en beneficio de todos los estudiantes.

Puede comprenderse pues a estos movimientos como micropoderes que, articulados de manera horizontal, logran congregarse de manera acelerada a un gran número de adolescentes y que ponen en jaque a las autoridades a la hora de poner sobre la mesa una serie de exigencias concretas a las que piden dar solución por parte de las mismas.

De igual forma constituyen una suerte de Contracultura, puesto que proponen e impulsan una serie de valores que modifican el *statu quo* imperante al que de una u otra forma buscan transformar, en estos casos concretos: el control de armas, por un lado, y en el otro el cumplimiento de los Acuerdos de París y la puesta en marcha de medidas para mitigar los efectos del Cambio Climático.

La juventud como contra-poder

Nunca en la historia ha habido tantas posibilidades de acceder, vigilar y desafiar a la autoridad, pero nunca se ha sentido la gente tan frustrada en relación con su capacidad de hacer que la política sea algo diferente.

Desde esta perspectiva, resulta de particular interés reflexionar desde lo que Innerness plantea como esta frustración existente en la ciudadanía ante la incapacidad de hacer que la política sea algo diferente, puesto que ese sentimiento de frustración, pero al mismo tiempo de indignación, son conductores de la desafección política, que hace referencia no únicamente a la clase política, sino también a la arena de lo político.

Lo interesante de ello radica en el hecho de que tal frustración e indignación puede representar un verdadero detonador para la actuación política de las personas jóvenes que al ver limitadas las formas de transformar el orden político imperante y al sistema cultural imperante, buscan mecanismos que en mayor medida son poco ortodoxos. Hecho que transforma su forma de participación y su capacidad de incidencia.

Como consecuencia de ello, hay una serie de elementos a considerar, primero el comprender a las personas jóvenes como actores y sujetos políticos, porque es un hecho que están presentes en la arena de lo público y que están haciendo política desde la exclusión a partir de mecanismos poco convencionales.

La discusión hoy nos lleva también hacia la pregunta sobre qué significa el poder, y a cuestionarnos en dónde entran o qué representan las juventudes ante una degradación del poder como la que estamos viviendo. Puesto que pareciera que el elemento característico de estas movilizaciones que se traducen en transformaciones del orden político es que se están convirtiendo en micropoderes, como sugiere Moisés Naím, y en consecuencia se consolidado como una suerte de contra- poder ante un orden político establecido que se muestra decadente.

Por su parte, la degradación del poder constituye un elemento clave que hace que hoy en día las juventudes utilicen con mayor fuerza, o más fácilmente, mecanismos poco convencionales que hacen contrapeso a las autoridades, no sólo a las que están al frente de las naciones, sino también a las que están al frente de organismos internacionales.

Quizás, lo que estamos viendo, es también un mejor entendimiento de lo glocal por parte de esta nueva generación, y de alguna forma podría intuirse su alineación hacia un nuevo orden político mundial desde esta visión de lo glocal.

Un fenómeno en el cambio de época que estamos viviendo, es el hecho de que las personas jóvenes hoy son contrapeso no sólo para sus gobiernos, sino también para organismos internacionales. Estas juventudes ejercen de manera activa su ciudadanía, al tiempo que una buena parte de estas personas jóvenes aún no está en edad de ejercer su derecho al voto, puesto que aún están en la etapa de la adolescencia.

Por decirlo de otro modo, son constructores de un nuevo orden político mundial, como *outsiders* del propio sistema político en el que están en constante proceso de conversión como un contra-poder desde lo micro.

A partir de los estudios de caso analizados, es un hecho que no todas las movilizaciones colectivas necesariamente se van a ver traducidas en transformaciones tangibles, o tendrán una colaboración con la construcción del orden político. Pero que sin lugar a dudas permiten transformar la conceptualización de la juventud como adulto en potencia, para entenderla más bien como un actor político.

Conclusiones

Puede afirmarse que sí existe una correlación entre la degradación del poder, la desafección política, la decadencia política y la generación de nuevas formas de participación y movilización de las personas jóvenes.

Aunque estos elementos presentan variaciones de acuerdo con el contexto de cada momento analizado, es un hecho que están relacionados entre sí y que se complementan como detonadores de la acción política de las personas jóvenes. En los años más recientes puede observarse esta acción política de las personas jóvenes a través de nuevos modelos y esquemas de organización, que se caracterizan por ser mucho más horizontales, democráticos y poco convencionales.

En concordancia con ello, puede observarse a partir de los estudios de caso que las personas jóvenes han influido en buena medida en la construcción del orden político mundial, a pesar de las diferencias de época y generacionales, la influencia está presente desde el análisis de lo sucedido con las movilizaciones estudiantiles del 68, o la forma en la que se dieron las grandes transformaciones detrás de la Cortina de Hierro y que culminaron con la desaparición de la URSS.

Para finalmente pasar a un proceso de reconfiguración de la región de los países árabes, y lo que actualmente puede denominarse como un proceso de reconfiguración del orden político mundial, desde una generación de personas jóvenes como actores políticos de menor edad y desde la exclusión, pero que están siendo partícipes de una nueva configuración del orden político mundial, de manera particular en un contexto de pandemia global, como la que inició en marzo del 2020.

También puede afirmarse la posibilidad de influir en la construcción del orden político mundial desde una perspectiva de lo glocal, puesto que, desde los casos analizados, como por ejemplo lo fue Solidamosc en Polonia, la acción política colectiva pensada desde lo local y para lo local, terminó teniendo un influjo global que se tradujo en la influencia de transformaciones en otros países, un ejemplo de ello fue la caída del muro de Berlín.

Esto mismo puede observarse desde la perspectiva de lo sucedido con la Primavera Árabe, en la que lo que tuviera lugar en un inicio en Túnez, posteriormente se extendió por varios países árabes, detonando una serie de transformaciones, que reconfiguraron lo que podría considerarse como el orden mundial islámico, y, en resumidas cuentas, lo que podría comprenderse como un único orden político mundial.

Finalmente, la actuación política de las personas jóvenes debe ser entendida como una realizada desde la exclusión y en su calidad de sujetos políticos, puesto que las personas jóvenes siguen siendo entendidos como adultos en potencia, que son colmados de expectativas a futuro, como si fueran ajenos a la misma realidad que enfrentan los adultos.

Por esto mismo, la actuación política de las personas jóvenes se hace desde la exclusión, y hoy con mayor fuerza en ese sentido, a modo de contracultura, puesto que al mismo tiempo busca transformar el establishment, a partir del desarrollo de estrategias de acción colectiva mediadas por plataformas tecnológicas, así como por mecanismos de colaboración y cocreación caracterizados por su horizontalidad y su replicabilidad.

LA

PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SUS RETOS EN MÉXICO

111

LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SUS RETOS EN MÉXICO

Alberto J. Olvera¹

El debate sobre la participación ciudadana en el ejercicio y el control del gobierno constituye un terreno complejo y políticamente confuso en el México contemporáneo. Todos los actores políticos y sociales aceptan y reclaman la necesidad de la participación, pero cada actor le otorga significaciones diferentes. La confusión se ha acentuado en tiempos recientes con la popularización de conceptos relacionados con la participación, como transparencia y rendición de cuentas. La matriz última de esta curiosa coincidencia discursiva nos remite a la lucha ideológica que desde la década de los ochenta han venido librando los dos principales proyectos políticos que se disputan hoy por hoy la hegemonía política e ideológica en América Latina²: el neoliberal y el democrático-participativo, teniendosiempre como trasfondo cultural, tanto en un caso como en otro, los remanentes, más o menos vivos y actuantes en cada país, del proyecto autoritario. Debe aclararse que la idea de proyectos remite a modelos típico-ideales, no a realidades concretas, las cuales son siempre hibridaciones complejas y con frecuencia contradictorias de principios y aspiraciones políticas.

De un lado, el proyecto neoliberal necesita de la participación, concibiéndola como un instrumento o mecanismo que permite la mejora administrativa y procesual de la política pública y como un instrumento que puede facilitar la terciarización de la política social, es decir, la ejecución de la misma por agentes privados. Esto puede conducir, ultimadamente, a la desresponsabilización del Estado en relación a los derechos de ciudadanía, en especial los derechos sociales. El discurso neoliberal de la participación ha ganado terreno en los últimos años gracias a algunas de las políticas públicas fomentadas por el Banco Mundial y al avance del discurso contemporáneo del tercer sector, el voluntariado y la responsabilidad de las empresas.

Desde el otro proyecto político, que denominaremos democrático-participativo, la participación es vista como el eje de una práctica de la política que permite a los ciudadanos intervenir en los asuntos de interés colectivo a través de la creación de espacios públicos donde no sólo se debaten, sino que se deciden y vigilan, las políticas públicas de los diferentes niveles de gobierno. Esta vertiente de la participación resume numerosos experimentos sociales en varias partes del mundo y se inspira en desarrollos recientes de la teoría democrática, ante todo las teorías de la sociedad civil, del espacio público, la democracia deliberativa y la propia democracia participativa.

¹ Olvera, Alberto J. *La participación ciudadana y sus retos en México. Un breve estudio del desarrollo de la cultura y de las instituciones participativas y diagnóstico de su problemática actual, con propuestas para hacer funcionales las instancias de participación democrática.* México: s/e, diciembre del 2009. Págs. 1-44

México la limitada experiencia nacional en esta materia ha conducido a que se confunda la noción de participación ciudadana con las formas de democracia directa: referéndum, plebiscito e iniciativa popular. Indudablemente las formas de la democracia directa abren un espacio político a la expresión de las preferencias de la ciudadanía, pero todas ellas tienen un carácter excepcional, es decir, sólo pueden ser utilizadas en condiciones políticas muy específicas, de tal forma que rara vez pueden ser empleadas realmente. Más aun, no dejan de ser ambivalentes en la medida que puedan ser utilizadas para fines de legitimación de gobiernos autoritarios o de líderes personalistas. Equiparar la participación ciudadana con la democracia directa es un error conceptual que limita el horizonte político de la democracia.

Entenderemos aquí el concepto de participación como la intervención organizada de ciudadanos individuales o de organizaciones sociales y civiles en los asuntos públicos, que se lleva a cabo en espacios y condiciones definidas, esto es, en interfaces socioestatales⁶ que pueden o no estar definidas por la ley y que permiten el desarrollo de una capacidad relativa de decisión en materia de políticas públicas, control de la gestión gubernamental y/o evaluación de las políticas públicas a través de diversas formas de contraloría ciudadana.



En México la discusión sobre la participación está atrasada respecto de los debates latinoamericanos más relevantes. En realidad, atestiguamos el predominio de una confusión conceptual y política, de manera que los actores civiles y políticos hablan de participación en un sentido meramente figurativo, es decir, como una alusión a muy diferentes procesos en marcha. No encontramos en el horizonte simbólico de los actores una idea clara acerca del papel de la participación en la democratización de la vida pública.

La notable ausencia en México de tradiciones participativas en el sentido de culturas y prácticas que impulsan la profundización de la democracia necesita ser explicada históricamente. La peculiar configuración de las relaciones entre sociedad, mercado y Estado que produjo el régimen de la Revolución Mexicana está en el origen de la "particularidad mexicana" en este campo, pero también el carácter tardío y prolongado de la transición a la democracia explica la centralidad de la arena político-electoral en el imaginario y en las luchas sociales de toda una generación de activistas sociales y civiles.

Pero esto no implica que el discurso de la participación y la creación de leyes e instituciones diversas para materializarla no haya sido una parte de la política normal. Por el contrario, nuestro país tiene una abundancia de discursos, leyes e instituciones formalmente participativas. Pero esta presencia discursiva y legal contrasta con la escasez de prácticas efectivas y con la generalización de la simulación como cultura política en todo lo concerniente a la participación ciudadana.

Sin embargo, los espacios e instituciones de la participación existen, y muchos de ellos funcionan, de una manera u otra. Es importante preguntarse si es posible darles una función más compatible con la democratización de la vida pública en las condiciones actuales de desarrollo de la sociedad civil y en la coyuntura política vigente.

Una ventana de oportunidad se ha abierto con la recientísima iniciativa del Presidente Calderón para discutir una reforma política de fondo. Si bien el Presidente no se refirió a la participación como parte de sus preocupaciones, hay una posibilidad de incluir aspectos operativos, reglamentarios y micro-legales en las disposiciones e instituciones existentes de tal forma de mejorar el funcionamiento de los espacios participativos.

En este documento se analizará, en primer término, la historia de las instituciones participativas en México, rastreando los proyectos políticos que las sustentan, las leyes que las fundamentan y las prácticas a que dieron lugar. En segundo término, se analizarán las innovaciones más significativas que han surgido, tanto desde el campo estatal como del civil, en el período de transición. En tercer lugar, se hará un breve balance de las muchas interfaces socio-estatales en las que se producen hoy día relaciones de inspiración participativa en México, con algunos ejemplos recientemente estudiados a profundidad. Finalmente, se presentará una serie de propuestas para mejorar la operatividad de esas instancias y para profundizar su carácter potencialmente democrático.

Antecedentes históricos

El régimen de la Revolución Mexicana (1929-2000) tenía como cimiento una especie de fusión entre la sociedad y el Estado por la vía del sistema corporativo de representación social y política (Olvera, 2003). Esta "fusión" denegaba la autonomía política de los actores sociales y cerraba los espacios de la política, al conducir ésta exclusivamente al interior del Estado. No había espacios públicos como terrenos naturales de acción civil. Los actores sociales emergentes aspiraban a tornarse públicos a través de la movilización y de la apelación a los medios de comunicación, casi completamente controlados por el Estado. Sistema corporativo, partido único y control de los medios fueron las bases fundamentales del régimen autoritario.

La política como oposición a y/o confrontación con este régimen fue practicada siempre por diversos movimientos y sujetos sociales en determinadas circunstancias y espacios históricos, siempre cortos en duración y poco significativos en términos políticos. La situación cambió después de 1968 porque los espacios de resistencia y confrontación se ampliaron notablemente en el contexto de una relativa liberalización del régimen. La sociedad civil entendida como un conjunto de actores y movimientos sociales y civiles independientes del Estado que luchan por derechos o por reivindicaciones específicas se materializó a lo largo de los años setenta y primera mitad de los ochenta del siglo pasado. Particularmente, la notable reacción autónoma de los habitantes de la ciudad de

México ante el terrible sismo de 1985 trajo al foro público la recuperación de concepto de sociedad civil como espacio de acción independiente del Estado.

Se trataba de una sociedad civil constituida por nuevas organizaciones de campesinos, del sindicalismo independiente, de agrupaciones empresariales medianas y pequeñas, en suma, por expresiones de clase que rompían con el patrón corporativo, así como por un movimiento estudiantil de proporciones nacionales que representaba la emergencia de una nueva cultura política que contenía tanto elementos de identidad radicales de izquierda (una autocomprensión revolucionaria) como democráticos (reivindicación de derechos). Del movimiento estudiantil habrían de desprenderse diversos grupos culturales que progresivamente desarrollarían agendas específicas como el feminismo, el ecologismo y la lucha por los derechos humanos. En la emergencia de estos movimientos influyeron decisivamente las corrientes progresistas de la iglesia católica, las cuales proporcionaron la base organizacional y financiera para el despliegue de estos movimientos socioculturales y para su vinculación con redes internacionales de organizaciones afines. Este es el contexto social es que debemos situar la genealogía de los grupos y redes que impulsan la participación ciudadana en la vida pública.

Desde el terreno del Estado, la genealogía del discurso participativo puede remontarse al gobierno del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988), quien llevó al gobierno a un grupo de tecnócratas formados, como él mismo, en la CEPAL, creyentes en las bondades de la planificación del sector público e impulsores de una reforma administrativa gerencial de primera generación. El presidente De la Madrid hizo aprobar en 1983 una nueva Ley Federal de Planeación, que institucionalizó las "consultas populares" que había realizado como candidato presidencial y creó un "Sistema Nacional de Planeación Democrática", el cual sirvió de paraguas a 18 foros, de los cuales se supone que resultó el Plan Nacional de Desarrollo⁸, metodología que por cierto hasta la fecha sigue en aplicación. Como parte del proceso de implementación del plan se crearon comités y consejos consultivos en la mayor parte de la administración pública federal con el fin de impulsar la "participación de la sociedad en la planeación del desarrollo".

En un país autoritario, en el que la izquierda y la derecha partidarias apenas tenían una modesta representación política, donde las asociaciones civiles eran casi inexistentes (incluidas las empresariales, a las que poco se respetaba) y en el que los movimientos sociales más importantes estaban en abierta confrontación con el Estado, sólo podía impulsarse una participación institucionalizada simbólica y ficticia. En efecto, los comités y consejos que el Presidente De la Madrid ordenó que se constituyeran en los diversos órdenes de gobierno reflejaron fielmente la estructura corporativa que caracterizaba al viejo régimen, la que, en los casos que era imprescindible, incluía también a los empresarios y algunos colegios profesionales. De esta época proviene la tradición de la simulación de la participación en consejos. La crisis económica que vivía el país en esos tiempos, abierta por la macro-devaluación de 1982, era el peor momento posible para impulsar algún tipo de participación real en la vida pública. Terribles medidas de austeridad fueron impuestas: despidos en empresas públicas, caída de los salarios reales de los trabajadores, primera fase de la apertura de la economía al exterior, en fin, un ajuste neoliberal en su primera fase, que evidentemente era antipopular. Hacia mediados del sexenio de la Madrid, la firma de “Pactos de Concertación Económica” (1985-88), a través de los cuales se imponían nuevas medidas de ajuste neoliberal, terminó por desacreditar la idea misma de la negociación intersectorial y de la participación ciudadana. Se trataba de pactos corporativos en donde las propias representaciones sindicales y empresariales eran forzadas a aceptar las decisiones de política económica del gobierno.

Este modelo no resultó en una verdadera participación, ni siquiera en el sentido neoliberal.

Un giro en el enfoque gubernamental de la participación ciudadana se produjo en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-2004), quien enfrentó los graves problemas de legitimación con que había nacido su gobierno, producto de un gran fraude en las elecciones presidenciales de julio de 1988, con una doble estrategia: de un lado, una política de negociación con el Partido Acción Nacional, mediante el cual se pactó la puesta en práctica de una política económica neoliberal radical; de otro, un pacto con algunos grupos y movimientos populares, controlados básicamente por la izquierda maoísta (entre ellos buena parte del movimiento campesino independiente y de la dirigencia del movimiento urbano- popular, así como un sector de los intelectuales de izquierda). Este sector, en el que el presidente tenía amigos de la época universitaria, desarrolló e implementó un programa de política social innovador que recibió el nombre de SOLIDARIDAD. El Programa Nacional de Solidaridad se convirtió en un símbolo de identidad del gobierno de Carlos Salinas, pues era el concepto que unificaba un conjunto de políticas públicas que vinculaban al gobierno y a la sociedad.

El modelo de participación que impulsaba el Estado en este programa estaba basado en la unidad micro-local; cada proyecto, cada obra pública tenía un “Comité de Solidaridad” que se encargaba de labores de contraloría, ejercidas en forma directa por los beneficiarios. El Presidente Salinas utilizaba las redes creadas mediante esta política para tratar de crear una base social paralela a la del partido oficial, el PRI, que vivía ya su decadencia, y que en buena medida se oponía al proyecto neoliberal. Salinas trataba así de modernizar las bases sociales del régimen autoritario y sobrepasar los órdenes corporativos que, para todo fin práctico, habían dejado de tener las capacidades de movilización y de control político reales de antaño. De esta época provienen otros conceptos más acotados de participación: *participación comunitaria*, entendida como aquella que los ciudadanos desarrollan en los micro-espacios en donde viven, sea la comunidad campesina, el barrio urbano o una asociación de afinidades culturales; y también *participación social*, que fue usada para referirse a la presencia de organizaciones sociales de algún tipo en espacios consultivos formales.

La extraña combinación de proyecto económico neoliberal y alianza con la izquierda maoísta en el terreno de la política social fracasó como proyecto político debido a varias razones, ante todo por la fragilidad organizativa, breve duración y falta de representatividad política de los *Comités de Solidaridad*. Lejos de representar un concepto de participación democrática, los Comités eran una creación desde arriba que, además de no resolver el problema de su propia legitimidad, no podían suplir a la eficiente maquinaria política del PRI tradicional.

Sin embargo, paradójicamente en esta misma coyuntura emerge un concepto de participación alternativo, que es impulsado por algunos grupos del movimiento ecologista, en un momento en el cual había un avance en la legislación sectorial y mucha experimentación en la implementación de programas, algunos de los cuales trataron de abrir espacios de participación directa de los campesinos en programas de rescate de áreas naturales protegidas, así como en el manejo de cuencas hidrológicas⁹. Se experimentó también con la autogestión campesina en la producción de café y en el sistema de abasto de alimentos a zonas rurales aisladas¹⁰. Estos interesantes experimentos estaban, sin embargo, subsumidos en un mar de negociaciones particularistas, impulsadas desde el Estado en el contexto de la masificación del *Programa Nacional de Solidaridad*. Esta sobre determinación política y el mal manejo administrativo de los proyectos determinaron que la mayoría de ellos fracasara económicamente en pocos años.

Mientras tanto, la izquierda partidaria, coaligada en el PRD, desarrollaba una política contestataria que llevó el conflicto político al terreno de las luchas post-electorales en todo el país. Grandes movilizaciones sociales, como las del estado de Tabasco, en el sur mexicano, quedaron atrapadas en el ciclo de confrontación entre el gobierno y el PRD. Las luchas sociales estaban subordinadas a las luchas electorales.

En tanto los partidos actuaban en un clima de abierta confrontación que se manifestó en decenas de conflictos postelectorales, varios de ellos violentos, los actores civiles cuyas dirigencias no se trasladaron a los partidos se preocuparon por crear una presión social a favor de la democracia desde afuera del sistema político. Estos actores tenían un perfil muy definido. Se trataba de las emergentes organizaciones no gubernamentales, de algunos grupos conservadores cuya matriz era un catolicismo tradicional y de grupos culturales urbanos, anclados en las universidades y en el sistema educativo en general, todos los cuales coincidían en la aspiración democrática. La terrible derrota que habían sufrido los sindicatos independientes y las organizaciones campesinas radicales a mediados de los ochenta, así como la rutinización del movimiento urbano popular, condujo a la pérdida de poder e influencia de los sectores popular-clasistas de la sociedad civil. Las asociaciones empresariales se convirtieron en un campo de batalla entre los sectores priístas y panistas y las asociaciones profesionales mantuvieron su acostumbrado perfil discreto y privado. Así, la sociedad civil de los años noventa adquirió un perfil público marcadamente dominado por las ONG's, su sector más visible y organizado. Esto no quiere decir que no hubiese otros actores activos de la sociedad civil, sino que estaban debilitados u optaron por mantenerse en el ámbito privado.

Surgieron redes nacionales de ONG's como *Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia* (1990), que constituía una especie de articulación gremial nacional de este tipo de asociaciones, agredidas desde el gobierno por un código fiscal que pretendía cobrarles impuestos a las donaciones que recibían, y el *Foro de Apoyo Mutuo*, que trataba de impulsar ciertos niveles de profesionalización y de articulación temática en el sector. Redes sectoriales emergieron también, como la Red de Derechos Humanos Todos los Derechos para Todos, y los movimientos feminista y ecologista se desarrollaron con cierta pluralidad organizativa y política. Por su parte, los movimientos conservadores tenían formas de articulación más ancladas en redes privadas y de afinidad cultural, pero que igualmente operaban en la escala nacional.

La formación de la *Alianza Cívica*, el gran movimiento social nacional prodemocrático, fue el resultado de la coalición de múltiples grupos locales en varias ciudades del país con las redes antes mencionadas. Su alianza se formalizó en marzo de 1994. Su objetivo único era monitorear las elecciones presidenciales de julio de 1994, que se consideraban potencialmente fundacionales de la democracia electoral.

La Alianza Cívica fue el movimiento ciudadano pro-democrático más amplio de la historia política mexicana hasta ese momento, pues abarcó todo el país y contó con grupos de apoyo provenientes de todas las ideologías políticas¹¹. Este movimiento amplió el concepto y la práctica de la *participación política* de los ciudadanos: era posible plantearse una lucha por la democracia desde fuera del sistema político.

El gobierno de Ernesto Zedillo (1994-2000), último presidente del PRI, se inauguró como era costumbre con una crisis económica terrible, causada por la macro-devaluación de diciembre de 1994, la cual habría de crear problemas de legitimidad adicionales a los que, en su terreno, planteó el movimiento zapatista en Chiapas. Zedillo debió aceptar reformas importantes, entre otras, la electoral de 1996, que resolvería al fin el conflicto político con el PRD. En el terreno de las políticas públicas se impulsaron algunos experimentos interesantes. En el campo de la ecología hubo por primera vez una política sistemática de innovación democrática a través de la ampliación y generalización de los experimentos iniciados en el gobierno anterior en materia de autogestión de áreas naturales protegidas. Por otra parte, en la política urbana, se prosiguieron los ensayos que se habían iniciado ya en gobiernos anteriores en materia de vivienda. Grupos de técnicos progresistas habían creado desde 1983 instituciones innovadoras en materia de política social de vivienda (FONHAPO), las cuales permitieron, sobre todo en la ciudad de México, canalizar la participación de las organizaciones de solicitantes de vivienda y del movimiento popular urbano. Además, en 1992 se aprobó una nueva Ley Federal de Educación, que determinaba la creación de Consejos Sociales de Participación en las escuelas públicas de educación básica en los niveles estatal, municipal y por escuela, los cuales hipotéticamente deberían de permitir el involucramiento de los padres de familia y de la comunidad en los procesos educativos. Este modelo no tuvo ningún éxito hasta la fecha.

La reforma electoral de 1996, que permitió la realización de elecciones verdaderamente competitivas a partir de 1997 a nivel federal, trajo consigo una nueva oleada de experimentación participativa. Para empezar, el nuevo diseño del *Instituto Federal Electoral (IFE)*, la llamada “ciudadanización”, permitió la gestión autónoma de la institución por parte de ciudadanos habilitados para tomar la dirección del aparato burocrático (Consejeros Ciudadanos), quienes a su vez deberían nombrar, en “cascada”, a los encargados de organizar las elecciones federales en los Estados (Consejos Locales), quienes a su vez deberían nombrar a los encargados de las mismas en los 300 distritos electorales del país. Como lo ha demostrado Isunza (2006), este diseño institucional permitió a algunos consejeros nacionales manejar el nombramiento de los consejeros locales a partir de las redes del movimiento prodemocrático que tanto había crecido en el país en los años 1993-1999. Ellos, a su vez, extendieron los nombramientos de los consejeros distritales a partir de sus propias redes, garantizando así una verdadera contraloría ciudadana sobre el proceso electoral de 2000, que se extendió al de 2003 y en menor medida al de 2006. De esta manera, el movimiento prodemocrático mexicano pudo efectivamente participar en la organización de las elecciones en el momento de la jornada electoral, no así en las fases previas y posteriores del mismo. Como sea, el carácter temporal de estos nombramientos no garantizaba que este avance pudiera consolidarse en el futuro. Con el polémico nombramiento de los nuevos consejeros electorales nacionales en 2003 (de muy bajo perfil y en un proceso que marginó al PRD de la selección de los mismos), la relación de confianza y de apoyo mutuo que había existido entre consejeros distritales, locales y nacionales se perdió y se

debilitó el poder ciudadano sobre la jornada electoral. Por lo demás, la fase previa de las elecciones, que es la campaña electoral, se salió del control del IFE desde el 2000, haciendo crisis en el 2006 al no respetar los partidos los controles a los gastos de campaña.

En suma, en el periodo del Presidente Zedillo hubo importantes innovaciones legales e institucionales que facilitaron el despliegue de algunas experiencias de participación ciudadana no controladas políticamente, sin que ello implicara una apertura democrático-participativa. Se trataba más bien de que los ciudadanos ayudaran a eficientar las políticas públicas en materia de desarrollo sustentable y en la educación.

Experiencias participativas sin proyecto participativo

En 1997 se eligió por primera vez en muchos años al Jefe de Gobierno de la Ciudad de México. El líder del PRD, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, ganó la elección y se creó una confluencia de proyectos entre sectores progresistas del nuevo gobierno, particularmente representados por Clara Judisman, Secretaria de Desarrollo Social, y un sector de organizaciones civiles. Es así que desde 1998 se impulsan experimentos participativos. El “*Equipo Pueblo*”, junto con otras organizaciones civiles como el *Centro Antonio de Montesinos*, que habían empujado la idea de que las OSCs -entendidas limitativamente como ONGs- debían de participar en el diseño de políticas públicas, pudieron desplegar proyectos de política social en combinación tanto con el gobierno central de la ciudad de México como con algunos gobiernos delegacionales. También hubo experimentos de planeación participativa en las delegaciones de la ciudad de México, política impulsada por un equipo de arquitectos y sociólogos urbanos que se había interesado desde tiempo atrás en la democratización de la ciudad de México.

Los experimentos en general tuvieron poco éxito, debido a una compleja combinación de factores: la burocracia que trabajaba en el gobierno de la ciudad de México era todavía la burocracia priísta tradicional, que por supuesto no era receptiva a este tipo de iniciativas; por otro lado, las propuestas de innovación chocaban con los intereses políticos corporativos de los grupos del movimiento urbano-popular vinculado al PRD, que consideraban que políticas universales o basadas en criterios diferentes al control político clientelar-corporativo podían dañar sus intereses y su capacidad de control sobre sus propias bases.

El “Equipo Pueblo” y el gobierno de la ciudad consiguieron financiamiento de *NOVIB* para impulsar un programa experimental de ampliación de proyectos microlocales de desarrollo, especialmente en la delegación Iztapalapa, donde el propio *Equipo* tenía mayor implantación, así como en la delegación Coyoacán, donde había grupos populares con trayectoria. Pero al mismo tiempo, buena parte de los líderes del movimiento popular urbano, que eran el soporte social del PRD en la ciudad de México, veían en el nuevo gobierno una oportunidad de utilizar las formas clientelares y particularistas del viejo régimen en provecho propio.

En realidad, no sólo se trataba de un choque de visiones e intereses, sino de la inexistencia de un proyecto verdaderamente alternativo de participación en los propios actores que la impulsaban. Si se revisa la literatura de la época, los intelectuales pensaban la participación, en primer lugar, como la construcción de lugares de encuentro entre gobierno y grupos organizados de los movimientos urbanos, o bien como la formalización de consultas en instancias tipo consejo en la planificación urbana, como en el caso de la creación de Planes de Desarrollo Urbano a nivel de las delegaciones. Si bien ambas formas de “participación” eran relevantes, no se estaban proponiendo modelos que rompieran con la lógica del particularismo y/o que ayudaran a crear nuevos espacios públicos alternativos y a impulsar el desarrollo de actores sociales que trascendieran la lógica clientelar. El único diseño alternativo que se puso en el centro de la nueva *Ley de Participación*

Ciudadana de la Ciudad de México fue la elección de “Delegados Vecinales”, propuesta que venía del último gobierno priísta, y que consistía en la elección por voto universal, en zonas cuyo diseño siguió criterios demográficos y no culturales, identitarios o vivenciales, de un delegado, cuyas funciones terminaron siendo además reducidas al nivel de la irrelevancia. El experimento con esta figura terminó siendo un fracaso, tanto en términos electorales (votó sólo el 6% del padrón), como en cuanto a su falta de reconocimiento por parte de la ciudadanía. La nueva ley se concentró en la legalización de los mecanismos de la democracia directa más importantes (plebiscito, referéndum e iniciativa popular), pero a costa de ignorar otras formas alternativas de participación. La irrelevancia de la figura de los delegados vecinales se observó en el hecho de que el siguiente Jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, decidió no convocar la nueva elección de delegados vecinales en 2002 sin que nadie se quejara del hecho.

Para evaluar los resultados de los otros experimentos, es conveniente empezar por analizar el modelo de intervención desarrollado por algunas ONG's desde fines de los años 80's, especialmente aquellas que habían impulsado procesos de micro-experimentación en los gobiernos locales y en proyectos de desarrollo local a lo largo del país. El ya mencionado *“Equipo Pueblo”* había trabajado desde la década de los años setenta con grupos progresistas de la iglesia católica en proyectos de desarrollo local en algunas partes del país, con cierto éxito en Zaragoza, Veracruz, y en la delegación Iztapalapa en la ciudad de México. En ambos casos el campo de acción se había diversificado, abarcando proyectos de educación popular, de mujeres, productivos, y de salud. El modelo de intervención se basaba en la creación de grupos promotores en cada campo, normalmente formados sobre la base de las afinidades con el movimiento cristiano progresista. Por la lógica de su propia acción, los grupos se vieron involucrados en la política local, y por tanto eran vistos en las comunidades como un partido, o por lo menos como un grupo político. La “participación popular” era así en realidad la movilización de grupos en torno a proyectos financiados desde el exterior de la comunidad con el apoyo de una ONG profesional y de una red semi-eclesiástica local.

Este modelo no lograba involucrar a toda la comunidad y dependía de la intervención de agentes externos. Al llegar al gobierno de la Ciudad de México, se pensó que desde el gobierno delegacional podría ampliarse este modelo de intervención. Elio Villaseñor, líder del *Equipo*, fue nombrado Delegado en Iztapalapa, y logró financiar la ampliación de su trabajo como ONG con fondos de NOVIB y del propio gobierno, pero pronto chocó con la densa red de intereses clientelares y corporativos de otros grupos del movimiento urbano-popular y con la cultura local de los propios ciudadanos objeto de la acción, quienes, carentes de experiencia de participación, vieron los programas como una mera fuente de recursos. A ello contribuyó el propio modelo de intervención, que diseminaba la acción en múltiples frentes y acentuaba el particularismo sectorial y local de la política pública. Otra ONG relevante en este campo habría de ser el *Centro de Estudios Municipales "Heriberto Jara" (CESEM)*, que en la segunda mitad de los 90's se convertiría en un instrumento de la modernización de la administración pública municipal en gobiernos de izquierda. El CESEM trataba de asesorar al creciente número de municipios ganados por la izquierda, la cual carecía de experiencia de gobierno. En este centro trabajaron personas cuyo origen estaba en diversas ONG's de desarrollo y algunos planificadores urbanos empíricos.

En vez de desarrollar un modelo alternativo de gestión municipal, el CESEM apoyó iniciativas diversas propuestas por los alcaldes de izquierda electos en municipios pequeños del país, desde el "Parlamento Municipal" de Ciudad Mendoza hasta la "Asamblea Popular" de Jalcomulco, ambos en el estado de Veracruz, así como otras iniciativas en municipios rurales en otros estados del país. En ningún caso se pudieron sostener las experiencias innovadoras más allá de un período de gobierno (de tres años), lo cual demostraba la fragilidad de los experimentos y su dependencia de la voluntad política del alcalde en turno. Es por ello que la prohibición de la reelección de los alcaldes hace muy difícil darle continuidad a cualquier tipo de política pública municipal. Lamentablemente, el CESEM no generó un cuerpo de reflexión sobre su experiencia ni logró influir decisivamente en la agenda legislativa del PRD, con el cual era políticamente afín, si bien se mantenía institucional y políticamente independiente.

Por su parte, el PAN también hizo su propia experimentación "participativa" en algunos gobiernos municipales importantes que fue ganando desde mediados de los noventa. El PAN empezó por desarrollar una política de cercanía con la ciudadanía a través de los "*Martes Ciudadanos*", un día en que el gobierno municipal en pleno ofrece audiencias públicas. Pronto se observó que ello era insuficiente. Era necesario crear otras instancias que permitieran ordenar de manera más sistemática los múltiples y diversos intereses de la ciudadanía.

El Prof. Alfonso Iracheta, que fue presidente del Colegio Mexiquense en los años noventa, se constituyó en uno de los principales educadores de una generación de tecnócratas panistas que trataban de poner orden en la gestión pública a nivel municipal. Iracheta era un admirador de la experiencia más exitosa de la tecnocracia brasileña, la de Curitiba (Paraná), y también de algunas de experiencias de planificación urbana europea. Iracheta logró involucrar a tecnócratas de los gobiernos locales panistas en giras a Curitiba y a Barcelona con el ánimo de entender mejor la planificación moderna de las ciudades. Como parte de este paradigma, Iracheta impulsó en los municipios de la periferia de la ciudad de México, particularmente en la zona industrial, la creación efectiva (ya prevista en la Ley Federal del Municipio Libre) de Consejos de Planeación Municipal, que atrajeron la participación de organizaciones empresariales, profesionales y de vecinos. Por otra parte, propuso la creación de los llamados Institutos Municipales de Planeación, que emergieron bajo su influencia en algunas ciudades gobernadas por el PAN, particularmente en León, Ciudad Juárez y Tijuana, ciudades que gobernaba el PAN desde años atrás.

Es entonces que empieza a desarrollarse una idea de la planificación urbana como un proceso que implica momentos de cogestión con sectores de la sociedad civil. Sin embargo, la sociedad civil que promueve o que atiende ese tipo de proyectos es una sociedad civil sesgada en términos de clase, pues involucra ante todo a los sectores empresariales y a los colegios profesionales, con poca atención a los sectores populares de la población. Por lo que se sabe, estos institutos municipales no lograron eliminar por completo el particularismo de la negociación entre el gobierno y los intereses privados y ni evadir la necesidad de atender en forma particular a los grupos activados en el movimiento urbano popular y a los diversos grupos de interés. Los institutos municipales de planeación constituyen una interesante innovación institucional, pero no necesariamente una innovación participativa.

El gobierno de transición

Para el año 2000, cuando el presidente Fox ascendió al poder, la idea de participación ciudadana se había establecido de una manera más o menos firme en el horizonte simbólico de los actores políticos y sociales. Particularmente en el nivel local de gobierno existía este consenso en una parte del panismo norteco, en una parte del perredismo de la ciudad de México y en ciertas áreas de la administración federal; se hablaba de su necesidad y de su conveniencia para la gobernabilidad, legitimación, eficacia y eficiencia de la gestión pública, pero pocas veces en términos de construcción democrática. Durante el gobierno de Fox se despliega así cierta experimentación participativa, desarrollándose diversas formas de interfaces socioestatales, que han sido señaladas ya en amplitud en el estudio reciente de Isunza y Hevia. Una de las modalidades que más se impulsa es la de la contraloría social, pero también se experimentan formas de participación en las decisiones y otras formas de comunicación entre estado y sociedad, que varían en calidad y sustancia. La investigación disponible apunta que los efectos de estas experiencias han sido mínimos en cuanto a la gobernabilidad y la legitimidad y casi nulos en términos de democratización de la vida pública.

En la primera fase de su gobierno, que va de fines del 2000 a mediados del 2003, el Presidente Fox facilitó el despliegue de iniciativas diversas, como la creación del *Instituto de la Mujer* y sus equivalentes en diversas partes del país, que sin embargo fueron rápidamente colonizados por sectores conservadores del movimiento feminista. Los institutos representaban una ganancia simbólica del movimiento feminista, el que, por su debilidad y fragmentación política, y por la oposición del PAN, no logró tomar control de dichas instituciones. Este hecho condujo a que los institutos de la mujer desarrollaran políticas más bien asistenciales, que sustituyeron a una verdadera agenda de derechos. Asimismo, como parte del reconocimiento oficial de los actores de la sociedad civil como partners de la construcción democrática, se aprobó a fines de 2003 una *Ley de Desarrollo Social* que permitió a algunas OSCs ser vigilantes de la aplicación de la política social. Se impulsó también la visibilización y la investigación sobre el sector civil desde el *Instituto Nacional de Desarrollo Social* y se aprobó a principios de 2004 la *Ley Federal de Apoyo a las Actividades Realizadas por Organizaciones de la Sociedad Civil*, que debería ser un instrumento de visibilización y de mayor institucionalización de la participación de las OSC's en la política pública. Sin embargo, en materia de participación de las OSC's hubo poca eficacia, dispersión de esfuerzos, poca visibilidad, y dependencia de la voluntad política de ciertos funcionarios que perdieron sus cargos antes de que Fox concluyera su gobierno.

La innovación legal más relevante de este período de gobierno fue la aprobación en 2003 de la *Ley Federal de Acceso a la Información Pública Gubernamental* y la consiguiente creación del *Instituto Nacional de Acceso a la Información Pública (IFAI)*, modelado a semejanza del IFE. Sin embargo, el IFAI carece de la autonomía constitucional del IFE, ya que es solamente un órgano público desconcentrado, si bien en la práctica tiene una autonomía política efectiva. Aunque el campo de la transparencia y del acceso a la información ha ganado mucho con la aparición de la institución y el despliegue de diversas iniciativas civiles en este campo, la relación entre el IFAI y las redes civiles que trabajan en el campo es menos significativa que la que hubo en su momento entre el IFE y el movimiento prodemocrático.

En este mismo periodo es posible detectar la continuación de experimentos participativos de distinta índole en los espacios locales. Siguiendo tendencias inauguradas en el gobierno de Zedillo, se impulsaron, por ejemplo, iniciativas en el ámbito de la contraloría social y de la transparencia, con programas como *Transparencia Municipal*, que tuvo éxito en el estado de Sonora, donde varios gobiernos municipales, algunos gobernados por el PAN y otros por el PRD, se incorporaron a una práctica de la transparencia y cierta rendición de cuentas, entendida como grupos de ciudadanos accediendo a una interlocución evaluativa con las instancias municipales de gobierno. El papel de ciertos funcionarios de la Secretaría de la Función Pública, promotores convencidos de la transparencia, resultó fundamental en este proceso. Esta iniciativa habría de traducirse después en el campo civil en el programa llamado CINTRA, que propone la construcción de indicadores de evaluación de la transparencia municipal, y que, impulsado por organizaciones como la Alianza Cívica e Incide Social y otras, también propició algún tipo de participación de OSC's en una relación evaluativa con gobiernos locales. Las experiencias impulsadas desde la Secretaría de la Función Pública y desde las organizaciones civiles en el área de la transparencia resultan interesantes, constructivas e incluso se articulan con experiencias más directamente participativas en otros campos de la vida pública, especialmente en algunos municipios de Sonora, como Hermosillo, durante el trienio 2000-2003.

Al mismo tiempo, hay múltiples experimentos en varias partes del país, que, siguiendo la trayectoria abierta por el sector moderno de la tecnocracia panista, experimentan incluso con programas parecidos al presupuesto participativo, como el caso de San Pedro Garza García y otros municipios en la zona metropolitana de Monterrey, que llevan a cabo entre fines de los 90's y principios del 2000. Lamentablemente, estos experimentos no tienen mucha trascendencia nacional, pero demuestran una voluntad innovadora de por lo menos una parte de la tecnocracia administrativa panista. Programas similares también se ponen en práctica en Mexicali y en Tijuana, ciudades gobernadas por largo tiempo por el PAN, y en Ciudad Juárez. En todos estos casos hay combinaciones de programas parecidos al presupuesto participativo al lado de consultas públicas y martes ciudadanos. En otras palabras, hay un intento de construir una serie de espacios públicos como interfaces entre el gobierno local y la sociedad. El caso de León es también indicativo de esta clase de experimentación, donde no solamente hay un Instituto de Planeación del Desarrollo Municipal, de larga data y alto profesionalismo, sino también experimentos diversos con programas sociales.

La izquierda experimenta también el paradigma sudamericano del presupuesto participativo. En la delegación Tlalpan del Distrito Federal, en el gobierno electo entre 2000 y 2003, se intenta abrir un proceso de presupuestación participativa, que no aterriza, se queda en las fases preparatorias de capacitación y de apertura de algunas asambleas y debates públicos, sin que logre consolidarse.

Otros modelos de experimentación practicados por la izquierda vienen de años atrás, como se ha mencionado antes, por ejemplo, el Parlamento Ciudadano de Ciudad Mendoza, puesto en práctica entre 1994 y 1997; experimentos como la asamblea popular y las decisiones públicas en Cuquío, Jalisco, entre 1998 y 2004 (Bolos, 2004). En ambos casos los experimentos fueron puestos en práctica mediante una alianza entre los gobernantes locales y asesores externos profesionales. En Cuquío, la asociación civil llamada “ACCEDE”, especializada en asesoría en materia de gobierno local a municipios del Occidente de México, jugó un papel central, mientras que, en el caso de Ciudad Mendoza, al igual que en otros municipios del país y en el caso de Tlalpan, es el *Centro de Estudios Municipales “Heriberto Jara”* el que impulsa las experiencias. Estas OSC's de asesoría son facilitadoras de un proceso de innovación en la práctica gubernamental.

En el caso de Cuquío, muy estudiado, se alían un movimiento social local, la iglesia progresista y el PRD local, y por tanto se logra una conjunción entre sociedad, partido y gobierno que es extraña de ver en el resto del país (Bolos, 2004). En el caso de Ciudad Mendoza, al igual que en Jalcomulco, en Veracruz, pequeños municipios, es más bien la voluntad política de los alcaldes en turno y no tanto la expresión de un movimiento social lo que facilita la experimentación. Precisamente porque no hay un movimiento social detrás, la experimentación dura solo mientras el PRD controla el gobierno municipal. Tanto en Jalcomulco como en Ciudad Mendoza, el PRD perdió las elecciones en el siguiente ejercicio, demostrando así

que los experimentos innovadores no necesariamente le dieron legitimidad a ese gobierno o no lograron suplir el peso de sus errores. En Cuquío, el gobierno municipal fue controlado por el PRD en tres períodos sucesivos, demostrándose que la articulación movimiento social-partido de izquierda logró mantener una legitimidad notable y una relativa eficacia gubernamental.

Gobiernos locales tanto del PRD como del PAN han puesto en práctica experimentos participativos, pero hay diferencias notables en su espíritu, aunque no necesariamente en su ejercicio. En campo del PAN, la participación, aparte de ser políticamente selectiva, es decir, que se dirige a los sectores de élite de la sociedad civil local, apunta básicamente a la eficacia y a la eficiencia gubernamentales y no a la democratización del ejercicio del poder público; se busca la construcción de *inputs* societales adecuados para la mejor definición de la política pública y en su caso el control *post-facto* del ejercicio de gobierno. Se trata de una lectura tecnocrática de la participación muy afín al discurso del Banco Mundial.

En el caso de la izquierda, en sus experimentos hay un intento de democratización de la vida pública, hay un esfuerzo de apertura del gobierno no sólo en la búsqueda de la eficacia y de la conexión gobierno-ciudadanía para la mejor gobernabilidad, sino un proyecto de participación ciudadana al ejercicio mismo del gobierno. No obstante, los resultados pueden no ser tan diferentes en un lugar y en otro, puesto que en todos los casos los promotores se toparon con la realidad de que los ciudadanos están poco organizados y que los propios funcionarios municipales carecen de la tradición y de las herramientas de canalización de esta participación ciudadana de una manera constructiva.

Estamos hablando de una voluntad política de las autoridades que no necesariamente tiene continuidad, como lo demuestra el hecho de que el propio PAN, en San Pedro Garza García, Nuevo León, echó abajo los experimentos participativos de un gobierno a otro, mientras el PRD destruyó los suyos en Tlalpan. El PAN en Hermosillo tampoco dio continuidad a sus experimentos participativos más allá de dos trienios y podemos decir que en donde quiera que en estos años del nuevo siglo se han puesto en práctica experimentos participativos, en general ha habido muy poca continuidad porque el gobierno local presenta dificultades estructurales para la continuidad de una política participativa.

En efecto, como ya ha sido señalado reiteradamente, el corto ciclo de los gobiernos municipales, de sólo 3 años, junto a la prohibición constitucional de la reelección de los alcaldes, crea la urgente necesidad para los gobiernos municipales de mostrar algún tipo de eficacia a corto plazo, pues el alcalde no podría continuar su carrera política de otra manera. Además, el carácter eventual de los empleos de gerencia en el gobierno municipal conduce a crear una mentalidad a corto plazo y a facilitar la búsqueda de rentas del Estado por parte de los funcionarios, así como a una actitud oportunista e igualmente corto-plazista de parte de los ciudadanos.

Pensar en plazos largos y en ciclos de maduración bajo esas condiciones es sumamente difícil.

La perspectiva de la rendición de cuentas

En el periodo de transición, una parte de la polémica participativa se trasladó al campo de la rendición de cuentas. Este hecho se debe en buena medida a las innovaciones institucionales de este periodo, especialmente a la creación del IFAI y a la relación que se estableció entre el ejercicio de la transparencia como medio y la rendición de cuentas como fin, eje de la peculiar forma de modernizar el Estado que impulsó el primer gobierno de la transición.

La rendición de cuentas es un concepto cuya esencia radica en el constante esfuerzo de los ciudadanos por controlar el poder: “el concepto de la rendición de cuentas (accountability) expresa de manera nítida esta preocupación continua por controles y contrapesos, por la supervisión y la restricción del poder”.

La democracia como régimen se caracteriza no sólo por las garantías legales e institucionales que se otorgan a los ciudadanos para elegir a sus gobernantes, sino porque su arquitectura legal e institucional incluye la obligatoriedad de que los actores gubernamentales expliquen y justifiquen sus acciones a los ciudadanos (answerability); sean asimismo capaces de recibir sus opiniones en mecanismos de interacción (*receptiveness*), así como la posibilidad de que quienes infrinjan las leyes sean sancionados *enforcemen*. Se trata entonces de un concepto que define un modelo de relación entre ciudadanos y Estado en el que hay un doble proceso, primero de responsabilización de los actores estatales, y segundo, de participación de los ciudadanos en los asuntos públicos.

En México carecemos de la cultura del voto como acto de evaluación de políticos en lo individual por la prohibición de la reelección, que ha traído consigo el negativo efecto de que se piense en el acto de elegir sólo como autorización. Esa es una democracia a la mitad. La otra parte es la rendición de cuentas, entendida en la teoría democrática no en el sentido débil que le asignamos culturalmente los mexicanos (un acto voluntario de orden informativo), sino en un sentido fuerte: la evaluación ciudadana que tiene el potencial de sancionar a los políticos.

En las democracias contemporáneas la rendición de cuentas tiene varias dimensiones o tipos. La *horizontal* alude a los mecanismos de control internos al sistema estatal (equilibrio de poderes, órganos de control), cuya estructura y funcionamiento determina en buena medida la cultura de los funcionarios públicos¹⁷; la *vertical* alude a las formas en que los gobernantes responden a los ciudadanos a través del mecanismo de última instancia de las elecciones, y por tanto se refiere a una evaluación *post-factum* aplicable a funcionarios electos¹⁸; la *social* se refiere a los múltiples tipos de presión e influencia que los ciudadanos, organizados o no, ejercen para obligar a los funcionarios públicos, electos o no, a apegarse a la ley, a cumplir sus obligaciones y a ser eficientes en su desempeño (movilizaciones, campañas, encuentros, escándalos mediáticos); recientemente se ha añadido una forma más, la *transversal o diagonal*, que alude a instituciones en las que ciertos ciudadanos son designados como funcionarios con capacidad de decisión en campos sustantivos para la defensa de derechos de ciudadanía (IFE, IFAI, etc.)

Este breve mapa de la rendición de cuentas indica que es un error limitar el campo de aplicación del concepto a su dimensión *horizontal*, es decir, intra-estatal. Si bien esta dimensión es decisiva, pues es a través de procedimientos administrativos que los funcionarios no electos pueden ser sancionados (extrañamientos, multas, despidos, procesos penales), y a través de procedimientos políticos que los funcionarios electos pueden ser castigados (juicio político), lo cierto es que, sin las otras dimensiones, la intraestatal no se activa. Por ejemplo, hace 25 años que hay legislación anti-corrupción en México, y se cuenta con una larga lista de programas anti-corrupción, que no han funcionado debido a que no ha habido condiciones políticas para aplicar las reglas y procedimientos, pues ha dependido de la voluntad de los presidentes o gobernadores si la ley se aplica o no.

Es por ello que los autores antes mencionados insisten en que los diversos tipos de rendición de cuentas se complementan uno a otro. La horizontal no se despliega si no hay un estado de derecho operativo, para lo cual es necesario que haya actores de la sociedad civil que exijan la aplicación de la ley y vigilen su cumplimiento; la vertical exige que haya elecciones limpias y legales; la social requiere que haya espacios públicos donde se debatan los problemas, una sociedad civil activa y medios de comunicación críticos, todo lo cual necesita ser protegido por el estado de derecho, de forma que la acción social active los mecanismos horizontales; la transversal exige que la horizontal funcione y que la autonomía de las instituciones garantes de derechos sea efectiva y apoyada por la sociedad civil.

Grandes vacíos legales e institucionales caracterizan la rendición de cuentas horizontal en México; la división de poderes tiene en la debilidad profesional del poder legislativo su limitante principal; por otra parte, hay gigantescas fallas de diseño y de ejercicio en el control fiscal y laboral al interior del gobierno. La transición democrática ha permitido realizar algunas reformas importantes en este campo, pero sin duda tiene que avanzarse más en una agenda integral de reforma del estado para dar una solución estructural a los problemas existentes.

La rendición de cuentas social se construye a través de un complejo entramado de actores y movimientos sociales que desde el ámbito de la sociedad civil y a través del espacio público, intervienen en la vida política defendiendo intereses, valores, normas y proyectos políticos diversos y plurales. Para Peruzzotti y Smulovitz, *la accountability social es un mecanismo de control vertical, no electoral, de las autoridades políticas basado en las acciones de un amplio espectro de asociaciones y movimientos ciudadanos, así como de acciones mediáticas*. Se trata de un “control” indirecto de los actores e instituciones políticas, basado en la vigilancia, el estudio, la protesta, el escándalo, la denuncia.

Los actores son movimientos sociales y asociaciones diversas (desde ONG's hasta grupos empresariales), que usan la “voz” y la acción simbólica (protestas, manifestaciones, desplegados, campañas, cartas) para imponer “costos reputacionales” a los políticos que se corrompen o que abusan de su poder. Pero dado que estas prácticas carecen del poder de sancionar legalmente, su mayor impacto, aparte de crear conciencia pública, consiste en la posibilidad de activar mecanismos institucionales que sí conduzcan a la sanción, es decir, estén en el ámbito de la rendición de cuentas horizontal. Por ejemplo, una denuncia ciudadana de abuso policíaco puede abrir una investigación de una comisión de derechos humanos que termine recomendando una sanción.

Constituyen otra forma de rendición de cuentas social, en este caso institucionalizada, los numerosos mecanismos de “participación ciudadana” que en todos los campos de las políticas públicas y virtualmente en todas las instituciones estatales se han creado en los últimos años y que son el objeto de nuestra atención. Isunza y Hevia (en prensa) ofrecen un análisis empírico muy amplio de esta realidad, utilizando una tipología de 6 formas principales de interfaz socio- estatal (formatos de encuentro entre actores sociales y estatales), que les permite analizar, con base en las reglas de operación de programas de política pública federal, y en la información proporcionada en los portales de las diferentes dependencias de los gobiernos federal, estatales y municipales, las distintas formas institucionalizadas de la relación sociedad –estado.

La mayor parte de las instancias y formas institucionalizadas de participación en el plano federal se abocan al intercambio de información: las "interfaces de contribución", es decir, experiencias en las cuales la sociedad informa al estado, sobre todo a través de buzones de quejas; de "transparencia", en las que el estado le informa a la sociedad, ante todo vía portales de internet. Y los múltiples consejos consultivos de diversa índole son básicamente "comunicativos", pues no pretenden asumir capacidades decisorias. Lamentablemente, hay pocas experiencias relevantes en campos definidos por el poder de decisión, los cuales son de mayor trascendencia para la democratización de la vida pública.

Sorprende la cantidad y variedad de interfaces socio-estatales que se han creado en las entidades de la república, pues los autores identifican 201 instancias. Destaca la cantidad de órganos colegiados con representación ciudadana, tanto consultivos como cogestivos, que están señalados en los portales de internet y en las reglas de operación de los programas del sector público estatal. No obstante, los pocos estudios empíricos disponibles señalan el moderado efecto que este tipo de espacios han tenido en términos democráticos y más bien se observa, al igual que a nivel federal, un cumplimiento meramente formal de la existencia de estas instancias.

Destaca también que en 24 de los 31 estados existen mecanismos de democracia directa, que, sin embargo, han sido virtualmente desechados en la práctica por la dificultad de su implementación, o usados escasas veces en condiciones precarias. La legislación de la democracia directa, que ya existe en la mayor parte del país a nivel estatal, no garantiza de ninguna manera la funcionalidad de este tipo de prácticas democráticas.

Hevia e Isunza localizaron por lo menos 123 interfaces socio-estatales en las leyes y reglamentos municipales de México. Muchas de estas instancias son formalmente democráticas, como los consejos sociales de la educación, los consejos de desarrollo sustentable y otros consejos y comités locales, sin embargo, la abundancia de instancias va aparejada en la práctica con la escasez de prácticas reales de participación ciudadana.

La falta de autenticidad de la gran mayoría de los espacios de participación ciudadana en México ha convertido al concepto mismo de participación en una palabra vacía. Recuperar las instancias de participación como espacios reales de intercambio democrático entre Estado y ciudadanos es una labor fundamental en la democratización de la vida pública.

Recientemente Hevia y colaboradores han realizado un excepcional estudio sobre las instancias institucionales de participación que crean las reglas de operación de las políticas públicas y los reglamentos internos de la administración pública federal a enero de 2008. De un total de 409 instancias existentes, 146 se abocan a la consulta; 73 se dedican formalmente a operar programas vía consejos y comisiones técnicas; 62 se dedican mayormente al control de ejecución de programas, es decir, a evaluación y vigilancia; 54 a dictaminar proyectos; 35 se especializan en la planeación; 29 son instancias de cogestión. Pero de este total, sólo 162 instancias contemplan la participación de actores no estatales; las demás son intraestatales, es decir, sólo consideran la participación de funcionarios de diversas dependencias.

De estas 162 instancias, 129 son “socioestatales”, es decir, realmente contemplan de manera explícita la participación de representantes de la sociedad. 49 de ellas han sido creadas por reglas de operación; 46 por leyes federales; 29 se fundan en reglamentos secundarios; 15 no tienen fundamento legal especificado. De ellas 79 se denominan “consejos”, hay 50 “comités”, y 14 “comisiones”.

Para un país del tamaño del nuestro, estos números son demasiado reducidos. Sorprende ver que sólo 46 instancias han sido creadas por leyes federales, lo cual nos habla de una legislación muy poco proclive a fomentar la participación ciudadana. Sólo 49 instancias han sido creadas por reglas de operación de programas públicos, a pesar de que hay 131 programas federales de subsidios y más del triple de otro tipo de programas.

Las instancias de participación ciudadana deben funcionar de manera transparente y ser públicas, pues de otra manera la ciudadanía no tendría manera de saber que están haciendo quienes supuestamente los representan. Al respecto, los autores del estudio señalan que: "De las 162 [instancias antes mencionadas] un total de 77 (47.53%) no registran ningún tipo de información dentro de los portales gubernamentales y 85 (52.47%) sí lo hacen... Sólo 60 describen en Internet sus funciones, más allá de colgar el marco normativo que les da sustento legal. sólo 47 instancias informan el nombre y cargo de los participantes en ellas, y sólo 23 entrega las dos informaciones. sólo en 35 casos encontramos algún tipo de contacto o información disponible para que los ciudadanos puedan comunicarse directamente con los *representantes* que participan en estas instancias. y sólo 37 hacen públicas sus actividades y los resultados de éstas (resoluciones, actas, informes, etc.).

Por tanto, el mundo de la participación institucionalizada en el gobierno federal es mayormente opaco y hay una imposibilidad material de que los ciudadanos interesados en el funcionamiento de las instancias participativas puedan contactar a sus supuestos representantes. Para colmo, el estudio encontró que "sólo el 38.0% de las instancias seleccionan por medio de convocatoria pública a los participantes, siendo las dependencias (62%) quienes, por medio de invitación o directamente por designación, deciden quiénes participarán de estas instancias".

Esta alarmante situación debe contrastarse con el número de OSCs registradas en el CLUNI, que eran 8, 327 a la fecha del cierre del estudio. Si por un momento asumiéramos que un porcentaje razonable de instancias reales de participación para las OSCs fuera de 1 para cada 10 de ellas, debería haber más de ellos, sino que la mayoría son meramente consultivos, y, peor aún, han sido constituidos casi siempre por los propios funcionarios encargados del área.

Todo lo anterior indica que en México no hay un proyecto neoliberal de participación, mucho menos uno democrático. El gobierno federal, pero también los estatales y municipales, han estado históricamente desinteresados en esta clase de política, lo cual habla de su auto-referencialidad, mientras que la sociedad civil ha carecido de fuerza política para exigir una ampliación y, ante todo, una efectivización de los espacios participativos formales. Y ahí donde ha habido apertura, se presentan con frecuencia problemas de falta de rendición de cuentas de los propios representantes civiles a sus bases.

Un estudio a mayor profundidad destacaría muchos otros problemas de las instancias participativas que en una investigación tan amplia y a tan corto plazo no pudieron ser detectados claramente: la falta de capacitación tanto de los representantes del Estado como de la sociedad civil; la falta de recursos materiales y financieros para operar; la ausencia de una cultura de la cooperación y de trato igualitario de parte de los funcionarios; la precariedad jurídica e institucional; la carencia de medios para publicitar las acciones y para comunicarse con los interesados, y un largo etcétera.

Debe destacarse que el desarrollo de una cultura de la participación, la creación de instancias efectivas para ello, y del adecuado diseño legal e institucional correspondiente, no son tareas que puedan llevarse a cabo por medio de medidas de orden administrativo. Hay una dimensión macro-política que debe ser atendida, llámesele Reforma del Estado o de cualquier otra manera, ya que sin ella las causas estructurales del vacío participativo no podrán ser remontadas.

En la sección final de este trabajo presentaremos, por tanto, propuestas en dos órdenes: las de carácter macro-político y las de tipo micro-social, que pueden atender necesidades operativas claramente detectadas y que, combinadas con las anteriores, pueden resultar en la creación de un círculo virtuoso de cambio.

Propuestas de política para impulsar una cultura y una institucionalidad participativas.

En primer término es preciso atender los vacíos legales y políticos de la democracia mexicana: los mecanismos de rendición de cuentas horizontal no funcionan adecuadamente debido a su mal diseño institucional y a la permisividad que se ha otorgado a sí misma la propia clase política; los mecanismos de rendición de cuentas vertical, es decir, los electorales, tampoco funcionan debido a la prohibición de la reelección y a los defectos del sistema electoral mismo; no hay mecanismos de participación ciudadana relevante en los asuntos públicos. Nuestra democracia, en suma, requiere una reforma radical.

Como puede concluirse de la discusión anterior, una de las reformas principales del Estado para garantizar la rendición de cuentas horizontal debe ser el otorgamiento de autonomía política efectiva a las contralorías y a los órganos de fiscalización y la creación, dentro de estas instancias, de espacios de participación ciudadana. Junto con ello debe desarrollarse un auténtico y bien pensado programa de servicio civil de carrera que fomente la especialización profesional y proteja a los funcionarios de estas instituciones de las presiones de los políticos electos, sin menoscabo de mantener vigilado el desempeño de los propios funcionarios por vías reglamentarias y públicas.

Una segunda reforma necesaria a los fines de la rendición de cuentas horizontal se refiere a la creación de un poder legislativo profesional. La no reelección en este terreno es particularmente dañina pues bloquea, primero, la responsabilización de los legisladores frente a los ciudadanos vía la rendición de cuentas vertical, y segundo, impide la especialización que requiere el control presupuestario y la supervisión fiscal. El modelo de reelección debe ser muy bien pensado para impedir la consolidación de castas indeseables y cacicazgos eternos. Hay experiencias internacionales de limitación de reelecciones y de control de las ventajas de los diputados electos en nuevas campañas. Junto con la reelección debe venir un proceso de modernización administrativa interna que haga funcionar correctamente las comisiones legislativas, evitando el absurdo incremento de su número y especializando realmente su trabajo con la ayuda de servidores públicos de carrera contratados en base al mérito y al desempeño.

Sobre esta base firme puede pensarse que los órganos superiores de control dependientes del poder legislativo funcionen de una manera igualmente profesional, y que, además, si son dotados de capacidades efectivas de sanción, pueden tornarse en verdaderos instrumentos de control horizontal del estado. Un esquema similar es necesario para las fiscalías de servidores públicos, hoy dependientes de las procuradurías, que deben autonomizarse políticamente, especializarse profesionalmente y trabajar de cerca con la sociedad civil.

La institución municipal requiere una revisión profunda que no se limite a la ya muchas veces propuesta reelección de los presidentes municipales o a la ampliación de su mandato para evitar el pernicioso ciclo de continua renovación de cuadros de mando que, como se ha estudiado, constituye un incentivo a la corrupción y los condena a un permanente proceso de aprendizaje.

Si bien la reelección es necesaria, junto con la creación de un servicio civil de carrera en la administración municipal, también es imprescindible rediseñar las estructuras mismas de la representación política y abrir espacios pertinentes de participación ciudadana. De un lado, se puede pensar en diversas formas de elección popular de una especie de parlamento municipal que le otorgue un carácter representativo al cuerpo edilicio y le permita a la ciudadanía algún control, así sea *post factum*, de estos representantes populares. Puede ensayarse el modelo brasileño de los “vereadores”, que son electos a partir de listas abiertas proporcionados por los partidos, de tal forma que los ciudadanos pueden simultáneamente elegir al partido y, dentro del mismo, a los cuadros de su preferencia. Este mecanismo tiene la ventaja de evitar, bajo ciertas reglas, que las burocracias partidarias promuevan sólo a ciertos cuadros y bloqueen a otros.

Por otra parte, pueden reglamentarse mejor la composición y las capacidades de los consejos de planeación municipal o bien, al menos en las ciudades medias y grandes, sustituir este mecanismo por los actuales Institutos de Planeación Municipal ya existentes en unas 25 ciudades mexicanas³³. Se trata de institutos dotados, hasta hoy, de una precaria autonomía política, cuya función es planear y regular el desarrollo urbano de las ciudades. En casi todos los casos estos institutos cuentan con instancias de participación ciudadana, más o menos representativas, y, si están bien diseñados, otorgan un papel relevante a las asociaciones ciudadanas existentes en la capacidad de decidir sobre los planes de ordenamiento y desarrollo urbanos. La experiencia demuestra que están sujetos a todo tipo de contingencias políticas, pero lo cierto es que constituyen la experiencia más promisoría de control institucional de la arbitrariedad de los presidentes municipales, de potencial control de la corrupción en materia de especulación urbana y de crear espacios públicos deliberativos que no sólo fomenten la transparencia sino también el aprendizaje colectivo. No está por demás mencionar que los institutos, originalmente creados por una tecnocracia de la planificación urbana, fueron pensados como solución al problema de la imposibilidad de la planeación a largo plazo dado el corto ciclo de los gobiernos municipales. Por tanto, la importancia estratégica de esta iniciativa es patente.

Así, sumando una reforma política que permita la reelección o la ampliación del mandato de los presidentes municipales, la elección por parte de la ciudadanía de los miembros del cabildo, la creación y fortalecimiento de los institutos de planeación municipal en las ciudades y de los comités de planeación en los municipios pequeños, se puede revitalizar la vida política local, crear una mayor responsabilización tanto de los políticos electos como de los servidores públicos y abrir espacios más auténticos a la participación ciudadana.

Otro espacio decisivo en la creación de una arquitectura democrática que abre espacios a formas de rendición de cuentas transversal se ubica en el campo de las políticas públicas de educación, salud y vivienda. En efecto, tratándose de servicios fundamentales para la población, es necesario pensar en la participación cogestiva de asociaciones de ciudadanos que, por un lado, representen los intereses generales en el acceso y en el control de la calidad de los servicios y, por otro, proporcionen un conocimiento técnico y una capacidad crítica en el campo específico de que se trate. Pueden crearse así nuevos espacios públicos que en un momento dado no sólo transparenten los procesos de la política pública sino asuman capacidades de decisión, de control y de evaluación.

En este campo una vez más Brasil aporta un ejemplo relevante: los Consejos Gestores, que por disposición constitucional deben formarse en cada uno de los niveles de gobierno en los ámbitos de la educación, la salud y la atención a niños y adolescentes. En el sistema federal brasileño la responsabilidad y el control de estos servicios fundamentales están depositados, desde el punto de vista de la ejecución directa, en los municipios, si bien los estados y el gobierno federal se reparten capacidades regulatorias y programas específicos que quedan bajo su exclusivo control. Cada una de las instancias de gobierno cuenta con un consejo gestor conformado por ciertos funcionarios con capacidad decisoria, representantes de agrupaciones de usuarios o consumidores de los servicios, los sindicatos de trabajadores del ramo y ONGs especializadas en dichas políticas. Si bien la legislación es un tanto ambigua y la experiencia es muy diversa, estos consejos gestores son importantes por cuanto asumen una capacidad de decisión, control y evaluación de estos campos de la política pública.

Un esquema similar podría plantearse en México como parte de una reforma integral del Estado que profundizara el federalismo y otorgase mayores capacidades decisorias a los gobiernos locales dentro de un proceso gradual que trasladara progresivamente capacidades efectivas de planeación, gestión y evaluación de procesos. Hoy día estos subsistemas siguen estando fuertemente centralizados, de tal forma que tanto la planeación como la regulación son practicadas de forma precaria o nula en los espacios estatales y locales.

Si mediante una reforma constitucional esto puede ser corregido, y al mismo tiempo se crea un modelo similar al brasileño de consejos gestores debidamente regulado, es posible pensar que el enorme saber técnico hoy depositado en otros gremios profesionales, pueda ser utilizado en un proceso dialógico con los funcionarios encargados de esas responsabilidades y con la representación territorial o funcional de ciudadanos interesados directamente en la mejor calidad y disponibilidad de los servicios.

Los organismos garantes de derechos, como las Comisiones de Derechos Humanos nacional y estatales, el Instituto Federal Electoral y los institutos electorales estatales, así como el Instituto Federal de Acceso a la información y sus pares estatales, deben gozar de auténtica autonomía política y contar con los medios para desarrollar sus estratégicas labores en colaboración con la sociedad civil. Debe evitarse a toda costa la captura política de esas instituciones, proceso que hoy viene avanzando con gran rapidez, pues ello significaría, en el mediano plazo, la destrucción de los tímidos esfuerzos que el Estado mexicano ha hecho para fortalecer algunos de los derechos de ciudadanía y de medios institucionales indispensables en la rendición de cuentas horizontal.

La reforma del sistema de acceso a la justicia y del funcionamiento del poder judicial es imprescindible para fortalecer los derechos básicos de los ciudadanos y para abrir cauces legales a nuevas formas de control ciudadano sobre los excesos y omisiones de los gobiernos y de las empresas. Deben crearse condiciones para la celebración de demandas colectivas de ciudadanos, lo cual es imprescindible para evitar abusos contra los consumidores; permitirse la presentación de amparos colectivos, y generalizarse a todos los implicados la aplicación de los mismos en asuntos de interés público; deben hacerse públicos los expedientes judiciales que hasta hoy son secretos; deben hacerse orales los juicios para permitir un control indirecto de los jueces vía la publicidad de los procesos, entre otras muchas medidas urgentes y necesarias. Algunas ya están contempladas en reformas aprobadas o en vías de implementación gradual, pero otras muchas no.

Reformas internas en la estructura del gobierno federal son necesarias para establecer claramente una responsabilidad específica en materia de impulso a las reformas legales, políticas y administrativas necesarias, a la manera de la Secretaría del Consejo de Ministros de Argentina o de la Comisión Nacional para la Reforma del Estado que durante corto tiempo funcionó en Brasil.

Estas propuestas no tienen el ánimo de ser exhaustivas, pues mucho más debería de hacerse en materia de una reforma del estado más comprehensiva. Pero lo expuesto constituye el mínimo indispensable.



En términos de la micro-política de la reforma, hay también propuestas que emergen de la investigación de Hevia et. al., así como de otros trabajos sectoriales y temáticos que se han venido mencionando.

La Comisión de Fomento de la LFFADOSC su Consejo Consultivo deben tratar de establecer una relación entre las instancias de relevantes de la Administración Pública Federal y las OSCs que mejor se adapten al perfil de las exigencias del campo de la política pública específica correspondiente. Pero ello implica un trabajo previo de evaluación de capacidades y trayectorias de las propias organizaciones civiles, que, como es sabido, tienen, con excepciones, poca especialización temática y profesional. Se trataría de un ejercicio de autoevaluación sobre la base de criterios rigurosos.

Para el éxito de esta política se requiere también diseñar, en el proceso, mecanismos e instancias de capacitación que atiendan las necesidades de formación detectadas, pues de otra manera la inserción de OSCS en las instancias de participación, sin la debida calificación, carecería de la profesionalidad requerida, lo cual redundaría a los funcionarios gubernamentales que colaboran en dichas instancias, pues sin su cooperación y sin un desempeño profesional adecuado, tampoco podrán desarrollar una labor constructiva.

Analizar las instancias de participación que ya existen en la ley y/o en las reglas de operación, pero que no funcionan en la práctica o no han sido establecidas. La idea sería impulsar su creación efectiva, proponiendo a los actores civiles con potencial de colaboración, y apoyar los procesos de capacitación necesarios. El fundamento de esta acción es el Art. 6 de la LFFADOSC.

Impulsar la formación de un Comité Intersecretarial adecuado y negociar con las comisiones parlamentarias correspondientes, para que se homogenicen las leyes y las reglas de operación de programas tanto en su terminología como en su propósito, impulsando un proyecto común de democratización de la vida pública y de eficientización del gobierno vía participación y aclarando las instancias y los modos de esta participación. En todos los casos debe establecerse la necesidad de una convocatoria pública para la formación de las instancias y la conveniencia de escuchar al Consejo Consultivo en el proceso de designación de la representación civil. Lo mismo aplicaría a las leyes federales que han creado instancias de esta naturaleza.

Promover la publicización de las instancias participativas, comenzando por la mejora de sus páginas de internet, en las que deben estar incluidos por norma los nombres y contactos de sus miembros, sus funciones, y sus decisiones (actas de reuniones). Asimismo, la programación de sus juntas, con la posibilidad de que éstas sean atendidas por el público. En estas páginas puede haber ligas a las de organizaciones civiles que trabajen en el mismo campo.

Fomentar la transparencia y el buen desempeño de las instancias de participación por medio por medio de estímulos y reconocimientos a aquellas que mejoren sus niveles de transparencia y su desempeño.

"Se propone específicamente incluir como temática en el siguiente encuentro anual de OSC gobierno federal que organiza INDESOL el de las [instancias de participación] por

sector y entregar un reconocimiento público por parte del Consejo Consultivo a aquellas que estén haciendo un esfuerzo por mostrar sus resultados a la sociedad". Podría agregarse que deben reconocerse también aquellas que se hayan integrado de manera democrática (por medio de consultas y de manera pública) y a las que mejor desempeño hayan tenido en diversas categorías: comisión tripartita (OSCs, funcionarios y académicos) que evaluara esos resultados.

Promover la creación de mecanismos de articulación entre instancias de participación municipales, estatales y federales, en materia de intercambio de información, coordinación de acciones, y discusión de propuestas. Esto, por supuesto, presupone la creación de legislación y reglamentación adecuada, bajo el modelo ya mencionado de los consejos gestores de Brasil, y la aplicación efectiva de la escasa legislación avanzada en esta materia, como la Ley de Educación de 1992 y la Ley de Desarrollo Sustentable. Este intercambio les daría reconocimiento a las organizaciones locales y permitiría articular sus demandas e intereses en instancias estatales, y a su vez, a éstas influir en las nacionales.

Realizar un análisis de factibilidad política, técnica y financiera para establecer una Norma Oficial Mexicana en lo referente a Instancias Públicas de Participación, proceso que el Consejo Técnico Consultivo podría impulsar y proponer, creando para ello una alianza tripartita OSCs-gobierno-instituciones de educación superior. Un instrumento para medir la inclusión de las OSC en las instancias y su desempeño democrático puede nutrirse de las propuestas de Hevia et. al. en términos de la aplicación de su "Matriz Básica de Información" y de su "Cuestionario de Desempeño de Instancias Públicas de Deliberación".

Otro instrumento de fomento al buen funcionamiento de las instancias de participación sería crear un programa de recursos concursables para mejorar sus sistemas de trabajo, sus páginas de internet y su capacidad de contratar estudios y asesoría técnica en temas específicos, así como promover seminarios y reuniones de análisis.

Difundir la información existente sobre instancias de participación entre las OSC, transformando para ello la base de datos en banco de datos, y tenerlo en línea en el sitio de corresponsabilidad, y ofrecer al mismo tiempo asesoría técnica a las OSC que estén interesadas en participar en dichas instancias. Esta asesoría debe ser planeada como un verdadero proceso de capacitación.

LOS RETOS DE LA POLÍTICA Y EL TIEMPO DE LA JUVENTUD

12

LOS RETOS DE LA POLÍTICA Y EL TIEMPO DE LA JUVENTUD

Carlos Castillo¹

Miradas a un año convulso

Del ámbito global al espacio local, el año 2016 dejó un legado complejo de descifrar, con implicaciones que afectaron el modo de ejercer la política, de entender lo público, de asumir lo común. Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que ese periodo representó un punto de quiebre que, sin caer en catastrofismos ni en augurios terminales, sí exige una reflexión necesaria, porque no son pocos los supuestos que se confirmaron y que demuestran los diversos padecimientos de un sistema político, el democrático, puesto no pocas veces en tela de juicio por sus resultados, cuestionado o incluso ignorado por sus protagonistas, los ciudadanos, y al que hoy se mira con cierto recelo, como si hubiera dado ya de sí, como si la imaginación ya no alcanzara para responder a una sociedad compleja, cambiante, plural y cada vez más diversa.

¹ Revista Dialogo político. No. 1, 2017. En: Dossier: jóvenes y política. Págs. 40-51

Son precisamente esos cambios en las sociedades lo primero que conviene analizar, para así entender cómo una realidad más volátil que nunca demanda nuevas formas de enfrentarse desde lo público y su administración. En ese sentido, la obra de Moisés Naím es clave para arrojar un poco de luz sobre lo que ocurre en nuestros días, sobre todo porque logra agrupar y establecer un marco teórico para descifrar qué ocurre y por qué. Así, y a grandes rasgos, de acuerdo con la tesis de *la revolución del más*, el venezolano demuestra cómo la ampliación de diversos aspectos de la vida —comunicaciones, movilidad, mentalidad— ha trastocado el modo en que se entiende el poder, y que esto afecta todos los aspectos de la existencia humana, desde la familia, las iglesias, las empresas y, sobre todo, aquello cuya labor consiste en administrar ese poder: la política.

Una sociedad más informada se empodera, deja de ser receptora pasiva para volcarse a la construcción de lo común. Esto, en principio, es de sumo positivo, porque la democracia se fortalece a partir de la adición de ciudadanos interesados en asumir un papel activo. Pero ocurre que cuando la política no está preparada para recibir esa, digamos, oleada participativa, la fuerza que despierta se vuelca en contra del propio sistema porque lo percibe cerrado, distante e incapaz de ser cauce para el ímpetu social.

Ante estas nuevas circunstancias llega el cuestionamiento, justificado, sin duda, de cuán adecuado es el sistema para responder a la nueva realidad, y a ello sigue el silencio de una clase política atónita frente a lo que ocurre.

Esa falta de respuestas hace que el interés decaiga; se manifiesta en la apatía y sus expresiones de abstencionismo electoral o desinterés en lo público, y lleva como última y más dramática consecuencia la vuelta hacia lo privado, frustrados el ánimo y la voluntad, culpando a *los políticos* por su cerrazón, trocando ese despertar cívico en decepción, descalificación y final indiferencia.

A mayor y más informada participación cabría esperar partidos mejores y más abiertos. Frente a una sociedad que se organiza de nuevas y diversas maneras, se esperaría que las fuerzas políticas tradicionales reaccionaran para recibir esa inquietud y esa voluntad de involucramiento. Pero ocurre lo contrario: la normalización y profesionalización de esos partidos ha devenido en burocracias sólidas, más ocupadas en la obtención y conservación del poder que en representar las demandas ciudadanas. La burocracia, por definición, es cerrada, distante, fría; Kafka lo ejemplificó como nadie desde principios del siglo xx y advirtió sobre su efecto mecánico y repetitivo; más cercano a nuestros días, Peter Mair advirtió sobre cómo la democracia se vacía de ciudadanos para quedarse solo con *profesionales*, elites que se oponen a ese *más* o que lo aceptan solo en la medida en que puede traducirse en votos:



Los partidos están fracasando a consecuencia de un proceso de retraimiento o abandono recíproco, en virtud del cual los ciudadanos se retiran a la vida privada o a formas de representación más especializadas y con frecuencia *ad hoc*, mientras que los líderes de los partidos se retiran a las instituciones y sus términos de referencia cada vez más son sus roles como gobernadores o cargos públicos. Los partidos están fracasando porque la zona de interacción el mundo tradicional de la democracia de partidos, en el que los ciudadanos interactuaban con sus líderes políticos y se sentían vinculados a ellos. Caemos, de este modo, en democracias electoreras, con partidos interesados solo en el triunfo y los comicios, pero incapaces de demostrar su necesidad e importancia como puentes cotidianos entre el ciudadano y el poder, como vehículos de inquietud y participación, como puertas de acceso hacia lo público. Este distanciamiento y estos cambios sociales que no son súbitos ni nuevos, pero que en este 2016 se concentraron en hechos notorios —el plebiscito colombiano, la caída del primer ministro italiano, Matteo Renzi, la salida del Reino Unido de la Unión Europea, el triunfo de Donald Trump—, así como las nuevas formas de entender y ejercer el poder por las sociedades, han traído como consecuencia que, por ejemplo, las herramientas y los instrumentos de evaluación del poder fracasen en su intento de medir lo que piensa o podría decidir la sociedad, porque se asume que se puede calcular con los mismos parámetros de siempre aquello que a todas luces ya no es igual. Ese cambio es precisamente el de la relación de la gente con el poder, gente que sin hallar respuestas adecuadas en la política y sus representantes pasa de manera natural de la falta de representatividad hasta el extremo de lo antipolítico.

Legitimidad en retirada y la reacción antipolítica

En los sistemas democráticos, la reacción generalizada frente al distanciamiento de los partidos y la ciudadanía se traduce en una cada vez mayor abstención en los procesos electorales. Menor participación se traduce así en falta de representatividad, lo que incide en la legitimidad de los gobernantes: a este fenómeno hay que añadir el de los llamados millennials, un sector de la población que se distingue por ser nativo digital, escéptico ante la abundancia informativa y la falta de filtros para priorizarla y ordenarla, que creció en un entorno donde la mayor convivencia se produce a través de las redes sociales y que es propicio a un individualismo que aleja al sujeto de la comunidad tradicional, es decir, aquella personalizada y directa de la que se sirvió tradicionalmente la política, antes de replegarse sobre sí misma. El millennial tiene pocos incentivos a la participación en lo público o se limita a aspectos específicos y muy acotados, que es donde los partidos monotemáticos (ambientalistas, promenorías, entre otros) o las organizaciones de la sociedad civil, también en su mayoría mono-temáticas, han tenido un creciente éxito.

Este nuevo sector se suma al desencanto de la política tal como la practican los grandes partidos que aún encabezan las democracias occidentales, esto es, conprogramas que buscan abarcar e incidir en la realidad en su conjunto, para dar en cambio preferencia a soluciones que buscan la inmediatez y la especificidad. De este modo, las grandes militancias que ensanchaban las filas partidistas se reducen, dando paso, de nueva cuenta, a elites que, como se señaló en el apartado anterior, admiten de manera exclusiva a expertos en el ejercicio de la política. Y al haber expertos, los ojos de una sociedad con mayor información pueden centrarse de manera fija y constante en un grupo determinado, encargado de conducir lo público, lo que en palabras de Pierre Rosanvallon (2008) ha generado una nueva dimensión del poder:

La conducta de los gobernantes se ha vuelto extremadamente sensible en la conciencia ciudadana, sin que aún haya sido teorizada como tal. De ahí la tensión que se establece en lo sucesivo entre una *democracia de decisiones* (encastrada propiamente en la dinámica del sufragio universal) y una *democracia de las conductas* (que, en lo que a ella respecta, remite a un imperativo de consideración de todos los ciudadanos).

En ese sentido, los medios de información y las redes sociales han resultado determinantes para acercarse al poder y vulnerar espacios de opacidad que arrojan otro elemento de pérdida de legitimidad política: la corrupción, que es quizá en este momento el mayor elemento de distanciamiento de la ciudadanía con el sistema democrático y sus actores. Si a esto se añade la impunidad, la distancia se convierte además en decepción, lo que genera un círculo destructivo que carcome las bases de participación política que hacen posible una democracia. El siguiente paso llega, empero, cuando a la línea distancia-decepción se añade lo que en la literatura especializada se ha llamado *antipolítica*, «una política realizada por actores ajenos

al sistema partidario que compiten en el juego electoral con recursos sacados del arsenal de la crítica contra los partidos y las elites políticas establecidas.

La antipolítica es, por decirlo de algún modo, el fenómeno por excelencia de nuestro tiempo, el que explica de mejor manera lo ocurrido durante el año 2016 y el que, además, arroja mayor claridad sobre muchos de los hechos que han minado la democracia y la legitimidad de sus actores en los últimos años. Entre sus principales consecuencias se encuentran:

El resurgimiento de un populismo de derechas en Europa Occidental — Francia, Alemania, Polonia, Hungría—, al cual podemos añadir el populismo de izquierdas representado, en España.

La retórica anti estatista de la derecha republicana en los Estados Unidos.

El triunfo de candidatos en Latinoamérica que promueven una retórica anti política, como el caso de Chávez en Venezuela, de Correa en Ecuador, de Fujimori en Perú o de Evo Morales en Bolivia.

El desencanto popular con la clase política en viejas y nuevas democracias.

La presencia notoria de argumentos antipolíticos en el discurso de los medios de información.

La emigración de la soberanía desde lo político hacia la sociedad civil. Se manifiesta.

Anti política instrumental: Busca situar a expertos técnicos (tecnócratas) en el trono de la política, lo que genera que toda discusión o diálogo (base del ejercicio de la democracia) sea calificado como pérdida de tiempo que abre paso a la corrupción y a la ineficacia.

Anti política amoral: Comprende a la política como un juego de poderes, una negociación donde la maximización de las utilidades la convierte en un juego cuasicomercial de intercambio de bienes y favores. La llamada rational choice claramente merece ser calificada como antipolítica.

Antipolítica moral: Clausura el espacio del debate político invocando definiciones absolutas, incambiables, inviolables, que se asumen como principios primeros.

Anti política estética: Minimiza el poder de la palabra para dar primacía a la imagen. Reduce la deliberación y la toma de decisiones a una operación teatral donde prevalece la máscara sobre el rostro, la belleza sobre la verdad, lo simbólico sobre la comunicación verbal, el truco mágico sobre la medida real, lo virtual sobre lo actual, el ritual cómodo sobre la experiencia compleja de aprendizaje.

A estas consecuencias y variantes es útil añadir las condiciones previas que detecta Woldenberg, basado también en Schedler, para el establecimiento y el desarrollo de la anti política:

La constitución de partidos antiestablishment político cuyo discurso central es el de acusar a los partidos establecidos de formar un cartel excluyente.

Designar al pueblo, a la sociedad, a los trabajadores como encarnaciones de lo virtuoso, mientras que los políticos, los partidos, los órganos representativos son manifestación del mal.

Convertir las diversas opciones [partidos políticos] en un conglomerado indiferenciado y luego atribuir a ese conglomerado todos los males que aquejan a la venturosa y limpia sociedad.

Entender las manifestaciones y formas en que la antipolítica se presenta es decisivo no solo para atajarla, sino, sobre todo, para detectar su presencia en sociedades como la latinoamericana, donde la desigualdad, la carencia de oportunidades laborales o de ascenso social y las fallas de distribución adecuada de la riqueza se han convertido en alicientes para el discurso y los actores políticos llamados mesiánicos, demagogos y, en resumen, populistas. En ese sentido, el recién fallecido filósofo Tzvetan Todorov fue enfático en señalar cómo la democracia genera por su naturaleza de libertades y su caída en un neoliberalismo económico exacerbado y sin contrapesos, o donde el Estado se ausenta y cede a las presiones del mercado a sus propios enemigos íntimos: el fortalecimiento de los individuos en detrimento de la sociedad (donde caben las aseveraciones de Naím, Mair y los millennials; la economía que deshumaniza (en el sentido de que esta no puede seguir siendo «el sentido último de la vida humana corresponde a la sociedad en su conjunto someterla a las exigencias políticas y sociales, que se deciden en común; y el populismo, que ofrece soluciones simplistas y mantiene el discurso maniqueo que termina por ser excluyente, gregario y parcial.

Una análisis detallado del proceso electoral de Estados Unidos y el éxito de Donald Trump arroja, para concluir, la suma de prácticamente todas las características detalladas hasta este momento, y puede resumirse de la siguiente forma: 1) un actor externo a la política, 2) que se abre paso a partir de un discurso maniqueo, 3) que divide a la sociedad y halla enemigos claros que vencer (los emigrantes, el sistema), 4) capitalizando el descontento social y económico de las *víctimas* de la globalización, 5) descalificando a los actores tradicionales, 6) cuestionando su legitimidad, 7) y convirtiendo a la política en un escenario donde prevalece el carisma, la osadía y la temeridad. Lo más alarmante es que la fórmula pareciera infalible y poco a poco cobra nuevos adeptos alrededor del mundo: de ahí la urgencia de que los partidos tradicionales sean capaces de ofrecerse como alternativa seria, responsable, decididos a sumar y encauzar a la ciudadanía hacia la construcción en común de una nueva forma de hacer política o, al menos, una que se presenta como alternativa efectiva frente a la anti política.

Recuperar lo perdido: ciudadanía, causas, soluciones

La distancia entre ciudadanía y poder tradicional es un hecho innegable. También lo es el desprestigio de la política a raíz de la corrupción y la pérdida del monopolio de la representatividad por los partidos. Todo ello apunta incluso al cuestionamiento, en no pocos países, de la necesidad de esos partidos para la vida democrática, de la utilidad de los Congresos y Parlamentos, de la pertinencia de utilizar recursos públicos para sostener el sistema político, entre otras formas de cuestionamiento o franca deslegitimación de las instituciones. La gente no se siente ni se asume parte de lo público, y ante estas realidades es preciso que los partidos asuman un rol que, si bien no necesariamente debe ser protagónico, sí debe devolver el sentido de la participación a la sociedad. Rosanvallon (2008) señala que esa legitimidad pasa de manera obligada por la proximidad, esto es, lo que se ha llamado *gobernanza*. Afirma así:

La proximidad es también accesibilidad, apertura, receptividad a los demás. Supone falta de desnivel, una facilidad para la interpelación, una cierta inmediatez en la relación; remite a una falta de formalismo. En el orden político, un poder se considerará próximo si no está amurallado en sus prerrogativas, si baja de su pedestal, si acepta simplemente la discusión y la crítica, si solicita opiniones; si considera, en suma, que no puede limitarse a lo literal del funcionamiento de las instituciones, sino que debe instaurar un estilo de relaciones más flexible y directo con los ciudadanos.

En este orden de exigencias es donde los jóvenes interesados en la participación política partidista tienen un lugar privilegiado para la acción. Las estructuras establecidas y rígidas, la falta de imaginación para las nuevas realidades, la distancia de las elites de lo cotidiano, el formalismo que ronda en lo petulante y ensoberbecido, la solemnidad del protocolo y las estructuras de autoridad verticales son tan chocantes al joven como al ciudadano ajeno a la vida partidista. Y son estas características las que urge modificar o, al menos, relajar lo suficiente para que la política comience a dejar de ser vista como un extremo inaccesible y se convierta en un espacio de encuentro, de participación. La transformación del poder de lo vertical a lo horizontal no pretende acabar con las jerarquías, pero sí relajar sus límites, de tal forma que los liderazgos no lo sean por nominación u organigrama sino, al contrario, por reconocimiento, mérito y empatía.

Una política de proximidad, además, requiere espacios desde donde practicarse y ejercerse. Y es complejo que esos espacios sean los comités centrales de los partidos, con su aura de mausoleo, oficina silente de trabajo sesudo y restrictivo. En cambio, los comités o delegaciones locales pueden fungir como un mejor punto de reunión, no solo por carecer de la formalidad sino, sobre todo, porque en su cercanía con la comunidad inmediata ofrecen a su vez posibilidad de acercamiento con los vecinos, con los amigos, con los colegas: no con aquel que aparece en el diario o en la televisión sino con el que comparte problemas, alegrías, vecindad e inclusive calle. El municipalismo es el mejor camino para devolver a la ciudadanía un espacio para establecer comunidades de cercanía.

Ahora bien, la instrumentalización de la gente en meros electores o votos es vista de sobra como aprovechada, alevosa y oportunista. Y la democracia ya no puede seguir siendo solo votar o manifestarse en la vía pública ante un problema determinado. Se requiere, además, que la sociedad participe proponiendo, aportando, siendo escuchada e incorporadas sus ideas y reflexiones al trabajo de los partidos. Si el nivel municipal es el más adecuado para esto, también ese nivel debe organizarse de tal suerte que cada cual pueda sumar en lo que se considere más apto, allí donde su propia experiencia y formación resulten de utilidad para los demás. De poco servirá acercar a la gente si esta no tiene nada que hacer en los partidos; en cambio, si ese acercamiento se encuentra estructurado y organizado de acuerdo, por ejemplo, con temáticas específicas, habrá un sentido no solo de participación sino además de utilidad y sentido trascendente, porque una idea puede transformarse en propuesta de plataforma política, en parte de una ley, en solución para un problema común. Incentivar y dar seguimiento a este tipo de involucramiento abre la política a ideas nuevas y frescas, construye desde el profesionalismo individual un proyecto colectivo.

Otro tema pendiente es la aproximación del político a las organizaciones no gubernamentales. Si en ese espacio es donde se está reuniendo hoy en día el deseo de aportar, incluso de manera monotemática, los partidos pueden ser los que aglutinen lo que se encuentra disperso en un proyecto que se construya por adición de las partes. Este acercamiento, no obstante, no puede seguirse haciendo desde el protagonismo, también utilitarista, que ha distinguido a la política: debe tenerse claridad acerca de cuándo es importante estar en la segunda o tercera fila, cuándo hay que estar en la última, cuándo a un costado, cuándo incluso ni siquiera es necesario estar, pero también cuándo hay que ir al frente. La omnipresencia del político que transforma cualquier iniciativa social en espectáculo personal o partidista no puede seguir siendo la regla que convierta el esfuerzo colectivo en beneficio de unos pocos.

En esa apertura es muy probable que el político *de carrera*, además, se tope con perfiles que demuestren su capacidad para encabezar público y que, al mismo tiempo, tengan disposición a la participación activa o interés en ella. Es indispensable, pues, que quien demuestre méritos y compromiso cuente con la posibilidad de insertarse en la actividad partidista, destrabando la burocracia que suele distinguir a los partidos y que implica algo así como *hacer fila*, porque es cierto que la experiencia o el conocimiento que se adquiere por fuera de la política también puede ponerse al servicio de esta. Si incluso las universidades aceptan la experiencia profesional como sustituto de las horas académicas, ¿por qué la política no hace lo propio?

La posibilidad de espacios directos de participación, este paso a perfiles frescos y no envejecidos por la comodidad abrirá también el ámbito partidista a nuevas temáticas. Uno de los grandes conflictos que enfrentan los partidos tradicionales, y en particular los de corte humanista, es que la enorme carga de legados que conforman su historia tiende a convertirse, o puede hacerlo, no en el impulso para enfrentar el presente, sino más bien en una losa o lápida que lastre los intentos de avance o modernización. En ese sentido, la renovación de agendas y la sensibilización hacia lo que ocurre afuera en lugar de la perpetuación de lo que siempre ha ocurrido adentro resulta fundamental para responder a los retos y estar cerca de las necesidades de sociedades cada vez más plurales y diversas, con formas nuevas de convivencia que exigen también una renovada manera de entender y asumir la realidad.

De este modo y en ese orden, cercanía, apertura, organización y renovación pueden ser los pasos para una agenda que devuelva a los partidos su capacidad de ser punto de encuentro para quienes buscan, en común, construir lo común. Porque es un hecho que seguir haciendo las cosas como se han hecho hasta hoy resulta insuficiente y a todas luces hasta perjudica un urgente y necesario nuevo modo de entender y ejercer el poder. La endogamia de las elites y su tendencia a aumentar la distancia y complicar el acceso a la política terminará, de no haber cambios, en un canibalismo de consecuencias mucho más graves de las que se han visto. Martín Caparrós lo enuncia de manera atinada:



143

Un último punto es el que tiene que ver con la corrupción o, visto de otro modo, con la honestidad que debiera distinguir a quienes deciden dedicar su esfuerzo y su trabajo a lo público. El caso Oderbrecht abre un nuevo frente en Latinoamérica y poco a poco ensucia carreras públicas, algunas ya en el retiro, o trunca otras incluso ya consolidadas; este tipo de situaciones merma el interés de la sociedad por acercarse a la política, porque nadie o muy pocos quisieran aparecer junto a un grupo de maleantes, o también puede ocurrir, por el contrario, que nuevos maleantes se aproximen adonde ya constataron que el hampa rinde frutos. Se ha dicho que los marcos legales estrictos y la aplicación sin distingos de la ley pudieran y debieran ser la solución, pero es muy cierto —citando a Naím— que ahí donde solo se hace lo que dice la ley no hay espacio para la autoridad moral, que es aquella que se obtiene de hacer las cosas de cierto modo no solo porque así lo marca un código o reglamento, sino sobre todo porque se tiene claro lo que se *debe* hacer. En este *deber ser* radica la diferencia entre quienes esperan no ser sorprendidos por sus faltas y quienes eligen no caer en esas faltas, aunque ello implique tener menos recursos para una campaña, perder una elección o quedar fuera de una candidatura. La política que aspire a recuperar su papel preponderante en la construcción de lo público no puede basar su autoridad solamente en lo legal: debe ser ejemplo por lo que elige libremente y no solo por lo que acata legalmente. Ahí radica la ética, ahí están los valores, en ese pequeño fraseo subsiste la posibilidad de devolver la virtud a quien conduce los designios de un pueblo, un grupo o un partido.

Y son precisamente los jóvenes quienes pueden seguir la ruta que se expone. O más allá: son los jóvenes quienes deben decidir si se conforman con utilizar un saco heredado que, aunque no ajuste de manera cómoda, funciona al menos para cubrirse o si, en cambio, deciden qué partes se reparan, cuáles se sustituyen, dónde se borda fino y dónde es necesario algo absolutamente distinto. No es tarea fácil, pero tampoco es imposible. Aquí se proponen algunas ideas. No son todas ni son definitivas; apenas representan un esbozo que hace falta, sin duda, construir, enfrentar y abordar en común.

LA PARTICIPACIÓN

**POLÍTICA DE LOS
JÓVENES: UN NUEVO
RETO PARA LA
DEMOCRACIA
MEXICANA**

13

**EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO:
PARTICIPACIÓN CIUDADANA**

LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS JÓVENES: UN NUEVO RETO PARA LA DEMOCRACIA MEXICANA

Alberto Silvestre Pineda¹

La participación político-electoral de los jóvenes en espacios institucionales de representación popular es un déficit para la democracia en México. Los jóvenes son subrepresentados en espacios como la Cámara de Diputados y Senadores a nivel federal y en las legislaturas estatales a nivel local. De acuerdo con un estudio realizado en 2012, llegaron sólo 26 jóvenes al Congreso de la Unión, el cual está conformado por 628 espacios de representación política, en el proceso electoral 2011-2012. Estos 26 jóvenes se encuentran en la LVII legislatura de la Cámara de Diputados y representan sólo al 5.2%, cifra mínima si consideramos que los jóvenes ascienden a casi la tercera parte de la población actual en México. Peor aún, en la Cámara de Senadores no existe nadie cuya edad se encuentre entre los 25-29 años de edad, es decir, no hay ningún joven.

El objetivo de este trabajo es estudiar instrumentos legales, sociales, culturales, etc., que incentiven la participación electoral de los jóvenes en México. A primera vista las cuotas electorales pueden ser un mecanismo que ataque la subrepresentación de este sector.

Proporcionar un diagnóstico de la relación entre jóvenes y política

Identificar la participación de los jóvenes en los diferentes partidos políticos de México

Señalar mecanismos de participación política para jóvenes que otros países haya implementado

Estudiar los alcances y limitaciones de una posible cuota para jóvenes en México.

Esta investigación parte de una dimensión política y busca proponer mecanismos institucionales que incentiven la participación electoral de los jóvenes. Para ello se apoya en el discurso de los derechos humanos para empoderar a este sector que ha sido excluido políticamente. Los derechos políticos como derechos humanos son el argumento que justifican estas medidas urgentes cuya principal meta es incluir a esta mayoría de la sociedad en los espacios de representación popular.

Para realizar este trabajo retomamos dos variables: la participación político-electoral y los jóvenes. Por la primera entendemos los espacios en las instituciones de representación popular (Cámara de Diputados); para la segunda, retomamos la definición jurídica de joven de la Ley de las y los Jóvenes del Distrito Federal, es

¹ Revista Bien Común. Año XIX No. 224, noviembre del 2013. Págs. 7-15

decir, aquella persona cuya edad comprende de los 14 a los 29 años. Nuestra variable independiente es la participación electoral y la independiente los jóvenes. Veremos cómo la participación política disminuye drásticamente en el sector de los jóvenes. Para medir esta participación utilizamos como indicador el número de personas, de 18 a 29 años, que se encuentran en el Congreso de la Unión en su conjunto. El método que utilizaremos es deductivo, partiremos de experiencias en otros países y propondremos algunas de ellos para nuestro país. Para sustentar este trabajo nos apoyamos en dos teorías que convergen en la participación política de los jóvenes en los partidos políticos y en las instituciones de representación popular: la democracia interna de los partidos políticos y los derechos humanos de los jóvenes. La estructura de la investigación está dividida en 5 apartados. En el primero se remarca la importancia de la democratización de los partidos y cómo es entendida ésta; de igual forma se muestra cómo el discurso de los derechos humanos puede funcionar como bandera para demandar una mayor representación política de los jóvenes. En el segundo se señalará el déficit de la democracia mexicana al tener excluido a un grupo tan importante como los jóvenes en las estructuras partidistas; también se retomarán encuestas que muestren la percepción que tienen éstos acerca de la política y, así, tratar de encontrar una posible relación entre el interés político de este sector y su poca representatividad. El tercer capítulo se divide en dos secciones: en la primera se describe la forma cómo participan los jóvenes en las estructuras internas del PRI y PRD y en el Congreso de la Unión; en la segunda muestra de forma cualitativa la participación electoral de los jóvenes en el proceso electoral 2011-2012.

En el cuarto capítulo se retomarán experiencias de otros países para fomentar la participación política de los jóvenes y se culmina con la propuesta de implementación de cuotas electorales para este grupo en México.

La democracia interna de los partidos políticos y los derechos humanos de los jóvenes

El primer argumento que retoma este trabajo es la teoría de la democracia interna en los partidos políticos, con lo cual buscamos la inclusión de los jóvenes dentro de estructuras partidistas en aras de alcanzar la democratización de los partidos, entendida ésta como la inclusión de los diversos sectores sociales.

De acuerdo con Flavia Freidenberg, la participación de los subgrupos que se encuentran dentro de un partido es crucial para el fortalecimiento de su democracia interna. Ésta no se limita sólo a la realización de elecciones internas, sino que es un proceso mucho más amplio:



El nivel de participación (e inclusión) de los militantes en la representación del partido, en la definición del programa, en la delimitación de las estrategias y en las decisiones son claves para comprender el nivel de democracia interna de un partido. No basta con hacer elecciones internas o con elegir competitivamente a los candidatos. Un partido será más democrático cuando en sus órganos de gobierno se hallen representados todos los sectores que integran la comunidad partidista; cuando las decisiones sean fruto de la discusión y el debate de esos miembros y cuando los miembros no reciban represalias por expresar sus convicciones y/o disentir con la coalición dominante. El efectivo respeto al pluralismo es lo que hace más democrático a un partido.

Los partidos políticos tienen el monopolio de proponer candidatos para los diferentes cargos de elección popular. Si los jóvenes no tienen participación electoral, en gran medida es por falta de inclusión en las estructuras partidistas. Ahora ¿un partido llamado democrático tiene la necesidad de incluir a los diferentes sectores sociales, entre ellos los jóvenes, en su estructura? Esta cuestión la trataremos más adelante.

No sólo es una tarea pendiente para México el fomentar la democracia en los partidos políticos, también la participación política de los jóvenes es un reto para nuestra sociedad; la exclusión de este sector se convierte en un problema de discriminación social. Los jóvenes no se deben resignar a ser tratados como un mercado electoral al que los candidatos acudan sólo cuando necesiten su voto; por el contrario, deben ser miembros activos y protagonistas de la vida política del país.

Con datos del 2012, en el Padrón Electoral hay 23,926,223 jóvenes, lo que equivale al 28.33% del total de empadronados, es decir, cerca de la tercera parte de potenciales votantes son jóvenes, lo que los convierte en una mayoría social con poca participación política en los puestos de representación popular.

La pregunta que busca responder esta investigación es: ¿Qué mecanismos pueden incentivar la participación electoral de los jóvenes en México?

Derechos humanos de los jóvenes

Nuestro segundo argumento es la teoría de los derechos humanos, la cual enmarca a los derechos políticos y éstos entendidos como: "... Aquel grupo de atributos de la persona que hacen efectiva su participación como ciudadano de un determinado Estado. En otras palabras, se trata de facultades o, mejor, de titularidades que, consideradas en conjunto, se traducen en el ejercicio amplio de la participación política".

Dentro de los derechos políticos se encuentran, entre otros, el derecho a votar y a ser votado; sin embargo, no basta con tener un conjunto de derechos contenidos tanto en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos como en los diferentes tratados Internacionales que ha Armado y ratificado el Estado mexicano, sino que es necesario, cuando la realidad así lo exige, implementar acciones específicas que garanticen estos derechos, tal y como sucedió con el género femenino:

Para finalizar, conviene preguntarse, de cara al futuro, cómo esta rigurosa tendencia a favorecer por medio de mecanismos específicos de acción afirmativa la participación política de la mujer, y que ya ha dado inicio también para las poblaciones indígenas, las afroamericanas o aun las poblaciones discapacitadas, podrá continuar al lado de un obligado replanteamiento de la representatividad y la legitimidad que el ejercicio de los derechos políticos otorga a las autoridades políticas. En efecto, ya no se trata del sufragio ni de la mera posibilidad de ser postulado a un cargo público, sino de cómo traducir la diversidad de nuestras sociedades en un abanico más representativo en los ámbitos de decisión política. Y ahí todavía tenemos mucho terreno por recorrer.

Crisis de representación en México

México atraviesa por una crisis de legitimidad sobre la democracia. Esta crisis atraviesa por la desconfianza que la sociedad tiene hacia sus representantes: los partidos políticos y los diputados federales. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Cultura Constitucional, estas dos instituciones se encuentran entre las que generan más desconfianza de los ciudadanos. Con 5.5 y 5.6, respectivamente, son dos instituciones reprobadas en cuanto a confianza ciudadana, solo por encima de la Policía y los Servidores Públicos. En esta misma encuesta, 38.3 de los entrevistados no se identifica con ningún partido.

En otra encuesta, sólo 30% respondió estar satisfecho y muy satisfecho con la democracia que tenemos hoy en México. En síntesis, la gente, en gran parte, no cree ni se siente representada políticamente.

Esta crisis de representatividad demanda medidas para contrarrestar esta percepción. Los partidos políticos y la clase política en general, deben ofrecer mayores acciones para que la ciudadanía en verdad se sienta representada políticamente: El descrédito de los partidos ante la opinión pública y las erráticas gestiones de muchos de ellos en contextos de crisis económicas han llevado a creer que la reforma de los partidos y su democratización interna eran centrales para asegurar la estabilidad de la democracia y la gobernabilidad. Fruto de esta reorientación, en los últimos años, un número importante de partidos latinoamericanos realizó cambios organizativos y estatutarios significativos. Las reformas se han realizado fundamentalmente en dos frentes. Por una parte, se promovieron modificaciones en los términos de la representación de subgrupos, como el de mujeres, en las listas de candidatos y, por otra, se introdujeron cambios en la manera de seleccionar candidatos a cargos de representación popular. Las reformas no se hicieron como parte de una estrategia global de democratización, sino que fueron esfuerzos poco coordinados entre sí.

Una medida para superar esta crisis por parte de los partidos es su tendencia a democratizarse internamente. Las elecciones internas para seleccionar a sus candidatos fueron el primer paso para esta empresa; las cuotas para mujeres fueron otro mecanismo de inclusión. Estas medidas, al menos en México, fueron implementadas a finales del siglo pasado y comienzos del XXI, las encuestas citadas son de 2011 y 2012; es decir, la crisis no ha sido paliada con estas medidas. En consecuencia, faltan muchísimos más esfuerzos para superar este déficit democrático.

Jóvenes y política

Ahora, esta percepción de desconfianza se radicaliza en un sector vulnerable: los jóvenes. Ellos representan a cerca de la tercera parte de la sociedad y tienen una representación mínima en la Cámara de Diputados -lugar donde es representado el pueblo-.

Con este diagnóstico, el siguiente paso es indagar por qué los jóvenes no participan en la política ¿acaso no les interesa? O peor aún, ¿no existe un marco legal que garantice o facilite su participación?

Para conocer la percepción de los jóvenes sobre la política retomamos un par de preguntas de una encuesta que nos muestra datos para responder a nuestra interrogante. En 2012 se les preguntó a los jóvenes ¿Qué tanto les cree a los partidos políticos? En una escala del 1 al 10 donde 10 es cuando crees completamente lo que dicen y 0 es no creer nada, los partidos salieron reprobados, pues obtuvieron menos de 6 de calificación. Otra pregunta igual de interesante es ¿Qué tanto crees en la política? La respuesta es contundente: 89.6% de los jóvenes respondió que cree poco y nada.

La sociedad en general no cree en los diputados ni en los partidos políticos; los jóvenes en particular no creen ni en los partidos ni mucho menos en la política. La poca participación electoral de los jóvenes puede explicarse con la falta de interés y credibilidad que tiene este sector en la política en general y en sus representantes en particular. Ahora, ¿qué mecanismos existen para fomentar esta participación?

En México no existen cuotas para jóvenes como sí las hay para mujeres en los códigos nacionales y locales. Sin embargo, existen mecanismos dentro de los partidos políticos que tratan de incentivar la participación electoral de los jóvenes. De los 7 partidos con registro nacional, sólo el PRI y el PRD tienen cuotas partidistas exclusivas para jóvenes dentro de sus estatutos.

Con estos datos, tener a jóvenes representados en los puestos de elección popular se da más por generación espontánea que por verdaderos esfuerzos por parte de los partidos. Del total de jóvenes que llegaron a la Cámara de Diputados, 12 lo hicieron por el principio de mayoría relativa (MR) y 14 por representación proporcional (RP); 18 son mujeres y 8 hombres. El partido que más diputados propietarios jóvenes tiene en la Cámara es el Partido Acción Nacional (PAN) con 7, le siguen el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y la coalición Compromiso por México (PRI-PVEM) con 6 cada uno; el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y Partido Verde Ecologista de México (PVEM) con 2; el Movimiento Progresista (PRD-MC-Partido del Trabajo) tiene 1 al igual que el Movimiento Ciudadano (MC) y el Partido Nueva Alianza (PANAL).

Las cuotas partidistas no son suficientes para fomentar la participación electoral de los jóvenes. En la siguiente gráfica se observa cómo el PRI no cumplió, ni siquiera estuvo cerca, con la cuota de jóvenes que establecen sus estatutos; por su parte el PRD, aunque sus estatutos no señalan una cuota específica para los candidatos de MR, tuvo 25%, aunque no fue quien más diputados tiene en la Cámara de baja.

De lo partidos que no tienen cuotas para jóvenes, sólo el PVEM mantuvo un porcentaje importante para los jóvenes. A pesar de los datos mostrados, se debe reconocer el esfuerzo de los partidos por tener dentro de sus estatutos reglas que fomenten la participación de los jóvenes. Aunque ésta no se materialice al momento de postular candidatos, al final del día pueden servir para que los mismos jóvenes impugnen ciertas candidaturas y exijan sus derechos políticos por la vía jurisdiccional.

Ahora, los jóvenes que llegaron a la Cámara de Diputados ¿representan a la juventud? De acuerdo con datos del estudio ya señalado, por lo menos legisladores, de los 26 que hay, tienen algún parentesco político con la élite política. Los casos más representativos son: Rene Ricardo Fujiwara Montelongo, Luisa María Alcalde Luján y Juan Pablo Adame Alemán.

Mecanismos que incentivan la participación política de los jóvenes en otros países

Como hemos visto, los jóvenes son un sector importante de la sociedad que urgentemente necesitan ser incluidos en la toma de decisiones del país. Los jóvenes se encuentran en primer lugar de listas no muy agradables: desempleo, discriminación, apatía política, accidentes automovilísticos, etcétera. Como se señaló previamente, la erupción del discurso de los derechos humanos justifica medidas de acción afirmativa para impulsar su participación política. El tratarse de un grupo vulnerable, al igual que las mujeres y otros, las instituciones deben poner un piso firme para que todos los individuos que así lo decidan participen de manera activa en la transformación de México. Ahora, ¿qué instrumentos se pueden aplicar a los jóvenes para incentivar su participación político- electoral?

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), publicó en enero de 2013 una guía de buenas prácticas que se han llevado a cabo, a lo largo y ancho del mundo, para mejorar la participación política de los jóvenes durante las diferentes etapas que componen el ciclo electoral. Así, durante el periodo pre- electoral, periodo electoral y periodo post-electoral, en diferentes partes del mundo los jóvenes han participado de manera activa en el ciclo electoral, y el PNUD recoge esas buenas prácticas para fomentarlas en otros países.

En el periodo electoral, por ejemplo, la guía menciona cómo algunos países

-Uganda, Kenia, Ruanda, Filipinas, Túnez y Marruecos tienen espacios reservados para jóvenes en su respectivo Parlamento, Perú incorporó cuotas para elecciones locales- han introducido en su sistema electoral cuotas para jóvenes, con las cuales se buscó incentivar la participación política de éstos de manera directa a través de instituciones como el parlamento y los partidos políticos.

Perú ha incluido en su legislación una cuota del 20% para jóvenes en las elecciones para consejos municipales y regionales. Esta cuota se aplica a las personas cuya edad se encuentra entre los 15 y 29 años. El objetivo de esta Ley es simple: “Siendo una acción afirmativa, tiene como finalidad promover, a través de la diferenciación positiva, la representación política de otro colectivo infravalorado: los jóvenes”).

¿Cuotas electorales para jóvenes en México?

En México, hasta el año 2013, no han existido intentos por incorporar a la legislación electoral cuotas para jóvenes que incentiven su participación política; esta subrepresentación parece no ser importante para el país, ni siquiera está en la agenda pública discusión alguna.

Sin embargo, ¿podría considerarse la subrepresentación de los jóvenes como un problema para la democracia en México? Esta investigación señaló argumentos que responden afirmativamente esta interrogante: la democratización de los partidos políticos y el discurso de los derechos humanos de los jóvenes.

Como sucedió con el género femenino en México y en muchos otros países, pensamos que las cuotas electorales para jóvenes pueden ser un instrumento que fomente su participación. Un primer paso para este proceso es, sin duda, colocar el debate en la academia y en la agenda pública como sucedió con la cuota de género: Se discutió también el vínculo entre participación política femenina y democracia. En particular, se analizó por qué la participación política de las mujeres no se considera como un elemento primordial de la vida democrática.

Se coincidió en que los movimientos de las mujeres han tenido un cierto grado de éxito al colocar el tema en la agenda política y subrayar la importancia de iniciar un debate al respecto, en la medida en que el fortalecimiento democrático requiere la participación de todos los actores dentro de una sociedad, incluyendo a las mujeres.

La LXII Legislatura de la Cámara de Diputados de México está distribuida por 62.6% y 37.414 por hombres y mujeres, respectivamente; mientras que la de Senadores 67% de los primeros y 33% de las segundas. Fue en 1996 cuando el Cofipe impidió a los partidos políticos rebasar 70% de sus candidaturas a diputados y senadores por un mismo género. En la reforma electoral de 2007 este porcentaje disminuyó al 60% con el objetivo de buscar una paridad entre hombres y mujeres en el Congreso.

A más de 17 años del comienzo de la implementación de las cuotas para mujeres, la paridad no se ha logrado, pero cada día se está más cerca de conseguirla. Este camino podría seguir los jóvenes si lo que se busca es una mayor representación y participación política.

Este trabajo busca proponer medidas de acción afirmativa para detonar la participación política de los jóvenes. Las cuotas electorales son una medida urgente para asegurar la participación electoral de este sector. No pensamos que esta medida será suficiente para tener una agenda de juventud en los diferentes Congresos; sin embargo, se derrumbaría un obstáculo que tienen los jóvenes: los partidos políticos. Al hacer obligatorio para los partidos el postular determinado porcentaje de candidatos jóvenes, se pone un piso firme para la competencia electoral en donde estos candidatos con su creatividad y demás recursos podrán ganarse sus propios espacios.



Exigir 20% de candidatos jóvenes para todos los partidos sería una medida que atacara directamente la subrepresentación política de los jóvenes. Es tarea del Congreso de la Unión modificar el Código Federal de Instituciones y Procesos Electorales (Cofipe) y de los congresos locales modificar sus propios códigos, para impulsar a los jóvenes. Los partidos políticos que ya cuentan con cuotas electorales deben ser más específicos y, sobre todo, hacer cumplir sus estatutos. Para los que no cuentan con cuotas, deben asegurar la participación de los diferentes grupos que componen sus estructuras, principalmente los jóvenes. También los organismos encargados de la defensa de los derechos humanos tienen el papel de recomendar acciones afirmativas para los jóvenes en aras de aumentar su participación política. El camino y los actores, como vemos, son muchos.

Conclusiones

Un país democrático no puede permitirse no tener partidos democráticos, ni mucho menos excluir a las mayorías. La democracia, como señala la Constitución, es una forma de vida; no se limita a la realización de elecciones libres. Los partidos políticos tienen la obligación y necesidad de ser más inclusivos. No se pueden conformar con la percepción que la sociedad y los jóvenes tienen de ellos. Por su parte los jóvenes tienen la responsabilidad de seguir pugnando por sus derechos y, principalmente, no conformarse por seguir siendo rechazados por su condición; su derecho a la justicia, al trabajo, a una educación de calidad, sus derechos de participar en los asuntos públicos deben ser garantizado

Debemos reconocer acciones que ayuden a recorrer este camino. El PAN es el partido que más diputados jóvenes tiene a pesar de no contar con cuotas partidistas exclusivas. Ser liberal no significa tener discursos liberales, sino acciones liberales.

Existen dos argumentos que pueden contradecir la propuesta de este trabajo:

1) tener jóvenes diputados no garantiza tener una agenda de juventud que pugne por políticas públicas enfocadas a este sector; b) los jóvenes que están en la Cámara no representan a la juventud, sino que a familias de la élite política.

Estos problemas son difíciles de evitarlos. Sin embargo, estos inconvenientes no deben frenar el argumento de exigir la participación política de los jóvenes puesto que son problemas transversales de la política en nuestro país.

Si México logra impulsar una agenda de juventud, tomando medidas como las ya señaladas, no solamente estará defendiendo a un sector vulnerable de la sociedad, sino se pondrá a la vanguardia en cuanto a derechos humanos de la juventud. Este es el reto.

PARTICIPACIÓN

CIUDADANA JUVENIL

14

PARTICIPACIÓN CIUDADANA JUVENIL

Fernando David Márquez Duarte¹

En la contextualización de la participación juvenil, según el investigador Macassi hay 3 metas a alcanzar: “integración a la economía mundial (y al cambio tecnológico), el fortalecimiento de la democracia (el Estado, la sociedad civil y la sociedad política) y el desarrollo humano integral (bienestar, desarrollo económico y equidad)”. Vale la pena resaltar que se presenta explícitamente el fortalecimiento de la democracia, sustentando las ideas planteadas en esta investigación sobre el aporte de la participación ciudadana juvenil para generar desarrollo democrático. Macassi plantea necesidades que suceden en la mayoría de los países sean “desarrollados” o “en desarrollo”. La participación de las y los jóvenes no solo está enfrascada en el escenario político, la participación juvenil es necesaria e importante en diferentes ámbitos para desarrollar un sentido de ciudadanía integral.

¹ Márquez Duarte, Fernando David. Participación ciudadana juvenil en Baja California, México y California, Estados Unidos: el caso de los modelos de naciones unidas. México: El Colegio de la Frontera Norte, 20018. Págs. 59-75

Por otro lado, tenemos que hay formas de participar que no se dan dentro de las esferas institucionales-tradicionales, y son las manifestaciones de participación juvenil más frecuentes. Esta idea es sostenida por varios autores, algunas formas de participación de la juventud pueden ser socialmente (mediante un ejercicio autónomo respecto al gobierno) y políticamente (en procesos electorales mediante el voto). La participación pública incluye las manifestaciones de involucramiento de las personas afectadas por una decisión pública. Con la definición anterior, se sostiene la idea de que hay diferentes formas de participación y salen de las esferas tradicionales, por eso la importancia de analizar la participación juvenil y sus efectos en desarrollo, sin embargo, la visión de Vázquez se considera limitada, ya que la participación en la dimensión política (como planteo en la operacionalización de mi concepto de participación ciudadana juvenil) se manifiesta de varias maneras, no solamente con el voto. El distanciamiento de las esferas tradicionales de participación se refiere al distanciamiento respecto al sistema político institucional y es causado por una variedad de razones, la falta de confianza en los responsables es de las más importantes. Así mismo se considera a los jóvenes como stakeholders importantes, ya que sus propuestas buscan la renovación y la sostenibilidad, según un estudio de participación ciudadana juvenil realizado en Reino Unido sobre consejos juveniles.

Así mismo se argumenta que los ciudadanos cada vez más tienen oportunidad de ejercer la participación, con el rol de los partidos políticos disminuyendo en importancia. Los autores retoman el argumento de Pateman, argumentando que la participación cívica, que, para fines de esta investigación, es más parecido a la participación ciudadana, se desarrolla mayormente en esferas no-Estatales.

Ya que la participación ciudadana juvenil se deriva del concepto de participación ciudadana, se considera importante conceptualizar este último. De acuerdo a Schneider y Welp este último concepto se refiere a poder definir de manera directa una política pública (usando, por ejemplo, el instrumento del referendo), establecer prioridades de acciones, programas y/o proyectos públicos (como encuentros ciudadanos), recomendar acciones mediante consejos consultivos, principalmente. Así mismo, la participación ciudadana permite el desarrollo de capacidades de decisión en temas como el control de la gestión gubernamental y/o evaluación de las políticas públicas a través de diversas formas de controlaría ciudadana. De esta manera la participación ciudadana es directamente útil en las políticas públicas. En esta idea, se sostiene que la participación ciudadana en procesos de política pública se encuentra en el centro de la gobernanza, especialmente en tres dimensiones: la democracia, el desarrollo y los derechos. Otra definición de la participación ciudadana es como participación en procesos de gobernanza sobre una variedad de asuntos que afectan a los individuos, la comunidad y la sociedad. Esta definición envuelve actividades como voluntariado, participación en consejos ciudadanos, participar en ONGs, entre otras.

Así como la participación juvenil, la participación ciudadana tiene diferentes manifestaciones, como la información sobre decisiones públicas; consulta pública; decisión directa, control y gestión ciudadana. La participación ciudadana tiene una visión más amplia de lo público. Otras manifestaciones de esta participación pueden ser los mecanismos de democracia directa (iniciativa de ley, referéndum, plebiscito y consultas ciudadanas), la revocación de mandato y la cooperación de los ciudadanos en la prestación de servicios. Todas estas manifestaciones de la participación ciudadana son invaluable para el nuevo enfoque de los gobiernos que vela por una gobernanza democrática.

Como beneficios de la participación ciudadana, Callahan refiere el incremento de transparencia, de rendición de cuentas, reducción de conflictos, promover legitimidad, lograr mayor justicia. Por otro lado, se argumenta que la participación ciudadana constituye un elemento fundamental y condición de posibilidad para la gobernanza democrática, así como se puede constituir como un mecanismo para el empoderamiento social. Otros factores positivos de la participación que los autores refieren son el ser instrumento para generar cooperación, motivación y capacidad práctica para la solución de problemas públicos. Los gobiernos al realizar acciones que surgen y/o son respaldadas mediante la participación ciudadana cuentan con una mayor aprobación de la población, así como, es más probable que las acciones tengan mejores resultados, ya que, al ser acciones apropiadas por la población, poniendo el ejemplo de una restauración de un espacio público, la misma ciudadanía vigila la prevalencia de las acciones y apoya a sostenerlas y/o mejorarlas.



Fung declara así mismo, que la participación ciudadana es positiva ya que incrementa la participación de varios sectores, rompiendo con un esquema donde solo un grupo minoritario con mayor cantidad de recursos de diferentes tipos son los que tienen voz y/o voto en las decisiones. Por otro lado, Cunill argumenta que la participación ciudadana puede enriquecer la calidad de las políticas y decisiones públicas, insertando en la agenda política alternativas que correspondan mejor a las preferencias ciudadanas, y/o permitiendo un mayor control público sobre el ejercicio del poder. Así mismo, en trabajos de Putnam, se asocia la participación ciudadana con niveles altos de democracia. Respecto a la participación ciudadana juvenil, también declara que, al estar activamente participando en el bienestar de la comunidad y el país, mejora su propio desarrollo. Como plantea Putnam, la participación ciudadana es un impulsor determinante del desarrollo democrático, como se contempla en la teoría de la democracia participativa. Sin embargo, Callahan también enumera las críticas a esta participación; el gasto de tiempo y dinero, su ingenuidad en torno a los resultados esperados e incluso la falta de representatividad de los diferentes grupos de la población. Estas críticas se hacen comúnmente al modelo de la democracia participativa, así como al enfoque de la planeación participativa/comunicativa.

Si bien la participación ciudadana presenta una oportunidad importante para un cambio en torno a los asuntos públicos, presenta varios desafíos, Fung resalta el referente a la aceptación de estos instrumentos “no-electorales” de participación, ya que esto es un problema tanto de parte de los políticos y oficiales de gobierno como de las misma ciudadanía, que por desconocimiento, desconfianza y otras razones muestra un nivel aún bajo de aceptación, fraguando el aumento de los instrumentos y los efectos positivos de los mismos. En varios casos, la élite, percibe a las formas de participación ciudadana como una amenaza a su poder y al status quo en general, por lo que son restringidas a ciertos espacios y resultados para permitir una mayor legitimación del sistema, sin brindarle un poder suficiente a los ciudadanos para que cambien el escenario público y político. Respecto a los desafíos de la participación ciudadana, Nuria Cunill declara que uno de los principales se refiere a construir la democracia en la participación ciudadana, de manera que efectivamente pueda dirigirse a brindar al ciudadano mayor poder sobre las decisiones públicas. El diseño de los sistemas de participación ciudadana tiene que asegurar que se repartirá el poder de manera más equitativa.

Considero primordial resaltar el punto del funcionamiento de la participación ciudadana ya que como la autora plantea, es necesario que la forma en que se plantea sistémicamente la participación ciudadana permite un reparto más equitativo del poder entre la ciudadanía y el Estado. Para que la participación ciudadana tenga una efectividad real es necesario tener las condiciones que permitan la correcta ejecución de la misma, y es el Estado, quien debe asegurar

esta base mínima de condiciones, como Amartya Sen declara en el enfoque de capacidades que desarrollo en el capítulo del marco teórico. Si no existe esta base de condiciones y capacidades, la participación ciudadana seguirá siendo una pantalla en varios casos, donde se use solo para cumplir requisitos de implementación de políticas públicas, sin permitir que los ciudadanos estén en el centro de las decisiones. En el contexto específico de América Latina, se tiene un discurso que presenta a la participación ciudadana como una *panacea* para los problemas de la democracia en la región, cuando el mismo Estado que predica este discurso no permite que ésta tenga resultados lo suficientemente sustanciosos para que se tenga un cambio verdaderamente significativo en la democracia latinoamericana. Canto concordando con Cunill y Sen, realiza un análisis asertivo sobre el tema, donde presenta una “paradoja” de la participación ciudadana, señalando la escasa efectividad de la intervención en políticas públicas de esta participación, que está derivada de la precariedad de las condiciones sociales básicas para el ejercicio de los derechos del ciudadano, es decir; el Estado no ha asegurado las condiciones mínimas para que los ciudadanos puedan ejercer una participación ciudadana con potencial para ser el centro de las decisiones públicas. En este punto es importante retomar uno de los postulados del enfoque del desarrollo democrático, analizado en el apartado anterior, ya que en América Latina el derecho a la participación y los instrumentos para ejercerla han sido ganados por la misma participación y exigencia de los ciudadanos, no han sido “otorgados” por los gobiernos, por lo que esta participación, como se analiza, no ha tenido todos los beneficios deseados.

Es necesario que el gobierno no solo reconozca, sino que brinda esta base de capacidades para participar con mayores resultados positivos para la población.

Por otro lado, presenta relevancia considerar la siguiente clasificación de las expresiones de ciudadanía, dado que es una categorización que presenta antecedentes de las dimensiones a considerar en este trabajo de la participación ciudadana.

...indicadores cívicos (solución comunitaria de problemas, voluntariado, membresía a una asociación, juntar dinero para la caridad, participar en marchas), indicadores electorales (votar, persuadir a otros, mostrar *pins*, contribuir o trabajar en campañas), e indicadores expresivos (contactar políticos, contactar medios, protestar, peticiones en línea o escritas, boicotear).

Como he establecido anteriormente, y al analizar la discusión conceptual, es importante acotar la definición que uso en la tesis, por lo que defino el siguiente concepto de participación ciudadana juvenil como: toda interacción de ciudadanos jóvenes (15 a 29) en procesos de toma de decisiones públicas de manera individual y/o colectiva, así como en procesos que directa o indirectamente busquen influir o cambiar la situación en asuntos públicos, por medio de la sociedad civil organizada o independientemente, mediante propuestas, demandas, acciones y programas, durante su planteamiento, ejecución y evaluación.

Se considera que esta participación tiene tres dimensiones: la social, la directa y la electoral-política, por lo que es pertinente analizar los otros tipos de participación y sus particularidades.

Para tener un contexto más amplio de la participación es importante definir otras formas, como la participación política, que se entiende como las actividades que individuos y grupos de la sociedad civil realizan para influenciar a los tomadores de decisiones públicas. Otras definiciones de participación política se refieren a la participación en las instituciones del sistema político, como partidos políticos, elecciones, ayuntamientos, etcétera. Siguiendo esta línea, la participación ciudadana, en el ámbito de la política, se refiere a la capacidad de ciudadanos para obtener respuesta a sus demandas o influir en las decisiones y acciones públicas; también puede incluir el realizar peticiones a gobernantes y legisladores, contactar a informar de asuntos públicos a medios de comunicación, activismo de boycott, firma de peticiones en línea, entre otros. Vale la pena resaltar que Print incluye varias formas de ejercer la participación en línea, tema que trataré más adelante en este apartado.

Uno de los debates sobre el concepto de participación política que presenta relevancia para esta investigación es sobre las clasificaciones de la participación política, ya que hay diferentes “divisiones” o “categorías” de esta participación, sin embargo uno de los debates más aceptados es que la divide en formas convencionales y no convencionales. En este tema Delfino y Zubieta delimitan el requisito central para que la participación pueda ser considerada política; que la acción o acciones busquen influir las decisiones de los políticos y de política pública. Los autores declaran que la participación política se divide en convencional y no convencional, la primera es relacionada al proceso electoral y la segunda forma no. Algunas de las formas consideradas como no convencionales son realizar peticiones, manifestaciones, boicots, huelgas, ocupación de edificios y bloquear calles. El debate sobre la participación política me ha brindado una mayor ubicación respecto a los tipos de participación, debido a mi concepto central. Por ejemplo, para la operacionalización de mi concepto (participación ciudadana juvenil) concuerdo con los autores aseveran que las marchas y protestas son formas de participación directa, por lo que difiero con la clasificación de Delfino y Zubieta que las consideran como formas de participación políticas no convencionales. Discutiré a fondo el tema de la clasificación del concepto en el capítulo metodológico.

Otro enfoque de la participación ciudadana vista desde la planeación, la define como la interacción entre ciudadanos y planificadores en asuntos de política pública y servicios. Por lo tanto, difiere de la participación política que incluye votar y contactar gobernantes; así mismo difiere de participación social, donde individuos apoyan a la comunidad con voluntariado. Se resalta de esta definición la diferenciación de los tipos de participación, y llama la atención como Callahan solo incluye el voto y contactar a los gobernantes de elección popular como participación política. Por otro lado, Pateman como he desarrollado en el capítulo de marco teórico, refuerza lo presentado en las referencias anteriores, ya que asevera que la

participación verdaderamente significativa en la democracia no se mida con la frecuencia en la que votan, se mide con la intensidad en la cual se involucran en los procesos de política pública, quebrando con la concepción individualista de la participación. Esta idea también es sostenida, como ya he analizado, por Barber y por los autores analizados del enfoque del desarrollo democrático.

Al analizar estas definiciones se aprecia que la participación política está más centrada en participar en las instituciones tradicionales (es decir, en espacios abiertos por gobierno como el voto, o el departamento de comunicación social de gobierno) e influenciar a los gobernantes, mas no ser parte activa de la formulación y de los procesos de las acciones y políticas públicas directamente como ciudadanos, objetivos que sí se plantean en la participación ciudadana. Como lo mencionan los citados anteriormente, los ciudadanos potencian el desarrollo, por esto se tienen que incorporar tanto en la definición del problema público como en la solución.

Por su parte la participación social es referente a la pertenencia de individuos a asociaciones u organizaciones para defender los intereses de sus integrantes. Otra definición de participación social declara que se son los actos de ciudadanos individuales o grupos organizados en un proceso de toma de decisiones públicas. Como se aprecia, ambas definiciones varían, ya que, si bien las dos incluyen el aspecto de la participación individual o colectiva, del Tronco agrega que participan en procesos de toma de decisiones públicas. Otro tipo de participación relacionada es la participación comunitaria, donde los individuos se organizan con el objetivo de buscar un mayor bienestar y desarrollo de la comunidad. El papel del Estado en esta forma de participación es asistencial. Estos tipos de participación se limitan a lograr intereses de una comunidad o grupo limitado, generalmente temas de primera necesidad, diferenciándose de la participación ciudadana, ya que ésta va más allá y no busca el pedir asistencia, si no el formar parte directa de los procesos de decisiones públicas que afectan a la población. También hay autores que hablan sobre la participación directa, que se puede definir como aquella participación que incluye actividades que implican una intervención directa por parte de los ciudadanos. Dentro de las manifestaciones de la participación directa se tienen las actividades comunitarias, las actividades sindicales, el voluntariado, entre otras. Si bien la participación directa es importante para el desarrollo democrático, se necesita una noción más amplia de la participación que incluya diferentes ámbitos donde los jóvenes ejercen la ciudadanía de manera integral.

Dentro de la discusión de la participación ciudadana considero importante analizar el tema de las innovaciones democráticas, como formas contemporáneas de participación ciudadana que son cada vez más utilizadas, y se encuentran fuera de las esferas e instituciones tradicionales de esta participación. Vale la pena resaltar que se argumenta que uno de los mayores impulsores de las innovaciones democráticas y la participación ciudadana ha sido la necesidad de una mayor legitimación del sistema democrático. Para analizar ejemplos de innovaciones democráticas es primordial definir a estas innovaciones. Éstas se pueden entender como procesos de creación institucional que van más allá de las formas de participación como el plebiscito, el referéndum y la iniciativa popular, y en el que se articulan modalidades continuas de incidencia social sobre el poder público, su aparato administrativo y sobre el propio sistema político. Del concepto de los autores resalto el énfasis en que estas innovaciones se caracterizan por ser continuas, es decir, a diferencia del plebiscito y los otros ejemplos mencionados, que se realizan una vez y no continuamente, las innovaciones democráticas son procesos que implican un seguimiento constante de la ciudadanía.

Los instrumentos considerados como innovaciones democráticas son múltiples, con diferentes resultados, algunos son practicados en pocos países del mundo y otros se han ampliado a una mayoría de países. Para este trabajo solamente discutiré el instrumento de los presupuestos participativos, al ser uno de los instrumentos más exitosos y representativos de las innovaciones democráticas. Los presupuestos participativos son innovaciones democráticas que surgieron en Brasil a mediados de la década de los 80's. Estos presupuestos fueron bastante exitosos en varias ciudades del país, sin embargo, el caso emblemático de análisis por su gran nivel de éxito ha sido el de la ciudad de Porto Alegre (PA). Los presupuestos participativos han sido especialmente exitosos en tres áreas; ampliar las prácticas democráticas, ampliar el acceso de los pobres a los bienes públicos y renovar a la elite política de Brasil

Los presupuestos participativos han sido uno de los instrumentos de participación ciudadana e innovación democrática más exitosos, este instrumento consiste en destinar una partida, puede ser un porcentaje o cantidad específica del presupuesto de la ciudad/municipio/condado, para que los ciudadanos, generalmente organizados por barrio o colonia decidan en qué rubro y cómo ejercer este recurso público. Cabe resaltar que la forma y los procesos de actuación y decisión en los presupuestos participativos varían bastante de un país a otro, y a nivel interno, de una ciudad a otra; en algunas ciudades existen candados sobre los rubros y el porcentaje del total del presupuesto participativo que se puede destinar a cada rubro. En el caso brasileño, los ciudadanos asisten a asambleas en las cuales votan por políticas públicas y eligen a representantes comunitarios, el porcentaje del presupuesto municipal que es manejado con los presupuestos participativos varía, pero en ciudades brasileñas se contempla alrededor del 15%.

El contexto es determinante en el éxito de los instrumentos de democracia participativa, como los presupuestos participativos. El instrumento en sí no determina el alcance de la participación ciudadana, el contexto de los lugares donde se realice es más importante, incluyendo los grupos que se reparten el poder y sus relaciones, en el caso de estos instrumentos, la tradición de organización y participación social preexistentes en el lugar son sumamente importantes, en una ciudad con una fuerte tradición de organización comunitaria como PA, los presupuestos participativos alcanzaron un éxito importante.

Los beneficios que han generado no solo se manifiestan en que los ciudadanos tengan control sobre recursos públicos, como lo establece Otieno con el caso de estudio de Kenia. El presupuesto participativo causó que los ciudadanos tomaran parte activa de la vida pública, organizados en asociaciones de representación civil, involucrados en debates abiertos y transparentes de políticas públicas, incluso el autor declara que la ciudadanía ganó práctica en nuevas formas de ejercer la participación ciudadana. El análisis de los presupuestos participativos es un ejemplo claro de participación ciudadana en espacios abiertos por la misma ciudadanía, que es el enfoque de esta investigación. En el caso de PA en Brasil, uno de los cambios más importantes que los presupuestos participativos fomentaron fue el quitar la “cultura del favor” hacia canales abiertos y democráticos para obtener bienes públicos; antes de los presupuestos la forma de las personas en condición de pobreza para conseguir bienes públicos era por favores de políticos y en menor medida por medio de la movilización. Así mismo un gran cambio de los presupuestos participativos fue el ampliar el acceso a dos bienes públicos primordiales: el agua y la propiedad, ya que, si bien PA tenía un alto IDH comparado con otras ciudades de Brasil, la desigualdad era muy amplia. Un tercer gran cambio fomentado por los presupuestos participativos fue el cambio en el acceso al liderazgo político hacia uno de acceso más horizontal, donde las y los líderes de colonias y barrios en los procesos de presupuestos participativos lograron acceder a la contienda por el poder político de manera institucionalizada, sobre todo por medio de partidos de izquierda, especialmente del PT (Partido del Trabajo). Vale la pena aclarar que Avritzer señala que, en otras ciudades, sobre

todo de la zona noreste de Brasil, los presupuestos participativos no tuvieron el éxito que tuvieron en PA u otras ciudades del sur del país, sin embargo, Wampler asevera que incluso cuando los presupuestos participativos no tienen un éxito rotundo, crean efectos residuales indirectos, como resultado de la introducción de nuevos procesos de toma de decisiones públicas, como formación ciudadana, concientización política, entre otros.

Con la institucionalización que fue lograda por la movilización ciudadana, un punto importante de los presupuestos participativos fue la creación de una serie de consejos nacionales en el gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva (del PT), de los que resalto el Consejo Nacional Juvenil, ya que todos estos consejos tenían una gran participación de la ciudadanía; estos consejos comenzaron realizando reuniones nacionales de los consejos de los ciudadanos de los presupuestos participativos y fueron ampliándose a las secretarías de gobierno federal, siendo que en el periodo de Lula, una mayoría de los ministerios contaban con consejos nacionales ciudadanos.

Los diversos ejemplos de instrumentos de democracia participativa como los consejos ciudadanos y los presupuestos participativos demuestran que la institucionalización de estos procesos es clave para su continuidad e impulso hacia una democracia más participativa, ya que brinda a los ciudadanos la capacidad de

participar en la toma de decisiones públicas mediante formas innegables y reconocidas tanto legal como socialmente. Es importante resaltar que en la medición de la participación ciudadana juvenil para mi investigación no incluyo a los presupuestos participativos como indicador, ya que, en Mexicali, que es una de las tres ciudades donde realicé el trabajo de campo, no está permitida este instrumento, aunque en Tijuana sí, así como en San Diego, sin embargo, incluyo otras innovaciones democráticas como los consejos y asambleas ciudadanas como indicadores de participación ciudadana juvenil. Una parte importante de la discusión sobre la participación ciudadana de los jóvenes es el asunto de la marginación que sufren por parte de los grupos de poder. Los jóvenes históricamente se han visto marginados por gobernantes y políticos de la toma de decisiones públicas, al ser considerados instrumentos para legitimar acciones, en vez de ser considerados ciudadanos que tomen decisiones. Sin embargo, existen casos y contextos donde los jóvenes son incluidos. Un modelo ideal para considerar en la participación ciudadana es el value centered model, donde tanto ciudadanos y gobiernos tienen como objetivo el crear valor para la ciudadanía. Se percibe a los ciudadanos como inversores de los recursos y “riqueza” de la comunidad, esto implica que comparten responsabilidad con gobierno, por lo que se transforma en una forma participativa de crear valor, incluyendo alianzas, co-inversiones y cooperación entre ciudadanos y con el gobierno. Este modelo se proyecta como una base relevante de participación ciudadana, donde como argumentado anteriormente, al hacer que la ciudadanía se apropie de los espacios y de las políticas.

De esta manera, son los ciudadanos mismos quienes la intentan conservar y llevar a mejores resultados, generando valor y desarrollo en la comunidad, lo cual es el objetivo principal de la participación con el enfoque de gobernanza.

Opuesto al modelo anterior, se encuentra el de organización por situación específica. En este modelo la participación es iniciada por instituciones del gobierno, como las agencias gubernamentales de salud. En este caso la participación juvenil solo es incluida en la agenda de gobierno y en los temas que son convenientes para la agencia; algunos temas comunes suelen ser el uso de drogas o reducción del crimen. Es importante resaltar que este tipo de modelos *ad hoc* de gobierno no son los ideales para la participación ciudadana juvenil, ya que primero, se margina a la juventud a temas de prevención de riesgos, considerándolos agentes sin capacidad de propuesta ni toma de decisiones, factor causado porque la agenda no se consulta con los jóvenes. Los jóvenes deben proponer los temas prioritarios de políticas de juventud para que sean adecuadas. Sosteniendo lo aseverado y dicho de otra manera, Fernández señala que, es común que los mecanismos institucionales diseñados para promover la participación juvenil puedan convertirse en medios de control social de los adultos, ya que los objetivos son definidos por estos últimos. Lo que se argumenta en este apartado es relevante para la investigación, ya que en esta tesis se estudia con un enfoque en los espacios abiertos por los ciudadanos jóvenes, así mismo en el capítulo del trabajo de campo lo que se argumenta en este apartado se manifiesta en un evento observado de gobierno.

Sosteniendo esta idea, se plantea que la participación ciudadana no se restringe a los espacios abiertos por gobierno, que suelen ser solo simbólicos: Se ha argumentado que la participación ciudadana no está restringida a actividades que mantienen el statu quo institucional, más bien se refiere a la interdependencia en las experiencias cívicas, sociales y políticas en las cuales los jóvenes pueden crear comunidades, redes, identidades y un sentido de pertenencia.

Como lo establecen Yeung *et al.*, la participación ciudadana se refiere a las interacciones y experiencias en las dimensiones sociales, políticas y cívicas, que tienen que ver con las dimensiones que planteo para mi concepto. Por otro lado, la participación pública suele ser solamente una formalidad, donde los ciudadanos realizan comentarios a una política, pero los gobernantes deciden lo que se hace, buscando mantener los intereses de la agencia y las relaciones de poder permeantes. Canto (2008) analiza la situación en América Latina y declara que, en ésta, la participación es considerada por los gobiernos solamente en aspectos de política social y de manera muy secundaria a decisiones económicas, excluyendo temas cruciales para que la ciudadanía participe, como temas de recursos naturales, desarrollo sostenible, desarrollo democrático, infraestructura, educación, entre otros. En este tema Tisdall evidencia la concepción de que la participación de jóvenes sólo se entiende como positiva cuando se ajusta a las agendas delimitadas por adultos, que como discutida anteriormente es errónea, ya que como los autores citados lo establecen, suelen ser *ad hoc* a sus intereses y/o para cumplir requerimientos.

Las y los jóvenes tienen un gran potencial de aportar al planteamiento y ejecución de las acciones y políticas públicas, sin embargo, uno de los retos principales radica en incluirlos de la manera adecuada y aprovechar las manifestaciones ciudadanas que ejercen. Como lo establecen Sey y Castells la situación no habla de que los individuos dejen de participar en política, sino que desconfían de las instituciones políticas tradicionales y de los políticos. Estas instituciones se refieren a los procesos de representación y toma de decisiones tradicionales designados por las autoridades políticas, por lo que cada vez más buscan formas alternativas de participar, como la abstención de votar, el uso de instrumentos de democracia directa y la movilización política fuera del sistema partidista.

Para ejemplificar lo anterior, se presenta el caso de una consulta pública realizada en Missouri (EEUU). Lo interesante del caso, es que, si bien la consulta fue “realizada” por la agencia gubernamental de energía, ésta contrató a una agencia ciudadana para realizar el proceso: Metropolitan Energy Center (MEC).

Los resultados fueron diferentes de consultas abiertas por gobierno, resultandos positivos: se realizaron más de 30 grupos focales y los ciudadanos propusieron lostemas y metas, en vez de opinar sobre la agenda que el departamento de energía tenía. En este caso la participación ciudadana fue de tal magnitud, que el reporte final fue escrito por la agencia ciudadana (MEC), no por el departamento de energía. Los resultados fueron movilizados políticamente de tal manera que la legislatura local rápidamente adoptó las propuestas y los hizo dictámenes. Como la investigadora establece, para que la participación ciudadana sea verdaderamente efectiva y apropiada por la población, ésta nace de la misma, ya sea por ONGs o grupos no constituidos, no de agencias gubernamentales, ya que generalmente cuando éstas abren espacios son simbólicos, porque buscan mantener el *status quo*. Por estos argumentos es que en esta investigación el interés primordial es en los instrumentos y espacios de participación abiertos desde la ciudadanía, especialmente de los jóvenes.

Otro ejemplo de participación en temas de energía es planteado por Dresner, que respecto a una investigación de una simulación de un comité participativo de planeación sobre energía, los participantes aumentaron el interés e intenciones de participar en los esfuerzos de su comunidad sobre planeación, por lo que se interpretó que el participar en la simulación llevaría a la participación.

Como establecido en párrafos anteriores, es crucial el incluir a los jóvenes de la manera adecuada para ellos en los asuntos públicos. Un factor que imposibilita en cierta forma resultados exitosos de las políticas de juventud, así como de una mayor participación juvenil, es que los tomadores de decisiones de estas no son jóvenes, por lo que colocar a los jóvenes en el centro de la discusión de políticas juveniles es primordial. Así mismo existe una falta de instrumentos y marcos legislativos y normativos adecuados para ellos y los pocos marcos normativos (leyes) que hay en materia de juventud son precarios y no atienden a las necesidades reales. Por otro lado, en el tema de la adecuada inclusión de los jóvenes, el uso de las TICs en la participación ciudadana resulta un factor positivo, el internet se ha transformado en un espacio cada vez más utilizada por los jóvenes para ejercer la participación ciudadana. En el tema de la participación en el ciberespacio, Sey y Castells presentan el término *new social media* (NSM), que se refiere a los movimientos sociales que surgen con el uso de las nuevas TICs, en el seno del ciberespacio (internet). Es pertinente aclarar que los autores argumentan que, si bien la participación en la NSM tiene nuevos métodos, no se contraponen a los movimientos sociales que se realizaban antes de estas formas, sino que se complementan; los métodos cambian, pero los objetivos y la base son los mismos. En este punto considero relevante ahondar más sobre el aspecto del uso de las TICs, especialmente el internet para la participación ciudadana, ya que los mismos Sey y Castells reconocen los postulados de Barber, que he analizado en el capítulo del marco teórico, declarando que éste, de alguna manera, predijo el uso de las TICs para la participación de la ciudadanía en asuntos públicos.

Uno de los puntos más positivos del internet para la participación política, según los autores, es que funciona como una plataforma interactiva que estimula la participación y abre posibilidades de ampliar el proceso de toma de decisiones más allá de las instituciones políticas que son rígidas y que marginan a grupos como los jóvenes. Uno de los aspectos más útiles de la NSM es la inmediatez en el flujo de información y transmisión de la misma, factor positivo para los movimientos sociales, sobre todo para exhibir abuso y/o represión de las autoridades en protestas y marchas. Los autores aseveran que el internet es la plataforma que tanto organizaciones de base, como políticos y ciudadanos individuales usan para formar parte de proyectos autónomos que buscan ejercer una nueva forma de política, esto debido al potencial de crecimiento de grandes redes a bajo costo, con interacciones continuas.

Considero que las redes sociales son una vía innovadora de participación tanto política como ciudadana, pero en mayor medida de la segunda. Estas formas de participación pueden ser tanto activas como pasivas, por ejemplo: compartir un *post* es pasiva. En cambio, el convocar a protestar en cierto lugar a cierta hora por cierta razón la considero una forma de participación activa, así como el realizar un *post* original sobre ciertos hechos o acciones de la esfera política, y si es compartido puede tener ya impactos en el mundo offline. En los indicadores para medir mi concepto de participación ciudadana juvenil incluyo indicadores de participación en internet como publicar sobre política o políticos en redes sociales.



El estudio de las nuevas formas de participación ciudadana están brindando un panorama diferente al tradicional, ya que si antes se creía que la participación ciudadana estaba disminuyendo cada vez más sin remedio, lo que este tipo de estudios e investigaciones muestran es que las formas tradicionales de participación están disminuyendo cada vez más, esto debido en gran medida a la desconfianza que inspiran las instituciones políticas tradicionales en la población, de manera que pierden legitimidad y la ciudadanía busca formas alternativas de participación, sin embargo, no se puede negar que hay una tendencia decreciente en general de la participación tradicional, sobre todo de la dimensión política en contextos latinoamericanos, donde la corrupción, la decadencia de la clase política y las desigualdades sistémicas han causado una profunda desilusión de la ciudadanía en el sistema político.

En los últimos años se ha visto un crecimiento masivo de la participación de los jóvenes por redes sociales, inclusive en aspectos públicos y políticos, realidad que rompe parcialmente con la idea de que la juventud es apática. Desde aspectos tan básicos como es el estar al tanto de los sucesos políticos y públicos de manera actualizada, hasta convocar acciones de movilización política por redes sociales, las y los jóvenes están demostrando cada vez más que si participan y que hay muchas y nuevas maneras de participar en los asuntos públicos, factor que puede

ser la clave para la inclusión idónea de la juventud en la esfera pública. Esto es sostenido por Fernández, que asevera que una de las tendencias de la juventud en participación es el ejercicio de la ciudadanía en redes virtuales (refiriéndose a las redes sociales principalmente).

Acciones y herramientas como la creación de grupos, de páginas, de foros virtuales con temas públicos y políticos, el convocar movilizaciones, *meetings*, protestas, marchas para una u otra causa pública y/o política, el denunciar actos de corrupción, impunidad, hasta el interactuar con candidatos a cargos de elección popular y funcionarios son posibles y están siendo ejecutadas por las redes sociales de parte de la juventud. Hay evidencia del aumento en el último lustro de sitios de activismo digital como Avaaz, Degrees y Sumofus.org, que han logrado fuertes impactos mediáticos. Sin embargo, cabe resaltar que yo no incluyo como indicador de participación ciudadana juvenil el firmar peticiones en línea, ya que en México el efecto mediático no es tan relevante como en EEUU o algunos países europeos y no tiene efectos legales, así mismo en la mayoría de los sitios de peticiones puedes firmar de manera anónima o puedes ingresar datos falsos, por lo que el medir su efecto se vuelve menos efectivo.

Para cerrar con el tema de la marginación de la participación de los jóvenes en asuntos públicos, es importante resaltar que o se victimiza, o criminaliza al joven, donde los tomadores de decisiones lo ven solo como un sujeto que recibe la acción, no como protagonista de ella. Como establecido por los autores analizados, para una verdadera inclusión con resultados tangibles es necesario colocar al individuo, en este caso al joven, en el centro de la toma de decisiones, no como el que las recibe, si no como el que toma parte del proceso

Como conclusión de este apartado en general, la participación juvenil es un tema que implica aspectos muy variados, desde sociales, políticos, económicos, culturales, entre otros, pero indudablemente planteo que la participación ciudadana juvenil es necesaria y benéfica para avanzar hacia un desarrollo democrático en una democracia participativa, con un gobierno inclusivo.

P

ARTICIPACIÓN

394 |

**SOCIAL Y POLÍTICA
DE LOS JÓVENES
EN PAÍSES DE LA
UNIÓN EUROPEA**

15

**EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO:
PARTICIPACIÓN CIUDADANA**

PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LOS JÓVENES EN PAÍSES DE LA UNIÓN EUROPEA

Rene Bendit¹

Crecer en una sociedad posindustrial europea, por ejemplo, en Francia, Gran Bretaña, la República Federal de Alemania o España, significa para niños y jóvenes, crecer en una sociedad caracterizada por el cambio constante, por la modernización tecnológica y social y por el desarrollo avanzado hacia una sociedad de servicios. Entre las consecuencias más estudiadas de estos cambios se encuentran aquellos procesos de cambio social de valores expresados en los conceptos de “pluralización” o “diferenciación social” y de “individualización” de las formas de vida. En el contexto de contradictorios procesos de globalización, regionalización y dualización social que marcan el carácter de muchas de las sociedades posmodernas, son éstas las categorías centrales que permiten hacer comprensible el cuadro en el cual los niños y adolescentes de hoy se enfrentan tanto a las demandas de integración social que dichas sociedades les plantean (en los planos escolar, de formación profesional y laboral) como en relación a las posibilidades de participación en contextos sociales, comunitarios y ciudadanos.

Dado el hecho de que en este trabajo circunscribimos nuestro foco de interés al grupo etéreo entre 12 y 18 años, nos permitiremos centrar nuestro análisis fundamentalmente en procesos de participación social y cultural, tocando sólo de manera secundaria la dimensión política del fenómeno participativo, dimensión que interesa más estudiar en relación a los “postadolescentes” o “adultos jóvenes”, es decir los que legalmente tienen ya derecho a participar en aquellos aspectos de la política formal vinculados a la democracia representativa.

El concepto de “pluralización” (al igual que el de “modernización”) tiende a centrarse en los aspectos positivos del cambio estructural y social y a apartar la vista de los aspectos sombríos de estos procesos de cambio, a saber, el hecho de que, además de ganadores, también hay perdedores en ellos. Ambos conceptos, pluralización y diferenciación, apuntan a supuestos cambios significativos en la influencia de las variables clásicas de discriminación social y de distribución de oportunidades de vida, como el estrato o la clase social de origen y de pertenencia, para centrarse ahora más en factores como la “región”, el género, el “capital social” y “cultural” y los “estilos de vida”.

¹ Bedit, René. Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea.

En: Balandini, Sergio. La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo.

Colección grupos de trabajo de CLACSO, México: CLACSO, 2000. Págs. 19-58

La tesis central es que, en la sociedad postindustrial o posmoderna, las diferencias clásicas van desapareciendo para dar lugar a una pluralidad de condiciones y estilos de vida que ya no dependen sola o fundamentalmente de los recursos y oportunidades existentes en el entorno vital, sino que además son producto de la capacidad de los sujetos de “apropiarse” y utilizar dichos recursos en provecho de su propio desarrollo.

Con el concepto de “diferenciación social”, se delimitan las circunstancias características de una sociedad en la que continúan existiendo diversas formas de desigualdad. Ello se manifiesta en las desventajas fundamentadas, por ejemplo, en el origen étnico de los individuos; en las diferencias en la trayectoria escolar de los niños, establecidas con arreglo a la clase social a que pertenecen los padres; en el porcentaje de niños de la clase obrera y de mujeres que estudia en las universidades; en las profesiones en las que desembocan los hijos de obreros; en la baja remuneración de las profesiones dedicadas a la prestación de servicios en el sector social, que mayormente son ejercidas por mujeres; así como, finalmente, en las disparidades regionales, tales como se manifiestan actualmente en Alemania, y de forma agravante, entre los Lander del este (nuevos estados federados) y los del oeste.



La diferenciación social excluyente acarrea consigo que también tenga lugar una marginación de las minorías. Sobre todo, la dinámica del desarrollo del mercado laboral demuestra que las oportunidades de hacer carrera profesional están dadas para unos: los capaces de un alto rendimiento; los sanos, con buenas condiciones de arranque; los móviles y flexibles, de un lado; mientras que, en el otro lado, se van produciendo las víctimas del proceso de selección social. Este riesgo de caer en posiciones sociales marginadas, lo corren todos aquellos que no tuvieron la posibilidad de desarrollar el tipo de competencias que son necesarias para poder orientarse en un mundo que se ha hecho más complicado. El concepto de “individualización” se refiere a la remitante fuerza normativa de los contextos e instituciones sociales y de las tradiciones culturales dentro del largo proceso de desarrollo de la sociedad. Paralelamente a la progresiva racionalidad planificadora, la organización científica y el control computarizado en la industria, en el comercio y en el sector de servicios van siendo puestas en tela de juicio algunas evidencias de los antiguos “mundos de la vida” así como los tradicionales esquemas de desarrollo biográfico.

Con tal “destradicionalización” de las formas de vida aumentan también para el individuo las posibilidades de poder planear y configurar su vida independientemente. Ya no es tanto el medio ambiente social lo que marca el estilo de vida que alguien considera apropiado para sí mismo, sino más bien la decisión individual a favor de una vía de formación, una profesión, una forma de habitar, de consumir, etc. Valores como la “autorealización”, la “autonomía” y la “competencia en la acción” desplazan a valores tradicionales como la “disciplina”, el “respeto a los mayores”, la participación organizada, etc. Sobre la base de una serie de necesidades básicas ya satisfechas, la búsqueda de calidad en lo referente a la educación, el trabajo y las relaciones interpersonales, así como en el consumo, va desplazando a la cantidad. La individualización plantea especialmente a las adolescentes severas exigencias respecto a sus propias competencias. Abrumadora precisamente para los menores de edad y los adultos jóvenes viene a ser, en este caso, la nueva forma de responsabilidad que deben asumir por sus éxitos o fracasos, dado que de ellos se espera, ya al comienzo de su trayectoria biográfica, que vayan allanando el camino a través de decisiones cargadas de consecuencias que influenciarán en el futuro sus vidas. Fases del desarrollo biográfico que antes estaban sometidas a una relativa determinación social, se transforman en secuencias de decisiones controladas por el individuo mismo. Decisiones de esta naturaleza se plantean en relación al tipo de escuela a seguir, la elección de la carrera profesional deseada, el lugar de trabajo, la búsqueda de vivienda, la búsqueda de pareja y el estilo de vida y las formas de participación social y ciudadana.

Es justamente por ello que, en la medida en que van aumentando las libertades derivadas de los procesos de individualización en el conjunto de la sociedad, la generación venidera se ve especialmente confrontada con un número cada vez mayor de riesgos. Es por ello que algunos autores caracterizan a la sociedad postmoderna como una “sociedad de riesgo”. Los jóvenes se ven necesitados del apoyo adecuado de los mayores y de las instituciones, pero en decisiones cruciales para su vida dependen más que nada de las propias competencias y de las de sus congéneres, igualmente afectados que ellos, para lograr establecer un balance constructivo.

En las secciones anteriores analizábamos el impacto que la modernización económica tecnológica así como el cambio social ejercían sobre las condiciones y formas de vida de las nuevas generaciones en la sociedad posmoderna. Un aspecto relevante de estas transformaciones son aquellos cambios de valores en la sociedad en su conjunto, que se traducen, a su vez, tanto en cambios en los estilos educativos al interior de la familia y en la escuela, así como en cambios en las orientaciones de valores de los jóvenes mismos, incluidos aquellos cambios de valores referidos a la conducta social y la disposición al compromiso y la participación social y política.

Es natural que las transformaciones observadas en la sociedad en su conjunto también ejerzan sus efectos sobre la familia, la escuela y los estilos educativos allí predominantes, lo que a su vez repercute sobre las orientaciones de valores, las actitudes y las motivaciones de los jóvenes, también en cuanto a lo que al “altruismo” y la “prosocialidad” se refiere. Si bien en el marco de estos cambios, en algunas sociedades, valores tradicionales como el “amor al prójimo”, la “vocación de servicio” y la “lealtad a las organizaciones” (laicas o religiosas) van quedando superados, ello no necesariamente significa que no vayan siendo reemplazados por otros valores que también impulsan a la participación. Esto es algo que los adultos, en particular aquellos que actúan al interior de las asociaciones y las instituciones políticas, no parecen percibir. El reconocimiento de tales cambios de valores necesariamente debería llevar tanto a las instituciones educativas como a las políticas y sociales a cuestionar su propia praxis y a preguntarse si hoy y en el futuro

inmediato, siendo otras las expectativas sociales y los motivos personales que impulsan a los jóvenes a la participación no deberían también ser otras las formas y las posibilidades de participación real que la sociedad les ofrezca para dar cauce a tales necesidades. La consideración de los fenómenos de pluralización e individualización de las formas de vida discutidos anteriormente debería jugar en ello un rol importante. Algunos datos empíricos contribuyen a apuntalar esta hipótesis.

Así, por ejemplo, en el caso de Alemania Federal, mientras en el año 1951, para un 25 % de la población adulta, valores tradicionales como la “obediencia” y la “sumisión” seguían siendo centrales para la educación familiar, en 1983 dichos “objetivos educativos” sólo continuaban teniendo validez para el 9 % de la población adulta. A la inversa, el educar para la “autonomía”, la “independencia”, la “libre voluntad” y la “autoresponsabilidad” pasaban de un 28 % de acuerdo en 1951 a obtener un apoyo del 49 % en 1983.

Transformaciones como las comentadas también tienen lugar en la educación escolar. En ella se ha ido reduciendo enormemente la distancia social entre profesores y alumnos, surgiendo lo que Fend ha denominado una “cultura de relaciones sociales igualitaria”. Ello conduce a que valores educativos tradicionales como el “orden” y la “disciplina”, los “buenos modales” y el “respeto a los mayores”, también al interior de la escuela van perdiendo en significación, mientras que, a la inversa, valores tales como la “capacidad de juicio independiente”, la “independencia personal” y la “autoestima” (conciencia del propio valer) van ganado enormemente en significación. Estos y otros datos obtenidos de estudios más recientes permiten afirmar que tanto los padres como los maestros valoran actualmente, sobre todo, la educación hacia la independencia personal, es decir hacia la autonomía y la propia competencia de acción.

Estos valores son vistos hoy como una condición absolutamente necesaria para progresar en la sociedad de logro, altamente individualizada y competitiva. Es por ello que tienden a relativizar aquellos valores más tradicionales como la “humildad”, la “disposición al sacrificio”, el “control de las propias necesidades” y la “sumisión”. Junto con estos cambios de valores, es interesante destacar aquellas tendencias identificadas por otros estudios realizados en la misma época, referidos al tema de las disposiciones y motivaciones de los jóvenes a participar en la sociedad. Así, por ejemplo, una encuesta EMNID llevada a cabo en Alemania Federal a mediados de la década de los ochenta constataba que el 40 % de los jóvenes entrevistados manifestaban tener la impresión de “tener que hacer algo más por lo social” pero al mismo tiempo declaraban sentirse “frenados” en ello, ya sea por “falta de tiempo” (debido a otras obligaciones, fundamentalmente escolares), o por “inseguridad personal”. De acuerdo a estimaciones de finales de los ochenta -bastante concordantes con las cifras actuales- cerca del 15 % de los jóvenes entonces entrevistados desarrollaba alguna forma de compromiso social o de acción solidaria. Los datos de otro estudio de la época, el “Jugendkompass” de 1989, mostraban que casi el 70 % de los entrevistados consideraba “muy importante” el comprometerse en actividades dirigidas a la “superación de situaciones sociales problemáticas” y no sólo en aquellas de “ayuda al prójimo”, es decir de tipo caritativo.

Ya entonces, en el contexto de la discusión sobre el cambio de valores del “materialismo” al “posmaterialismo”, estos datos se interpretaban como parte de un sistema de valores en el que, además del valor central de la “autorealización”, jugaba un papel muy importante el “valor de uso” que tanto las instituciones como las relaciones sociales asumían para el joven alemán de la época. Con este concepto de “valor de uso” de lo social se buscaba significar aquella tendencia observable en los jóvenes de la posmodernidad de percibir los contactos sociales, así como las instituciones y los profesionales de lo social, desde una perspectiva “utilitaria” pero no “utilitarista”. En otros términos, las relaciones sociales, así como la institucionalidad propia del Estado de Bienestar son vistas por las nuevas generaciones de jóvenes desde el punto de vista de su utilidad y funcionalidad para la superación de los propios problemas personales, así como para la realización de sus objetivos y planes de futuro. Esta tendencia se corresponde a la vez con la creciente presión ejercida sobre la condición juvenil por la complejización de la dinámica social y económica.

Los datos aportados por la penúltima encuesta Shell/Schell (la última acaba de ser publicada), apuntan en esta misma dirección. Se observa en dichos resultados una gran disposición de los jóvenes al compromiso social y comunitario siempre que se den para ellos ciertos “requisitos” que consideran de gran importancia: los jóvenes sólo se hallan dispuestos a participar allí donde encuentran organizaciones o asociaciones en las que confían, y donde esperan que se produzcan resultados también para ellos satisfactorios, es decir donde puedan reconocer y realizar sus propios intereses, problemas y necesidades. Estos datos confirman la interpretación de Münchmeier, en cuanto al “valor de uso” que la participación y el compromiso social deben tener para los jóvenes actuales.

La orientación hacia el “valor de uso” debe entenderse entonces como una estrategia adecuada de los jóvenes para superar los problemas y conflictos que enfrentan a diario en el proceso de integración social a la “sociedad adulta”. A partir de esta interpretación podemos concluir que, en relación a la participación juvenil, tanto en la dimensión de lo “social-institucional”, es decir tanto en el barrio (grupos de pares) como en la escuela, así como en la dimensión de la participación ciudadana, se hace necesaria una reflexión sobre este aspecto “utilitarista” del altruismo. Las preguntas centrales a responder al respecto son: ¿qué puede aportarle a un joven la participación y el trabajo voluntario en una determinada actividad social, comunitaria o ciudadana?

¿En qué medida le “sirve” o es percibida dicha potencial participación como un factor importante del propio desarrollo? ¿Qué requisitos deberían reunir las ofertas de participación hechas por el Estado, las organizaciones locales, así como aquellas surgidas de las organizaciones sociales y políticas, para que sean creíbles y motivantes para los jóvenes? Un resultado inesperado de la mencionada encuesta Shell es que tanto las orientaciones de valores posmaterialistas como las materialistas parecen estar vinculadas estrechamente con el valor del altruismo y la prosocialidad. La vinculación de estas respuestas con la disposición de los jóvenes al compromiso y la participación social, política y ecológica muestra que una interpretación de la disposición a la participación en relación a las categorías de Inglehart, es decir de respuestas que se dejen subsumir bajo orientaciones de valores materialistas y posmaterialistas, se hace muy difícil dado el hecho de que en el mismo estudio se obtienen altos grados de correlación entre cada una de estas orientaciones con aquellas respuestas que apuntan a la solidaridad. Así, por ejemplo, mientras observamos una correlación de +.32 entre indicadores de valores posmaterialistas (como “desarrollar las propias capacidades”, “demostrar rendimiento”, “autorealizarse”, “ser crítico”, “llevar una vida excitante”) y valores prosociales (“ayudar a los demás”, “tener consideración por los demás”, “asumir responsabilidad por los demás”, “rebelarse ante el paternalismo”), encontramos que entre el altruismo y la orientación de valores materialista (“ser capaz de imponerse”, “tener conciencia del deber”, “obtener altos ingresos”, “búsqueda de la seguridad”, “ser ambicioso”) también existe un alto grado de correlación (+.56), de lo cual se desprende que independientemente del tipo de orientaciones de valores

predominantes en diferentes grupos de jóvenes, el valor del altruismo siempre se halla asociado a ellas.

Ello induce a concluir que, por lo menos en lo que respecta a la disposición de participar y comprometerse con los demás y con la comunidad, la división dicotómica entre materialistas y postmaterialistas debería relativizarse y verse como los polos de un *continuum* más que como dos categorías antagónicas. Desde este punto de vista, se plantea la pregunta sobre si no debería asumirse que el desarrollo de orientaciones de valores posmaterialistas sólo puede darse en aquel tipo de sociedades que han alcanzado un alto grado de desarrollo económico y social, en las que una situación de relativa saturación de las expectativas y necesidades materiales, así como la existencia de perspectivas de futuro más o menos seguras inducen a sus miembros a desarrollar nuevos objetivos y estilos de vida que trascienden lo material y buscan revalorizar el ámbito de lo social-emocional.

En la mayoría de las sociedades pertenecientes a la Unión Europea se observan cambios de valores similares a los descritos para Alemania, aunque con distintos grados de intensidad, según el tipo de sociedades de que se trate, es decir más o menos avanzadas en lo que a modernización económica y social se refiere. Así, por ejemplo, en el caso de España, una sociedad inmersa en un acelerado proceso modernizador, los estudios intergeneracionales sobre valores en la década del noventa muestran que, ciertamente, se están produciendo cambios relevantes. Dichos cambios se enmarcan en un contexto en el que prevalece lo que podríamos denominar “modernización materialista” de los sistemas de valores tradicionales.

Así, por ejemplo, del estudio La solidaridad de la juventud en España, encargado por el Instituto de la Juventud, se desprende que, en la percepción de los jóvenes, la “familia” y el “dinero” -en ese orden- serían los valores más tenidos en cuenta por la “sociedad española” (total: 87 %), es decir, por los adultos. Otros valores como el “amor”, la “solidaridad”, las “creencias religiosas” -en ese orden- tendrían para los adultos, según el punto de vista de los jóvenes, una significación mucho menor (total: 12 %). Por otra parte, el análisis de las respuestas dadas a la misma pregunta, pero esta vez en relación al significado que la lista de valores tendría para ellos mismos (en su calidad de jóvenes) muestra que, independientemente de los consensos padres/hijos y de los ajustes intergeneracionales que hacen que las diferencias entre unos y otros se hagan cada vez más pequeñas, efectivamente sí existen sistemas de valores distintos entre jóvenes y adultos, por lo menos desde la percepción de los jóvenes. En relación a esto, llama la atención no tanto la relevancia que los jóvenes le atribuyen a la familia, sino el hecho de que el valor “familia” sea considerado por los jóvenes con más fuerza que lo que los jóvenes suponen que es considerado por “la gente”, es decir por los adultos. También el “amor”, comparativamente, tiene para ellos mayor importancia que el “dinero”. Los cuadros 3.1 y 3.2 presentados en el estudio que comentamos dan una idea de cómo la percepción de los jóvenes respecto de los valores de “la gente” (adultos) y los propios se diferencian de acuerdo a la edad, el género, el estado civil, el nivel de estudios, el auto posicionamiento político y religioso, así como respecto del hecho de ser cooperante o no. De este modo, por ejemplo, es interesante observar que a medida que aumenta la edad,

según los jóvenes, se incrementa la importancia que los adultos conceden al “trabajo” y al “dinero” y disminuye la relevancia que conceden a la “familia”. Esa misma opinión (creciente/decreciente) se sustenta según el nivel de estudios: los que no han superado los estudios primarios interpretan que para “la gente” la familia es más importante que lo demás, mientras que en el otro extremo, aquellos con nivel medio o superior de estudios, dicen que el trabajo y el dinero son valores máspreciados que la familia. Las mujeres jóvenes dan a la familia, al amor y la solidaridad algo más de importancia que los varones jóvenes, lo que no implica modificación alguna respecto de épocas anteriores. Sin embargo, las mujeres jóvenes también acentúan la significación del valor “trabajo”, lo que sí es nuevo y coincidente con los cambios de valores observados en otras regiones de Europa, como lo vienen señalando diversos autores.

Uno de los instrumentos de investigación regularmente utilizados a nivel europeo para la medición de orientaciones de valores, actitudes y opiniones, tanto de adultos como de jóvenes, son las encuestas “Eurobarómetro”, cuyos resultados referidos a los jóvenes son publicados por la Comisión Europea (Commission des Communautés Européennes) bajo el título “Les Jeunes Européens”/“The Young Europeans”. Estos estudios constituyen, por su carácter comparativo, una de las fuentes de información y de consulta más útiles para el análisis de tendencias de opinión y cambios actitudinales en los diferentes países de la Unión Europea. Al igual que en 1982 y 1987, en el marco del Eurobarómetro de 1990 se les planteó tanto a los jóvenes (15-24 años) como a los adultos de los países que en aquel entonces constituían la Comunidad Europea la siguiente pregunta:

“¿Cuáles son las grandes causas por las cuales en nuestros días valdría la pena asumir riesgos y aceptar sacrificios?”

En otras palabras, se les estaba preguntando cuáles serían las causas por las que valdría la pena comprometerse -social y/o políticamente—, lo que equivaldría a decir “participar”. Lamentablemente, esta misma pregunta no se volvió a plantear en el Eurobarómetro de 1997, lo que hace difícil establecer en términos comparativos el estado actual de las opiniones y actitudes de los jóvenes europeos al respecto. A los efectos de obtener una visión un tanto más actualizado, analizaremos posteriormente los datos de dos encuestas españolas referidas a la solidaridad de los jóvenes y al asociacionismo, realizadas ambas en 1995.

Desde 1982 y en particular a partir de 1987 van definiéndose dos tendencias principales, siendo la más notoria entre ellas el interés que suscita entre los jóvenes (y los adultos) la “lucha por el medio ambiente”, que entre 1982 y 1990 aumenta en +19 puntos. A la inversa, el interés despertado por causas como “la defensa del propio país”, la “lucha por la libertad individual” o la “defensa de la fe religiosa” continúa en lenta pero progresiva declinación.

Una de las causas más movilizadoras de los jóvenes de Europa Occidental en la década del sesenta y en parte de la del setenta, la “acción revolucionaria”, deja de serlo en la década de los ochenta y, probablemente, también en la del noventa. Esta tendencia es diferente de la observable en los países de Europa del este a partir de la caída del muro de Berlín, si bien allí la connotación del término “revolución” ha sido y es muy distinta a la que en décadas anteriores asumía para los jóvenes de occidentales. Los datos del Eurobarómetro muestran que el interés por “la revolución” en los países de la Comunidad (Unión) europea se mantiene estancado a un nivel relativamente bajo: después de haber descendido en - 2 puntos entre 1982 y 1987 (de 8 a 6 puntos), el “acuerdo” con esta causa se ha estabilizado en un nivel que va entre el 6 % y el 7 %. Hemos intentado actualizar esta información respecto a las causas movilizadoras de los jóvenes en Europa proporcionada por el Eurobarómetro, recurriendo a algunos estudios de tipo nacional que también han trabajado sobre este tema. En este punto nos detendremos particularmente sobre la situación española. En el ya mencionado estudio del INJUVE, causas como “la lucha por la paz”, la “libertad individual”, los “derechos humanos” y la “lucha contra el hambre” reúnen el 81 % de las respuestas a la pregunta sobre las causas que justificarían realizar sacrificios y asumir riesgos por defenderlas (INJUVE, 1995: 62).

Del análisis comparativo de estas respuestas y de los datos obtenidos en la encuesta dirigida por Manuel Martín Serrano sobre “Los valores actuales de la juventud en España” (en INJUVE, 1996) se desprende que en los últimos años se ha producido un crecimiento en la valoración que se le da a “la lucha contra el hambre”, en menoscabo del valor atribuido a la “lucha por la paz”, aunque este valor de todos modos aparece como el primer móvil por el que valdría la pena sacrificarse. El resto de los valores son altamente similares en ambos estudios.

El auto posicionamiento ideológico y político es un factor diferenciador en cuanto a las causas más movilizadoras. Así, por ejemplo, siendo “la paz” la causa más movilizadora para los jóvenes en general, un posicionamiento de izquierda implica prestar tanta o más importancia que a la paz, al valor de la “libertad individual”. También respecto de la “libertad individual” y los “derechos humanos” (la segunda causa movilizadora: 25 %), la variable ideológico-política introduce ciertas diferenciaciones.

Estas diferencias en la participación social entre el norte y el sur de Europa son explicadas por diferentes autores en función de las tradiciones históricas y sociales distintas en ambas regiones. Así, por ejemplo, uno de los argumentos explicativos clásicos al respecto es que en los países del norte las asociaciones habrían entrado a compensar el debilitamiento de las estructuras asociativas más tradicionales (como la familia, el barrio, el pueblo, etc.), que han ido perdiendo en significación en las sociedades más modernizadas pero que aún serían muy fuertes en los países del sur. Es por ello que las asociaciones y organizaciones sociales extrafamiliares tendrían en el norte de Europa mayores posibilidades de convocatoria que allí donde las estructuras tradicionales aún tienen mayor vigencia. Este argumento, sin embargo, no se compadece con los procesos de cambio de valores y de destradicionalización e individualización que observamos actualmente en casi todos los países del sur de la Unión Europea. El Eurobarómetro 97 (Comisión Europea, 1997: 20-22) permite percibir que no han ocurrido grandes cambios en relación a la participación de los jóvenes, en comparación con la situación de 1987 y 1990. La vida asociativa de los jóvenes de 15-24 años continúa manteniéndose en un bajo nivel. Al igual que en 1990, sólo unode cada dos jóvenes (47,6 %) declara pertenecer a algún tipo de organización, cualquiera que sea. De todas las organizaciones propuestas en el cuestionario, al igual que en 1987 y 1990, son los clubes y las asociaciones deportivas los que demuestran tener mayor capacidad de convocatoria: el 27,6 % de los entrevistados afirma participar en alguna organización vinculada al deporte (en 1990, 28 %).

Las organizaciones religiosas o parroquiales tienen una participación juvenil de alrededor del 9 % (8,7 % en 1990). Las organizaciones juveniles o para jóvenes como los grupos de *scouts*, las casas de juventud y otros espacios similares, atraen el interés y la participación de un 7 % de los jóvenes europeos. Este panorama sobre la presencia de los jóvenes europeos en formas institucionalizadas de participación social obviamente debe ser complementado con un análisis de la participación juvenil en formas alternativas a las de afiliación institucional. Así, por ejemplo, en el caso alemán, un 71 % de los entrevistados en la encuesta Shell 1997 afirma estar de acuerdo con participar de una “iniciativa ciudadana”, de servicio comunitario por ejemplo (aunque sólo un 8 % declara hacerlo efectivamente). Un porcentaje similar se manifiesta de acuerdo con “trabajar en una actividad para el tercer mundo” (si bien sólo un 4 % lo hace efectivamente); el 52 % dice que participaría de un “boicot de consumidores”, por ejemplo contra una empresa que inquiere el medio ambiente (el 21 % ya lo ha hecho), y el 21 % estaría dispuesto a “actuar en contra de convicciones falsas”, por ejemplo contra tendencias neonazis, incluso “si para ello hubiera que ejercer la violencia” (un 16 % declara ya haberlo hecho). La encuesta Shell 1997 muestra además que, al igual que en otros planos, en relación a los grupos de participación informal los jóvenes tienden más a tener simpatías y a identificarse con ciertos grupos y sus acciones (por ejemplo, con Green Peace), que a ser activos en ellos.

Del mismo estudio se desprende que los jóvenes depositan fundamentalmente su confianza en aquellas organizaciones sociales y asociaciones ciudadanas que tematizan problemas del futuro de la sociedad y que, por lo tanto, son consideradas por ellos de gran significación para sí mismos. De este modo, por ejemplo, se les tiene confianza o “muchísima confianza” a los *grupos ambientalistas o ecologistas* (68 % de los entrevistados). Las organizaciones de derechos humanos (51%) y las *iniciativas locales* -de barrio u otras- (37%) les siguen en cuanto a confiabilidad. Sin embargo, como hemos visto, la pertenencia real a dichos grupos es bastante baja: sólo entre un 3% y un 4 % de los entrevistados declara pertenecer a una organización ecologista o a una de derechos humanos, y menos del 1 % a una iniciativa ciudadana de orden local.

Algunos datos más actualizados sobre el caso español pueden obtenerse de los informes *Juventud en España 1992* y *Juventud en España 1996*. En el *Informe Juventud en España 1992* se corroboran datos y resultados de informes anteriores, así como aquellos obtenidos por el Euro- barómetro 90: la mayor parte de los jóvenes españoles (66 %) está desvinculada de cualquier tipo de relación con una asociación voluntaria, aunque algunos tengan contactos o amigos que sí pertenecen a ellas.

De la población juvenil asociada, en 1992, sólo el 2 % de los encuestados (N= 2.397) (o el 5,8 % de los que están asociados) está afiliado a alguna organización política. Un 3 % del total y 8,9 % de los asociados se halla afiliado a una asociación sindical; el 2,3 % de la población encuestada y 6,6 % de los asociados dice pertenecer a movimientos sociales; el 3,7% de los entrevistados (10,7 % de los asociados) afirma pertenecer a una asociación de estudiantes; mientras que el 4,7 % de los entrevistados (13,8 % de los asociados) pertenecía a una asociación religiosa. De estos datos se desprende que sólo un 15,7 % de los entrevistados o 45,8 % de los que se hallan organizados, pertenecía a algún tipo de organización política o “parapolítica”, constituyendo una muy pequeña minoría. Si bien la situación de asociacionismo y participación general de los jóvenes mejoró algo en los años ochenta y comienzos de los noventa, sigue estando claramente bajo la media europea. De los datos del informe de juventud de 1988 se desprende que, de acuerdo a la distribución del tiempo libre que en aquel entonces efectuaban los jóvenes, a un joven español medio sólo le quedaban cuatro minutos para realizar actividades asociativas organizadas (participación en asociaciones voluntarias, asistencia a reuniones políticas o religiosas, casas de juventud, etc.) lo que indica claramente que sólo una pequeña proporción de jóvenes empleaba alguna parte de su tiempo libre en este tipo de actividades. Estos datos se refieren, eso sí, sólo a los días laborables, lo que no considera el hecho de que muchas de las actividades mencionadas se realizan concentradamente los fines de semana.

El Informe Juventud en España 1992 vuelve a corroborar esta situación: la mayoría de los jóvenes ocupan parte de su tiempo de ocio en cuatro actividades principales, que realizan con mucha más frecuencia que todas las demás, y que son -en orden decreciente de frecuencia- “salir con los/as amigos/as”; “ver televisión o video”; “oír la radio” e “ir a bares, pubs o discotecas”. Mientras que los jóvenes asociados tienden a participar más de actividades que requieren de una cierta formación previa, como por ejemplo participar en actos culturales (conferencias, exposiciones, etc.), y a concurrir con más frecuencia al cine o al teatro, siendo los que más frecuentemente leen los periódicos, los no asociados desarrollan actividades de ocio más pasivas o consumistas. Según Prieto, estos datos pueden ser tomados como un buen indicador del interés de los jóvenes asociados y los no asociados por la vida cultural y de su país. Sin embargo, según nuestra opinión, dicen muy poco en cuanto al deseo real de participación de los jóvenes en la vida social y política.

Esta tendencia general vuelve a observarse en el Informe Juventud en España 1996. Si bien el tema del asociacionismo se discute en este informe sólo en relación al papel que éste pueda tener en la generación o prevención (evitación) de actitudes violentas, de manera indirecta sí proporciona alguna información sobre la participación de los jóvenes españoles en 1996.

Según sus autores (Serrano/Velarde Hermida), el deseo de participación de los jóvenes, al igual que en épocas anteriores, se canaliza hacia el “asociacionismo formalmente no político”. Entre los jóvenes asociados, los autores distinguen dos orientaciones distintas: aquellos que canalizan su deseo de participación hacia *la* “práctica deportiva y excursionista”, actividades que atraen sobre todo a los varones y especialmente en las edades donde existen vínculos más endogrupales, o sea los más jóvenes, y aquellos que se orientan más hacia una participación en “torno a acciones solidarias”, incluyendo organizaciones para la preservación de la naturaleza (a las que pertenece un 29 % de aquellos que están asociados), de defensa de los derechos humanos (11 %), de acción pacifista y de objeción de conciencia (7 %), para obras benéfico-asistenciales (7 %). Las asociaciones culturales y políticas se ubican todas por debajo de este último porcentaje.

Una comparación con los datos referidos a 1990 (Eurobarómetro 90) y 1992 (*Informe de Juventud en España 1992*) muestra que a mediados de la década del noventa se produce un aumento de la participación juvenil en actividades vinculadas al medio ambiente y a la defensa de los derechos humanos, mientras que las demás dimensiones del asociacionismo permanecen más o menos inmodificadas.

La participación ciudadana (ya sea de jóvenes o de adultos) en procesos políticos, tanto a nivel local, regional, nacional o supranacional, debe ser considerada como un elemento central en el funcionamiento de los sistemas democráticos. Como lo demuestran numerosos ejemplos históricos, la participación política de los ciudadanos es de suma importancia tanto en cuanto a la manutención de la legitimidad del ordenamiento político del que se trate, como en relación a la capacidad de dichos sistemas para enfrentar y resolver problemas económicos, sociales y políticos. A la hora de estudiar el tema de la participación política de los jóvenes, las tres cuestiones clásicas que se plantean son la del interés por la política, la de la confianza que depositan en instituciones vinculadas a ella y la de la participación política (activa) misma. El interés por la política y la participación activa, por otra parte, deben ser vistos tanto en su dimensión institucional, es decir en la disposición de los ciudadanos a participar en formas convencionales e institucionalizadas de actividad política (elecciones, afiliación a partidos políticos, candidaturas, mesas o colegios electorales, etc.) así como en la dimensión extrainstitucional, es decir en formas noconvencionales y no institucionalizadas de participación, por ejemplo en forma de protestas, manifestaciones, peticiones, recolección de firmas, manifiestos, solicitadas en los periódicos, etcétera. Es en relación a estas manifestaciones no institucionalizadas de participación política que Max Kaase acuña el concepto de “revolución participatoria”, refiriéndose a la enorme expansión que las formas no convencionales de participación han tenido en Europa, a partir de la década del setenta.

El hecho de que tanto la popularidad de las formas de participación política institucionalizadas como de las no institucionalizadas haya declinado en los últimos años -especialmente a partir de mediados de los ochenta-, ha llevado a que, en muchos países, no sólo de la Unión Europea, se planteen tesis cuestionadoras respecto del interés real de los jóvenes en comprometerse con la “res-publica”. Ello a su vez ha conducido a una intensificación de la investigación sobre a la cuestión del interés real de los jóvenes en la política y en consecuencia también sobre la cuestión referida a la credibilidad que “la política” tiene para los jóvenes.

Ser joven en Europa en la actualidad ya no es más una prolongación despreocupada de la infancia. Como estudiantes, los jóvenes de hoy se sienten amenazados por el problema del desempleo. En diferentes estudios realizados en diversos países europeos, confrontados con la pregunta “¿cuál es el problema principal de los jóvenes de hoy?”, un alto porcentaje de los entrevistados responde que el desempleo (real) o la amenaza de quedar desempleado después de abandonar la escuela o la formación profesional es su mayor preocupación. Esta respuesta se da independientemente del género, la edad y el origen regional de los entrevistados. Esta vivencia de quedar o poder quedar fuera del mercado laboral puede ser vista como una especie de experiencia generacional generalizada de los jóvenes y adultos jóvenes de hoy, fuertemente determinante de sus expectativas y de sus sentimientos ambivalentes o pesimistas respecto del futuro.

Otra de las características de la generación de jóvenes y adultos jóvenes actuales es la articulación de un sentimiento de compromiso social y político “frenado”: estando, en principio, dispuestos a comprometerse social y políticamente, la mayoría de los jóvenes considera que les faltan organizaciones y estructuras que consideren adecuadas, es decir, con las cuales puedan identificarse y generar cambios efectivos en la sociedad. Es por ello que se identifican y mantienen vinculados por largo tiempo a sus propios estilos de vida y subculturas juveniles, las cuales -siguiendo una tendencia social generalizada- se hacen cada vez más difusas y flexibles.

¿Apolíticos o realistas?: las interpretaciones en boga respecto de su comportamiento y actitudes, que los consideran apolíticos, exageradamente individualistas y egoístas, no corresponden a la realidad juvenil actual, que si bien muestra formas de solidaridad y compromiso social y político acordes a un diseño de vida individualista (con gran significado de la subjetividad), a la vez contiene representaciones e ideas muy precisas respecto de determinados objetivos sociales y políticos a conseguir.

Los datos presentados en este trabajo respecto de los cambios en las orientaciones de valores y la participación juvenil en los países de la Unión Europea requieren de una interpretación más diferenciada y compleja. Dichos datos deben ser analizados en el contexto de la modernización y el cambio social acelerado por el que están pasando estos países. Las tendencias observables además deben ser interpretadas como parte de las grandes transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales generadas por la unificación europea y por los procesos de globalización económica y mediática, cuyo mayor impacto probablemente se ejerce sobre la población joven. Si bien el problema del desempleo y la falta de puestos de formación profesional han pasado a ser la preocupación fundamental de la mayoría de los jóvenes europeos, en los hechos, la mayoría de los “perdedores” efectivos de los procesos de modernización, globalización y europeización se encuentran entre las personas de menor nivel educacional formal y entre los que residen en áreas económicamente deprimidas o que se encuentran en proceso de reconversión y/o transformación industrial. En el caso alemán, las mayores regiones afectadas por tales desarrollos son evidentemente los nuevos estados federados del Este. De ahí que no sea sorprendente encontrar en tales regiones un mayor desencanto por la política y la participación social, así como una mayor atracción por los grupos que se manifiestan violentamente (*skinheads*, neonazis, etc.).

Interrogados los jóvenes sobre las condiciones que para ellos serían necesarias para involucrarse en un posible compromiso social, comunitario, político o ambientalista, ponen de manifiesto aquellos valores de tipo “posmaterialistas” vinculados a la individualización y la automatización de los que hablábamos en la introducción a este trabajo. Afirmaciones como “poder participar en la toma de decisiones, en particular en relación a aquellas actividades que uno mismo vaya a desarrollar”; “que pueda incorporar y realizar en esa actividad mis propios intereses, capacidades y habilidades”; “que el objetivo formulado se pueda alcanzar de manera más o menos adecuada”, son las respuestas más frecuentes dadas por los entrevistados respecto de las condiciones que exigen para participar social y/o políticamente. Mientras que la “orientación hacia el objetivo” y la “eficiencia de la acción” son un requisito particularmente importante para los mayores de 18 años, aspectos tales como “que participen los amigos”, “que me produzca placer”, “que sea algo distinto de lo que hago en la escuela”, “que nadie me haga prescripciones”, son especialmente importantes para los más jóvenes.

En este mismo encuadre, tanto el estudio Shell como otros realizados en Alemania y demás países europeos, muestran que el “valor de uso” de la motivación a participar manifestada por los entrevistados tiene una connotación fundamentalmente prosocial: aspectos “materialistas”, como por ejemplo “recibir una remuneración” o una “indemnización en tiempo libre” (de la escuela o del trabajo) - como prerequisite o recompensa para participar o haber participado-, asumen para los jóvenes de las más diversas edades un carácter totalmente subordinado. Existe además consenso entre los encuestados en cuanto a que el compromiso social, comunitario o político que se asuma debe “producir placer”. El término “placer”, en este caso, no significa la realización de una necesidad hedonista autorreferida sino la alegría de vivenciar la propia efectividad del actuar, de lograr “poner algo en movimiento”, por ejemplo, modificar algo que les parece anquilosado, ya sea al interior de un partido político, ya sea en el sindicato, en la iglesia, en una ONG o en la unidad de bomberos voluntarios del barrio. Placer significa en este caso el hecho de tener éxito en lo que uno o una se ha propuesto.

Del análisis de los diferentes estudios que hemos utilizado para este trabajo se desprende además que la participación de los jóvenes de la Unión Europea en asociaciones y organizaciones se caracteriza por orientarse fundamentalmente a la satisfacción de necesidades de ocupación del tiempo libre, y sólo muy secundariamente a la satisfacción de intereses sociales y políticos. Las asociaciones que más les interesan son las especializadas en organizar actividades recreativas y de ocio, fundamentalmente en el plano del deporte y, en bastante menor medida, en el plano cultural. En consecuencia, el tipo de participación observable es, como lo plantea Manuel M. Serrano, estrictamente funcional. Los asociados participan de manera selectiva en aquellas actividades de su asociación y se relacionan con ella a la manera en que lo hacen “clientes” cuando seleccionan una oferta de servicios. Esta interpretación, relativamente realista, aunque poco “entusiasta”, puede ser vista desde una perspectiva algo más optimista si se la encuadra en la línea de análisis desarrollada en Alemania, a comienzos de los noventa, por R. Münchmeier, quien destacaba la importancia del “valor de uso” que la participación social y política debía tener para los jóvenes. De los estudios aquí comentados puede deducirse que para los jóvenes y los adultos jóvenes la supuesta contradicción entre “bien social” (actitudes altruistas o prosociales) y “utilidad personal”, casi no existe, o es menor y menos problemática de lo que se piensa.

Así, por ejemplo, no es raro encontrar que sea un hobby privado (afición) el que conduce o allana el camino hacia el compromiso social o comunitario. A la inversa, la participación en un servicio o actividad comunitaria está al servicio de la configuración de lo individual, por ejemplo, del propio desarrollo biográfico, tanto en el aquí y el ahora como en relación al futuro. Así, por ejemplo, el compromiso con la comunidad a través de una participación en actividades ambientales o sociales vinculadas a una participación en el “Servicio (Año) Ecológico” o “Servicio Social Voluntario” puede abrir las puertas a un futuro estudio vinculado a estas áreas y, a través de él, a una futura carrera profesional y/o política.

Si las interpretaciones de Serrano y Münchmeier son correctas, cabría preguntarse entonces si el estancamiento o retroceso observado desde hace bastante tiempo en la participación de los jóvenes en instituciones y organizaciones, cuyo modelo asociativo se basa en la militancia activa de los asociados, puede deberse justamente a la falta de atención y consideración, por parte de estas instituciones y organizaciones, de las expectativas que los jóvenes tienen respecto del valor de uso de la participación.

¿Qué conclusiones prácticas podemos extraer? En vez de modernizar sus campañas publicitarias y su imagen de acuerdo a estudios de mercado hechos generalmente con una visión muy cortoplacista, los partidos políticos deberían comenzar por considerar estas necesidades y orientaciones “individualistas” de los jóvenes, sin entrar en valoraciones morales o moralistas de aquellos procesos y conductas que muchas veces ni siquiera comprenden en su total dimensión. Tal vez, en lugar de concentrarse en mejorar las “formas” en que las instituciones y organizaciones quieren hacer llegar su “mensaje”, las organizaciones sociales y políticas así como las asociaciones e instituciones comunitarias intermediarias, deberían ir abriendo formas de participación más directas, comenzando por dar más peso a la opinión y las decisiones de los jóvenes (organizados o no), en aquellos ámbitos que les son más inmediatos -la escuela, el centro barrial, la casa de juventud-, continuando después con la introducción de mecanismos de consulta directa y/o plebiscitarios de participación local o regional, como por ejemplo la instalación de “mesas redondas”, “cabildos” o “plebiscitos municipales” en relación a asuntos controvertidos pero de gran interés local.



Desde esta perspectiva, la implementación de la participación juvenil en la vida social y política de la sociedad implica también que el mundo de los “adultos” debe dejar de enfrentar la subjetividad juvenil desde una visión infantilizante, es decir, dejar de ver a los jóvenes como seres dependientes e inmaduros que requieren de dirección y liderazgo (en el sentido negativo de la palabra) para no ponerse en peligro a sí mismos y a los demás. Por el contrario, de lo que se trata es de aceptar a los jóvenes como sujetos pensantes y actuantes, poseedores de una sensibilidad propia y una serie de competencias y habilidades que muchas veces superan con creces las de los adultos y que, antes de comprometerse en o con algo, reflexionan sobre la “utilidad” y el “placer” y que dicho compromiso les podrá aportar, tanto en su desarrollo personal como profesional.

En cuanto a las organizaciones juveniles sindicales, políticas, confesionales, de voluntariado, etc., los datos que acabamos de presentar nos inducen a pensar que dichas organizaciones deberían ir modificando sus formas de acción, de afiliación y de participación, de acuerdo con un patrón más acorde con los procesos de individualización y pluralización juvenil que hemos descrito. Dicho modelo debería ir tomando en consideración el hecho de que la condición juvenil ha dejado de ser una corta etapa de transición hacia la vida adulta para convertirse en una fase del ciclo vital con peso propio.

Ello significaría, desde nuestro punto de vista, no sólo una cierta diferenciación de las ofertas de participación de acuerdo con las necesidades e intereses de los distintos tipos de jóvenes existentes en una sociedad altamente pluralizada, sino también una “destradicionalización” de las formas “clásicas” de organización, afiliación y participación que aún imperan en estas organizaciones y asociaciones. Ello implica que en su interior deben reducirse a un mínimo los mecanismos de participación burocráticos y fomentarse al máximo los instrumentos de participación directa y la apertura a los jóvenes no organizados. Una de las formas en que esto puede hacerse es brindando apoyo a aquellas iniciativas locales de jóvenes que surjan espontáneamente, asesorando a los jóvenes activos en ellas cuando quieran organizarse, por ejemplo, en ONGs. Desde esta perspectiva, tampoco basta con establecer formas de representación y participación institucionalizadas, como los consejos de juventud, las mesas de concertación juvenil, las oficinas municipales de juventud, etc.; lo que se requiere además es reconocer y aceptar las múltiples formas autónomas de actividad y creatividad juveniles -deportivas, sociales, culturales, musicales y solidarias-, ayudando material o técnicamente a los que participan en ellas, para que allí puedan experimentarse a sí mismos y a la vez contribuir al desarrollo social y comunitario de la sociedad.

P

ERSPECTIVAS Y DESAFÍOS

**DE LA JUVENTUD:
HACIA LA PARTICIPACIÓN
INSTITUCIONAL
ORGANIZADA
Y LA GENERACIÓN DE
NUEVOS CAMINOS
DEMOCRÁTICOS**

16

PERSPECTIVAS Y DESAFÍOS DE LA JUVENTUD: HACIA LA PARTICIPACIÓN INSTITUCIONAL ORGANIZADA Y LA GENERACIÓN DE NUEVOS CAMINOS DEMOCRÁTICOS

Karen Gómez Cano¹

Este apartado tiene múltiples finalidades: la primera de ellas es mostrar a través de un minucioso análisis la diversidad y complejidad de elementos, factores e ingredientes que intervienen y configuran la participación de los jóvenes en la actualidad; el segundo propósito ofrece una serie de perspectivas como diagnóstico que exhorta a la concientización sobre los desafíos en materia de participación juvenil incorporando propuestas transversales para su abordaje. Y finalmente, se concluye resaltando la importancia del papel de los jóvenes en la generación de nuevos caminos democráticos como elementos fundamentales para el funcionamiento de la relación política-sociedad.

¹ Revista Bien Común. Vol. XIX No. 224, noviembre del 2013. Págs. 16-20

La participación juvenil es un campo que debe examinarse cuidadosamente, pues contiene rasgos muy particulares que la distinguen. La intervención de los jóvenes en los escenarios públicos tiene un lugar sin precedentes en la historia, debido a la configuración que han adquirido de cara al surgimiento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC).

Años recientes presentan el mayor número de movilizaciones juveniles que el mundo actual ha experimentado: Londres, Santiago de Chile, Atenas, Damasco, Jerusalén, El Cairo, Madrid, ciudad de México, han sido tan sólo algunos de los escenarios globales de estos acontecimientos. Sin embargo, es sustancial mencionar estos casos, pues son los jóvenes los principales promotores de estos cambios, desarrollando un papel digno de reconocer en los procesos de construcción política. El gran desafío para el sector joven de la población radica en llevar esos pequeños pasos de participación, a niveles consolidados de actuación organizada, que ya no sólo refleje inconformidad por algún ejercicio o comportamiento, sino que logre configurar plataformas permanentes de participación organizada alcanzando importantes niveles de incidencia en las esferas política y administrativa, mayor intervención de la juventud, ya no sólo para denunciar, sino para ir más allá y diseñar mecanismos, definir materias y líneas prioritarias en temas de interés social, ejerciendo a la vez mayor representatividad y consolidando su papel en la toma de decisiones y direccionamiento de las acciones gubernamentales a través de una participación activa que también requiere de responsabilidad social.

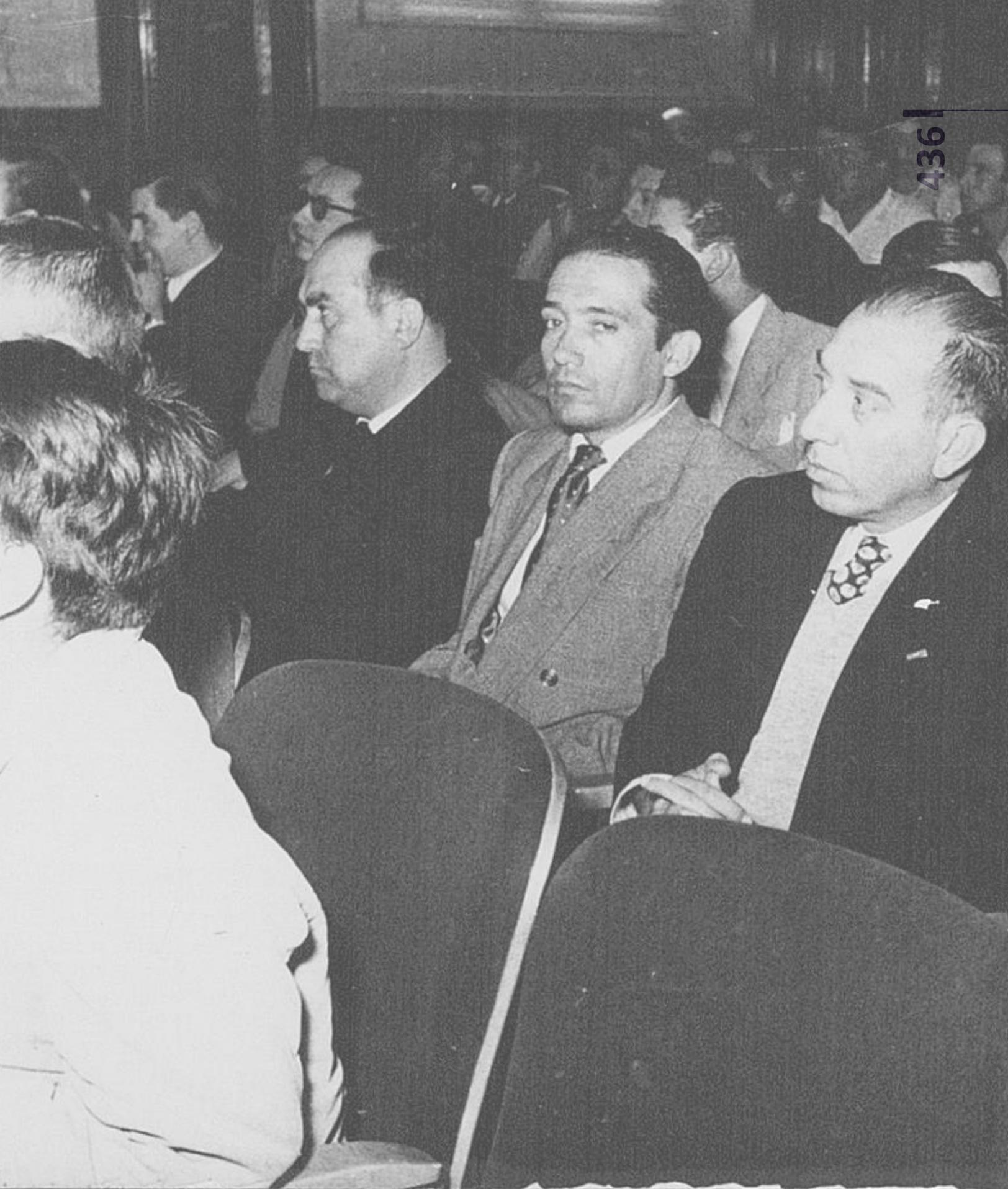
Es decir, evolucionar en el proceso de participación desde la desorganizada explosión de protestas sociales, a la generación de instituciones u organizaciones que logren funcionar como mecanismo e instrumentos de verdadera incidencia en los procesos político-sociales, construyendo así el gran reto para las sociedades democráticas y para los jóvenes de hoy.

Por lo que reconocer a este sector de la población como un elemento indispensable y valioso puede abrir la puerta no sólo a esquemas de inclusión política, sino originar escenarios de transformación social.

Brindar un poco de confianza a la juventud otorgándole derechos, pero también responsabilidades, en condiciones favorables para su desempeño, es la gran apuesta para el desarrollo nacional.

Elementos que configuran la participación juvenil en los procesos político- sociales

La tecnología se ha consolidado como una herramienta indispensable en el desarrollo de las sociedades modernas, y como un mecanismo de organización y participación que ha tomado niveles importantes.



En este sentido, las redes sociales han jugado un papel significativo no sólo como medio de expresión sino como instrumento de organización propicio para la participación activa de los jóvenes. Resulta notable mencionar que el desarrollado de los últimos episodios de participación juvenil en el mundo han surgido a partir de las redes sociales, ocasionando profundos cambios en la participación, abriendo nuevos espacios de discusión y transformando plenamente la actuación de la juventud en el escenario político mundial, modificando las relaciones y otorgando una característica específica a la juventud.

El acceso a las nuevas tecnologías y la globalización generan espacios de identificación que van más allá de la nacionalidad, movilizandoo a jóvenes en distintas partes del planeta; muestra de ello se vio en Londres, Santiago de Chile, Atenas, Damasco, Jerusalén, El Cairo, Madrid, Ciudad de México.

Por su puesto que cada uno entraña características particulares, pero coinciden en puntos como el protagonismo de los jóvenes, la protesta y las redes sociales como mecanismo de organización.

Los países asiáticos o la también conocida “Primavera Árabe” va incluso más allá pues se llevan luchas armadas respondiendo a contextos y condiciones muy específicas, originadas por la oposición a los regímenes totalitarios arraigados durante largo tiempo en el poder; estos enfrentamientos se dieron en países como Argelia, Mauritania, Sáhara Occidental, Arabia Saudí, Omán, Yemen, Libia, Líbano, Kuwait, Sudán, Jordania, Siria, Egipto, entre algunos otros.

Cabe mencionar que los eventos sucedidos en América Latina, Europa y Asia contienen elementos socio-culturales distintos.

Sin embargo, es sustancial mencionar estos casos, pues son los jóvenes los principales promotores de estos cambios, desarrollando un papel digno de reconocer en los procesos de construcción política.

Es así que los casos más notables de participación de la juventud, tanto en países latinoamericanos como en algunos más, que se encuentran al otro lado del Océano Atlántico, se han caracterizado por una aparición inesperada de la juventud en el escenario político, protagonizando manifestaciones de protesta a través de movilizaciones sociales, generalmente detonadas por un acontecimiento que entraña elementos socio-políticos.

Y es precisamente a partir de aquí que podemos identificar aspectos nodales para entender y desarrollar las implicaciones que tienen los jóvenes en estos procesos. Pues en la mayoría de los casos las voces de los jóvenes se hacen presentes para denunciar algún acto, manifestar una inconformidad o desacuerdo, pero pocas veces toman los espacios públicos para proponer o participar en la conformación de aspectos igualmente importantes para la vida nacional e internacional, síntoma que se reproduce a grandes escalas en la sociedad.

Es fundamental precisar que el despertar de la juventud por los temas públicos representa un gran avance que nutre a la democracia de elementos en su actuación.

Perspectivas y desafíos hacia la participación organizada

El gran desafío para el sector joven de la población radica en llevar esos pequeños pasos de participación a niveles consolidados de actuación organizada, que ya no sólo refleje inconformidad por algún ejercicio o comportamiento sino que logre configurar plataformas permanentes de participación organizada, alcanzando importantes niveles de incidencia en las esferas política y administrativa, mayor intervención de la juventud, ya no sólo para denunciar sino para ir más allá y diseñar mecanismos, definir materias y líneas prioritarias en temas de interés social, ejerciendo a la vez mayor representatividad y consolidando su papel en la toma de decisiones y direccionamiento de las acciones gubernamentales a través de una participación activa que también requiere de responsabilidad social.

Es decir, evolucionar en el proceso de participación desde la desorganizada explosión de protestas sociales, a la generación de instituciones u organizaciones que logren funcionar como mecanismo e instrumentos de verdadera incidencia en los procesos político-sociales, construyendo así el gran reto para las sociedades democráticas y para los jóvenes de hoy.

Todo ello no es tema menor, pues denota un aspecto clave en el desarrollo democrático a través de los procesos de construcción política, posicionando a los jóvenes como actores centrales para su obtención: la juventud es un motor indispensable en la conformación de esquemas con miras al progreso y mejoramiento de los sistemas mediante la generación de nuevas directrices democráticas.

Penetrar en este campo requiere de conciencia y compromiso por parte de la juventud y de las esferas gubernamentales, administrativas y políticas. La ejecución de esta clase de participación es síntoma de sociedades y sistemas maduros que han logrado perfeccionarse y prosperar con el tiempo.

Apostar a la juventud bajo esta clase de enfoques es sin duda un tema que debe estar presente en la agenda política de todos los niveles de gobierno, y en general de todos los actores que intervienen en los procesos socio-políticos.

Además, entender que la participación juvenil no tiene por qué limitarse al estudio de las movilizaciones sociales, sin duda éstas llaman la atención por los niveles de protagonismo que alcanza, pero existen numerosos ámbitos desde los cuales los jóvenes participan en la construcción de política social, que van desde el ejercicio de ciudadanía y la generación de organizaciones de la sociedad civil hasta las esferas gubernamentales, partidarias, empresariales, académicas y culturales.

Desde luego, estos espacios juegan un papel con repercusiones en el desarrollo de la vida pública, por lo que la creación de canales que vinculen a los jóvenes en la toma de decisiones, como elementos de representación para incidir en la definición de los aspectos que deben ser incluidos en la agenda política, constituye otro de los retos en materia de participación juvenil.

La generación de mecanismos institucionales dirigidos a fomentar, fortalecer e incentivar la inclusión juvenil en los diferentes escenarios políticos resulta imprescindible para consolidar la participación de los jóvenes.



En el terreno de las políticas públicas, deben impulsarse propuestas multifactoriales, multi- sectoriales y multidisciplinarias que consigan por lo menos garantizar las mínimas condiciones de bienestar para que los jóvenes puedan desarrollarse de manera plena e incidir cada vez más en los procesos de construcción social y seguir transformando sus entornos con herramientas que les permitan prepararse y capacitarse para hacer frente a los retos de una sociedad cada vez más competitiva.

Estas políticas deben abarcar diferentes ámbitos como la seguridad social, la educación, la generación de oportunidades, la eliminación de prácticas inequitativas y la inclusión, por mencionar algunas.

Por su parte, los partidos políticos deben generar espacios y abrirse a la participación y creación de instrumentos más representativos para los jóvenes. De igual manera, el incremento de organizaciones de la sociedad civil por parte de la propia juventud engendrará avances significativos.

La creación de leyes a favor de los derechos, garantías y responsabilidades de los jóvenes, así como la elevación del rango de los institutos encargados de la juventud a secretarías de Estado, son propuestas concretas que intentan ser mecanismos de verdadera representatividad institucional, permitiendo que las inquietudes y necesidades de la juventud puedan ser escuchadas y atendidas.

Importancia de los jóvenes en la generación de nuevos caminos democráticos

Los jóvenes deben preponderar su participación en el desarrollo de los sistemas democráticos y en la participación activa de reconfiguración de las sociedades. El surgimiento de las nuevas tecnologías de la información ha añadido características peculiares a la actuación de la juventud, y le ha brindado nuevas herramientas como métodos de innovación para la democracia.

Por lo que reconocer a este sector de la población como un elemento indispensable y valioso puede abrir la puerta no sólo a esquemas de inclusión política, sino originar escenarios de transformación social.

Brindar un poco de confianza a la juventud otorgándole derecho pero también responsabilidades, en condiciones favorables para su desempeño, es la gran apuesta para el desarrollo nacional.



E EL RETO DE **LOS JÓVENES EN** **MÉXICO:** **PARTICIPACIÓN** **CIUDADANA**

COMPILADOR
RODRIGO HERNANDEZ

**EL RETO DE LOS JÓVENES EN MÉXICO:
PARTICIPACIÓN CIUDADANA**